Humillación en las redes

UN VIAJE A TRAVÉS DEL
MUNDO DEL ESCARNIO PÚBLICO

JON RONSON

Autor de ***¿Es usted un psicópata?***



HUMILLACIÓN EN LAS REDES

Jon Ronson



Créditos

Edición en formato digital: noviembre de 2015

Título original: *So you've been publicly shamed*

Traducción: Carlos Abreu Fetter, 2015

Consell de Cent, 425-427
08009 Barcelona (España)
www.edicionesb.com

ISBN: 978-84-9069-207-3

Conversión a formato digital: www.elpoetaediciondigital.com

Para Elaine

HUMILLACIÓN EN LAS REDES

1

Braveheart

Este relato comienza a principios de enero de 2012, cuando descubrí que otro Jon Ronson había empezado a publicar en Twitter. Su avatar era una fotografía mía. Su cuenta de Twitter era @jon_ronson. Su tuit más reciente, que apareció justo cuando yo contemplaba atónito su cronología, decía: «Me voy a casa. Tengo que conseguir la receta de un gran plato de guaraná y mejillones en un panecillo con mayonesa :D #QuéRico.»

«¿Quién eres?», le tuiteé.

«Viendo #Seinfeld. Me encantaría un gran plato de apionabo, mero y kebab de crema ácida con citronela #MorroFino», escribió él.

No supe qué hacer.

A la mañana siguiente, eché un vistazo a la cronología de @jon_ronson antes de revisar la mía. «Estoy soñando algo relacionado con el #tiempo y la #polla», había tuiteado durante la noche.

Tenía veinte seguidores. Algunos, a quienes yo conocía en persona, debían de estar preguntándose de dónde me había venido esa repentina pasión por la cocina fusión y esa sinceridad respecto a mis sueños sobre pollas.

Llevé a cabo algunas pesquisas. Descubrí que un joven profesor de la Universidad de Warwick llamado Luke Robert Mason había publicado semanas atrás un comentario en la web de *The Guardian*. Era una respuesta a un vídeo breve que yo había hecho sobre los *spambots*, robots generadores de mensajes basura. «Le hemos creado a Jon un *infomorfo* solo para él —escribió—. Podéis seguirlo en Twitter: @jon_ronson.»

«Ah, es una especie de *spambot* —me dije—. Vale. No hay problema. Luke Robert Mason debe de haber creído que el *spambot* me gustaría. Cuando se entere de que no me gusta, lo eliminará.»

De modo que le escribí en Twitter: «¡Hola! ¿Podrías desactivar tu *spambot*, por favor?»

Transcurrieron diez minutos, tras los cuales respondió:

«Preferimos el término *infomorfo*.»

Fruncí el ceño.

«Pero es que ha suplantado mi identidad», escribí.

«El *infomorfo* no ha suplantado tu identidad —replicó—. Solo está reconvirtiendo datos de los medios sociales para darles una estética infomórfica.»

Noté una opresión en el pecho.

«#yujuuu maldita sea, me apetecería un plato de cebollas a la parrilla con pan crujiente. #MorroFino», tuiteó @jon_ronson.

Había entrado en guerra con una versión robótica de mí mismo.

Pasó un mes, y @jon_ronson publicaba veinte tuits al día sobre su vorágine de compromisos sociales, sus *soirées* y su amplio círculo de amigos. Contaba ya con cincuenta seguidores, a quienes les presentaba una imagen desastrosamente deformada de mis opiniones sobre las *soirées* y los amigos.

El *spambot* me había hecho sentir impotente y sucio. Unos desconocidos habían redefinido mi identidad de forma totalmente errónea, y yo no podía hacer nada al respecto.

Le escribí un tuit a Luke Robert Mason. Le pedí que, si aún se negaba rotundamente a retirar su *spambot*, al menos se reuniera conmigo. De ese modo yo podría grabar el encuentro en vídeo y colgarlo en YouTube. Él accedió y añadió que estaría encantado de explicarme la filosofía en la que se basaba el *infomorfo*. Yo le contesté que me interesaría mucho saber cuál era la filosofía en que se basaba el *spambot*.

Alquilé una habitación en el centro de Londres. Él llegó acompañado por dos hombres, el equipo que había desarrollado el *spambot*. Los tres pertenecían al mundo académico. Se habían conocido en la Universidad de Warwick. Luke, el más joven, era un veinteañero apuesto, «investigador en tecnología y cibercultura, y organizador de la conferencia Virtual Futures», según su currículum en Internet. David Bausola tenía el estilo de un profesor desenfadado, la típica persona que podría participar en una conferencia sobre la literatura de Aleister Crowley. Era un «tecnólogo creativo» y director ejecutivo de la agencia digital Philter Phactory. Dan O'Hara tenía la cabeza rapada, una mirada penetrante e iracunda y los dientes apretados. Rondaba la cuarentena y daba clases de literatura inglesa y estadounidense en la Universidad de Colonia. Antes había sido profesor en Oxford. Había

escrito un libro sobre J. G. Ballard titulado *Extreme Metaphors* y otro llamado *Thomas Pynchon: Schizophrenia* & *Social Control*. Por lo que entendí, David Bausola era el auténtico desarrollador del *spambot*, mientras que los otros dos se habían encargado de «la investigación y el asesoramiento».

Les propuse que se sentaran en fila en el sofá para que yo pudiera grabarlos en una sola toma. Dan O'Hara miró a sus compañeros.

—Sigámosle el juego —les dijo, y tomó asiento entre los otros dos.

—¿A qué te refieres con «seguirme el juego»? —le pregunté.

—Es una cuestión de control psicológico —contestó.

—¿Crees que os he pedido que os sentarais en fila en el sofá para controlaros psicológicamente? —quise saber.

—Claro —respondió Dan.

—¿De qué manera? —pregunté.

—Yo lo hago con los alumnos —dijo Dan—. Me siento en una silla aparte y los pongo a ellos uno al lado de otro en el sofá.

—¿Por qué querrías controlar psicológicamente a unos alumnos? —inquirí.

Por unos instantes, Dan pareció preocupado por haber dicho algo inquietante.

—Para controlar el entorno de aprendizaje —contestó.

—¿Te hace sentir incómodo esta situación? —pregunté.

—No, no mucho —dijo Dan—. ¿Tú te sientes incómodo?

—Sí.

Enumeré mis motivos de queja.

—Los investigadores universitarios —dije— no irrumpen sin más en la vida de otros con el fin de utilizarlos para una especie de ejercicio académico, y luego, cuando les piden que lo dejen, salen con que «oh, no es un *spambot*, es un *infomorfo*».

Dan asintió. Se inclinó hacia delante y repuso:

—Debe de haber un montón de Jon Ronsons en el mundo, ¿no? Otras personas que se llaman igual que tú, ¿no crees?

Lo contemplé con suspicacia.

—Estoy seguro de que hay personas que se llaman como yo —contesté con cautela.

—Yo tengo el mismo problema —comentó Dan con una sonrisa—. Hay por ahí otro investigador que se llama como yo.

—Tu problema no es exactamente igual al mío —puntualicé—, porque mi problema consiste exactamente en que tres desconocidos han robado mi identidad, han creado una versión robótica de mí y se niegan a borrarla a pesar de que proceden de universidades respetables y dan charlas en TEDx.

Dan soltó un prolongado suspiro de resignación.

—Estás diciendo que solo hay un Jon Ronson —aseveró—. Te crees el auténtico e inimitable, por así decirlo, y pretendes defender esa integridad y esa autenticidad, ¿no?

Lo miré con fijeza.

—Me parece que somos nosotros los que estamos disgustados contigo —prosiguió Dan—, porque no acabas de convencernos. Creemos que hay una capa de artificiosidad y que lo que intentas proteger es tu personalidad *online*, la marca Jon Ronson, ¿a que sí?

—¡No, solo son comentarios míos en Twitter! —grité.

—Internet no es el mundo real —señaló Dan.

—Yo escribo mis propios tuits —afirmé— y pulso «enviar». Así que se trata de mis opiniones en Twitter.

Nos fulminamos mutuamente con la mirada.

—Eso no es académico —añadí—. Tampoco es postmoderno. Las cosas como son.

—Esto es muy raro —dijo Dan—. Tu enfoque de este asunto... me parece de lo más extraño. Aparte de ti hay poquísimas personas que hayan optado por usar su nombre auténtico como nombre de usuario de Twitter. ¿A quién se le ocurre? Por eso desconfío un poco de tus motivos, Jon. Por eso digo que creo que lo usas como gestión de marca.

Me quedé callado, pero aún me da rabia que no se me hubiera pasado por la cabeza recordarle que el nombre de usuario de Luke Robert Mason en Twitter es @lukerobertmason.

Nuestra conversación continuó de este modo durante una hora. Le aseguré a Dan que en la vida había empleado la expresión «gestión de marca», y que esa jerga me era ajena.

—Y lo mismo ocurre con vuestro *spambot* —agregué—. El lenguaje que utiliza es distinto del mío.

—Sí —convinieron los tres al unísono.

—Y eso es lo que tanto me irrita —expliqué—. Da una imagen equivocada de mí.

—¿Te gustaría que se pareciera más a ti? —preguntó Dan.

—Me gustaría que no existiera —dije.

—Eso es muy raro —declaró Dan, y lanzó un silbido de incredulidad—. Lo encuentro interesante desde el punto de vista psicológico.

—¿Por qué? —quise saber.

—Me parece una actitud bastante agresiva —dijo—. ¿Quieres matar esos algoritmos? Debes de sentirte amenazado en cierto modo. —Posó en mí una mirada de preocupación—. Los demás no vamos por ahí tratando de matar las cosas que nos irritan.

—¡Eres un TROL! —bramé.

Cuando finalizó la entrevista, salí con paso vacilante a la tarde londinense. Me horrorizaba la idea de subir el vídeo a YouTube porque había chillado mucho mientras lo grababa. Aun así, me armé de valor para recibir comentarios burlones sobre mis chillidos y lo colgué. Aguardé diez minutos. Después, lleno de aprensión, eché un vistazo.

«Eso es robo de identidad —decía el primer comentario—. Deberían respetar la libertad personal de Jon.»

«Vaya», pensé con prudencia.

«Alguien debería crear cuentas falsas a nombre de esos payasos de mierda y publicar a todas horas tuits sobre su fuerte deseo de pornografía infantil», rezaba el siguiente comentario.

Sonreí.

«Esos tipos son unos capullos manipuladores —decía el tercero—. Que les den. Demándalos, húndelos, machácalos. Si me encontrara con esa gente cara a cara, les diría que son unos putos gilipollas.»

Estaba embriagado de alegría. Me sentía como Braveheart en una escena en que avanza en el campo de batalla con paso decidido, al parecer solo, pero enseguida se descubre que cientos de hombres marchan detrás de él.

«Dan mal rollo estos idiotas rastreros que juegan con la vida de otra persona y luego se burlan del dolor y la rabia de la víctima», había escrito el siguiente comentarista.

Me puse serio y asentí.

«Cabrones despreciables —decía otro—. Esos universitarios de mente enferma merecen una muerte dolorosa. El mamón de en medio es un puto psicópata.»

Fruncí ligeramente el ceño. «Espero que nadie llegue al extremo de hacerles daño», pensé.

«Hay que gasear a esos hijos de puta. Sobre todo al hijo de puta de en medio. Y sobre todo al hijo de puta calvo de la izquierda. Y sobre todo al hijo de puta que se queda callado. Y luego, mearnos en sus cadáveres», decía el comentario siguiente.

Me salí con la mía. Pocos días después, los tres investigadores desactivaron la cuenta @jon_ronson. La vergüenza pública los había forzado a ceder. Humillarlos había sido como pulsar el botón que restablece la configuración de fábrica. Algo se había salido de madre. La comunidad había reaccionado solidariamente. Las aguas habían vuelto a su cauce.

Los investigadores explotaron al máximo la eliminación del *spambot*. Publicaron una columna en *The Guardian* en la que explicaban que su objetivo más amplio era poner de relieve la tiranía de los algoritmos de Wall Street. «Ronson no es el único a quien le han manipulado la vida con *bots*. A todos nos pasa», escribían. Yo seguía sin entender por qué hacerle creer a la gente que comía empanadillas de wasabi era una manera de llamar la atención sobre la tiranía de los algoritmos de Wall Street.

«Me han pedido que te retire. ¿Entiendes lo que eso significa?», tuiteó David Bausola al *spambot*. «Te quedan unas horas. Espero que las disfrutes», le decía en otro mensaje.

«Pulsa el interruptor de apagado de una vez —le escribí por correo electrónico—. Madre mía.»

Estaba contento por mi victoria. Era una sensación maravillosa que me aturdía como un sedante. Desconocidos de todo el mundo se habían unido para darme la razón. Era el final perfecto.

Entonces me vinieron a la memoria otros escarmientos en las redes sociales con los que había disfrutado y de los que me sentía orgulloso. El primero importante tuvo lugar en octubre de 2009. Stephen Gately, cantante de Boyzone, había aparecido muerto durante unas vacaciones con su pareja de hecho Andrew Cowles. Aunque, según el dictamen del médico forense, Gately había fallecido por causas naturales, la columnista Jan Moir escribió en el *Daily Mail*: «Sea cual sea la causa de la muerte, no se trata, desde ningún punto de vista, de una causa natural [...] asesta un duro golpe al mito de las parejas de hecho que viven felices para siempre.»

No estábamos dispuestos a permitir un resurgimiento de la intolerancia de los viejos tiempos, y, como resultado de nuestra furia colectiva, Marks &

Spencer y Nestlé exigieron que se retirara su publicidad de la página web del *Daily Mail*. Había llegado una época estupenda. Habíamos derrotado al *Mail* con un arma que ellos no comprendían: la humillación en las redes sociales.

A partir de ese momento, cuando un poderoso cometía algún tipo de abuso, nos tenía a nosotros enfrente. Cuando el *Daily Mail* se burló de una organización benéfica que se encargaba de la recogida de alimentos por entregarle un paquete de comida a un periodista encubierto sin pedirle una identificación, Twitter reaccionó donando treinta y nueve mil libras esterlinas a la organización ese mismo día.

«Es lo bueno de las redes sociales —escribió alguien en Twitter sobre esa campaña—. El *Mail*, que se dedica sobre todo a mentir a la gente sobre sus vecinos, no sabe qué hacer cuando la gente se comunica entre sí y se forma sus propias opiniones.»

Cuando un gimnasio de la cadena LA Fitness se negó a dar de baja a una pareja que había perdido sus empleos y no podía permitirse pagar la cuota, les manifestamos nuestro apoyo. LA Fitness se echó atrás enseguida. Grandes gigantes estaban cayendo frente a personas que antes carecían de poder: blogueros, cualquiera con una cuenta en un medio social. Y los estaban abatiendo con una nueva arma: la humillación *online*.

De pronto, un día, caí en la cuenta. Estaba sucediendo algo realmente trascendental. Nos hallábamos en los albores de un resurgimiento espectacular de la pena de vergüenza pública. Tras un paréntesis de ciento ochenta años (los castigos infamantes se suprimieron en 1837 en el Reino Unido, y en 1839 en Estados Unidos), había vuelto con fuerza. Al recurrir a la humillación, estábamos utilizando un instrumento sumamente poderoso. Era coactivo, no estaba limitado por fronteras y su velocidad e influencia crecían sin parar. Las jerarquías empezaban a desmoronarse. Los silenciados por fin tenían voz. Era como la democratización de la justicia. De manera que tomé una decisión. La próxima vez que se organizara un acto de humillación moderno contra un pez gordo malhechor —la próxima vez que la justicia ciudadana se impusiera de un modo dramático y defendible—, me zambulliría de lleno en el fregado. Lo investigaría desde la primera fila y realizaría una crónica sobre la eficiencia de este método en la lucha contra los atropellos.

No tuve que esperar mucho. @jon_ronson fue sacrificado el 2 de abril de 2012. Solo doce semanas después, el 4 de julio, en plena noche, un hombre

que yacía en su sofá en Fort Greene, Brooklyn, buscaba ideas para su blog cuando hizo un descubrimiento inesperado.

2

Me alegro de no ser eso

En plena noche del 4 de julio de 2012, Michael Moynihan estaba tumbado en el sofá. Su esposa Joanna dormía en la planta de arriba con su bebé. Estaban sin blanca, como de costumbre. En el mundo del periodismo, todos parecían ganar más que Michael. «Soy incapaz de hacer dinero con mi trabajo —me dijo más tarde—. Sencillamente, no sé cómo hacerlo.»

Corrían tiempos difíciles. Michael, a los treinta y siete años, malvivía trabajando como bloguero y redactor autónomo en un edificio sin ascensor en un barrio poco recomendable de Fort Greene, Brooklyn.

Sin embargo, acababa de recibir una oferta de empleo. *The Washington Post* lo había invitado a escribir en un blog para ellos durante diez días. No era el momento más oportuno. «Era el 4 de julio. Todo el mundo estaba de vacaciones. No había lectores y apenas había noticias.» Aun así, se trataba de una oportunidad. Michael estaba muy estresado. El estrés acababa de estropearle un viaje a Irlanda, donde habían visitado a la familia de su esposa, y ahora lo atormentaba en el sofá.

Empezó a buscar ideas para un artículo. Por impulso, descargó el último número uno de la lista de libros de no ficción más vendidos de *The New York Times*, escrito por el joven, apuesto y mundialmente reconocido autor Jonah Lehrer, especializado en psicología popular. Era una obra sobre la neurología de la creatividad titulado: *Imaginar: cómo funciona la creatividad.*

El primer capítulo, «El cerebro de Bob Dylan», despertó el interés de Michael, dylanólogo entusiasta. John Lehrer reconstruía un momento crítico en la carrera creativa del cantautor, el proceso mental que lo había llevado a componer *Like a Rolling Stone*.

En mayo de 1965, Dylan estaba aburrido, cansado tras una gira agotadora, «demacrado por el insomnio y las pastillas», harto de su música, convencido de que ya no le quedaba nada que decir. Como escribió Jonah Lehrer:

> De lo único de lo que estaba seguro era de que su vida no podía durar. Cada vez que Dylan leía una noticia sobre él en el periódico, hacía el mismo comentario: «Madre mía, cuánto me alegro de no ser yo. Me alegro de no ser eso.»

De modo que Dylan anunció a su representante que abandonaba el negocio de la música. Se mudó a una cabaña pequeña en Woodstock, Nueva York, con el propósito de intentar escribir una novela.

> Pero entonces, justo cuando estaba más resuelto que nunca a dejar de crear música, lo invadió una extraña sensación.
>
> «Es difícil de describir —rememoraría Dylan más tarde—. Era el presentimiento de que tenía algo que decir.»

No era de extrañar que el libro de Lehrer, *Imaginar*, estuviera teniendo tanto éxito. ¿Qué persona que sufriera una crisis de inspiración o se sintiera impotente no querría leerlo, si era así como se sentía Bob Dylan justo antes de componer *Like a Rolling Stone*?

Conviene aclarar que Michael Moynihan no se había bajado el libro de Jonah Lehrer porque padeciera una crisis de inspiración o porque necesitara consejos creativos para el blog que *The Washington Post* le había encargado. Jonah Lehrer se había visto implicado hacía poco en un escándalo menor, y Michael estaba estudiando la posibilidad de redactar un artículo sobre ello. Unas columnas que Lehrer había escrito para *The New Yorker* habían resultado ser refritos de textos que había publicado meses atrás en el *Wall Street Journal*. Michael estaba dando vueltas a un artículo sobre por qué el «autoplagio» se consideraba un delito menos grave en Gran Bretaña que en Estados Unidos, y lo que esto revelaba sobre ambas culturas.

Pero, de pronto, Michael interrumpió la lectura. Volvió a fijarse en una frase.

> «Es difícil de describir —rememoraría Dylan más tarde—. Era el presentimiento de que tenía algo que decir.»

Michael entornó los ojos. «¿Cuándo demonios dijo eso Bob Dylan?», se preguntó.

—¿Qué fue lo que despertó tus sospechas? —le pregunté a Michael. Los dos estábamos almorzando en el restaurante Cookshop de Chelsea, en la ciudad de Nueva York. Michael, guapo e inquieto, movía nerviosamente los ojos claros de un lado a otro, como un husky.

—No me parecía una frase propia de Dylan —respondió—. En aquella época, en todas las entrevistas, se comportaba como un auténtico gilipollas con el entrevistador. En cambio, aquello parecía sacado de un libro de autoayuda basado en Dylan.

Así pues, tumbado en el sofá, Michael releyó un párrafo anterior.

> Cada vez que Dylan leía una noticia sobre él en el periódico, hacía el mismo comentario: «Madre mía, cuánto me alegro de no ser yo —decía—. Me alegro de no ser eso.»

En el documental *Dont Look Back*, dirigido por D. A. Pennebaker (que fue quien decidió omitir el apóstrofo que debería llevar *don't* en el título), Dylan lee un artículo sobre él: «Dando repetidas caladas a un cigarrillo, pues fuma ochenta al día... —Dylan se ríe—. Madre mía, cuánto me alegro de no ser yo.»

Michael se preguntó cómo podía saber Jonah Lehrer que Dylan hacía este comentario cada vez que leía sobre sí mismo en el periódico. ¿A qué venía eso de «cada vez»? Además, «Madre mía, cuánto me alegro de no ser yo» era una cita verificable, pero ¿«me alegro de no ser eso»? ¿Cuándo había dicho «me alegro de no ser ESO»? ¿De dónde había sacado Jonah Lehrer lo de «me alegro de no ser ESO»?

De modo que Michael Moynihan le mandó un mensaje de correo electrónico a Jonah Lehrer.

«Conseguí tu libro y, como fanático obsesionado con Dylan, leí el primer capítulo con avidez... Estoy bastante familiarizado con el canon dylaniano, y hay varias citas que me han dejado un poco confuso y que no consigo situar...»

Fue el primer mensaje que Michael envió a Jonah Lehrer. Me lo leyó en voz alta en el salón de su casa en Fort Greene. Su esposa Joanna estaba allí con nosotros. Había juguetes de bebé desperdigados por el suelo.

Cuando Michael le escribió a Jonah el 7 de julio, ya había localizado seis

citas sospechosas atribuidas a Dylan, entre ellas «era el presentimiento de que tenía algo que decir», «me alegro de no ser eso» y una réplica airada a los periodistas: «No tengo nada que decir sobre las cosas que escribo. Las escribo sin más. No hay ningún mensaje profundo. Dejad de pedirme explicaciones.»

Está comprobado que Dylan dijo, en *Dont Look Back*, «no tengo nada que decir sobre las cosas que escribo. Las escribo sin más. No hay un mensaje profundo».

Pero no había ninguna constancia de que hubiera dicho «dejad de pedirme explicaciones.»

Tras mencionarle a Jonah la fecha límite que tenía —*The Washington Post* lo había contratado para que escribiera en el blog durante diez días—, pulsó «enviar».

Al día siguiente Jonah le mandó dos respuestas. Sus mensajes estaban escritos en un tono amable, profesional, tal vez un poco condescendiente. Se daba los aires de un joven y brillante universitario que comprendía las dudas de Michael y prometía aclarárselas cuando encontrara un hueco en su agenda. Cosa que no ocurriría hasta al cabo de once días. Estaba pasando diez días de vacaciones en el norte de California. Había dejado los archivos en casa, a siete horas de carretera. No quería interrumpir sus vacaciones ni conducir catorce horas para echar un vistazo a sus archivos. Jonah le aseguró que, si podía esperar diez días, le enviaría referencias detalladas.

Michael sonrió mientras me leía esa parte del mensaje de Jonah. Que sus vacaciones durasen once días resultaba de lo más conveniente, teniendo en cuenta la duración del contrato de Michael con *The Washington Post*.

Aun así, añadía Jonah, intentaría responder de memoria a las preguntas de Michael.

—Fue entonces —dijo Michael— cuando se le empezó a caer la careta. Es aquí donde cuenta su primera mentira contenida. El momento en que se debate entre contarla o no.

Jonah contó la mentira.

«Un representante de Dylan me ayudó un poco», escribió.

Dicho representante le había dado acceso a transcripciones inéditas hasta entonces de entrevistas concedidas por Dylan. Si había discrepancias entre las citas de su libro y las que se encontraban en Internet, ese era el motivo.

Los correos electrónicos de Jonah continuaban en esta línea durante varios

párrafos: Dylan le había exigido a un entrevistador radiofónico que dejara de «pedirle explicaciones» en 1995. La entrevista estaba transcrita en las páginas de una antología de varios volúmenes titulada *The Fiddler Now Upspoke: A Collection of Bob Dylan Interviews, Press conferences and the Like from Throughout the Master's Career* [El violinista ha alzado la voz: recopilación de entrevistas a Bob Dylan, conferencias de prensa y cosas por el estilo recogidas a lo largo de la carrera del Maestro]. Y otras explicaciones similares. A continuación, Jonah daba las gracias a Michael por su interés y se despedía. Al final del mensaje aparecían las palabras: «Enviado desde mi iPhone.»

—Enviado desde su iPhone —dijo Michael—. Escribió un mensaje bastante largo desde un iPhone. Al borde del pánico, con los pulgares sudorosos, ¿te imaginas?

Como no había manera de saber si era cierto que Jonah Lehrer estaba de vacaciones, a Michael no le quedó otro remedio que tomarle la palabra. Así que le concedió una tregua, lo que hizo imposible la publicación en el blog de *The Washington Post*, dada la ardua búsqueda que tendría que llevar a cabo. *The Fiddler Now Upspoke* era una fuente que parecía salida de una pesadilla: «Once volúmenes, doce volúmenes, quince volúmenes. Cada uno cuesta ciento cincuenta o doscientos dólares por separado.»

Seguramente Jonah Lehrer daba por sentado que Michael carecía de los medios necesarios para rastrear, comprar y escarbar en una antología tan épica y críptica como *The Fiddler Now Upspoke*. Pero había infravalorado la tenacidad del periodista. Había algo en él que me recordaba al *cyborg* de *Terminator 2*, el que era incluso más obstinado que Arnold Schwarzenegger y corría más deprisa que el coche más veloz.

—Michael es un guardián de las normas sociales —me dijo Joanna, su esposa, y acto seguido se volvió hacia él—. Eres un buen tipo siempre y cuando todos los demás... —Dejó la frase en el aire.

—Cuando salgo al mundo exterior —dijo Michael—, si veo que alguien tira basura en la calle, me parece la cosa más absurda del mundo. Pierdo los estribos. Pienso: «¿Por qué lo haces?»

—Y le dura horas —apuntó Joanna—. Estamos dando un bonito paseo y se pasa media hora despotricando...

—Me da la impresión de que todo se viene abajo —agregó Michael.

Así que encontró una versión electrónica de *The Fiddler Now Upspoke*.

En realidad, no se trataba de una versión electrónica, sino de «una colección completa de todas las entrevistas conocidas realizadas a Dylan llamada "Every Mind-Polluting Word" [Todas las palabras que contaminan la mente]» que, según Michael, era «básicamente un *Fiddler* digitalizado recopilado por un fan que lo subió a Internet». Resultó que Bob Dylan solo había concedido una entrevista radiofónica en 1995, y en ningún momento de esta le había dicho al entrevistador «dejad de pedirme explicaciones».

El 11 de julio, Michael estaba en el parque con su esposa y su hija. Hacía calor. La niña entraba y salía corriendo de la fuente. El teléfono de Michael sonó. «Soy Jonah Lehrer», dijo la voz al otro lado de la línea.

Ya he tenido oportunidad de oír la voz de Jonah Lehrer. Si tuviera que describirla con una palabra, diría que es «pausada».

—Mantuvimos una conversación muy agradable —declaró Michael— sobre Dylan, sobre el periodismo. Le expliqué que no pretendía hacerme un nombre con aquello. Que llevaba años trabajando de firme y que... ya sabes..., me dedico a lo que me dedico y tengo que mantener a una familia, y le pareció bien. —Pronunció la palabra «bien» como si hubiera querido decir «casi bien». Era el equivalente verbal de una cabeza gacha y la mirada fija en el suelo—. Le aseguré que no era uno de esos jóvenes que llevan un blog de cotilleos y que dicen: «Búscame a una víctima a la que pueda quemar en la plaza pública y la gente sabrá quién soy.» Entonces, él respondió: «Te lo agradezco mucho.» —Jonah le cayó bien—. Sintonizamos. Era de lo más agradable. Fue una conversación muy grata.

Se despidieron. Unos minutos después, Jonah le envió a Michael un correo electrónico para agradecerle que se portara de forma decente y no como esos periodistas de los blogs de cotilleos que se recreaban en la humillación. Ya no quedaban profesionales como él.

Después, Michael se recluyó para escarbar un poco más en los asuntos de Jonah.

Eran buenos tiempos. Michael se sentía como Hercule Poirot. La afirmación de Jonah de que un representante de Dylan le había echado una mano le había parecido sospechosamente vaga. En efecto, descubrió que Bob Dylan tenía un solo representante, llamado Jeff Rosen. Le costó Dios y ayuda, pero Michael consiguió averiguar la dirección de correo electrónico de Rosen.

Le escribió un mensaje, preguntándole si había hablado alguna vez con Jonah Lehrer. Jeff Rosen contestó que no.

De modo que Michael le mandó un correo electrónico a Jonah para anunciarle que tenía más preguntas que hacerle.

Jonah le respondió en tono sorprendido. ¿Michael aún tenía la intención de escribir algo? Había dado por sentado que no iba a publicar nada.

Michael sacudió la cabeza con incredulidad cuando me relató esa parte de la historia. Era evidente que Jonah estaba convencido de que había conseguido engatusarlo para que dejara de investigarlo. Pero no.

—Los malos mentirosos siempre creen que se les da bien —me comentó Michael—. Siempre tienen la certeza de que se están saliendo con la suya.

«He hablado con Jeff Rosen», le informó Michael a Jonah.

Y fue entonces, según me contó, cuando Jonah perdió los papeles.

—Los perdió por completo. Nunca había visto a alguien así.

Jonah comenzó a llamar una y otra vez a Michael para suplicarle que no publicara lo que había descubierto. A veces, este ponía su teléfono móvil en silencio durante un rato y luego se encontraba con tantas llamadas perdidas de Jonah que hacía capturas de pantalla porque de lo contrario nadie lo habría creído. Le pregunté en qué momento había dejado de ser divertido.

—Cuando tu fuente principal entra en pánico... —Hizo una pausa—. Es como ir de caza al bosque y pensar «¡qué sensación tan estupenda!». Entonces disparas al animal, que se queda ahí, convulsionándose, deseando que lo remates, y te dices: «No quiero ser el responsable de esto. Es un puto horror.»

Michael recibió una llamada de Andrew Wylie, el agente de Jonah. No solo representa a este, sino también a Bob Dylan, Salman Rushdie, David Bowie, David Byrne, David Rockefeller, V. S. Naipaul, *Vanity Fair*, Martin Amis, Bill Gates, el rey Abdalá II de Jordania y Al Gore. En realidad, Andrew Wylie no llamó a Michael.

—Se puso en contacto con alguien que se puso en contacto conmigo para pedirme que lo llamara —explicó Michael—. Era como algo salido de *El Topo*. Wylie está considerado el agente literario más poderoso de Estados Unidos, y yo soy un don nadie. De modo que lo llamé. Le expuse la situación. Me dijo: «Si publica eso, le arruinará la vida a ese tipo. ¿Cree que vale la pena arruinarle la vida a alguien por esto?»

—¿Qué le contestaste? —pregunté.

—Le dije: «Me lo pensaré.» Supongo que Andrew Wylie debe de ser megamultimillonario gracias a su perspicacia, porque más tarde Jonah me llamó y me dijo: «Según Andrew Wylie, has decidido dar el paso y publicar.»

La tarde del último día —domingo 29 de julio—, Michael iba caminando por la avenida Flatbush, gritándole por teléfono a Jonah, según él mismo me contó:

—«¡Tienes que confesar públicamente! ¡No te queda otra, Jonah! ¡Tienes que salir a la palestra!» Gesticulaba como un demente, por la rabia y la frustración que sentía ante toda esa pérdida de tiempo, todas esas mentiras... Y mientras tanto, él titubeaba como un tonto. —Finalmente, al percibir un cambio en el tono de voz de Jonah, Michael supo lo que iba a ocurrir—. Así que entré corriendo en una tienda Duane Reade, compré una mierda de libreta de Hello Kitty y un boli, y, durante veinticinco segundos, él me dijo: «Me dejé llevar por el pánico. Siento mucho haber mentido.» Y eso fue todo —añadió—. Tenía su confesión.

Después de veintiséis días, a Michael le llevó solo cuarenta minutos escribir el artículo. Seguía sin averiguar cómo hacer dinero con el periodismo. Había convenido con los editores de la revista judía *Tablet* que les cedería la primicia. Conscientes de su buena fortuna, estos pagaron a Michael el cuádruple de la tarifa habitual, que resultó no ser mucho: dos mil doscientos dólares, la única suma que llegó a obtener por el artículo.

Para escribirlo había necesitado cuarenta minutos y nueve paquetes de cigarrillos, o al menos eso le pareció.

—John Lehrer estuvo a punto de matarme, por todos los putos pitillos que me fumé en la escalera de incendios. Fumaba y fumaba y fumaba. Sabía que pulsar «enviar» tendría una enorme repercusión sobre el resto de la vida de una persona. Y el teléfono sonaba y sonaba sin parar. Ese domingo por la noche, tenía veintitantas llamadas perdidas de Jonah. Veinticuatro o veinticinco llamadas perdidas. Nunca había visto a alguien perder los papeles así.

—No dejaba de llamar —terció Joanna, la esposa de Michael—. Era muy triste. No entiendo por qué le parecía una buena idea seguir llamando.

—Fue la peor noche de su vida —señalé.

—Ya, ya, eso seguro, eso seguro —repuso Michael, que al final atendió la

llamada—. «Jonah, tienes que dejar de llamarme. Esto raya en el acoso.» Me sentí como si lo empujara desde un precipicio. «Prométeme que no cometerás ninguna locura», le pedí. Así de aterrado estaba. Tanto, que llegué a pensar en echarme para atrás. «Por favor, por favor, por favor», repetía, como un juguete infantil estropeado al que se le estaban agotando las pilas. «Por favor, por favor, por favor...»

Michael me preguntó si alguna vez me había visto en una situación semejante, si había descubierto algo que podía hundir a alguien si salía a la luz. Destrozarle la vida.

Reflexioné un momento.

—¿Hundir a alguien? —dije. Hice una pausa—. No, creo que no. No estoy seguro.

—No lo hagas jamás —me recomendó.

Me confesó que se había planteado seriamente no pulsar «enviar» esa noche. Jonah tenía una hija pequeña, de la misma edad que la de Michael. Me dijo que en ningún momento se había hecho ilusiones. Era plenamente consciente de lo que pulsar «enviar» significaría para la vida de Jonah.

—En mi profesión, cuando la cagamos, no perdemos el trabajo. Perdemos la vocación.

Michael se refería a ex periodistas como Stephen Glass, de *New Republic*. Era el autor del artículo de 1998 «Hack Heaven» [El paraíso de los hackers], muy aplaudido en ese entonces, sobre un estudiante y pirata informático de quince años que había recibido una oferta de empleo de una empresa a cuya red había accedido ilegalmente. Glass aseguraba haberse encontrado presente en las oficinas de la empresa Jukt Micronics mientras el chico negociaba las condiciones.

> —Quiero más dinero. Quiero un Mazda Miata. Quiero un viaje a Disney World. Quiero el cómic número uno de *X-Men*. Quiero una suscripción de por vida a *Playboy*..., y, ya que estamos, a *Penthouse*. ¡Mostradme la pasta! ¡Mostradme la pasta!
>
> Al otro lado de la mesa, los ejecutivos [...] escuchan e intentan complacerlo con delicadeza.
>
> —Perdone, señor —le dice tímidamente uno de los trajeados al adolescente granujiento—. Disculpe. Perdóneme por interrumpirle. Podemos conseguir más dinero para usted.

STEPHEN GLASS,
«Washington Scene: Hack Heaven»,
New Republic, 18 de mayo de 1998

Pero lo cierto es que ni aquella sala de juntas, ni Jukt Micronics, ni el pirata informático adolescente eran reales. Adam Penenberg, periodista de Forbes Digital, irritado por que el *New Republic* se le hubiera adelantado con aquella primicia, llevó a cabo algunas pesquisas y descubrió que Glass se lo había inventado todo. Glass perdió el trabajo. Se matriculó en la Facultad de Derecho, se graduó *magna cum laude* —«con grandes honores»—, en 2014 solicitó la licencia para ejercer la abogacía en California y se la denegaron. La vergüenza pública lo perseguía allí donde iba, como la nube de polvo a Pig Pen, el personaje de las tiras de Snoopy. Había aspectos en los que Jonah Lehrer y él mostraban una similitud inquietante: ambos eran judíos, periodistas en plantilla, cerebritos jóvenes que habían alcanzado un éxito fuera de lo normal y que inventaban cosas. Pero Glass había ideado guiones enteros, listas de personajes, páginas y páginas de diálogo. El «me alegro de no ser eso» que Jonah había añadido después del «me alegro de no ser yo» era un error estúpido, pero un mundo que imponía castigos tan despiadados me resultaba del todo inconcebible. Creía que Michael exageraba al creer que, si pulsaba «enviar», sentenciaría a Jonah a un ostracismo como el que había sufrido Stephen Glass.

A fin de cuentas, para Michael se trataba de una cuestión académica. Según él, se sentía tan implicado en aquel asunto como Jonah. Era como si ambos estuvieran atrapados en un coche sin frenos, precipitándose juntos hacia aquel destino inevitable. ¿Cómo no iba Michael a pulsar «enviar»? ¿Qué pensaría la gente si la noticia acababa por trascender? ¿Que la había ocultado para ascender en su carrera?

—Me habrían etiquetado como el periodista pusilánime de medio pelo que se doblegó ante Andrew Wylie. No habría vuelto a trabajar en la vida.

Por otro lado, me contó que unas horas antes había sucedido algo que le impedía enterrar el asunto. Después de oír la confesión telefónica de Jonah, Michael estaba temblando, así que fue a una cafetería en Park Slope, Brooklyn, para tranquilizarse. Era el Café Regular du Nord. Cuando iba a sentarse en la terraza topó con un colega escritor, Dana Vachon, de *Vanity Fair*.

—Estaba preparando un artículo y el tío me ha confesado que todo es una

puta farsa —le explicó.

—¿Quién? —inquirió Dana Vachon.

—No puedo decírtelo —contestó Michael.

En ese instante, le sonó el teléfono, y las palabras JONAH LEHRER parpadearon en la pantalla.

—Ah —dijo Dana Vachon—. Jonah Lehrer.

—¡Qué cabrón! —exclamó Michael—. ¡Ni una palabra de esto a nadie!

De modo que ahora Dana Vachon lo sabía. Los editores de Michael en la revista *Tablet* lo sabían. Andrew Wylie lo sabía. La historia no permanecería en la sombra durante mucho tiempo.

Así que Michael pulsó «enviar».

Mantuvo una última conversación por teléfono con Jonah cuando ambos sabían que todo había terminado. Solo faltaban unas horas para que se publicara el artículo. Michael apenas había dormido la noche anterior. Estaba agotado.

«Quiero que sepas que me siento como una mierda por hacer esto», le dijo a Jonah.

—Hizo una pausa —me refirió Michael— y entonces me dijo, en serio: «¿Sabes? La verdad es que me da igual cómo te sientas.» —Sacudió la cabeza —. Fue un momento glacial.

«No sabes cuánto me arrepiento...», le dijo entonces Jonah.

«¿De qué? —se preguntó Michael—. ¿De hacer trampa? ¿De mentir?»

«No sabes cuánto me arrepiento de haber respondido a tu correo electrónico», afirmó Jonah.

—Mi respuesta —dijo Michael— fue básicamente quedarme callado.

Por la noche, estaba «hecho polvo».

—Me sentía fatal. No soy un puto monstruo. Estaba destrozado, deprimido. Mi mujer te lo confirmará.

Repasó mentalmente sus conversaciones telefónicas. De pronto, lo asaltó una sospecha. Tal vez el Jonah glacial de aquella última discusión había sido el auténtico Jonah desde el principio. Quizás había estado jugando con él durante todo ese tiempo, «manipulando los sentimientos» para hacer que se sintiera culpable. A lo mejor Jonah lo había juzgado «influenciable y fácil de manipular». Cuando Michael le había comunicado que había hablado con Jeff Rosen, Jonah le había contestado: «Entonces supongo que eres mejor

periodista que yo.» A Michael esto le había parecido de una condescendencia increíble, como si Jonah lo considerase «un gilipollas que va por ahí al buen tuntún intentando conseguir trabajos como colaborador externo». Tal vez todo lo que Jonah había estado haciendo durante las semanas anteriores formaba parte de un plan taimado y muy bien calculado.

Me pregunté si de verdad había actuado como un hombre taimado o simplemente aterrado. Quizá Michael recurría a palabras como «taimado» para intentar consolarse. Un tipo «taimado» da mal rollo. Un tipo «aterrado» es humano.

—Mantener una conversación telefónica es como leer una novela —declaró Michael—. Te montas una película en la cabeza. Tenía cierta idea de su aspecto por las fotografías de las sobrecubiertas de sus libros, pero nunca lo había visto moverse. No sabía cómo caminaba, ni cómo vestía. Bueno, sabía que posaba con sus gafas de moderno. Pero me pasé cuatro semanas imaginando al personaje, representándome mentalmente su casa. Una casa pequeña. Él es periodista. Yo también. Soy un pringado de mierda. Pago un alquiler. Vivo bien, estoy contento, pero las cosas no me van de fábula ni mucho menos...

Debía de ser la tercera vez que Michael se describía ante mí como «pringado» o algo parecido. Supongo que sabía que recalcar esta faceta suya daría pie a un relato más dramático y ameno del choque entre los dos hombres. El bloguero insignificante y el vip corrupto. David y Goliat. Pero me preguntaba si sus motivos eran puramente narrativos. Me había asegurado que no era culpa suya que hubiese topado con la noticia, que no había ganado un centavo con ella, que el estrés había estado a punto de matarlo, que se había visto arrastrado a seguir adelante por Andrew Wylie y Dana Vachon... De pronto lo comprendí: Michael estaba traumatizado por lo que había hecho. Cuando me advirtió «no lo hagas jamás; nunca pulses "enviar" cuando has escrito un artículo que puede destrozarle la vida a alguien», no hablaba en sentido figurado. Lo decía en serio.

—Me imaginaba su casa, una casa pequeña —continuó Michael—, y su vida como un reflejo de la mía. Su esposa yendo de un lado a otro, ajetreada, con la voz del niño sonando al fondo, y él en una de las dos habitaciones de atrás, sudando. —Hizo una pausa—. Entonces mi amigo de *Los Angeles Times* me mandó un artículo de 2009 sobre la compra de la casa de Julius Shulman.

La residencia y estudio del icónico fotógrafo fallecido Julius Shulman en Hollywood Hills se ha vendido por 2,25 millones de dólares. La casa, de estilo moderno de mediados de siglo y estructura de acero, proyectada por Raphael S. Soriano y construida en 1950, es un edificio histórico de Los Ángeles. La ha comprado el autor de *best sellers* y conferenciante Jonah Lehrer. Su libro *Cómo decidimos* ha sido traducido a una docena de idiomas. El escritor es amante del diseño clásico.

LAUREN BEALE, Los Angeles Times,
4 de diciembre de 2010



La casa Shulman. Fotografía de Michael W. Wilkinson reproducida con su autorización.

—Es injusto —se quejó Michael—. Sé que es una tontería por mi parte. En cierto modo, es irracional que me diera rabia su éxito. Pero eso cambió un poco las cosas.

Unas semanas después de que Michael me contara su episodio con Jonah Lehrer, yo estaba en Londres, en una fiesta, conversando con un hombre al que no conocía. Era director de teatro. Cuando me preguntó sobre qué estaba escribiendo, le hablé de Michael y Jonah. A veces, cuando comento con la gente los artículos en los que estoy trabajando, noto que se me dibuja una sonrisa estúpida en el rostro mientras describo el absurdo enredo en el que se ha metido tal o cual entrevistado. Pero, en aquella ocasión, no fue así. Mientras yo le refería los detalles, él se estremeció. No pude evitar estremecerme también.

—Es por el terror, ¿verdad? —dijo cuando finalicé el relato.

—¿El terror a qué?

—El terror a ser descubierto.

Por su actitud, era como si por el mero hecho de mencionar la existencia de ese terror se expusiera alguna clase de peligro. Se refería a que en el interior de todos nosotros late algo que tememos que dañe nuestra reputación si dejamos que se manifieste; una especie de «me alegro de no ser eso» después de un «me alegro de no ser yo». Creo que tenía razón. Tal vez ese secreto no sea algo terrible. Tal vez nadie se escandalizaría demasiado si saliera a la luz. Pero no podemos correr ese riesgo, así que lo mantenemos oculto. Puede tratarse de una falta de ética en el trabajo. O quizá no sea más que la sensación de que en el momento menos pensado soltaremos alguna inconveniencia durante una reunión importante que demostrará a todo el mundo que no somos unos profesionales responsables, ni siquiera unos seres humanos funcionales. Creo que incluso en estos tiempos en que compartimos más información personal que nunca, guardamos silencio respecto a este terror concreto, como se hacía con temas como la masturbación antes de que se pusiera de moda tratarlos con desparpajo en Internet. La masturbación no preocupa a nadie. En cambio, la reputación... lo es todo.

Me había sumergido de lleno en el caso Michael/Jonah porque admiraba a Michael y me identificaba con él. Era la personificación de la justicia, mientras que Jonah representaba el fraude literario en el mundo de la divulgación científica. Había hecho una fortuna corrompiendo un género ya de por sí inflado y decadente. Yo seguía admirando a Michael. Pero, de pronto, cuando el director de teatro pronunció las palabras «el terror a ser descubierto», sentía que por fin se había abierto una puerta ante mí, revelando un interminable país de espanto poblado por millones de Jonahs muertos de miedo. ¿A cuántas personas había yo desterrado a ese país durante los treinta años en que había ejercido el periodismo? Qué pesadilla debía de ser estar en el pellejo de Jonah Lehrer.

3

El desierto

Runyon Canyon, Hollywood Oeste. Un excursionista que hubiera pasado por allí sin saber nada sobre Jonah Lehrer jamás habría sospechado que le habían destrozado la vida. Presentaba el mismo aspecto que en las viejas fotografías que aparecían en sus libros: agradable a la vista, con expresión ligeramente distante, como si estuviera absorto en elevados pensamientos que expresaba con cortesía a su compañero de caminata..., o sea yo. Pero no manteníamos un diálogo cortés.

—Yo no pinto nada en tu libro —me decía él una y otra vez desde hacía una hora, con la voz forzada casi hasta el punto de quebrarse.

—Sí que pintas —replicaba yo repetidamente.

No entendía sus objeciones. Yo estaba escribiendo un libro sobre la humillación pública. A él lo habían humillado públicamente. Era un personaje ideal.

De pronto, se detuvo y me miró a los ojos.

—Mi historia es totalmente inadecuada para tu libro.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Cómo era aquella frase de William Dean Howells? —dijo—. «A los estadounidenses les gustan las tragedias con final feliz.»

La frase textual de William Dean Howells era: «Lo que el público estadounidense quiere en el teatro es una tragedia con un final feliz.» Creo que Jonah no iba muy desencaminado.

Yo estaba allí porque la humillación de Jonah me parecía muy significativa; un atisbo de lo que estaba por venir. Era un autor deshonesto de best sellers desenmascarado por una de esas personas que antes carecían de cualquier clase de poder. Aunque delante de mí tenía el rostro de Jonah demudado por el pánico y la angustia, yo estaba convencido de que el resurgimiento de la vergüenza pública era algo positivo. Bastaba con ver quiénes estaban

quedando en evidencia: columnistas intolerantes del *Daily Mail*, una monolítica cadena de gimnasios con normas inflexibles para darse de baja y, lo más atroz de todo, creadores de *spambots execrables*. Jonah había escrito cosas muy buenas durante su breve carrera. Algunos de sus libros eran maravillosos. Sin embargo, se había pasado de la raya en repetidas ocasiones, había obrado mal, por lo que destapar sus mentiras era apropiado.

Aun así, mientras caminábamos me compadecí de él. Al observarlo de cerca me resultaba evidente que sufría lo indecible. Michael había descrito su maniobra de encubrimiento como «un engaño monumental muy, muy bien planeado». Pero, en mi opinión, había sido un caos, y el último día Jonah no había estado «glacial», sino con la moral por los suelos.

«Estoy sumido en la vergüenza y el arrepentimiento —me había escrito en un correo electrónico antes de que yo tomara un vuelo a Los Ángeles para reunirme con él—. Este proceso de humillación es de una brutalidad acojonante.»

Jonah me presentaba un futuro tan negro como el que le auguraban Michael y Andrew Wylie. Veía ante sí una vida entera de infortunio. A los treinta y un años, pese a vivir en un país que veneraba la redención y las segundas oportunidades, el hombre estaba convencido de que su tragedia no tendría un final feliz. Yo quería creer que, después de cumplir alguna penitencia y de pasar por una travesía del desierto, lograría convencer a sus lectores y colegas de que se había regenerado. Que encontraría la manera de volver a estar en la brecha. Al fin y al cabo, no éramos unos monstruos.

Escribir sobre ciencia había sido la ambición de Jonah Lehrer desde el principio. Después de que accediera a hablar conmigo, encontré una vieja entrevista que le había hecho un periódico estudiantil diez años atrás, cuando contaba veintiún años.

> Aspira a ser escritor científico. «La ciencia se percibe demasiado a menudo como un tema árido —asegura—. Quiero hacerla comprensible y demostrar lo hermosa que puede llegar a ser.»
>
> KRISTIN STERLING, *Columbia News*, diciembre de 2002

La entrevista se publicó con motivo del anuncio de que a Jonah se le había

otorgado una beca Rhodes para estudiar un posgrado de dos años en Oxford. «Cada año, se concede la beca Rhodes a treinta y dos estadounidenses jóvenes —reza su página web—, seleccionados no solo por sus resultados académicos excepcionales, sino por su carácter, su compromiso con los demás y el bien común.»

Bill Clinton había sido uno de aquellos becarios, al igual que el cosmólogo Edwin Hubble y el director de cine Terrence Malick. En 2002, solo dos estudiantes de Columbia recibieron esa distinción: Jonah y Cyrus Habib, que, diez años después, es uno de los pocos políticos estadounidenses con ceguera total y el americano de origen iraquí con un cargo público de mayor rango, pues ocupa un escaño en la asamblea legislativa del estado de Washington. Cyrus Habib parece un tipo increíble.

Jonah empezó a escribir su primer libro, *Proust* y la neurociencia cuando aún era becario en Oxford. Se basaba en la premisa de que los grandes avances actuales en neurociencia ya habían sido llevados a cabo por artistas de hace cien años como Cézanne y Proust. Era un libro encantador. Jonah escribía bien y con inteligencia, lo que no es un elogio envenenado como afirmar que Mussolini conseguía que los trenes llegaran a tiempo. Escribió textos valiosos durante su breve carrera, ensayos no contaminados por la deshonestidad. Después de Proust vino *Cómo decidimos* y, por último, *Imaginar*. De forma paralela, Jonah ganó una fortuna pronunciando discursos motivacionales en innumerables congresos de los que yo nunca había oído hablar, como la Conferencia Internacional de la Asociación Internacional de Comunicadores Empresariales de 2011, FUSION, la Octava Conferencia Anual de Usuarios de Desire2Learn, en Denver, y la Conferencia Nacional de Financiadores en Favor de Organizaciones Eficaces, en Seattle.

En esta última, contó la historia de un deportista joven, un saltador de altura que no lograba sobrepasar la barra por más que lo intentaba. Los otros saltadores se burlaban de él. Pero luego, al pensar de forma contraria a la intuición, inventó una técnica innovadora de salto, llamada estilo Fosbury, con la que ganó la medalla de oro en los Juegos Olímpicos de 1968. Para entonces Jonah cobraba sumas exorbitantes —decenas de miles de dólares— como orador. Supongo que se mostraban tan generosos con él porque transmitía mensajes inspiradores al público. Mis charlas suelen ser más desmotivadoras. Me he percatado de que eso no está igual de bien pagado.

El adjetivo que se aplicaba con más frecuencia a Jonah era «gladwelliano», en honor a Malcolm Gladwell, el escritor neoyorquino autor del libro de divulgación científica antiintuitiva de mayor éxito, *La clave del éxito*. Las sobrecubiertas de las obras de Jonah se asemejaban a las de Malcolm Gladwell. Ambas parecían envoltorios de ordenadores Apple. Jonah estaba causando sensación. Cuando cambiaba de trabajo, la prensa lo consideraba una noticia:

> Jonah Lehrer pasa de
> *Wired* a *The New Yorker*
>
> Jonah Lehrer, autor de los libros de divulgación científica *Proust era científico* [sic], *Cómo decidimos* e *Imaginar*, de 2012, ha dejado su trabajo como redactor colaborador en *Wired* para ocupar el puesto de redactor de plantilla en *The New Yorker*.
>
> En muchos sentidos, Lehrer es una versión de Gladwell más joven y centrada en el cerebro, lo que lo convierte en un fichaje lógico para *The New Yorker*.
>
> CAROLYN KELLOG, *Los Angeles Times*,
> 7 de junio de 2012

Jonah renunció a su empleo en *The New Yorker* siete semanas después, el día que salió a la luz el artículo de Michael. La noche del domingo anterior a la publicación, había dado una conferencia en el congreso de educación mundial de Meeting Professionals International en San Luis. Durante el acto —según un tuit publicado por la periodista Sarah Braley, que se encontraba en el público—, Jonah había declarado que, desde la invención de Skype, la asistencia a las reuniones había aumentado, contra todo pronóstico, un treinta por ciento. Cuando abandonó el escenario, Sarah Braley lo buscó y le preguntó de dónde había sacado esa estadística tan inverosímil.

—De una conversación con un profesor de Harvard —respondió él.

Cuando Braley quiso saber el nombre del profesor, él se negó a revelárselo por algún motivo misterioso.

—Tendré que pedirle permiso —explicó.

Braley le dio su tarjeta, pero nunca recibió una llamada suya, lo que no la sorprendió, dado que al día siguiente Jonah cayó en el oprobio y dimitió de

su puesto.

En los días sucesivos, los editores de Jonah retiraron y destruyeron todos los ejemplares de *Imaginar* que quedaban en circulación y ofrecieron un reembolso a todo aquel que había comprado uno. Las citas de Dylan habían bastado para echar por los suelos la reputación de Jonah. La espiral de pánico en que cayó después la remató: Michael escribió en su artículo que Lehrer le había respondido «con evasivas, medias verdades y, al final, directamente con mentiras». Los foros de Internet se llenaron de comentarios como: «El gilipollas este había triunfado tanto en la vida que da bastante gusto verlo humillado» (*The Guardian*), «Ya puedes ir ahorrando los derechos de autor de tus libros, imbécil, porque vas a necesitar el dinero» (*The New York Times*) y: «Debe de ser extraño mentir como un descosido» (revista *Tablet*).

Entretanto, en Brooklyn, Michael se devanaba los sesos preguntándose si había hecho bien al pulsar «enviar», aunque, en esencia, consideraba que el desenmascaramiento de Jonah era un golpe justificado contra el género de la divulgación científica. «Para presentarlo todo en un bonito paquete que haga que mi madre diga "oh, acabo de leer una cosa: ¿sabías que X lleva a Y?" hay que tomar atajos, joder.» Las palabras de Andrew Wylie lo atormentaban. Tal vez no fuera motivo suficiente para arruinarle la vida a un hombre.

Lo peor, sin embargo, estaba por llegar. La revista *Wired* pidió al profesor de periodismo Charles Seife que estudiara las dieciocho columnas que Jonah había escrito para ellos. Según su informe, todas menos una mostraban «indicios de mala praxis periodística». La principal práctica reprobable de Jonah consistía en reutilizar sus propias frases en artículos distintos, pero no era la única. Imagínese el lector que yo hubiera omitido las comillas en la cita de la web de las becas Rhodes que aparece más arriba. Esa mezcla de dejadez y plagio es una constante en sus escritos. Seguramente su peor pecado fue transcribir párrafos de un blog escrito por Christian Jarrett, de la Sociedad Psicológica Británica, y hacerlos pasar por propios.

Michael me aseguró que había experimentado un enorme alivio al descubrir que «la podredumbre se extendía a cada libro, cada artículo periodístico».

Jonah se esfumó, no sin antes dejar un tuit final, previo a la humillación, como un plato de comida solidificada en el *Mary Celeste*:

> El nuevo álbum de Fiona Apple es «asombroso», proclama

extasiado @sfj.
@jonahlehrer 18 de junio de 2012

Hacía caso omiso de todos los periodistas que se ponían en contacto con él para entrevistarlo. Solo reapareció una vez, para anunciarle a Amy Wallace, de *Los Angeles Magazine*, que no concedía entrevistas. Por eso me sorprendió mucho recibir una respuesta al correo electrónico que le había enviado. «Me alegra que te hayas puesto en contacto conmigo —escribió— y estaré encantado de charlar por teléfono o lo que sea.» Al final acordamos ir de excursión a Hollywood Hills. Tomé un avión a Los Ángeles, aunque el último correo que me había enviado contenía una frase inesperada e inquietante hacia el final: «No sé si estoy preparado para convertirme en objeto de estudio o para hacer declaraciones oficiales.» Me parecía apropiado caminar con él por un desfiladero yermo, pues estaba sufriendo un castigo bíblico, una vergüenza pública seguida del destierro a un desierto, pero hasta aquí llegaba la analogía, pues los páramos bíblicos no solían estar repletos de estrellas de cine y modelos deslumbrantes que paseaban a sus perros.

Avanzamos en silencio durante un rato. Entonces Jonah expuso dos razones más (aparte de «a los estadounidenses les gustan las tragedias con final feliz») por la que yo no debía escribir sobre él. En primer lugar, si pretendía tratarlo con amabilidad, él no lo merecía. En segundo, una advertencia:

—Más que nada, me siento intensamente radiactivo. Incluso cuando la gente acude a mí con buenas intenciones, acabo por transferirle mis isótopos.

Estaba insinuando que juntarme con él me corrompería de algún modo insospechado.

—¡Bueno, eso a mí no me ocurrirá! —exclamé con una carcajada.

—Pues serás el primero —replicó.

Al oír esto, me estremecí. Era una afirmación aterradora. No obstante, seguí intentando convencerlo, sin desfallecer, pero cada argumento parecía angustiarlo más, como si yo estuviera atrayendo su barco hacia los escollos con mis cantos de sirena sobre una posible redención. Me contó que sus peores días eran aquellos en que se permitía concebir esperanzas de una segunda oportunidad, y los mejores, cuando aceptaba que todo había acabado para siempre y que su caída en desgracia era un castigo ejemplar

necesario para los demás.

Me di por vencido. Jonah me llevó en coche a mi hotel. Durante el trayecto, no aparté la mirada de mis rodillas, agotado, como un operador de telemárketing tras una larga jornada.

—He decidido presentar una disculpa pública —anunció de pronto Jonah.

Alcé la vista hacia él.

—¿En serio?

—La semana que viene —dijo—. En Miami. En un almuerzo de la Fundación Knight.

La Fundación John S. y James L. Knight fue creada por los propietarios del *Chicago Daily News* y el *Miami Herald* para ofrecer apoyo económico a periodistas jóvenes de ideas innovadoras. Jonah me explicó que iba a celebrarse una conferencia para la junta directiva de la fundación y que le habían pedido que pronunciara el discurso de después del almuerzo el último día. Como partidarios de los medios digitales, planeaban emitir la charla en directo en su página web.

—No dejo de escribir, desechar y reescribir —me contó—. ¿Te importaría echarle un vistazo? Tal vez luego podríamos discutir si encajo o no en la estructura de tu libro.

> Soy autor de un libro sobre la creatividad conocido sobre todo por las citas apócrifas de Bob Dylan que contiene. Cometí varios plagios en mi blog. Mentí en repetidas ocasiones a un periodista llamado Michael Moynihan para disimular las falsedades sobre Dylan...

Iba sentado en el avión, leyendo el discurso de disculpa de Jonah. El principio era contundente: una declaración de culpa sin paliativos seguida de una descripción de la vergüenza y el arrepentimiento que sentía:

> Pienso en todos los lectores a los que he defraudado, personas que pagaron mucho dinero por mi libro y ya no lo quieren en sus estanterías...

Me sorprendió su franqueza. Durante la caminata, había insistido en que, si accedía a que lo entrevistara, el único tema tabú sería el de la vergüenza. Según él, era demasiado íntimo y personal. Pero la frase siguiente ponía de

manifiesto que la vergüenza era algo que deseaba afrontar lo antes posible en su camino hacia algún otro objetivo. Pronto me quedó claro que aquel discurso de disculpa era distinto de todos los demás. Jonah se había propuesto explicar sus fallos en el contexto de la neurociencia. Era una disertación de Jonah Lehrer sobre los defectos particulares de las personas inteligentes como Jonah Lehrer. Empezaba comparándose con científicos ignorantes de su imperfección que trabajaban en el laboratorio forense del FBI. Personas inocentes habían sido condenadas por terrorismo porque unos brillantes científicos del FBI

> cayeron víctimas de su cerebro oculto, arrastrados por defectos tan arraigados que ni siquiera eran conscientes de su existencia.

Mencionaba el ejemplo de Brandon Mayfield, un abogado de Oregón acusado en falso por el FBI de cometer el atentado del 11 de marzo de 2004 en Madrid. Alguien había recogido una huella dactilar de una bolsa de detonadores encontrada en la escena del crimen. Cuando la introdujeron en la base de datos del FBI, el sistema identificó a Mayfield como posible sospechoso.

> Los investigadores pronto descubrieron que Mayfield era un musulmán casado con una inmigrante egipcia y que había representado a un terrorista convicto en una disputa por la custodia de los hijos.

El FBI mantuvo detenido a Mayfield durante dos semanas, antes de reconocer que sus huellas no se parecían «ni remotamente» a la encontrada en la bolsa. De hecho, la agencia había cometido un error conocido como «sesgo de confirmación». Solo se habían tomado en serio la información que confirmaba su idea preconcebida de que Mayfield era el culpable y habían pasado por alto inconscientemente las pruebas que apuntaban a su inocencia. Como consecuencia del escándalo, el FBI implantó reformas rigurosas para erradicar los errores. Sería genial —concluía el discurso de Jonah— si él pudiera hacer algo parecido.

> Si tengo la suerte de volver a trabajar como escritor, no consignaré

> un solo dato sin confirmar y sin indicar la fuente en una nota al pie de página. Porque si algo he aprendido es que, a menos que esté dispuesto a batallar en todo momento contra mis debilidades —mientras no me obligue a mí mismo a corregir mi primer borrador, atender a las críticas del segundo y someter el definitivo al criterio de profesionales independientes para pulirlo a fondo—, no crearé algo que valga la pena tener por casa.

Era el final feliz que Jonah creía que los estadounidenses querían. Allí, en el avión, caí en la cuenta de que no tenía idea de si era un discurso bueno o malo, ni de qué acogida recibiría. El episodio del FBI era demasiado tangencial y evasivo. En realidad, Jonah no era como el FBI. Da la casualidad de que yo también me he documentado sobre los peligros del sesgo de confirmación y coincido con Jonah en que se trata de un impulso muy fuerte que suele estar en la raíz de las peores injusticias. De hecho, desde que sé lo que es el sesgo de confirmación, lo veo por todas partes. Sin excepción. Pero hasta a un fanático del sesgo de confirmación como yo le resultaba evidente que Jonah no había sucumbido a él. Adulterar citas de Bob Dylan para reforzar una tesis sobre el proceso creativo no era sesgo de confirmación.

Por eso la digresión sobre el FBI me parecía un poco tortuosa, pero todavía cabía la posibilidad de que el discurso fuera como el final de *El cantor de jazz*, la película con Neil Diamond, donde un cantor de sinagoga caído en desgracia se gana a los fieles al recordarles lo bella que es su voz. Le mandé a Jonah un correo electrónico en el que le decía que su discurso me parecía magnífico. Me escribió un mensaje de agradecimiento. Le pregunté si podía acompañarlo a Miami. Respondió que no.

«Soy autor de un libro sobre la creatividad conocido sobre todo por las citas apócrifas de Bob Dylan que contiene. Mentí [...] a un periodista llamado Michael Moynihan...»

Jonah se encontraba de pie en la tribuna de la fundación King, muy quieto. Yo lo miraba desde casa, a través del ordenador. En la época en que ganaba mucho dinero como orador, modulaba la voz para recalcar algunas palabras. En cambio, ahora hablaba con un soniquete que recordaba a un niño asustado al frente de la clase. Era el discurso más importante de su vida. Estaba rogando que le concedieran una segunda oportunidad. Como si la

situación no fuera ya lo bastante estresante para él, la Fundación Knight había decidido instalar una pantalla gigante que mostraba una cronología de Twitter detrás de su cabeza. Quienes miraban la emisión por Internet podían tuitear su opinión sobre la súplica de perdón de Jonah utilizando la etiqueta #infoneeds y su comentario aparecía automáticamente, a tiempo real y en letras descomunales, justo junto a la cara de Jonah. Había una segunda pantalla colocada a la altura de su vista.

Advertí que Jonah parpadeaba al mirarla.

> «Vaya. En su charla, Jonah Lehrer se lanza de cabeza a una enumeración de fracasos, errores y mea culpa.
>
> »Y así, señoras y señores, es como se piden disculpas.»

Durante los siete meses anteriores, Jonah había sido desacreditado, ridiculizado y expulsado. Había vagado por los desfiladeros de Los Ángeles, arrastrando los pies, lastrado por una culpabilidad y una vergüenza incesantes, un dolor constante y atenazador. Y ahora, de pronto, se había encendido una chispa de esperanza. Me sentía como si estuviera siendo testigo de un milagro. Tal como había ocurrido con los creadores de mi *spambot*, sabíamos cuándo humillar a alguien y cuándo dejarlo en paz. Era como si entendiéramos de forma instintiva que el castigo de Jonah había alcanzado su justa culminación y había llegado el momento de escucharlo.

Y entonces Jonah pasó a exponer la analogía con el FBI.

—Quiero contarles una historia que me ha infundido un poco de esperanza. Es la historia de una equivocación y de cómo se subsanó. Estaba investigando acerca de ella en la época en que mi carrera se vino abajo. Una historia sobre ciencia forense...

A Jonah, y a mí, que lo miraba desde casa, pronto nos quedó meridianamente claro que el público no tenía el menor interés en sus opiniones sobre la ciencia forense. Tal vez lo habría tenido en algún otro momento de su vida profesional. Pero ya no.

> «Jonah Lehrer quiere hacerse perdonar por sus plagios a fuerza de aburrimiento.»

«No me acaba de convencer el rollo de mea culpa que @jonahlehrer está soltando con cara de póquer.»

«No soporto seguir escuchando la disculpa de @jonahlehrer. Resulta aburrida y poco convincente. Es hora de pasar a otra cosa.»

Jonah continuó con su discurso. Explicó que, un mes antes de presentar la dimisión, había entrevistado al economista conductual Dan Ariely, quien afirmaba que «la mente humana es una máquina de fabricar recuerdos...».

«"La mente humana es una máquina de fabricar recuerdos." A eso llamo yo eludir la responsabilidad.»

«Utiliza la psicología popular barata para justificar su incapacidad de escribir psicología popular barata desde cero.»

«Jonah Lehrer es un puñetero sociópata.»

Atrapado en la tribuna, a Jonah le quedaban veinte minutos de discurso, más un turno de preguntas.

Yo estaba de acuerdo con el tuitero que había comentado que Jonah estaba eludiendo la responsabilidad al alegar que «el cerebro humano es una máquina de fabricar recuerdos». Pero en medio de una disculpa parecía irrelevante que las críticas fueran legítimas o no. Un torrente de ellas estaba desfilando ante sus ojos. Le estaban diciendo de la manera más visceral e instantánea que para él no había perdón ni posibilidad de reintegración:

«La única forma en que @jonahlehrer puede reparar sus faltas es dedicándose a un trabajo totalmente distinto. Como escritor ya ha perdido toda credibilidad para siempre.»

«No tengo ningunas ganas de perdonarlo o leer sus futuras obras.»

«Perorata de un narcisista delirante que no se arrepiente de nada.»

> «El discurso de Jonah Lehrer debería titularse "Cómo reconocer a un gilipollas que se engaña a sí mismo y cómo evitarlo en el futuro".»

A pesar de todo, se vio obligado a continuar. No tenía alternativa. Debía llegar hasta el final. Con voz inexpresiva declaró que esperaba que algún día, «cuando le refiera a mi hija de corta edad el relato que acabo de contarles, yo sea mejor persona gracias a ello. Más humilde…»

> «Un momento: ¿Jonah Lehrer da una conferencia sobre periodismo? ¿No han encontrado a nadie que no fuera un farsante y tuviera algo interesante que decir?»

> «Jonah Lehrer hace una gran demostración de psicología conductual popular: un deficiente moral intenta culpar a un fallo cognitivo.»

> «No ha demostrado ser capaz de sentir vergüenza.»

El discurso finalizó con un aplauso de cortesía por parte de los presentes en la sala.

Mezclados entre el alud de insultos había llamamientos a la compasión, unos pocos tuits que señalaban lo extraña que era la escena que se desarrollaba:

> «Puf, Jonah Lehrer pide perdón junto a una cronología de tuits que se burlan de él. Viene a ser la versión del siglo XXI de una flagelación en la plaza pública.»

> «Jonah Lehrer es una persona de carne y hueso. Twitter me está dando muy mal rollo ahora mismo.»

> «Los delitos de Jonah Lehrer son graves, pero disculparse delante de una pantalla gigante con mensajes de Twitter me parece un castigo cruel e insólito.»

Sin embargo, todo ello se me borró de la memoria cuando alguien tuiteó: «¿Ha cobrado Lehrer por estar hoy aquí?»

«Claro que no», pensé.

Y entonces Knight respondió a esa pregunta.

> «Se le han pagado 20.000 dólares a Jonah Lehrer por hablar sobre plagios en el almuerzo Knight.»
>
> «Ojalá me pagaran 20.000 dólares a mí por decir que soy una basura embustera.»

Y cosas por el estilo, hasta última hora de aquella tarde, cuando, por fin:

> «Fundación pro periodistas pide disculpas por haber pagado 20.000 dólares al desacreditado autor Jonah Lehrer.»

«Ha sido un día espantoso —escribió Jonah por correo electrónico—. Me invaden remordimientos de toda clase.»

Le mandé una respuesta en la que le expresaba mi apoyo y le sugería que donara los veinte mil dólares a una organización benéfica.

«Ya nada puede arreglar esto —replicó—. Tengo que ser realista. No debería haber aceptado la invitación para hablar en público, pero es demasiado tarde.»

—Que se vaya a la mierda. Ni siquiera es capaz de pedir disculpas sin encajarlas en su esquema mental —me espetó Michael Moynihan mientras almorzábamos en el restaurante Cookshop de Nueva York. Sacudió la cabeza, perplejo—. Eso ni siquiera era una disculpa. Era una sarta de gilipolleces gladwellianas. El tipo estaba en piloto automático, como un robot. «Dejad que cite un estudio de algún investigador.» Todas esas palabras que empleó para describir su deshonestidad... Era como si le hubieran dado en la cabeza con un diccionario de sinónimos. —Hizo una pausa—. ¡Ah! —añadió—. Alguien me envió un mensaje de texto. Me señaló un detalle, pero al principio me pareció que le estaba dando más importancia de la que tenía. Jonah había dicho: «Mentí a un periodista *llamado* Michael Moynihan.» Me encanta. «Ya. Entiendo a qué te refieres», le dije. No le había mentido al «periodista Michael Moynihan». Ahí está la trampa del

lenguaje. «Un periodista *llamado* Michael Moynihan.» «¿Quién es ese desgraciado de mierda?»

Tomó un bocado de su bistec. Lo cierto era que había destapado una primicia fabulosa. Había realizado una gran labor periodística, ¿y qué había obtenido a cambio? Unos tuits de felicitación, que probablemente le habían provocado un subidón de dopamina o algo similar, y poco más: dos mil doscientos dólares y un insulto disimulado por parte de Jonah, si las sospechas de Michael y su amigo eran ciertas.

Sacudió la cabeza.

—No he sacado nada bueno de todo esto.

De hecho, Michael no solo no había ganado nada, sino que se había percatado de que algunas personas habían empezado a tenerle miedo.

Sus colegas periodistas. Unos días antes de nuestro almuerzo, algún escritor aterrorizado —al que Michael apenas conocía— había confesado espontáneamente que al escribir una biografía quizás había incurrido, sin querer, en plagio.

—Como si fuera yo quien juzga estas cosas... —se lamentó Michael.

Le gustara o no, se respiraba temor en el ambiente por lo que le había sucedido a Jonah. Pero Michael no quería convertirse en una especie de inquisidor general que deambulara por la campiña mientras los escritores balbuceaban confesiones y le imploraban perdón por crímenes que él no sabía que habían cometido.

—Te vuelves y de pronto descubres que vas a la cabeza de una turba furiosa —comentó Michael—. Entonces piensas: «¿Qué coño hace aquí esta gente? ¿Por qué se comportan como bárbaros? No quiero tener nada que ver con esto. Quiero salir de aquí.»

—Fue horrible —admití—. Durante todo este tiempo yo pensaba que estábamos viviendo una especie de renovación del sistema de justicia. Pero esa gente lo trataba con una frialdad...

La reacción a la disculpa de Jonah me había parecido brutal y desconcertante. Era como si a los usuarios de Twitter los hubieran invitado a actuar en un drama judicial, les hubieran permitido escoger su papel y todos hubieran elegido el de juez implacable. O, peor aún, todos habían decidido representar a la chusma que aparece en las litografías de flagelaciones.

—Estaba mirando a toda esa gente lanzándole a Jonah una puñalada tras otra —dijo Michael— y pensé: «Está acabado.»

Al día siguiente, conduje de Nueva York a Boston para visitar el Archivo de Massachusetts en la Sociedad Histórica de Massachusetts. Dada la virulencia con que de pronto había resurgido la humillación pública, me preguntaba por qué esta clase de castigo se había abandonado gradualmente en el siglo XIX. Suponía —como la mayoría de la gente, creo— que su desaparición se debía a la migración del campo a la ciudad. La vergüenza perdió eficacia porque una persona puesta en la picota podía confundirse entre la multitud en cuanto el escarmiento hubiera terminado. La humillación había perdido la capacidad de humillar. Esa era mi suposición. ¿Estaba en lo cierto?

Aparqué delante del Archivo de Massachusetts, un edificio brutalista que parecía un bloque de hormigón, a la orilla del mar, cerca de la Biblioteca Presidencial y Museo John F. Kennedy. En el interior estaban los microfilmes en que se conservan los más antiguos documentos legales escritos a mano por los colonos puritanos. Me senté ante un lector de microfilmes y comencé a estudiarlos con detenimiento. Por lo que conseguí averiguar, lo único que ocurrió en las colonias británicas en América durante los primeros siglos fue que varias personas llamadas Nathaniel compraron tierras próximas a los ríos. Las estilizadas letras se enlazaban sinuosas en las páginas desgastadas. La gente de aquella época debería haber dedicado más tiempo a los puntos y aparte, entre otras cosas. Empecé a leer más deprisa, desplazando el texto con poca profesionalidad, de modo que las décadas desfilaban ante mis ojos en cuestión de segundos, hasta que de repente me encontré frente a un antiguo caso de pena infamante en América.

Era el 15 de julio de 1742. Una mujer de nombre Abigail Gilpin, cuyo marido estaba embarcado, fue sorprendida «desnuda en la cama con un tal John Russell». Condenaron a ambos a «recibir veinte azotes cada uno en el poste de flagelación». Abigail apeló la decisión, no para intentar evitar los azotes, sino para que el juez «deje que se me aplique la pena antes de que se levante la gente. Ruego a su señoría tenga a bien apiadarse de mí por el bien de mis queridos hijos, que ninguna culpa tienen de las infortunadas faltas cometidas por su madre».

En los documentos no consta si el juez accedió, pero justo después encontré la transcripción de un sermón que me dio una pista de por qué ella había suplicado que la flagelaran en privado. La homilía, pronunciada por el reverendo Nathan Strong de Hartford, Connecticut, exhortaba a los fieles a mostrarse menos eufóricos en las ejecuciones: «¡No acudáis a ese terrorífico

lugar con el espíritu exaltado y el corazón alegre, pues en él habita la muerte! ¡En él habitan la justicia y la condenación! En él habita el poder del gobierno, ejercido en su forma más atroz [...]. Aquel que es capaz de ir y contemplar la muerte solo para satisfacer su ánimo ocioso carece tanto de humanidad como de devoción.»

Después de almorzar, recorrí los pocos kilómetros que me separaban de la Sociedad Histórica de Massachusetts, una antigua y majestuosa casa urbana en Boylston Street. Recordé algo que Jonah me había escrito por correo electrónico antes de que yo tomara el vuelo a Los Ángeles: «Este proceso de humillación es de una brutalidad acojonante.» Pensé en la expresión «proceso de humillación». Imaginar su castigo como un proceso en vez de como una batalla campal debía de servirle de consuelo. Cuando a uno le están destrozando la vida, prefiere creer que quienes se la destrozan saben lo que hacen. Bueno, tal vez a las víctimas menos sensibles de las humillaciones les dé igual que estas se lleven a cabo de forma ordenada, pero tenía la sensación de que Jonah era un hombre que concedía importancia a la estructura y cuya única aspiración en la vida había sido impresionar a la gente y encajar.

Resultó ser que, en otros tiempos, la vergüenza pública era realmente un proceso. Un libro de leyes de Delaware que descubrí en la Sociedad Histórica de Massachusetts me reveló que si a Jonah lo hubieran declarado culpable de «mentir o difundir noticias falsas» en el siglo XIX, lo habrían «multado, puesto en el cepo durante un lapso no superior a cuatro horas, o bien castigado en público con un máximo de cuarenta azotes». Si el juez se hubiera decantado por esto último, la prensa local habría publicado una crónica detallada sobre la cantidad de retorcimientos efectuados. «Rash y Hayden se retorcieron considerablemente durante el acto, y sus espaldas quedaron cubiertas de verdugones», escribía *The Delawarean* sobre una flagelación de 1876.

Existe la creencia generalizada de que los castigos públicos se extinguieron en las metrópolis modernas porque la gente los dio por inútiles. Todos estaban muy ocupados siendo laboriosos como para molestarse en seguir el rastro de un transgresor entre las multitudes urbanas. Sin embargo, según los documentos que encontré, eso no fue lo que ocurrió en realidad. Esta práctica no desapareció porque fuese ineficaz. Se suprimió porque era demasiado brutal.

El movimiento contra las penas infamantes ya estaba en marcha cuando,

en marzo de 1787, Benjamin Rush, uno de los padres fundadores de Estados Unidos, escribió una disertación en la que llamaba a eliminarlas todas, incluidos el cepo, la picota y el poste de flagelación

> [...] puesto que la ignominia está considerada universalmente un castigo peor que la muerte. Costaría comprender que la ignominia se hubiera adoptado como una pena más leve que la muerte, como si no supiéramos que la mente humana rara vez llega a conocer la verdad sobre una materia cualquiera sin antes alcanzar el extremo del terror.

Por si a algún lector le parece que estas palabras de Rush son propias de un progresista blandengue, cabe señalar que, entre otras alternativas a la humillación pública, proponía encerrar al delincuente en una habitación —oculto a las miradas del público— y provocarle «dolor corporal»:

> Para determinar la índole, la intensidad y la duración del dolor corporal, harán falta ciertos conocimientos sobre los principios de la sensibilidad y de los efectos que producen en el sistema nervioso.

Benjamin RUSH, «An Enquiry into the Effects of Public Punishments Upon Criminals and Upon society» [Estudio sobre los efectos de las penas públicas sobre los delincuentes y la sociedad], 9 de marzo de 1787

Los castigos públicos se abolieron del todo menos de cincuenta años después de que Rush escribiera su disertación, con la excepción de Delaware, que los mantuvo absurdamente hasta 1952 (lo que explica que las reseñas de las flagelaciones que cito más arriba, infligidas en ese estado, se publicaran en la década de 1870).

En 1867, *The New York Times*, frustrado por la terquedad de Delaware, intentó cambiar su actitud con un editorial:

> Si en el fondo [de la persona condenada] arde aún un rescoldo de dignidad, la exposición a la vergüenza pública lo apaga por completo. Sin la esperanza eterna que anida en el corazón humano, sin el menor deseo de reformarse y convertirse en un buen ciudadano, ni la fe en

que esto es posible, ningún delincuente podrá regresar al camino honorable. Un muchacho de dieciocho años que es flagelado en New Castle [poste de flagelación de Delaware] por robar ya nunca levanta la cabeza en nueve de cada diez casos. Con el amor propio hecho añicos y la befa y el escarnio de la deshonra pública grabados a fuego en la frente, se siente perdido y abandonado por sus semejantes.

Citado en *Red Hannah: Delaware's Whipping Post*
[Red Hannah: poste de flagelación de Delaware]
Robert GRAHAM CALDWELL,
University of Pennsylvania Press,
Filadelfia, 1947

El 12 de febrero de 2013, de pie frente a aquella pantalla gigantesca con una cronología de Twitter, Jonah Lehrer vivió una experiencia que muchos ya consideraban atroz en el siglo XVIII.

Al salir de la Sociedad Histórica de Massachusetts, saqué mi teléfono móvil y escribí un tuit en el que preguntaba: «¿Se ha convertido Twitter en un tribunal paralelo?»

«En un tribunal paralelo, no —respondió alguien de forma escueta—. Twitter aún no emite sentencias de verdad. Solo comentarios. Pero, a diferencia de ti, Jon, no cobramos por ello.»

¿Tenía razón? Me parecía importante dar respuesta a esta pregunta, pues por lo visto a ninguno de nosotros se le había ocurrido plantearse si la persona a quien habíamos humillado se encontraba bien o hecha pedazos. Supongo que cuando las penas infamantes se ejecutan a distancia como los ataques de los drones, nadie tiene por qué reflexionar sobre lo despiadado que puede llegar a ser el poder colectivo. El copo de nieve no tiene por qué sentirse responsable del alud.

La intención de Lehrer al someterse al escarnio público era demostrar al mundo que está listo para ejercer de nuevo el periodismo, que podemos fiarnos de él porque ha aprendido a no fiarse de sí mismo. Lo único que ha demostrado es que su cerebro no funciona como el de los demás. Si lograra averiguar por qué, podría escribir un artículo de neurociencia que valdría la pena publicar.

Jeff BERCOVICI, revista *Forbes*,
12 de febrero de 2013

He estado haciendo campaña para que Lehrer done esos veinte mil dólares a la beneficencia para acallar a sus críticos con una muestra de buena voluntad... Por fin he conseguido que se ponga al teléfono esta tarde. «No estoy interesado en hacer comentarios», me ha dicho. Le he preguntado si al menos podía especificar dónde pensaba guardar el dinero. «He leído su artículo. No tengo nada que decirle», ha declarado antes de colgar.

Jeff BERCOVICI, revista *Forbes*,
13 de febrero de 2013

—Sigo sin saber muy bien qué puedo contarte... —La voz de Jonah se desvaneció. Estaba hablando conmigo por teléfono desde su casa en Los Ángeles.

—Los veinte mil dólares... —dije.

—Fue claramente un error —aseveró—. Yo no pedí ese dinero. Me lo ofrecieron. Me lo dieron sin más. O sea, ¿qué más quieres? Me... —Hizo una pausa—. Oye, tengo facturas que pagar. Hace siete meses que no gano un centavo. Vivía por todo lo alto. Ganaba dinero a carretadas. Y de pronto, me he quedado sin ingresos.

Al final accedió a concederme una entrevista más larga. Parecía agotado, como si hubiera estado en una centrifugadora diseñada por extraterrestres para comprobar los efectos del estrés sobre los humanos. Pese a ser un hombre inteligente, todo lo que había hecho desde que Michael le enviara el primer correo electrónico había sido un enorme paso en falso. Como un globo reventado, había salido disparado a un lado y luego a otro, había mentido a Michael y se había desinflado por completo en una de las humillaciones públicas más terribles de nuestro tiempo.

—Un amigo me ha enviado el enlace a una entrada del blog de Jerry Coyne, de la Universidad de Chicago [en realidad está en la Universidad de Pensilvania] —dijo Jonah—. Toda una eminencia, lo entrevisté en alguna ocasión. Escribió una entrada sobre mí en la que me tachaba de sociópata.

Tengo la impresión de que Lehrer es un poco sociópata. Sí, los actos de contrición suelen ser intentos hipócritas por parte de algunas personas de convencer a un público crédulo (como en el caso de Lance Armstrong) de que están preparadas para volver a la vida

pública. Pero Lehrer ni siquiera se ha molestado en inventarse una disculpa convincente. Llamadme inhumano, pero si fuera director de una revista, no lo contrataría ni en broma.

JERRY COYNE,
citado en richardbowker.com,
18 de febrero de 2013

—He pensado en ti —dijo Jonah—. He pensado: «Es una pregunta interesante para Jon. Jon me conoce bastante. A lo mejor sí que soy un sociópata.»

La pregunta no me sorprendió. Desde que había publicado un libro sobre psicópatas, muchas personas me habían preguntado si lo eran (o si lo era su jefe, su ex novio o Lance Armstrong). Tal vez Jonah sentía curiosidad auténtica ante la posibilidad de serlo, pero yo lo dudaba. Creo que él sabía que no lo era y que tenía otra motivación para mantener aquella conversación. Un intelectual no debería diagnosticar a nadie a distancia como sociópata. Había sido una tontería por parte de Jerry Coyne. Supongo que Jonah quería que echáramos pestes de él durante un rato. Así, humillando un poco a otro, quizá lograra recuperar parte de su amor propio. Como Jonah había tocado fondo, le seguí el juego de buen grado. Le aseguré que no me parecía un hombre sin conciencia.

—A saber qué demonios es la conciencia —repuso—. Si tener conciencia significa vivir en un mundo dominado por el arrepentimiento, entonces sí, tengo conciencia. Lo primero que hago todas las mañanas es pensar en lo que he hecho mal. Sé que eso rebosa autocompasión y te agradecería que no citaras esa frase, pero no puedo expresarlo de otra manera.

—Si considerara que es muy importante citarla, ¿me dejarías? —le pregunté.

Suspiró.

—Depende del contexto, pero preferiría que no la citaras —respondió.

La he citado porque me parecía importante, dado que mucha gente se imagina que Jonah padece una especie de falta de conciencia neurológica.

—Los remordimientos que tengo me corroen por dentro —prosiguió—. Pienso en lo que les he hecho a mis seres queridos. Lo mal que lo ha pasado mi mujer por mi culpa. Lo mal que lo ha pasado mi hermano. Y mis padres. Eso me obsesiona. Aun cuando supere la pérdida de mi posición social y de mi carrera profesional, con la que disfrutaba, jamás podré... —Se le quebró la

voz—. La vida es muy corta. Y he hecho mucho daño a la gente que quiero. No sé cómo se llama esa sensación. Creo que «remordimiento» se ajusta bastante. Me embargan unos remordimientos tremendos que no se alivian con el tiempo. Me angustian y me atormentan.

Al fondo se oía llorar a la hija pequeña de Jonah. Hablamos de la «bola de nieve» que había llevado a las citas falsas de Dylan. Había comenzado con el autoplagio: los párrafos que Jonah había reutilizado en artículos distintos. Le comenté que no parecía el crimen del siglo.

—Frank Sinatra cantó *My Way* más de una vez —argumenté.

—El autoplagio debería haberme servido de advertencia —dijo—. Debería haber comprendido que era una señal de que estaba llegando al límite. Si necesitaba reciclar mi propio material, ¿por qué estaba perdiendo el tiempo con esa entrada de blog, para empezar? Mira, podemos discutirlo desde el punto de vista ético. He oído muchas discusiones al respecto, desde luego. Pero en aquel momento no me pareció inmoral. De lo contrario, me habría tomado la molestia de borrar mis huellas. —Se quedó callado unos instantes —. Debería haber visto aquella enorme señal luminosa que me avisaba: «Te estás volviendo descuidado. Estás tomando atajos sin darte cuenta, y los atajos se convierten en hábitos, y los justificas porque estás muy ocupado.» No rechazaba ningún encargo.

—¿Qué habría tenido de malo rechazar algunos? —inquirí.

—Era una mezcla tóxica de inseguridad y ambición —dijo Jonah—. Me sentía como una moda pasajera. Como si mi éxito fuera a desaparecer al cabo de un segundo. Así que tenía que aprovechar mientras pudiera. Y tenía una ambición (hablo como si estuviera en el diván de un psiquiatra) muy arraigada, peligrosa y temeraria. La inseguridad combinada con la ambición da como resultado la incapacidad de decir que no. Y entonces un día recibes un correo electrónico que dice que hay cuatro —seis, en realidad— citas de Dylan que no están documentadas, que no aparecen en ningún otro sitio, y caes en la cuenta de que te las inventaste para el proyecto de libro que presentaste tres años atrás, y fuiste demasiado vago, demasiado estúpido, para verificarlas. Desearía, en lo más hondo, haber tenido la audacia, el valor de comprobar la veracidad de la información de mi último libro. Pero como todo aquel que verifica datos sabe muy bien, no es una labor precisamente divertida. El relato pierde un poco de garra. Te ves obligado a vértelas con todos tus errores, los conscientes y los inconscientes...

—¿Así que te olvidaste de que habías incluido citas falsas en el libro? —

pregunté.

—Si dijera que me olvidé sería demasiado indulgente conmigo mismo —repuso—. Más bien no quería recordarlo, así que no hice el menor esfuerzo por recordar. Escribía bien, ¿qué necesidad había de verificar la información?

—¿O sea que fuiste chapucero?

—No quiero culpar solo a la chapucería —afirmó—. Fue chapucería y engaño. Chapucería y mentiras. Mentí para encubrir las chapuzas.

Yo había llegado a la conclusión de que decirle que su discurso me había parecido fantástico seguramente había sido una mala jugada. En realidad, había tenido que leerlo tres o cuatro veces en el avión porque las palabras no dejaban de danzar por la página, y yo no sabía si ello se debía a un déficit de atención por mi parte o a una redacción abstrusa por parte de Jonah. Pero, como a todos los periodistas, me encantan las exclusivas —ahuyentan el pánico al fracaso—, de modo que creí que decirle que me había parecido fantástico aumentaría mis posibilidades de conseguir la entrevista.

—Trabajé muy duro en él —aseguró Jonah—. Mientras lo pronunciaba iba mirando los tuits que aparecían en la pantalla, las cosas que opinaba la gente... Para algunos, la analogía con el FBI era lo peor que habían oído en su vida. Pero no se trataba de un truco para engañar a nadie. Es mi manera de entender el mundo. Así es como pienso. Está claro que fue un error, pero... —Su voz se desvaneció.

—¡Esa cronología de Twitter! —exclamé.

—Yo estaba intentando pedir perdón, y al ver la reacción en directo... No sabía si lo soportaría hasta el final. Tuve que apagar un interruptor emocional en mi interior. Creo que me encerré en mí mismo.

—¿Qué tuits se te quedaron grabados?

—No fueron los más bestias. A esos es fácil restarles importancia. Eran los que mezclaban un poco de ternura con las puñaladas.

—¿Como cuál?

—Prefiero no...

Alegó que era incapaz de determinar por qué la gente «se puso tan furiosa» con su disculpa. Le dije que tal vez porque en muchos aspectos parecía un discurso del Jonah Lehrer del pasado. El público quería verlo alterado de alguna manera. Como no se había mostrado abiertamente sumiso, se habían sentido legitimados para imaginarlo bajo una luz dramática, como un monstruo inmune a la vergüenza.

—No querían que adoptaras un enfoque intelectual —añadí—, sino emotivo. Si te hubieras mostrado más emotivo, los habrías convencido más.

Jonah suspiró.

—Tal vez esa habría sido una estrategia mejor —admitió—, pero no quería ensayarla en público. No quería compartirla con el universo, con todos los usuarios de Twitter. No quería hablar de lo destrozado que estaba por todo este asunto. Eso es algo que tengo que superar yo, con la ayuda de mis seres queridos. Pero no quería salir a la palestra y hablar de ello delante de todo Internet.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Oh, cielos, no lo sé —dijo—. ¿Serías capaz tú de hacer algo así?

—Sí —respondí—. Creo que sí. Y creo también que eso significa que podría sobrevivir mejor que tú.

—Entonces ¿cómo sería el discurso de disculpa de Jon Ronson? —quiso saber Jonah—. ¿Qué dirías?

—Vale —murmuré—. Diría... Bueno... Yo... Hola. Me llamo Jon Ronson y quiero pedir disculpas por... —Me quedé en blanco. ¿Qué diría realmente? Me aclaré la garganta—. Solo quiero que todo el mundo sepa lo afectado que estoy...

Jonah escuchaba pacientemente, al otro lado de la línea. Guardé silencio. Aunque solo estaba representando un papel, me sentí hecho polvo. Y mi intento no me había llevado a ningún sitio.

—Lo que te sucedió es mi peor pesadilla —confesé.

—Ya —convino Jonah—. También era la mía.

Transcurrieron cuatro meses más. El invierno cedió el paso al principio del verano. Entonces, de forma inesperada, Andrew Wylie comenzó a intentar vender el proyecto de un nuevo libro de Jonah Lehrer a las editoriales de Nueva York. *A Book About Love* [Un libro sobre el amor]. Alguien filtró de inmediato la propuesta *The New York Times*. En ella, Jonah describía el momento en que lo había recorrido «el escalofrío de un mensaje de voz».

> Me han descubierto. Vomito en un cubo de reciclaje. Y luego rompo a llorar. ¿Por qué lloraba? Me habían pillado mintiendo en un intento desesperado de disimular mis errores. Y me quedó claro que mi caída se iniciaría antes de que pasaran veinticuatro horas. Perdería mi trabajo y mi reputación. Mi vergüenza privada se volvería pública.

Jonah se marchó de San Luis y regresó a Los Ángeles, con el traje y la camisa «manchados de sudor y vómito»:

> Abro la puerta principal, me quito la camisa sucia y sollozo sobre el hombro de mi esposa, que se muestra comprensiva pero confusa: ¿cómo diablos pude ser tan irresponsable? No tengo una buena respuesta que ofrecerle.
>
> Proyecto de libro de JONAH LEHRER
> filtrado a *The New York Times*,
> 6 de junio de 2013

La comunidad mediática neoyorquina reaccionó con rotunda indiferencia ante el sufrimiento de Jonah. «Lo del "cubo de reciclaje" es un detalle irrisorio para un plagiador compulsivo —escribió Tom Scocca, del blog de cotilleos Gawker—. Y, obviamente, o nos presentas a dos testigos que te hayan visto vomitar en el momento y el lugar que tú dices, o mejor te olvidas del asunto.»

Y entonces, para mi sorpresa, Daniel Engber, de *Slate*, reveló que se había pasado un día estudiando la propuesta de Jonah y creía haber descubierto un plagio en ella.

Jonah no podía haber cometido una insensatez tan demencial. ¿O sí?

Al leer el artículo de Engber con más atención, las cosas no parecían tan inequívocas. «Un capítulo sobre el secreto para un matrimonio feliz —afirmaba Engber— casi podría considerarse una copia de un ensayo reciente sobre el tema escrito por Adam Gopnik, ex colega de Lehrer en *The New Yorker*.»

> **Gopnik**: En 1838, cuando Darwin estaba pensando en casarse, escribió una serie de notas irresistibles sobre la materia, una lista con regusto científico de ventajas e inconvenientes del matrimonio... Como punto a favor, aducía que el matrimonio era una manera de hacerse con «una compañera leal y una amiga en la vejez», y, de forma memorable y concluyente, decidía que una esposa sería «mejor que un perro, en cualquier caso».

> **Lehrer**: En julio de 1838 Charles Darwin se planteaba en su cuaderno científico la posibilidad de casarse. Sus reflexiones pronto adquirieron la forma de una lista, una hoja de balance con razones para «casarse» y «no casarse». Las ventajas del matrimonio eran evidentes: Darwin mencionaba la eventualidad de tener hijos («si así lo quiere Dios»), los beneficios para la salud que trae consigo la convivencia y el placer de contar con «una compañera leal (y una amiga en la vejez)». Una esposa, escribió, seguramente era «mejor que un perro, en cualquier caso».
>
> **Gopnik**: Y los Darwin llegaron a tener algo muy similar a un matrimonio ideal.
>
> **Lehrer**: Aunque esto podría parecer un comienzo poco prometedor para una relación, los Darwin llegaron a tener un matrimonio prácticamente ideal.

Y así continuaba a lo largo de varios párrafos. Engber no estaba del todo seguro de que esto fuera en rigor un plagio, «o si él modificó las palabras lo justo para evitarlo». O a lo mejor ambos autores se habían basado en la misma fuente: «En las notas al pie de página, Lehrer refiere a la página 661 de la biografía de Darwin escrita por Desmond y Moore, y publicada en 1991. Invito a quienes posean un ejemplar a comprobar las frases exactas.»

Sin embargo, aunque no se tratara de un plagio, Engber estaba «convencido de que Lehrer no se ha reformado en absoluto. Ha fijado su rumbo con claridad meridiana. Reciclará y se repetirá, y vomitará hasta la primera papilla».

Al margen de las transgresiones que Jonah hubiera cometido o no, me daba la impresión de que siempre tendría las de perder. No obstante, Simon & Schuster le publicará *Book About Love* más o menos al mismo tiempo que este libro salga a la luz, así que todos sabremos de inmediato si le servirá para limpiar un poco su nombre.

4

Dios, fue acojonante

En los meses sucesivos, aquello se convirtió en una rutina. Cada día, personas con hijos pequeños estaban siendo linchadas por haber tuiteado alguna broma mal redactada a sus cerca de cien seguidores. Los entrevistaba en restaurantes y cafeterías de aeropuerto; figuras espectrales que vagaban por el mundo como muertos vivientes, con los trajes de oficina de su vida anterior. Sucedía con tal regularidad que ni siquiera me llamó la atención que una de aquellas víctimas, Justine Sacco, hubiera estado trabajando en el mismo edificio que Michael Moynihan hasta que, tres semanas atrás, mientras se encontraba de paso en el aeropuerto de Heathrow, escribió un tuit que tuvo consecuencias desastrosas.

Era el 20 de diciembre de 2013. Durante los dos días anteriores, ella había estado tuiteando a sus ciento setenta seguidores comentarios mordaces sobre sus vacaciones. Era como una Sally Bowles de las redes sociales, decadente, frívola y alegremente ajena a la política seria, que permanecía al acecho. Estaba, por ejemplo, su ocurrencia sobre el alemán que había tomado el mismo vuelo que ella desde Nueva York: «Tío alemán raro: viajas en primera. Estamos en 2014. Usa desodorante. Monólogo interior mientras inhalo olor corporal. Menos mal que hay fármacos.» Luego, durante la escala en Heathrow: «Chili, sándwiches de pepino, dentaduras chungas... ¡He vuelto a Londres!» Y luego, la puntilla: «Voy a viajar a África. Espero no contraer el sida. Es broma: ¡soy blanca!»

Riendo para sus adentros, pulsó «enviar» y se paseó por el aeropuerto durante media hora, echando algún que otro vistazo a Twitter.

—No había recibido nada —me contó—. Ninguna respuesta.

Supuse que ello le había causado un ligero desánimo; esa tristeza que te invade cuando nadie te ríe una gracia, ese negro silencio que te envuelve cuando Internet te ignora. Embarcó en el avión. La esperaba un vuelo de once horas. Durmió durante buena parte de él. Después de aterrizar,

encendió el teléfono. Recibió en el acto un mensaje de texto de una persona con la que había perdido el contacto desde que había terminado el bachillerato: «Siento mucho ver lo que está ocurriendo.»

Se quedó mirándolo, perpleja.

—Y entonces mi teléfono explotó —dijo.

Mantuvimos esta conversación tres semanas después, en el restaurante Cookshop de Nueva York (que ella había elegido). Era exactamente el mismo establecimiento donde Michael me había relatado la caída en desgracia de Jonah. Se estaba convirtiendo para mí en el Restaurante de las Historias de Vidas Destrozadas. Pero solo se trataba de una casualidad en parte. Se hallaba cerca del edificio en el que los dos habían trabajado. A Michael le habían ofrecido empleo en el *Daily Beast* como resultado de su magnífica primicia sobre Jonah, y Justine, en un despacho de la planta superior, dirigía el departamento de relaciones públicas de IAC, la empresa editora de la revista, propietaria también de Vimeo, OkCupid y Match.com. Me había citado allí y se había puesto su ropa cara de ejecutiva porque a las seis de la tarde tenía que volver al despacho para llevarse sus cosas.

Mientras esperaba en la pista de aterrizaje del aeropuerto de Ciudad del Cabo, le llegó un segundo mensaje de texto. «Llámame en cuanto puedas. —Era de Hannah, su mejor amiga—. Ahora mismo eres tendencia mundial en Twitter.»

De modo que Justine echó un vistazo a su cronología.

> «En vista del tuit asquerosamente racista de @justinesacco, haré un donativo a @care hoy mismo» y «¡¿Cómo consiguió @justinesacco un puesto de relaciones públicas?! Su ignorancia racista es propia del canal Fox News. ¡El #sida puede afectar a cualquiera!» y «No tengo palabras para describir esa mierda de tuit vomitivo y racista de Justine Sacco. Estoy más que horrorizada» y «Soy empleado de IAC y no quiero que @justinesacco vuelva a emitir comunicados en nuestro nombre. Nunca más» y «Denunciad todos a esa hija de puta de @justinesacco», y, por parte de IAC, la empresa para la que trabajaba, «Es un comentario indignante y ofensivo. En estos momentos la empleada está ilocalizable, en un vuelo internacional» y

> «Me parece fascinante el escándalo @justinesacco. Es mundial y por lo visto ella SIGUE EN EL AVIÓN» y «Daría lo que fuera por verle la cara a @justinesacco cuando su avión aterrice y ella revise su correo y su buzón de voz» y «Seguro que nadie ha tenido una experiencia tan traumática al encender el móvil como la que tendrá @justinesacco cuando su avión aterrice» y «Parece que @justinesacco aterriza dentro de unos nueve minutos. La cosa pinta interesante» y «Estamos a punto de ver como despiden a la guarra de @justinesacco. EN TIEMPO REAL. Antes incluso de que SEPA que la están despidiendo» y luego, después de que ella borrara el tuit, presa de la desesperación, «lo siento, @justinesacco: tu tuit ha quedado inmortalizado» y otros comentarios por el estilo hasta sumar un total de cien mil tuits, según los cálculos de la página web Buzzfeed, al cabo de varias semanas: «Tío, ¿te acuerdas de @justinesacco? #HaAterrizadoYaJustine. Joder, fue brutal. MILLONES de personas esperando a que aterrizara.»

En una ocasión le pregunté a una víctima de un accidente de tráfico qué había sentido al verse implicada en una colisión violenta. Me contó que su recuerdo más escalofriante era que, antes del choque, el automóvil era su amigo, trabajaba para ella, con unas curvas diseñadas para amoldarse perfectamente a su cuerpo y una carrocería lisa, brillante y elegante, hasta que, de pronto, se había transformado en un arma, un instrumento de tortura, haciéndola sentir como si se encontrara dentro de una doncella de hierro. Su amigo se había convertido en su peor enemigo.

A lo largo de los años, he compartido mesa con muchas personas cuyas vidas habían resultado destrozadas. Por lo general los responsables del destrozo eran el gobierno, el ejército, las grandes multinacionales o esencialmente ellos mismos, como en el caso de Jonah Lehrer (al menos al principio; los demás tomamos el relevo cuando él intentaba pedir perdón). Me dio la sensación de que, con Justine Sacco, era la primera vez que entrevistaba a alguien a quien le habíamos destrozado la vida entre todos.

Google cuenta con un programa, Google AdWords, que te permite averiguar cuántas veces han buscado tu nombre en un mes determinado. En octubre de 2013, a Justine la buscaron en Google treinta veces. En noviembre de 2013, también treinta veces. Durante los once días transcurridos entre el 20 y el 31 de diciembre, se realizaron 1.220.000 búsquedas de su nombre.

En el aeropuerto de Ciudad del Cabo la esperaba un hombre. Era un usuario de Twitter, @Zac_R. Le hizo una fotografía a Justine y la colgó en Internet. «Pues sí —escribió—. @justinesacco ha aterrizado efectivamente en Cape Town International. Se ha puesto gafas de sol para pasar desapercibida.»

Habían pasado tres semanas desde que Justine había pulsado «enviar» para publicar ese tuit. El *New York Post* la había seguido hasta el gimnasio. La prensa hurgaba su cronología de Twitter en busca de más barbaridades.

> Y el premio al tuit más refinado de todos los tiempos es para: «Anoche tuve un sueño erótico con un chico autista.» (4 de febrero de 2012)
>
> «16 Tweets Justine Sacco Regrets»
>
> [Dieciséis tuits que Justine Sacco lamenta haber escrito], Buzzfeed, 20 de diciembre de 2013



Justine Sacco (con gafas de sol) en el aeropuerto de Ciudad del Cabo. Fotografía de @Zac_R reproducida con su permiso.

Justine me aseguró que sería la única vez que hablaría con un periodista sobre lo que le había sucedido. Según ella, le parecía demasiado angustioso. Y poco recomendable:

—Como publicista, dudo mucho que recomendara a un cliente que accediera a participar en tu libro. Estoy muy nerviosa por ello. Me aterra exponerme a ataques futuros. Pero creo que es necesario. Quiero que alguien muestre al mundo lo demencial que es mi situación.

Era demencial porque «solo un demente creería que los blancos no contraen el sida». Fue una de las primeras cosas que me dijo en cuanto se sentó.

—Me parecía un comentario tan demencial por parte de una estadounidense que creía que era imposible que alguien lo interpretara en sentido literal. Sé que hay personas llenas de odio a quienes no les gusta la gente y que suelen tratar mal a los demás. Pero yo no soy así.

Justine llevaba unas tres horas volando —probablemente dormía mientras sobrevolaba España o Argelia— cuando los retuits de su mensaje empezaron a inundar mi cronología de Twitter. Tras un desenfadado y breve «vaya, alguien la ha liado», empecé a pensar que los que tomaban parte en su linchamiento padecían una especie de locura colectiva o algo parecido. Me parecía evidente que aunque no hacía mucha gracia, su broma no era racista, sino un comentario autocrítico sobre los privilegios de los blancos y nuestra tendencia a considerarnos inmunes a los horrores de la vida. ¿O no?

—Era una broma sobre una situación real —explicó Justine—. Una broma sobre una situación terrible que se da en la Sudáfrica posterior al *apartheid* y a la que no prestamos atención. Era un comentario totalmente surrealista acerca de lo desproporcionado de las estadísticas sobre el sida. Por desgracia, no soy un personaje de *South Park* ni un cómico, de modo que no me correspondía hacer un chiste tan políticamente incorrecto sobre la epidemia en un foro público. En otras palabras: no pretendía concienciar a la gente sobre el sida, ni cabrear al mundo entero, ni arruinar mi vida. En Estados Unidos vivimos como en una burbuja, aislados de lo que pasa en el Tercer Mundo. Yo me estaba burlando de esa burbuja.

Da la casualidad de que yo hice una broma similar —aunque más graciosa — en una columna para *The Guardian*. Había tomado un vuelo a Estados Unidos y en el aeropuerto me sometieron a un «control secundario» (por lo visto andaba suelto un sicario mafioso con un nombre muy parecido a Jon Ronson). Me llevaron a una sala de espera abarrotada y me indicaron que aguardara allí.

> Por todas partes hay carteles que rezan: «Está terminantemente prohibido el uso de teléfonos móviles.»
>
> Estoy seguro de que no les importará que eche un vistazo a mis mensajes de texto. Al fin y al cabo, soy blanco.

Mi ocurrencia era más divertida que la de Justine. Estaba mejor redactada. Además, como no aludía a los enfermos de sida, resultaba menos ofensiva. En resumen: mi tuit era más chistoso, estaba mejor expresado y era menos desagradable. Pero de pronto me sentí como en la escena de la ruleta rusa en *El cazador*, la película de Michael Cimino, en la que Christopher Walken se lleva la pistola a la cabeza y, con un grito, aprieta el gatillo sin que suceda nada. Justine tenía en gran parte la culpa de que tanta gente la considerara racista. Su comentario sarcástico y autocrítico estaba mal escrito, y el personaje que había creado en Twitter era en general bastante huraño. A pesar de todo, no me había hecho falta reflexionar más de unos segundos sobre su tuit para comprender lo que había querido decir. Entre sus detractores debía de haber muchos que por algún motivo habían decidido malinterpretarlo de forma consciente.

—Me cuesta asimilar que el mundo se haya formado una idea de mí tan equivocada —dijo Justine—. Han cogido mi nombre y mi foto y han creado a una Justine Sacco que no soy yo y a la que han etiquetado como racista. Me asusta pensar que, si el día de mañana perdiera la memoria en un accidente de coche y me buscara en Google, esa sería mi nueva realidad.

De pronto recordé la extraña sensación de ultraje que se apoderó de mí cuando los programadores de *spambots* crearon al falso Jon Ronson, lo dotaron de unos rasgos de personalidad que no tenían nada que ver conmigo, convirtiéndome en una especie de obseso de la comida insoportablemente parlanchín, y hubo desconocidos que creyeron que se trataba de mí sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo. Es lo que le estaba pasando a Justine, aunque no había quedado retratada como una obsesa de la comida, sino como una racista, y no eran cincuenta personas las que así lo creían, sino 1.220.000. Se supone que los periodistas debemos ser intrépidos. Se supone que debemos hacer frente a la injusticia con gallardía y sin temor a las muchedumbres enloquecidas. Pero ni Justine ni yo veíamos mucha intrepidez en la manera en que los medios informaban sobre su caso.

—Hasta los artículos del tipo «todos podríamos cometer un desliz como el de Justine Sacco en cualquier momento» se escudaban detrás de la actitud «no defiendo en absoluto lo que dijo» —me aseguró.

> [...] Si bien expresó una opinión sin duda repugnante, hay posibles circunstancias atenuantes que, aunque no justifican su comportamiento, aminoran un poco la gravedad de su falta. Aunque

> su broma es de pésimo gusto, existe una diferencia entre el discurso del odio y un intento de hacer gracia, por muy desafortunado que sea.
>
> ANDREW WALLENSTEIN,
> «Sympathy for This Twitter Devil»
> [Compasión por esta diablesa de Twitter],
> *Variety*, 22 de diciembre de 2013

Andrew Wallenstein fue más valiente que la mayoría. Aun así, era como si los medios de toda la vida estuvieran implorando clemencia a las redes sociales.

Justine emitió una disculpa pública. Interrumpió sus vacaciones familiares en Sudáfrica «por motivos de seguridad. Los empleados de los hoteles amenazaban con ponerse en huelga si yo me presentaba en uno de ellos y se me permitía registrarme. Me dijeron que nadie podía garantizar mi seguridad». Se corrió la voz por Internet de que era heredera de una fortuna de 4.800 millones de dólares y que su padre era Desmond Sacco, magnate minero sudafricano. Yo suponía que esto era cierto hasta que, durante el almuerzo, mencioné lo de los miles de millones y ella se quedó mirándome como si hubiera perdido el juicio.

—Me crie en Long Island —me dijo.

—¿En una mansión como la de Jay Gatsby? —pregunté.

—No, no era una mansión como la de Jay Gatsby —respondió Justine—. Vivía con mi madre soltera. Era auxiliar de vuelo. Mi padre vendía alfombras.

(Más tarde me explicó en un correo electrónico que se había criado «con una madre soltera, auxiliar de vuelo con dos empleos, que se casó cuando yo tenía veintiuno o veintidós años. Mi padrastro tiene bastante dinero, y creo que en mi Instagram había una foto del coche de mi madre, lo que daba la impresión de que yo procedía de una familia adinerada. Tal vez sea otra razón por la que la gente supuso que era una niña mimada. No lo sé. Pero he pensado que valía la pena comentártelo».)

Hace años, realicé una entrevista a unos supremacistas blancos en las instalaciones de las Naciones Arias de Idaho sobre su convicción de que la reunión anual del club Bilderberg —grupo integrado por políticos y líderes empresariales— formaba parte de una conspiración judía.

—¿Cómo podéis calificarla de conspiración judía si prácticamente no participan judíos en ella? —les pregunté.

—Puede que no sean judíos de verdad —respondió uno—, pero... como si lo fueran.

Así pues, no hacía falta que alguien fuera judío para que las Naciones Arias lo considerasen como tal. Lo mismo ocurría en Twitter con la racista privilegiada Justine Sacco, que ni era racista ni especialmente privilegiada. Pero daba igual. Bastaba con que diera un poco la impresión de serlo.

Luego estaban los simpatizantes del Congreso Nacional Africano. Una de las primeras cosas que la tía de Justine le dijo cuando llegó a su casa desde el aeropuerto de Ciudad del Cabo fue: «Esos no son los valores que defiende nuestra familia. Y ahora, por asociación, nos has deshonrado.»

Mientras me contaba esto, Justine rompió a llorar. Me quedé un rato en silencio, mirándola. Luego intenté decir algo que la animara un poco.

—A veces las cosas tienen que caer hasta el fondo de un pozo brutal para que la gente entre en razón —dije—. Tal vez tú seas nuestro pozo brutal.

—Caray —musitó, enjugándose las lágrimas—. Pudiendo ser tantas cosas en la conciencia colectiva de la sociedad, jamás imaginé que acabaría convirtiéndome en un pozo brutal.

Una mujer se acercó a nuestra mesa. Era amiga de Justine. Se sentó a su lado, dirigiéndole una mirada comprensiva, y dijo algo en voz tan baja que no alcancé a oírlo.

—Oh, ¿de verdad crees que me sentiré agradecida por esto? —contestó Justine.

—Sí, lo creo —afirmó la mujer—. Cada paso te prepara para el siguiente, sobre todo cuando piensas que no es así. Sé que ahora mismo no lo ves de esa manera. No pasa nada. Lo entiendo. Pero, seamos realistas: ¿de verdad habías conseguido el trabajo de tus sueños?

Justine la miró fijamente.

—Creo que sí —respondió.

Recibí un mensaje de correo electrónico de un periodista de Gawker, Sam Biddle, el hombre que posiblemente inició el linchamiento contra Justine. Uno de los ciento setenta seguidores de esta le había enviado el tuit, y él lo había retuiteado a sus quince mil seguidores. Tal vez fue así como empezó todo.

«El hecho de que ella fuera directora de relaciones públicas lo hacía más

tentador —me escribió—. Resultaba de lo más satisfactorio decir: “Vale, esta vez vamos a conseguir que el tuit racista de un alto cargo de IAC tenga repercusiones. Y vaya si las tuvo. Volvería a hacerlo.”»

Sam Biddle me estaba diciendo que el acoso y derribo de Justine estaba justificado porque ella era una racista y porque atacarla equivalía a golpear a los de arriba. Estaban hundiendo a un miembro de la elite mediática, manteniendo viva la tradición de lucha por los derechos civiles iniciada por Rosa Parks, pues los de abajo, hasta entonces sin voz, habían humillado a la racista influyente hasta derrotarla. Pero yo no creía que nada de eso fuera cierto. Si atacar a Justine Sacco era golpear a los de arriba —y no me lo parecía, dado que era una relaciones públicas desconocida con ciento setenta seguidores—, los ataques se habían vuelto aún más virulentos después de su caída. Ensañarse con Jonah Lehrer tampoco significaba golpear a los poderosos, y menos aun cuando imploraba perdón delante de la pantalla gigante en la que se mostraban los tuits.

Una vida había quedado arruinada. ¿Y todo por un poco de espectáculo en las redes sociales? Creo que como humanos tenemos la tendencia natural a ir tirando hasta que la vejez ya no nos lo permite. Pero en los medios sociales hemos creado un escenario en el que vivimos constantemente momentos de un dramatismo intenso y artificial. A diario surge un héroe magnífico o un villano detestable. Es todo muy desmesurado, distinto de nuestro comportamiento en la vida real. ¿Qué impulso se apoderaba de nosotros en momentos así? ¿Qué obteníamos de él?

Advertí que Sam Biddle también estaba algo alarmado, como si hubiera disparado con una pistola y la fuerza del retroceso lo hubiera empujado con violencia hacia atrás. Afirmaba que le sorprendía ver la rapidez con que se había destruido la reputación de Justine. «Nunca despierto por las mañanas deseando despedir a alguien ese día, y menos aún destrozarle la vida.» Sin embargo, al final del correo electrónico expresaba la creencia de que ella «se recuperará tarde o temprano, si es que no lo ha hecho ya. La capacidad de concentración de la gente es muy limitada. Hoy tendrán algún motivo nuevo para indignarse».

Después de despedirse de mí esa tarde para ir a recoger sus cosas a la oficina, Justine se vino abajo, deshecha en llanto, en cuanto llegó al vestíbulo del edificio. Días después, volvimos a hablar. Le conté lo que había dicho

Sam Biddle respecto a que seguramente ella ya se encontraría mejor. Yo estaba seguro de que no se trataba de un comentario hecho a la ligera. La actitud de Sam era la misma que la de todos los que participan en los linchamientos virtuales masivos. ¿Quién querría conocer esa faceta de la realidad? Sea cual fuere la naturaleza de esa euforia que nos invade —locura colectiva o lo que sea—, nadie quiere estropearla asumiendo el hecho de que tiene un precio.

—Pues no me encuentro mejor —declaró Justine—. Lo estoy pasando muy mal. Tenía un trabajo estupendo que me encantaba, y ahora me lo han arrebatado, y encima en medio del jolgorio general. Todos los demás se regodeaban con ello. No paré de llorar durante las primeras veinticuatro horas. Fue una experiencia de lo más traumática. No pegaba ojo. Despertaba en plena noche sin recordar dónde estaba. De pronto, no sabía qué se suponía que debía hacer. No tenía horario. No tenía… —titubeó— un objetivo en la vida. Tengo treinta años. Había conseguido un empleo fantástico. Si no trazo un plan, si no empiezo a dar pasos para reivindicar mi identidad y recordarme todos los días a mí misma quién soy, podría acabar por perder el norte. Estoy soltera. No puedo salir con nadie, porque todos buscamos en Google a la persona con la que vamos a salir. Así que eso me lo han arrebatado también. ¿Cómo voy a conocer a gente nueva? ¿Qué van a pensar de mí?

Me preguntó quién más aparecería en mi libro sobre personas que habían sufrido linchamientos virtuales.

—Pues, por el momento, Jonah Lehrer —respondí.

—¿Cómo le va? —quiso saber.

—Bastante mal, me temo.

—¿Mal en qué sentido? —Parecía preocupada, creo que más por lo que esto podía augurar sobre su futuro que por el propio Jonah.

—Creo que está deshecho —dije.

—¿A qué te refieres con que está deshecho? —preguntó.

—Creo que está deshecho y que la gente confunde eso con la desvergüenza.

La gente estaba muy predispuesta a considerar a Jonah un desvergonzado, como si careciera de dignidad, como si fuera un ser no del todo humano que había adoptado forma de persona. Supongo que no es de extrañar que sintamos la necesidad de deshumanizar a aquellos a quienes hacemos daño, ya sea antes de hacérselo, después de hacérselo o mientras se lo estamos

haciendo. Pero siempre nos pilla por sorpresa. En psicología esto se conoce como disonancia cognitiva. Es la idea de que nos resulta estresante y doloroso mantener dos creencias contradictorias a la vez (como la idea de que somos amables y la de que acabamos de destruir a alguien). De modo que, para aliviar el dolor, creamos explicaciones ilusorias para justificar nuestro comportamiento incoherente. Es como cuando yo fumaba y esperaba que el de la tienda de tabaco me diera un paquete que llevara la advertencia «Fumar envejece la piel» en vez de la de «Fumar mata», porque el envejecimiento de la piel me tenía sin cuidado.

Justine y yo acordamos volver a vernos, pero me pidió que antes dejáramos pasar un tiempo. Quedamos en reunirnos cinco meses después.

—Me siento obligada a luchar por salir de esta dinámica —dijo—. No puedo quedarme sentada en casa todos los días viendo películas y compadeciéndome de mí misma. Voy a superar este bache. —Ella no era como Jonah—. Jonah mentía una y otra vez. Era un fraude. No sé cómo levantas cabeza cuando has sacrificado tu personaje y has mentido a millones de personas. Quiero creer que existe una diferencia abismal entre eso y la broma sin gracia que hice. Cometí una estupidez, pero no eché por la borda mi integridad. —Añadió que ahora debía centrar sus esfuerzos en evitar sumirse en la depresión y el odio hacia sí misma—. Creo que los próximos cinco putos meses serán cruciales para mí. Entonces lo sabremos. —No soportaba la perspectiva de pervivir en las páginas de mi libro como un caso triste. Estaba decidida a demostrarles a las personas que la habían machacado que podía resurgir de sus cenizas—. ¿Cómo voy a relatar mi historia, cuando en realidad no ha hecho más que empezar?

El día después de mi almuerzo con Justine, tomé el tren a Washington D. C. para reunirme con un hombre que a priori me daba miedo: un aterrador narcisista estadounidense, el juez Ted Poe, de Houston, Tejas. Durante veinte años, su método distintivo, conocido en todo el país, consistió en humillar en público a los acusados de la manera más llamativa que se le ocurría, «utilizando a los ciudadanos como atrezo virtual en su personal teatro del absurdo», en palabras del analista de temas legales Jonathan Turley.

Dada el ansia creciente de la sociedad por someter a la gente a humillaciones públicas, yo quería conocer a alguien que llevara décadas haciéndolo profesionalmente. ¿Qué pensarían los escarnecedores actuales de

Ted Poe —su personalidad y sus motivaciones— ahora que, en esencia, estaban convirtiéndose en él? ¿Qué impacto había tenido su fervor inquisitorial sobre su entorno, los malhechores y él mismo?

Algunas de las penas que dictaba Ted Poe eran estrambóticas —como ordenar a autores de delitos menores que limpiaran estiércol a paladas—, y otras eran tan ingeniosas como un cuadro de Goya. Un ejemplo es el castigo que le impuso a Mike Hubacek, un adolescente de Houston que una noche de 1996 se puso a conducir borracho a ciento sesenta kilómetros por hora con los faros apagados. Se estrelló contra una furgoneta en la que viajaban un matrimonio y su niñera. El marido y esta última fallecieron. Poe condenó a Hubacek a ciento diez días en un correccional y a pasearse una vez al mes, durante diez años, frente a institutos y bares con un letrero que rezaba MATÉ A DOS PERSONAS POR CONDUCIR BORRACHO, así como a erigir una cruz y una estrella de David en el lugar del siniestro, encargarse de su mantenimiento y llevar fotos de las víctimas en la cartera durante diez años, ingresar diez dólares a la semana en un fondo conmemorativo en honor de los fallecidos y presenciar la autopsia de una persona muerta en un accidente ocasionado por el abuso del alcohol.

Esta clase de castigos se había convertido en una tortura psicológica excesiva para otras personas. Un chico de diecisiete años llamado Kevin Tunell había matado a una joven, Susan Herzog, mientras conducía en estado de ebriedad cerca de Washington D. C. Los padres de ella lo demandaron y se fijó una indemnización de millón y medio de dólares, pero ellos le ofrecieron un trato al chico. Reducirían la indemnización a solo 937 dólares con tal de que él les enviara por correo un cheque por valor de un dólar a nombre de Susan, todos los viernes, durante dieciocho años. Kevin aceptó, lleno de gratitud.

Años después, el chico empezó a retrasarse en los pagos, y cuando los padres de Susan lo llevaron a los tribunales, él se desmoronó. Declaró que cada vez que escribía el nombre de Susan en un talón, el sentimiento de culpa lo desgarraba por dentro. «Duele demasiado», dijo. Intentó entregar a los Herzog dos cajas de cheques extendidos por anticipado y fechados semanalmente hasta finales de 2001, un año más de lo que se le exigía, pero ellos se negaron a aceptarlas.

Los detractores del juez Ted Poe —como la asociación de defensa de los derechos civiles ACLU— le advertían acerca de los peligros de aquellas penas extravagantes, sobre todo las que exponían al reo al desprecio de la

gente. Alegaban que no era casualidad que las humillaciones públicas hubieran experimentado un renacimiento espectacular en la China de Mao, la Alemania de Hitler y los Estados Unidos del Ku Klux Klan: destruían las almas, insensibilizaban a todos los implicados, incluidos los espectadores, y los deshumanizaban tanto como a quienes sufrían la humillación. Cuando Poe topaba con alguien que tenía una autoestima tan baja que lo impulsaba a robar en una tienda, por ejemplo, ¿cómo podía someterlo a escarnio con el visto bueno de las autoridades?

Sin embargo, Poe hacía oídos sordos a las críticas. Los delincuentes no tenían baja la autoestima, argüía. Todo lo contrario. «Las personas con que trato tienen una autoestima muy elevada —declaró a *The Boston Globe* en 1997—. Según algunos, todos deberíamos tener alta la autoestima, pero a veces la gente debería estar compungida.»

La sociedad de Houston admiraba tanto los métodos punitivos de Poe que salió elegido congresista por el segundo distrito electoral de Tejas. En la actualidad ostenta el título de miembro «más parlanchín del Congreso» según *Los Angeles Times*, tras pronunciar 431 discursos entre 2009 y 2011, contra el aborto, la inmigración ilegal, la sanidad pública, etcétera. Siempre los termina con el latiguillo: «¡Y así es como son las cosas!»

—No era «teatro del absurdo». —Ted Poe estaba sentado frente a mí en su despacho del Rayburn House Office Building en Washington D. C. Yo acababa de leerle la frase de su detractor Jonathan Turley (donde lo acusaba de utilizar «a los ciudadanos como atrezo virtual en su personal teatro del absurdo»), y estaba que echaba humo. Llevaba botas vaqueras debajo del traje, otro sello distintivo suyo, como el latiguillo y las penas infamantes. Su aspecto y sus gestos me recordaban los de su amigo George W. Bush—. Era «teatro de lo diferente» —afirmó.

El edificio Rayburn alberga los despachos de todos los miembros del Congreso. Cada puerta está decorada con la bandera del estado al que representa el congresista que se encuentra al otro lado: los pigargos americanos de Illinois y Dakota del Norte, el oso de California, la cabeza de caballo de Nueva Jersey y el extraño pelícano sangrante de Luisiana. El personal del despacho de Poe está integrado por tejanos apuestos y serios y por tejanas que se mostraron sumamente amables conmigo pero hicieron caso omiso de los mensajes de correo electrónico que les envié después para solicitar aclaraciones y entrevistas adicionales. Aunque al final de la conversación Poe se despidió de mí con un cálido apretón de manos,

sospecho que en cuanto salí de la habitación les dijo a sus empleados: «Ese hombre es un imbécil. Ignorad todas las peticiones que os mande por correo electrónico.»

Me refirió algunas de sus penas infamantes favoritas:

—Había un joven al que le encantaba la descarga de adrenalina que sentía al robar. Podría haberlo encerrado en la cárcel, pero en vez de eso decidí obligarlo a llevar durante siete días un letrero que rezaba: ROBÉ EN ESTA TIENDA. NO SEAS LADRÓN O ACABARÁS COMO YO. Lo mantuvimos vigilado. Tomamos todas las medidas de seguridad necesarias. Al final de la semana, el encargado de la tienda me llamó y me dijo: «¡No hemos tenido un solo robo en toda la semana!» El hombre estaba encantado.

—Pero ¿no está convirtiendo el sistema de justicia penal en una forma de entretenimiento? —pregunté.

—Pregúnteselo al tipo del que le he hablado —respondió Ted Poe—. A él no le da la impresión de estar entreteniendo a nadie.

—No me refiero a él —repuse—, sino al efecto que produce sobre quienes lo miran.

—Al público le gustó. —Poe asintió—. La gente se paraba a hablar con él sobre su conducta. ¡Una señora quería llevarlo el domingo a la iglesia para salvar su alma! ¡De hecho, lo llevó! —Soltó una estruendosa y aguda carcajada tejana—. Le dijo: «¡Ven conmigo, pobrecito mío!» Al final de la semana, lo cité de nuevo en el juzgado. Me dijo que era lo más embarazoso que le había pasado en la vida. Cambió su conducta. Al final, se sacó una licenciatura. Ahora tiene un negocio en Houston. —Hizo una pausa y añadió—: He enviado a unos cuantos a prisión. El sesenta y seis por ciento acaba de nuevo entre rejas. En cambio, al ochenta y cinco por ciento de los que fueron humillados públicamente no hemos vuelto a verlos. Pasaron demasiada vergüenza la primera vez. No era el «teatro del absurdo», sino «el teatro de lo eficaz». Funcionaba.

El discurso de Poe me parecía irritantemente convincente, aunque su argumento sobre la reincidencia era engañoso. La mayoría de las víctimas de sus castigos infamantes seguramente eran personas sin antecedentes que ya estaban lo bastante asustadas, arrepentidas y ansiosas por reformarse. Aun así, estaba aprendiendo más sobre las humillaciones públicas de lo que había imaginado.

Todo comenzó esa mañana cuando telefoneé desde mi hotel a Mike Hubacek, el adolescente que en 1996 había ocasionado la muerte de dos

personas por conducir en estado de ebriedad. Quería que me describiera la sensación de caminar de un lado a otro junto al bordillo con un letrero que rezaba MATÉ A DOS PERSONAS POR CONDUCIR BORRACHO. Pero antes, conversamos sobre el accidente. Me contó que se había pasado los seis meses siguientes tumbado en su celda, reviviendo el suceso una y otra vez en su cabeza.

—¿Qué imágenes te venían a la mente? —le pregunté.

—Ninguna —contestó—. Cuando ocurrió yo había perdido por completo el conocimiento, así que no me acuerdo de nada. Pero pensaba en ello todos los días. Sigo pensando en ello. Forma parte de mí. Estaba hecho polvo por el síndrome del superviviente. En aquel entonces casi estaba convencido de que estaba pasando el purgatorio en vida. Vivía para sufrir. Pasé más de año y medio sin mirarme en un espejo. Aprendí a afeitarme guiándome por el tacto de la mano.

Debido a su certeza de estar en el purgatorio, se había resignado a vivir en prisión durante el resto de sus días. Pero entonces, inesperadamente, Ted Poe lo había sacado de allí, y de pronto se encontró caminando arriba y abajo, sujetando aquel letrero.

Y me aseguró que allí, en la calle, comprendió que aún podía ser útil para la sociedad si se convertía en una especie de cartel viviente que advirtiera a la gente de los peligros de conducir bajo los efectos del alcohol. Así que en la actualidad da charlas sobre ello en los colegios. Es propietario de Sober Living Houston, un centro de reinserción. Y, según él, todo se lo debe al juez Ted Poe.

—Le estaré agradecido toda la vida —dijo.

Mi viaje a Washington D. C. no estaba resultando como esperaba. Había dado por sentado que el juez Ted Poe sería una persona tan detestable y un modelo de conducta tan negativo que los inquisidores de los medios sociales comprenderían horrorizados que se estaban convirtiendo en algo parecido y se enmendarían. Pero Mike Hubacek consideraba su humillación lo mejor que le había pasado nunca. En buena medida, me explicó, esto se debía a que las personas con que se había cruzado mientras llevaba el cartel habían sido muy consideradas con él. Había temido que lo insultaran y ridiculizaran, pero no. El noventa por ciento de las frases que le decían por la calle eran «que Dios te bendiga» y «todo saldrá bien». Esta bondad, me aseguró, significaba mucho para él. Lo hacía todo más llevadero. Le abrió el camino

hacia la salvación.

—Las humillaciones en las redes sociales son peores que las que sufriste tú —declaré de repente.

Aquello pareció desconcertarlo.

—Claro que son peores —convino—. Los humilladores son anónimos.

—Incluso cuando no son anónimos, atacan en manada, de modo que es como si lo fueran.

—Son despiadados —dijo.

De pronto, me percaté de que había hablado en tercera persona durante toda la conversación. Cada vez que lo hacía, me sentía como un cobarde. En realidad, «ellos» no eran despiadados. Lo éramos nosotros.

En los primeros tiempos de Twitter, no había linchamientos. Éramos como Eva en el jardín del Edén. Expresábamos nuestras opiniones sin cohibirnos. Como dijo alguien en aquel entonces: «Facebook es donde mientes a tus amigos. Twitter es donde dices la verdad a unos desconocidos.» Mantener diálogos graciosos y sinceros con personas de ideas afines a quienes no conocía me ayudaba a sobrellevar los problemas a los que debía enfrentarme en casa. Luego llegaron Jan Moir y los linchamientos contra LA Fitness —linchamientos de los que debíamos sentirnos orgullosos—, y recuerdo el entusiasmo que se apoderó de nosotros cuando multimillonarios malignos y hasta entonces inaccesibles como Rupert Murdoch y Donald Trump abrieron sus cuentas de Twitter. Por primera vez en la historia, disponíamos de una especie de vía de comunicación directa con oligarcas como ellos, que vivían en torres de marfil. Estábamos muy atentos para detectar cualquier barbaridad que pudieran tuitear.

Al cabo de poco tiempo, sin embargo, ya no solo vivíamos pendientes de las barbaridades, sino también de los deslices. La ira ante la ignominia ajena había empezado a consumirnos en grado extremo. Y la rabia que se desataba parecía cada vez más desproporcionada respecto a la tontería que hubiera dicho el famoso de turno. Se trataba de algo distinto de la sátira, el periodismo o la crítica. De hecho, cuando no había nadie contra quien dirigir esa furia nos sentíamos extraños y vacíos. Los días sin linchamientos nos producían una sensación de estancamiento, de estar hurgándonos las uñas.

La crueldad de la gente que se había ensañado con Jonah mientras

intentaba pedir perdón me había alarmado. Sin embargo, no eran ellos la turba furiosa, sino nosotros. Yo llevaba un año o más haciendo lo mismo alegremente. Sin darme cuenta, había adoptado una nueva forma de ser. ¿Quiénes eran las víctimas de mis escarnios? Casi ni me acordaba. Solo guardaba recuerdos muy vagos sobre las personas contra las que había arremetido y la terrible fechoría que habían cometido para merecer semejante castigo.

Esto se debe en parte a que mi memoria se ha deteriorado mucho en los últimos años. De hecho, hace poco estaba en un *spa* —mi esposa me regaló un bono como sorpresa especial, lo que demuestra que no me conoce, porque no me gusta que me toquen—, y mientras yacía sobre una camilla de masaje, la conversación se desvió hacia mi mala memoria.

—¡Casi no guardo recuerdos de mi infancia! —le dije a la masajista—. ¡Se han esfumado todos!

—Hay mucha gente que no se acuerda de su infancia. —Siguió dándome masaje en los hombros—. Les ocurre a quienes sufrieron abusos sexuales. Por parte de sus padres.

—Bueno, de eso sí que me acordaría —repuse.

Pero había otro culpable, además de mi deleznable memoria: la enorme cantidad de villanos a los que había escarmentado. ¿Cómo iba a acordarme de tanta gente? Bueno, estaban los del *spambot*. Por unos instantes, en el despacho de Poe, rememoré con cariño el momento en que alguien propuso que gaseáramos a esos cabrones. Eso me había infundido una sensación tan grata que me parecía una lástima ponerla en duda, cuestionarme por qué me había cautivado tanto.

—El sistema judicial occidental tiene muchos defectos —aseveró Poe—, pero al menos se rige por unas normas. Como acusado gozas de unos derechos básicos. Se te da la oportunidad de defenderte en los tribunales. Cuando te acusan en Internet, no te asiste ningún derecho. Y las consecuencias son peores. Quedas marcado en todo el mundo, para siempre.

Era agradable ver que el equilibrio de poder había cambiado lo suficiente para que alguien como él se pusiera nervioso ante personas como nosotros. Por otro lado, él no habría obligado a nadie a llevar una pancarta por un delito por el que no hubiera sido condenado. No sentenciaría a nadie por hacer una broma fallida. Las víctimas de nuestros linchamientos ya no eran solo personajes públicos que habían cometido errores reales, como Jonah, sino particulares que no habían hecho nada muy terrible, gente de a pie que

se estaba viendo obligada a aprender a controlar daños, como empresas ante un desastre relacionado con las relaciones públicas. Era de lo más estresante.

—Nosotros damos más miedo que usted —le dije a Poe, sobrecogido.

Él se reclinó en el asiento con visible satisfacción.

—Ustedes dan mucho más miedo —convino—. Mucho más.

Dábamos mucho más miedo que el juez Ted Poe. Las personas poderosas, perturbadas y crueles sobre las que acostumbro a escribir suelen estar en lugares remotos. Pero ahora esas personas poderosas, perturbadas y crueles éramos nosotros.

Era como si fuésemos soldados que luchaban en una guerra contra los defectos de otros y de pronto se hubiera producido una escalada de las hostilidades.

5

El hombre desciende varios peldaños en la escala de la civilización

Locura colectiva. ¿Era esa la causa de nuestro fervor inquisitorial, nuestra guerra contra los defectos? Los científicos sociales aluden a esta posibilidad cada vez que una multitud se torna aterradora. Pensemos, por ejemplo, en los disturbios de agosto de 2011 en Londres. La violencia se desencadenó cuando la policía mató a tiros a Mark Duggan, vecino de Tottenham. Se convocó una protesta que degeneró en cinco días de alborotos y saqueos. Los alborotadores estaban en Camden Town, a kilómetro y medio de mi casa, destrozando escaparates de restaurantes de kebab y de locales de JB Sports, Dixons y Vodafone. Más tarde, se trasladaron a Kentish Town, a menos de un kilómetro de donde estábamos. Nos apresuramos a echar el cerrojo a las puertas y contemplamos las noticias en la tele, horrorizados. La muchedumbre había quedado «contaminada —según el doctor Gary Slutkin de la Organización Mundial de la Salud, citado por *The Observer*— por un virus que infecta la mente y provoca una violencia colectiva comunitaria motivada por el pensamiento de grupo». Esto me sonaba a película de zombis. En *The Guardian*, Jack Levin, profesor de sociología y criminología en la Universidad Northeastern de Boston, describió los disturbios como «la versión violenta de la ola de los estadios [...]. La gente se infecta con las emociones contagiosas de los demás. Es una característica de todos los tumultos [...]. Las personas se reúnen en grupo y cometen actos violentos que jamás se les ocurriría perpetrar individualmente».

Por fortuna, esa noche la turba se disolvió al pie de la colina donde vivíamos. Lo que, pensándolo bien, no encajaba en absoluto con una versión violenta de la ola de los estadios. Si los alborotadores hubieran perdido de verdad la cabeza infectados por un virus pavoroso, lo lógico habría sido que los disturbios se extendieran cuesta arriba. Nuestra colina, Highway West Hill, tenía unas pendientes que se contaban entre las más empinadas de

Londres. Creo que la decisión de los alborotadores de no ascender por ellas fue sumamente lúcida.

Resulta que el concepto de locura colectiva fue concebido por un médico francés llamado Gustave Le Bon. Su hipótesis era que cuando formamos parte de una multitud, los humanos perdemos por completo el control sobre nuestro comportamiento. Todo vestigio de libre albedrío desaparece. Una demencia contagiosa se adueña de nosotros y nos arrebata la capacidad de reprimir nuestros impulsos. No podemos contenernos, de modo que provocamos disturbios o lapidamos jubilosamente a Justine Sacco.

No me fue fácil documentarme acerca de Gustave Le Bon. Para ser el padre de una teoría tan perdurable, prácticamente no hay nada escrito sobre él. Solo un hombre ha intentado reconstruir su vida: Bob Nye, profesor de historia intelectual europea en la Universidad Estatal de Oregón.

—Le Bon era de una ciudad de provincias del oeste de Francia —me informó por teléfono—, pero decidió que quería estudiar Medicina en París...

La Francia de aquella época temía tanto a las muchedumbres que, en 1853, cuando Le Bon contaba doce años, Napoleón III encargó al urbanista Georges-Eugène Haussmann que arrasara las retorcidas calles del París medieval y abriera en su lugar largos y amplios bulevares; era un urbanismo orientado al control de masas. No funcionó. En 1871, trabajadores parisinos se alzaron en protesta contra las condiciones en que vivían. Tomaron rehenes —funcionarios y policías locales— a los que juzgaron y ejecutaron sumariamente. El gobierno huyó a Versalles.

Le Bon era un gran admirador de la elite parisina (a pesar de que la elite parisina no mostraba el menor interés por él, que se ganaba la vida como cochero de ambulancia), por lo que experimentó un gran alivio cuando, dos meses después del inicio de la revolución, el ejército francés atacó la comuna y mató a unos veinticinco mil rebeldes.

La revuelta había sido traumática para Le Bon, así que, cuando esta terminó, decidió embarcarse en una misión intelectual. ¿Lograría demostrar científicamente que los movimientos revolucionarios de masas no eran más que fruto de la locura? Y, en caso afirmativo, ¿sería capaz de idear técnicas para que la elite manipulara la demencia en beneficio propio? Algo así podría catapultarlo a las altas esferas de la sociedad parisina, porque era justo la clase de cosas que seducían a las clases dominantes.

Inició su odisea pasando varios años entre la ingente colección de cráneos humanos de la Sociedad Antropológica de París. Quería encontrar pruebas de que los aristócratas y burgueses tenían cerebros más grandes que los demás y eran menos proclives a dejarse arrastrar por la histeria de masas.

—Cogía un cráneo y lo llenaba de perdigones —me explicó Bob Nye—. Luego los contaba uno por uno para determinar el volumen.

Tras medir 287 cráneos, Le Bon reveló en su estudio de 1879 «Recherches anatomiques et mathématiques sur les lois des variations du volume du cerveau et sur leurs relations avec l'intelligence» [Investigaciones anatómicas y matemáticas sobre las leyes de la variación del volumen del cerebro y su relación con la inteligencia] que los cerebros más grandes pertenecían, en efecto, a aristócratas y burgueses. A los lectores que pudieran estar preocupados porque «los negros tienen el cuerpo más grande que nosotros» los tranquilizaba asegurándoles que «su cerebro pesa menos». El de las mujeres también era más ligero: «Entre los parisinos hay un elevado número de mujeres cuyo cerebro posee un tamaño más similar al de los gorilas que a la mayor parte de los cerebros desarrollados de varones. Esta inferioridad resulta tan evidente que nadie puede refutarla; solo la cuestión del grado es discutible. Todos los psicólogos que han estudiado la inteligencia femenina, así como los poetas y novelistas, reconocen hoy en día que ellas representan las formas inferiores de la evolución humana, más próximas a los niños y los salvajes que a un hombre adulto civilizado. Destacan por su volubilidad, su inconstancia, su falta de pensamiento y lógica, y su incapacidad de razonar.»

Admitía que existían unas pocas «mujeres distinguidas», pero «son tan excepcionales como el nacimiento de cualquier monstruosidad; por consiguiente, no vale la pena dedicarles mayor atención».

Alegaba que era por eso por lo que jamás había que permitir que el feminismo ganara terreno: «El deseo de brindarles la misma educación, de plantearles las mismas metas, es una quimera peligrosa. El día en que, por una mala interpretación de las ocupaciones inferiores que la naturaleza les ha impuesto, las mujeres abandonen el hogar para tomar parte en nuestras batallas, ese día estallará una revolución social, y todo aquello que mantiene intactos los sagrados lazos de la familia desaparecerá.»

—Cuando estaba escribiendo mi biografía de Le Bon —me contó Bob Nye—, me parecía el mayor gilipollas de la creación.

El artículo de 1879 de Le Bon resultó un desastre. En vez de acogerlo entre sus filas, los miembros más insignes de la Sociedad Antropológica de París se

mofaron de él y lo tildaron de misógino que empleaba métodos científicos chapuceros. «Al parecer, para Le Bon, la mujer es un ser execrable, y pronostica abominación y desolación si ella se va de casa —anunció Charles Letourneau, secretario general de la Sociedad, en un discurso—. Como es natural, abrigamos toda clase de reservas respecto de esta conclusión.»

A causa de la humillación, Le Bon se marchó de París. Le pidió al ministro de Instrucción Pública de Francia que le financiara el viaje, ofreciéndose a realizar un estudio de las características raciales de los árabes que podría resultar útil si algún día caían «bajo el dominio colonial francés», pero su petición fue denegada, así que tuvo que costearse la expedición de su bolsillo.

Durante la década siguiente, escribió y autoeditó varios libros sobre la inferioridad neurológica de árabes, delincuentes y defensores del multiculturalismo. Estaba refinando su arte. Bob Nye lo expresó meticulosamente en su biografía de Le Bon, *The Origins of Crowd Psychology* [Los orígenes de la psicología de masas]: «empezó a concentrarse en la brevedad, sin recurrir a fuentes ni notas, y a escribir con un estilo sencillo y elegante». Bob Nye se refería a que había dejado atrás los cráneos y perdigones, la búsqueda de «pruebas» para basarse solo en la certeza. Y fue con este espíritu con el que, en 1895, publicó el libro que acabaría por reportarle la fama: *Psicología de las masas*.

Comenzaba con la orgullosa declaración de Le Bon de que no era miembro de ninguna sociedad científica reconocida: «Pertenecer a una escuela implica necesariamente abrazar sus prejuicios.» Después, a lo largo de doscientas páginas explicaba por qué la masa estaba loca: «Por el mero hecho de formar parte de una multitud organizada, el hombre desciende varios peldaños en la escala de la civilización. Por separado, puede ser un individuo culto; en grupo se convierte en un bárbaro, es decir, en un ser que actúa por instinto [...]. En una muchedumbre, cada sentimiento y cada acto son contagiosos.»

Todos los símiles que utilizaba para describir al individuo en la multitud ponían de relieve su actitud irreflexiva. En una multitud somos «microbios» que infectamos a todos cuantos nos rodean, «un grano de arena entre otros granos de arena, que el viento arrastra a su capricho». Nos volvemos impulsivos, irritables, irracionales, «cualidades que casi siempre observamos en seres que pertenecen a formas inferiores de la evolución: mujeres, salvajes

y niños, por ejemplo».

No era de extrañar que Le Bon hubiera identificado un rasgo universal de irritabilidad en mujeres, grupos étnicos y niños, si decía cosas así sobre ellos.

Pero *Psicología de las masas* era algo más que una obra polémica. Como Jonah Lehrer, Le Bon sabía que un libro de ciencia popular necesitaba un mensaje de autoayuda para tener éxito. Y Le Bon ofrecía dos. El primero era que en realidad no debía preocuparnos la cuestión de si los movimientos revolucionarios como el comunismo y el feminismo tenían una razón moral para existir. No la tenían. No eran más que un producto de la locura, así que podíamos dejar de darle vueltas al asunto. El segundo mensaje era que un orador hábil, si conocía los trucos necesarios, podía hipnotizar a la muchedumbre para ganarse su aquiescencia o enardecerla de modo que obedeciera sus órdenes. Le Bon enumeraba los trucos: «Lo único que mueve a una multitud son los sentimientos exaltados. Exagere, afirme, recurra a la repetición y nunca intente demostrar nada con razonamientos.»

Psicología de las masas cosechó un éxito clamoroso tras su publicación. Fue traducido a veintiséis idiomas y proporcionó a Le Bon lo que siempre había deseado: un hueco en el corazón de la sociedad parisina, posición de la que procedió a abusar de inmediato, y de forma extraña. Ofreció una serie de almuerzos —*Les dejéuners* de Gustave Le Bon— para políticos y otras figuras destacadas. Él se sentaba a la cabecera de la mesa junto a una campanilla. Si un invitado decía algo con lo que no estaba de acuerdo, cogía la campanilla y la agitaba enérgicamente hasta que la otra persona callaba.

Famosos de todo el mundo empezaron a declararse admiradores de Le Bon. Como Mussolini: «He leído la obra de Gustave Le Bon y no sé cuántas veces habré releído *Psicología de las masas*. Es un texto fundamental que aún consulto con frecuencia.» Y Goebbels: «Goebbels piensa que, después del francés Le Bon, nadie ha comprendido la mente de las masas tan bien como él», escribió Rudolf Semmler, secretario de Goebbels, en su diario de guerra.

En vista de todo esto, cabría suponer que la obra de Le Bon dejó de ser influyente en algún momento. Pero no es así. Me imagino que una clave de que su éxito perdure es que nada nos gusta más que declarar dementes a otras personas. Y existe otra explicación. Hay un experimento psicológico que ha contribuido más que ningún otro a mantener viva esta idea. Lo llevó a cabo el psicólogo Philip Zimbardo en 1971, en un sótano de la Universidad de Stanford.

Zimbardo era un chico de clase trabajadora de Nueva York, hijo de inmigrantes sicilianos. Tras licenciarse en el Brooklyn College en 1954, dio clases de psicología en Yale, la Universidad de Nueva York y Columbia antes de acabar en Stanford, en 1971. La teoría de masas —o «desindividuación», como se conocía entonces— producía una fascinación tan profunda en Zimbardo que en 1969 este le dedicó una especie de poema en prosa: «La fuerza vital intemporal, el ciclo de la naturaleza, los lazos de sangre, la tribu, el principio femenino, lo irracional, lo impulsivo, el coro anónimo, las furias vengadoras.»

En Standford, con fondos de la Oficina de Investigación Naval de Estados Unidos, acometió la tarea de intentar demostrar su existencia de forma espectacular.

Para empezar, publicó un pequeño anuncio en el periódico local: «Se necesitan estudiantes universitarios varones para estudio psicológico sobre la vida carcelaria. 15 $ por día durante 1 o 2 semanas a partir del 14 de agosto.»

Después de seleccionar a veinticuatro candidatos, convirtió el sótano sin ventanas del departamento de Psicología en una falsa prisión con «celdas» y una «habitación de aislamiento», en realidad el armario para las escobas. Dividió a los estudiantes en dos grupos: nueve serían «presos» y nueve «carceleros», en tanto que los seis restantes debían estar disponibles por si los llamaba. Repartió porras y gafas de espejo entre los carceleros para que nadie pudiera verles los ojos. Se asignó a sí mismo el papel de «director». Desnudaron a los presos y les pusieron una bata. Les encadenaron los tobillos. Los enviaron a sus celdas. Y entonces empezó el experimento.

Se interrumpió seis días después. Según explicó Zimbardo más tarde ante una comisión del Congreso, la situación se salió de madre violentamente. Christina Maslach, su prometida, había quedado horrorizada tras una visita al sótano. Los carceleros iban y venían pavoneándose y cometiendo actos de sadismo como ordenar a gritos a los presos que «se follaran el suelo» y cosas por el estilo. Los reclusos, encerrados en celdas, aullaban: «Me estoy abrasando por dentro, ¿sabes? ¡Estoy jodido por dentro!»

Maslach se encaró con su novio, furiosa:

—¿Qué estás haciéndoles a estos chicos? No te reconozco. Tu posición de poder te ha transformado; ya no eres la persona que yo creía conocer, sino un extraño.

Al oír esto, Zimbardo sintió como si su prometida lo hubiera despertado con una bofetada. Ella tenía razón. El experimento lo había vuelto malvado.

—Tengo que poner fin a esto —le dijo él.

«Lo que vimos fue aterrador —declaró Zimbardo a la comisión, dos meses después—. En menos de una semana, los valores sociales se habían suspendido, y había emergido el rostro más feo, abyecto y patológico de la naturaleza humana. Nos quedamos horrorizados al ver a unos jóvenes tratar a otros como a animales despreciables, recreándose en la crueldad.»

Zimbardo hizo pública una selección de fragmentos de la filmación que había realizado en secreto durante el experimento. En ellas aparecían carceleros gritándoles a los presos cosas como: «¿Y si te ordenara que te tumbaras boca abajo y te follaras el suelo?», «Estás sonriendo, preso 2093. Ponte a cuatro patas y haz diez flexiones», «Eres Frankenstein. Eres la señora Frankenstein. Camina como Frankenstein. Abrázala. Dile que la amas», y cosas por el estilo. Desde entonces, y hasta nuestros días, el sótano de Zimbardo representa para los estudiantes de psicología social la materialización de la masa de Le Bon, un lugar donde la buena gente se volvía mala por contagio. Como dijo Zimbardo a la BBC en 2002: «Pusimos a personas buenas en una posición perversa y vimos quién ganó.»

Sin embargo, yo no podía evitar que los actos crueles captados por las cámaras ocultas de Zimbardo me parecieran algo sobreactuados. Además, aunque conocía de sobra los efectos devastadores que podían tener sobre la psique cosas como la privación del sueño (había criado a un bebé que había echado los dientes y sufría cólicos) y la reclusión en una habitación sin ventanas (había cometido la imprudencia de pasar una semana en un camarote interior del barco *The Westerdam* en un crucero por el Mediterráneo, y no me cabe duda de que yo también me habría puesto a bramar repetidas veces «estoy todo jodido por dentro, ¿no lo veis?» de no haber tenido la libertad de ir al café Explorations y al salón Vista siempre que quisiera), en ningún momento, ni siquiera en las peores noches, me había convertido en uno de los implicados en el experimento carcelario de Stanford. ¿Qué había sucedido en realidad en ese sótano?

En la actualidad, John Mark trabaja como codificador médico para la compañía de seguros Kaiser Permanente. En 1971 fue, durante seis días, uno de los «carceleros» de Zimbardo. Localizar a los participantes no había sido tarea fácil —Zimbardo nunca ha divulgado sus nombres—, pero John Mark ha publicado en la revista de ex alumnos de Stanford cartas sobre lo que

recuerda del experimento. Así fue como me enteré de su existencia.

—¿Cómo reacciona la gente cuando le dices que fuiste carcelero en el experimento de Stanford? —le pregunté por teléfono.

—Todo el mundo da por sentado que me comporté de manera brutal —respondió con un suspiro—. Oigo hablar del tema continuamente. Enciendes la tele, sale alguien hablando de brutalidad, y deja caer: «Como demostró el experimento carcelario de Stanford...» En el instituto de mi hija lo estaban estudiando. Es algo que me sienta muy mal.

—¿Por qué? —inquirí.

—Porque no es verdad —respondió—. Mis días como carcelero fueron bastante aburridos. Me pasaba horas sentado sin hacer nada. Me asignaron el turno de día. Despertaba a los presos, les llevaba la comida. Durante gran parte del tiempo solo pasaba el rato. —Hizo una pausa—. Si la conclusión de Zimbardo fuera correcta, ¿no sería aplicable a todos los carceleros?

Añadió que si observaba con atención las imágenes de Zimbardo —esperaba que algún día el psicólogo hiciera pública la filmación entera—, vería que «el único carcelero que de verdad pareció perder la cabeza fue Dave Eshelman».

—¿Dave Eshelman? —dije.

Mark tenía razón: cuando uno se imagina a los carceleros malvados del sótano de Zimbardo, en realidad piensa en un hombre concreto: Dave Eshelman. Era el que gritaba «¡Fóllate el suelo», «¡Eres Frankenstein!» y demás lindezas. Numerosos científicos sociales han escrito artículos en los que analizan cada uno de los movimientos de Eshelman, incluido el extraño detalle de que cuanto más bestial era su actitud, más sureño sonaba su acento. He leído al menos un análisis del experimento que considera del todo verosímil que una persona presa de una locura violenta empiece a hablar sin más como si fuera de Luisiana.

Hoy en día, Dave Eshelman dirige en Saratoga, California, una empresa de préstamos para la vivienda. Le telefoneé para preguntarle qué sentía al ser la personificación del mal que anida en todos nosotros.

—Joder, creo que bordé mi papel —contestó.

—¿A qué se refiere? —quise saber.

—No se trata del simple caso de un ser humano racional y equilibrado que se vuelve malo al encontrarse en una mala situación —aseveró—. Lo fingí.

—Me lo explicó. La primera noche fue muy aburrida. Todos estaban sentados mano sobre mano—. Pensé: «Alguien ha gastado mucho dinero en montar todo esto y no está obteniendo ningún resultado.» Así que decidí darle un poco de acción.

Eshelman acababa de ver *La leyenda del indomable*, una película carcelaria con Paul Newman, en la que el alcaide sádico de una cárcel del sur interpretado por Strother Martin atormenta a los internos. De modo que decidió imitarlo. Su repentino acento sureño no era fruto de una transformación física incontrolable como la que sufre Natalie Portman en *Cisne negro* cuando le salen plumas. Estaba representando conscientemente el papel de Strother Martin.

—¿Así que lo fingió todo para darle más interés al estudio de Zimbardo? —pregunté.

—Fue totalmente deliberado por mi parte —aseguró—. Lo ideé, lo planifiqué y lo llevé a cabo. Actué movido por un objetivo. Creía que estaba haciendo algo bueno.

Después de colgar, me pregunté si Dave me había revelado algo asombroso, algo que podía cambiar la manera en que se enseñaba la psicología del mal. A lo mejor acababa de desacreditar el famoso experimento carcelario de Stanford. Así que les envié una transcripción de la entrevista a los psicólogos de masas Steve Reicher y Alex Haslam. Dan clases de psicología social, Reicher en la Universidad de Saint Andrews y Haslam en la Universidad de Queensland. Han dedicado su carrera a estudiar la obra de Zimbardo.

Me escribieron sendos correos electrónicos en los que se mostraban más bien escépticos ante lo que a mí me había parecido una revelación potencialmente sensacional. «La afirmación de que "solo representaba un papel" no es más que un intento de desviar la atención —afirmaba Haslam—, porque cuando alguien es víctima de la brutalidad, le da igual que la otra persona esté actuando o no.»

«Que haya representado un papel no resta gravedad a los hechos —apuntaba Reicher—. Aunque interpretemos un personaje, se impone la pregunta de por qué hemos actuado de un modo determinado.»

No obstante, según ambos, mi conversación con Dave Eshelman había sido, en efecto, «fascinante e importante», en palabras de Reicher, aunque por una razón distinta de la que me imaginaba. Había una pista muy

significativa, pero yo la había pasado por alto.

«La frase verdaderamente interesante —escribía Haslam— es "creía que estaba haciendo algo bueno". La expresión "haciendo algo bueno" resulta de lo más trascendental.»

Hacer algo bueno. Era lo contrario de lo que habían concluido Le Bon y Zimbardo. Un entorno perverso no había convertido a Dave en un hombre perverso. Las cien mil personas que habían linchado a Justine Sacco no se habían infectado con un virus maligno. «Lo irónico de aquellas personas que aducen el contagio como justificación —decía Steve Reicher en un correo electrónico— es que aunque vieron imágenes de los disturbios de Londres por televisión, no salieron para participar en ellos. Nunca es verdad que la gente se une a la multitud movida por un impulso que es incapaz de contener. La policía antidisturbios no se une a los disturbios. Al parecer el contagio solo afecta a otros.»

A continuación, Reicher me refería una anécdota sobre la única vez que había ido a ver un partido de tenis. «Era "día del público" en Wimbledon, lo que significaba que dejaban entrar a la plebe a las pistas principales. Estábamos en la número uno. En tres de las gradas estaba sentada la gente corriente, y en la cuarta los socios. El partido que estábamos viendo era bastante aburrido, así que el público empezó a hacer la ola. Esta rodeó las tres gradas "populares", pero los socios se negaron a levantarse. ¡Ahí no hubo contagio! Aun así, el resto de la gente esperó el rato que la ola habría tardado en recorrer la cuarta grada. Esto se repitió una y otra vez, y en cada ocasión la masa, medio en broma, animaba a los socios a levantarse. Al final, estos cedieron, visiblemente avergonzados. Los gritos de júbilo consiguientes se oyeron desde muy lejos. Pues bien, de forma superficial, podríamos hablar de contagio. Pero en realidad hay una historia mucho más interesante sobre los límites de la influencia cuando coinciden con las fronteras entre grupos, sobre la clase y el poder... La explicación del contagio contribuye a enterrar estas cuestiones más que a arrojar luz sobre ellas. Ni siquiera los tumultos más violentos son algo tan simple como un estallido caótico. Siempre hay pautas, unas pautas que suelen reflejar sistemas de creencias más amplios. De modo que la pregunta que debemos formular (y que no puede responderse esgrimiendo el "contagio"), es qué lleva a la gente a unirse, a menudo de forma espontánea y sin seguir a un líder, para realizar juntos actos ideológicamente inteligibles. Si se consigue

explicar esto, se habrá dado un gran paso hacia la comprensión de la socialidad humana. Por eso las multitudes no constituyen una aberración, sino un fenómeno tan importante como fascinante.»

La ayudante de Philip Zimbardo me envió un mensaje de correo electrónico. «Por desgracia, no puede conceder entrevistas hasta mediados de otoño. Tiene la agenda llena.» Estábamos en febrero. Le pregunté si me avisaría en el caso de que él participara en algún proyecto de desindividuación. Respondió que no. «Recibo muchas peticiones de este tipo a diario, y me resulta sencillamente imposible permanecer en contacto con todos los que lo solicitan.» Le expliqué que había hablado con Dave Eshelman y le pedía que al menos me permitiera hacerle una consulta rápida al doctor Zimbardo para que me confirmara o desmintiera una cosa. «Quizás a mediados de mayo pueda responder a algunas preguntas breves por correo electrónico», contestó ella. Así que en mayo le mandé las declaraciones de Dave Eshelman. «¿Acaso la frase "hacer algo bueno" no apunta en la dirección contraria a las conclusiones del doctor Zimbardo? —escribí—. David Eshelman no se había infectado en un ambiente de maldad. Intentaba ayudar.»

Él reenvió mi mensaje al doctor Zimbardo, junto con la indicación: «¡Respóndeme sin copia para él, o temo que te escriba directamente a ti!» (me había incluido como destinatario por error). Zimbardo me respondió esa misma tarde. «Por favor, suspenda su ingenuidad unos instantes —escribió—. Eshelman ha declarado en entrevistas en vídeo que había decidido convertirse en "el carcelero más cruel y violento imaginable", que los presos eran sus "títeres", que estaba resuelto a llevarlos hasta el límite para que se rebelaran. Esto nunca ocurrió, pero él no se dio por vencido. De hecho, sus abusos se tornaban más degradantes cada noche [...]. ¿Que intentaba ayudar? ¡Él creó el ambiente de maldad que subyugó a estudiantes y presos inocentes!»

¿Tenía razón Zimbardo, y yo estaba pecando de ingenuidad? ¿Estaba Dave edulcorando su brutalidad tantos años después? Tras realizar unas indagaciones, descubrí que yo no era la primera persona a la que el experimento de Zimbardo le parecía un poco artificioso. Peter Gray, psicólogo del Boston College —y autor del popular manual *Psicología*—, publicó en *Psychology Today* un ensayo titulado «Why Zimbardo's Prison

Experiment Isn't in My Textbook» [Por qué no hablo del experimento carcelario de Zimbardo en mi libro de texto]:

> A veintiún chicos (de acuerdo, jóvenes) [en realidad eran veinticuatro] se les invita a participar en un juego de presos y carceleros. Corre el año 1971. Los medios se han hecho eco de varios casos recientes de motines carcelarios y la brutalidad de los guardias. Así pues, ¿qué se supone que deben hacer estos jóvenes participantes? ¿Quedarse sentados, charlando plácidamente sobre chicas, películas y cosas por el estilo? No, por supuesto que no. Se trata de un estudio sobre presos y carceleros, por lo que su cometido consiste en comportarse como tales, o, para ser más exactos, de acuerdo con el concepto estereotipado que tienen de la conducta de presos y carceleros. Sin duda, el profesor Zimbardo, que está aquí mismo observándolos (como director de la cárcel) se llevaría una desilusión si, en vez de ello, entablaran una conversación distendida y tomaran el té. Numerosos estudios demuestran que quienes participan en experimentos psicológicos están muy motivados para hacer lo que creen que los investigadores esperan de ellos.
>
> PETER GRAY, «Why Zimbardo's Prison Experiment Isn't in My Textbook», *Psychology Today*, 19 de octubre de 2013

Gray tenía la impresión de que el error crítico de Zimbardo había sido adjudicarse el papel de director en vez del de observador externo. Y no había adoptado el papel de director distante. Antes del inicio del experimento, pronunció una arenga ante los carceleros, tal como rememoraría más tarde en su libro *The Lucifer Effect**:

> No podemos abusar de ellos o torturarlos físicamente —dije—. Podemos fomentar el aburrimiento. Podemos crear una sensación de frustración. Podemos inculcarles la idea de la arbitrariedad que rige sus vidas, que están controladas por nosotros, el sistema, tú y yo, [carcelero] Jaffe. No tendrán la menor privacidad, pues habrá una vigilancia continua; nada de lo que hagan pasará inadvertido. No gozarán de libertad de acción. No podrán hacer nada ni decir nada sin nuestro permiso. Les privaremos de la individualidad de varias

> maneras. Tendrán que llevar uniforme, y nadie los llamará por su nombre en ningún momento, sino por los números que les habremos asignado. El objetivo de esto es infundirles una sensación general de impotencia. Será una situación en la que nosotros tendremos todo el poder, y ellos ninguno.
>
> PHILIP ZIMBARDO, *The Lucifer Effect,*

Según Gustave Le Bon, un tumulto no era más que un estallido desprovisto de ideología, una mancha homogénea de un único color estridente. Pero Twitter no era así. Twitter no se expresaba con una sola voz. Entre los tuits contra Justine Sacco había habido mensajes misóginos: «Que algún seropositivo viole a esta guarra y ya veremos si el color de la piel la protege del sida»; humanitarios: «Si te indignan las desafortunadas palabras de @justinesacco sobre el sida, haz como yo y apoya la labor de @CARE en África»; publicitarios, como este de Gogo, empresa proveedora de wifi en los aviones: «La próxima vez que vayas a tuitear una estupidez antes de despegar, asegúrate de que tu vuelo cuente con @gogo! CC: @justinesacco».

Todos aquellos usuarios se habían unido de forma espontánea, sin seguir a un líder, tal como había escrito Steve Reicher. Yo no figuraba entre ellos, pero había participado en el linchamiento de muchas personas como Justine. Estaba embelesado con la nueva tecnología, como un niño pequeño que gatea hacia una pistola. Al igual que a Dave Eshelman, lo que me había impulsado era el deseo de hacer algo bueno. No cabe duda de que se trata de un impulso muy preferible a la locura colectiva. Pero mi motivación me había llevado a arrancar muchas cabelleras; a reprender con dureza a un montón de personas de las que ya no me acordaba, lo que me hacía sospechar que ese impulso procedía de un pozo muy oscuro y extraño, un rincón de mí mismo que no me atrevía a explorar. Y por eso mismo debía explorarlo.

6

Hacer algo bueno

—Soy un don nadie —aseveró Hank—, un tipo con familia y trabajo, el típico estadounidense de clase media.

«Hank» no era su nombre de verdad. Había conseguido mantener en secreto ese dato sobre sí mismo. Estaba hablando conmigo a través de Google Hangouts, desde su cocina en una casa situada en un barrio residencial de una ciudad de la costa Oeste que le prometí no nombrar. Parecía frágil, inquieto, la clase de hombre que se siente más a gusto trabajando solo frente al ordenador que conversando con un humano desconocido por Internet.

El 18 de marzo de 2013, Hank se hallaba entre el público de una conferencia para desarrolladores de tecnología en Santa Clara cuando se le ocurrió un chiste estúpido que le susurró al oído a su amigo Alex.

—¿Cómo era el chiste? —le pregunté.

—Era tan malo que no recuerdo las palabras exactas —dijo—. Era algo sobre un paquete de datos ficticios muy grande..., un paquete ridículo. Nos reímos por lo bajo, sin siquiera llegar al volumen de una conversación normal.

Unos momentos antes, Hank y Alex habían estado riendo por lo bajo a causa de alguna otra broma tipo Beavis y Butthead para entendidos en informática, sobre «*forkear* el repositorio». «Decidimos que habíamos inventado un nuevo halago —me aclaró Hank—. Un tipo había salido al escenario a presentar su proyecto y Alex dijo: "A ese tío le *forkearía* bien el repositorio."»

(En jerga técnica, hacer un *fork*, o bifurcación, significa realizar una copia del *software* de otra persona para trabajar en él de forma independiente. Un «repositorio» o «depósito» es un archivo de recursos digitales. Por eso «*forkearle* a alguien el repositorio» funciona como halago y también como insinuación sexual. Por si el lector estaba interesado en saberlo. Me imagino

que uno vive un tipo muy especial de infierno cuando tiene que explicarle a un periodista un chiste malísimo de usar y tirar concebido diez meses antes, y el periodista no deja de repetir: «Lo siento. Sigo sin pillarlo», pero ese es el infierno que sufrió Hank durante su diálogo conmigo vía Google Hangout.)

Unos momentos antes de hacer la broma sobre el paquete, Hank apenas reparó en que la mujer que tenían sentada delante se levantaba, se volvía hacia atrás y tomaba una fotografía. Él creía que estaba fotografiando al público en general, así que dirigió la vista al frente, procurando no estropearle la foto.

Resulta un poco doloroso contemplar esa imagen ahora, sabiendo lo que estaba a punto de sucederles. Esas sonrisas traviesas y tontas, resultado de un chiste sobre paquetes compartido con éxito iban a ser las últimas sonrisas de Hank y Alex durante una temporada.

Diez minutos después de que la mujer hiciera la foto, un organizador de la conferencia se acercó por el pasillo y les dijo a Hank y Alex: «¿Me acompañan, por favor?»

Los llevó a un despacho, donde les comunicaron que habían recibido una queja por comentarios obscenos. «Le pedí disculpas de inmediato —dijo Hank—. Sabía exactamente a qué se referían. Les expliqué lo que habíamos dicho y que no teníamos la intención de que se entendiera como un comentario obsceno y le aseguré que lo sentíamos si alguien nos había oído por casualidad y se había ofendido. Ellos respondieron algo como: "De acuerdo. Ya entiendo lo que ha pasado."»


Hank es el de la izquierda; Alex, el de la derecha.

Y eso fue todo. El incidente había concluido. Hank y Alex quedaron muy afectados («somos cerebritos y no llevamos bien los enfrentamientos. No estamos acostumbrados a ellos»), así que decidieron abandonar la

conferencia antes de que finalizara.

Se dirigían al aeropuerto cuando empezaron a preguntarse cómo había presentado exactamente aquella mujer su queja a los organizadores del acto. De pronto, se pusieron nerviosos. Había una posibilidad espeluznante: que la hubiera presentado a través de un tuit público. De modo que, llenos de aprensión, echaron un vistazo.



[No está bien. Chistes sexuales sobre *forkear* repositorios y paquetes «grandes». Justo detrás de mí. #pycon]

Una oleada de ansiedad recorrió a Hank. Leyó rápidamente las respuestas al tuit, pero no había muchas; solo alguna que otra felicitación por parte de un puñado de sus doce mil seguidores por la «elegancia» con que había «dado una lección» a los hombres que tenía sentados detrás. Hank, apesadumbrado, descubrió que la propia mujer —que se llamaba Adria Richards— había tuiteado una broma estúpida sobre penes unos días antes. Le había sugerido a un amigo que se metiera unos calcetines en el pantalón para apabullar a los agentes de seguridad del aeropuerto. Hank se relajó un poco. Al día siguiente, Adria Richards amplió su denuncia con una entrada en su blog:

> Ayer, en la conferencia PyCon, llamé la atención a unos individuos que estaban faltando al respeto a la comunidad.

Explicaba las circunstancias de lo ocurrido: ella era una «evangelista que había iniciado una carrera prometedora como desarrolladora», y, mientras aquellos hombres se reían de los paquetes grandes, en el escenario el presentador hablaba de iniciativas para incorporar a más mujeres al sector. De hecho, acababa de proyectar en la pantalla la fotografía de una niña en un taller de tecnología.

> La responsabilidad por los propios actos es importante. Esos sujetos sentados detrás de mí se sentían a salvo entre la multitud. Me percaté de ello y comprendí que su anonimato los envalentonaba. Es lo que se conoce como desindividuación. Las teorías sobre la desindividuación sugieren que se trata de un estado psicológico de autoevaluación reducida, lo que da lugar a un comportamiento antinormativo y desinhibido. La teoría de la desindividuación intenta encontrar una explicación para diversos comportamientos colectivos antinormativos como los disturbios, los linchamientos, etc.

Desindividuación. Gustave Le Bon y Philip Zimbardo volvían a cobrar vida ante mis ojos, esta vez, en el blog de Adria.

> [...] Me puse de pie despacio, me volví y tomé tres fotografías nítidas.
>
> No sé por qué, pero cuando alguien pisotea los sueños de una niñita, me pongo furiosa.
>
> Bastan cuatro palabras para marcar la diferencia: «Eso no está bien.»
>
> Ayer, el futuro de la programación estaba en juego, así que alcé la voz.
>
> ADRIA RICHARDS, blog But You're a Girl
> [Pero si eres una chica],
> 18 de marzo de 2013

Al día siguiente, el jefe de Hank le pidió que fuera a su despacho y lo despidió.

—Guardé todos mis trastos en una caja —dijo Hank— y salí para llamar a

mi esposa. No se me suelen escapar las lágrimas, pero... —Hizo una pausa—. Cuando subí al coche con ella, no pude... Tengo tres hijos. Estaba aterrado por haberme quedado sin trabajo.

Esa noche, Hank realizó su única declaración pública (al igual que Justine y Jonah, no había hablado con un periodista sobre lo sucedido antes de que yo lo entrevistara). Publicó un mensaje breve en el foro de discusión de Hacker News:

> Hola, soy el que hizo un comentario sobre paquetes grandes. Antes de nada, quiero pedir disculpas. No tenía la menor intención de ofender a nadie y lamento de verdad haberlo dicho y haber hecho sentir así a Adria. Ella tenía todo el derecho a denunciarme a la organización, y defiendo su decisión. [Sin embargo] como consecuencia de la fotografía que publicó, hoy me han despedido. Es un palo, porque tengo tres hijos y el trabajo me gustaba mucho.
>
> Sin previo aviso y con una sonrisa en los labios, ella me hizo la foto que ha cambiado mi destino.

—Al día siguiente —relató Hank— Adria Richards llamó a mi empresa para pedirles que me exigieran que borrara de mi disculpa la parte donde explicaba que había perdido el empleo a causa de su tuit.

Le envié a Adria una solicitud de entrevista. «De acuerdo, mándame una propuesta por correo electrónico, y, si me parece oportuna, te responderé», me contestó. Se la mandé. Le pareció oportuna. Acordamos reunirnos dos semanas después. «Nos reuniremos en un lugar público por motivos de seguridad —escribió—. No olvides llevar una identificación.»

Quedamos en la zona de facturación del aeropuerto de San Francisco. Me la imaginaba como una mujer temible, pero cuando la vi agitando el brazo desde el extremo opuesto de la terminal, no me lo pareció en absoluto. Me dio la impresión de ser una persona introvertida y delicada, como Hank cuando contacté con él a través de Google Hangouts. Encontramos una cafetería y me refirió el momento en que había empezado todo para ella; el momento en que había oído el comentario sobre el paquete grande.

—Cuando tenías algún altercado en el colegio, ¿alguna vez notaste que se te erizaba el vello de la espalda? —me preguntó.

—¿Sentiste miedo? —inquirí.

—Peligro —dijo—. Mi cuerpo me estaba diciendo con toda claridad: «No estás a salvo.» —Por eso aseguró—: Me levanté despacio, giré el torso y saqué tres fotos. —Tuiteó una con un resumen muy breve de lo que él había dicho—. Entonces envié otro tuit en el que revelaba mi ubicación. ¿No?

—¿Peligro? —repetí.

—¿Nunca has oído eso de que los hombres temen que las mujeres se rían de ellos, mientras que las mujeres temen que los hombres las maten?

—Algunos podrían pensar que eso es una exageración —señalé. Al fin y al cabo, ella se encontraba en plena conferencia sobre tecnología junto con ochocientos espectadores.

—Sin duda —replicó Adria—. Y los que pensaran eso seguramente serían hombres blancos.

Me pareció un razonamiento un poco pobre. A veces los hombres tienen razón. Se trata de una falacia lógica con un nombre en latín: argumento *ad hominem*. Cuando alguien no sabe cómo defenderse de una crítica, ataca al crítico para desviar la atención.

—Que hayan despedido a alguien me parece bastante grave —comenté—. Sé que tú no pediste que lo despidieran, pero seguro que te supo mal.

—No tan mal —repuso. Reflexionó unos instantes y sacudió la cabeza con aire decidido—. Es un hombre blanco. Yo soy una mujer judía negra. Él estaba diciendo cosas que podrían juzgarse ofensivas hacia mí, que estaba sentada delante. Siento empatía por él, pero solo hasta cierto punto. Si padeciera síndrome de Down y le hubiera dado sin querer un empujón a alguien y lo hubiera tirado a las vías del metro, la cosa sería distinta. —Tomó aire—. He visto opiniones de personas que dicen: «Adria no sabía lo que hacía al tuitear aquello.» Pues sí que lo sabía.

La noche en que Hank publicó su declaración en Hacker News, varias personas ajenas al incidente comenzaron a meter baza en su conflicto con Adria. Hank empezó a recibir mensajes de apoyo de blogueros que defendían los derechos de los hombres. Él no respondió ninguno. Más tarde, un colaborador del blog Gucci Little Piggy escribió que el mensaje de Hank en Hacker News ponía de manifiesto que era un hombre

> sin sangre en las venas [...] cuando pides perdón, es como si estuvieras diciendo: «Soy un enemigo débil; haz conmigo lo que

> quieras.» [Al humillar públicamente a Hank, Adria ejerció] un poder total y absoluto sobre los hijos de él. ¿Eso no lo cabrea?

Mientras los blogueros en favor de los derechos de los hombres aplaudían y luego insultaban a Hank, Adria descubría que hablaban sobre ella en 4chan/b/, un famoso punto de encuentro para troles.

> Un hombre con tres hijos se ha quedado en la calle porque al contarle un chiste tonto a un amigo, alguien con más poder que sentido común lo oyó. Crucifiquemos a esa zorra.
>
> Matémosla.
>
> Extirpémosle el útero con una navaja.

Alguien le mandó a Adria la fotografía de una mujer decapitada que tenía la boca tapada con cinta adhesiva. Circularon fotomontajes de su cara superpuesta al cuerpo de actrices porno. Se crearon páginas web que enseñaban cómo hacer que esos fotomontajes quedaran impecables igualando los tonos de la piel. Alguien escribió en Facebook: «Ojalá consiga dar con Adria, secuestrarla, cubrirle la cabeza con una bolsa y meterle en el puto cráneo una bala del veintidós subsónica. Que le den a esa guarra. Que pague por lo que ha hecho, que aprenda a obedecer.» (Adria me dijo, aunque no he podido confirmarlo, que este mensaje era de un estudiante del New York City College of Technology.)

«Las amenazas de muerte y de violación no hacen más que reforzar su causa —escribió al fin alguien en 4chan/b/—. No estoy diciendo que os quedéis de brazos cruzados. Solo que penséis antes de actuar. Que hagáis algo productivo.»

Poco después, la página web que pertenecía a SendGrid, la empresa para la que trabajaba Adria, dejó de estar disponible. Alguien había utilizado un programa malicioso contra el servidor. Era un ataque conocido como DDoS, la versión automática de una persona sentada frente a un ordenador pulsando una y otra vez «Recargar» hasta que la página se satura y deja de funcionar.

Al día siguiente, Adria fue despedida.

Unos días antes de volar a San Francisco para reunirme con Adria, colgué un mensaje en 4chan/b/ pidiendo que alguien que estuviera implicado

personalmente en su hundimiento se pusiera en contacto conmigo. Menos de un minuto después, lo habían borrado. Publiqué otra petición, que desapareció al cabo de unos segundos. Algún administrador de 4chan estaba censurándome en silencio cada vez que intentaba comunicarme. Por otro lado, mis mensajes coincidieron con una época en que se habían producido detenciones de algunos de los troles más devotos de 4chan, autores de ataques DDoS y activistas, por lo que de pronto era posible leer nombres auténticos en el foro. Fue así como conocí a Mercedes Haefer, una asidua de 4chan de veintiún años.

En su fotografía de Facebook, Mercedes lleva un bigote postizo y luce orejas de conejo. Estábamos sentados uno frente al otro en un amplio y lujoso *loft* situado encima de una vieja tienda de ultramarinos en el Lower East Side de Manhattan. La vivienda pertenecía a Stanley Cohen, su abogado, que había dedicado su carrera a defender a anarquistas, comunistas, okupas y miembros de Hamás, y ahora iba a defender a Mercedes.

El delito del que la acusaban (y del que más tarde se declararía culpable; en el momento en que escribo esto el caso está pendiente de sentencia) era el de haber lanzado junto con otros trece usuarios de 4chan un ataque DDoS contra PayPal en venganza por su negativa a aceptar donativos para WikiLeaks. Se podía donar dinero al Ku Klux Klan a través de PayPal, pero a WikiLeaks no.

Agentes del FBI se presentaron en el piso de Mercedes en Las Vegas a las seis de la mañana.

—Abrí la puerta y me dijeron: «Mercedes, ¿te importaría ponerte pantalones?» Para serte sincera, lo pasé genial con la detención. Les tomé el pelo a los del FBI, me pusieron unas esposas de lo más guais, me dejaron elegir la música en el coche. En cambio, la formulación de cargos fue un aburrimiento. Me eché una siesta mientras me los leían.

Pasé varias horas con Mercedes. A simple vista, parecía una trol típica, risueña y amante del caos virtual. Me habló de su hilo favorito en los foros de 4chan. Lo había iniciado «un tío que está realmente enamorado de su perra. La perra se puso en celo, así que el tío se dio una vuelta para recoger muestras, se las inyectó en el pene y se tiró a la perra, que quedó preñada, así que él es el padre de los cachorros. —Rio—. Es el foro del que les hablé a los del FBI cuando me interrogaron sobre 4chan, y hubo unos agentes que

incluso se levantaron y salieron de la habitación».

Esta faceta de Mercedes no me resultaba tan interesante porque no creía que ese episodio fuera una historia sobre troles. Centrarme en ellos habría significado seguir el camino fácil: achacar el resurgimiento de la humillación pública a una minoría ridícula y extravagante. Es posible que unos cuantos troles se cebaran con Justine y Adria, pero no fueron troles quienes las machacaron. Fueron personas como yo.

En los meses siguientes, sin embargo, llegué a conocer y a apreciar mejor a Mercedes —nos escribimos mucho por correo electrónico—, y descubrí que en realidad no era un trol al uso. La movían ideales más nobles. Era otra persona cuyas ansias de humillar estaban alimentadas por el deseo de hacer el bien. Me contó que, en una ocasión, 4chan localizó a un chico que había estado colgando en YouTube vídeos en los que aparecía maltratando a su gato «y retando a la gente a impedírselo». Los usuarios de 4chan le siguieron la pista «y anunciaron a la ciudad entera que era un sociópata. ¡Ja, ja! Le quitaron el gato y otras personas lo adoptaron».

(Claro que es posible que el chico fuera un sociópata, pero ni Mercedes ni los otros usuarios de 4chan tenían pruebas de ello ni la menor idea de si su entorno familiar lo había hecho así.)

Le pregunté qué tipo de personas se reunían en 4chan.

«Muchos son chavales aburridos, con una vida poco estimulante y víctimas de acosos —respondió—. Saben que no pueden llegar a ser lo que quisieran, de modo que acuden a Internet. Allí gozan de poder en situaciones en las que normalmente estarían indefensos.»

Era una época de hostigamiento judicial draconiano continuo, un intento por parte de las autoridades de doblegar a personas como Mercedes. Pero cuando le pregunté si las imputaciones pondrían fin a sus campañas de troleo y ataques DDoS, su respuesta fue rotunda y mordaz.

«La policía está tratando de controlar el terreno —dijo. Por "terreno" se refería a Internet—. Es como lo que pasa en las ciudades. Aburguesan los barrios del centro, obligan a los pobres a irse a vivir a los guetos y luego trolean los guetos, parando y cacheando a todo el mundo...»

Daba la casualidad de que, poco antes de que yo conociera a Mercedes, el Departamento de Policía de Nueva York hizo pública la información sobre el número de ocasiones en que sus agentes habían parado y cacheado a ciudadanos neoyorquinos a lo largo del año anterior. Había ocurrido 684.330 veces. Esto significaba que se habían practicado mil ochocientos

cacheos por día. De esas mil ochocientas personas —según la organización en favor de los derechos individuales New York Civil Liberties Union—, casi «nueve de cada diez eran totalmente inocentes».

En julio de 2012, Nahal Zamani, abogado que defiende los derechos civiles, entrevistó a víctimas de esta práctica para el informe de investigación «Stop and Frisk: The Human Impact» [Detención y cacheo: el impacto humano]:

> Varios declararon que ser objeto de detención y cacheo había hecho que se sintiesen «degradados y humillados». Uno de ellos añadió: «Sí, cuando te paran por la calle delante de todo el mundo, te humillan. Y la gente se lleva una impresión equivocada de ti. Eso influye bastante en la imagen que se forman. Pueden empezar a sospechar que te dedicas a alguna actividad ilegal, aunque no sea cierto. Solo porque la policía te ha parado por... solo porque te ha elegido al azar. Eso por sí solo resulta bastante humillante.» Otra dijo: «Me hizo sentir vejada, humillada, acosada, avergonzada y, por supuesto, muy asustada.»
>
> «Stop and Frisk: The Human Impact»,
> Centro para los Derechos Constitucionales,
> julio de 2012

Por una coincidencia extraña y circular, había sido el colaborador de *The New Yorker* Malcolm Gladwell, colega de Jonah Lehrer, quien había popularizado la política de detención y cacheo. Cuando implantaron estas medidas en la década de 1990 —en aquel entonces las llamaban «política de ventanas rotas»—, Gladwell escribió un artículo emblemático en *The New Yorker*, «The Tipping Point» [El punto de inflexión]. Las calificó de «milagrosas». Según su ensayo, existía una correlación entre la contundencia contra delincuentes menores como los grafiteros o los que viajaban en transporte público sin pagar y el repentino descenso en el número de asesinatos en Nueva York.

Según él, se estaba produciendo «una transformación extraña y sin precedentes» en dicha ciudad. En vez de las ráfagas de disparos de antaño, ahora había «personas comunes y corrientes en la calle al anochecer, niños pequeños en bicicleta, ancianos sentados en bancos, gente que salía sola del metro. En ocasiones, los cambios más modestos tienen efectos

espectaculares».

El artículo de Gladwell causó sensación; fue uno de los más influyentes en la historia de la revista. Vendía aquella táctica policial agresiva a los neoyorquinos reflexivos y progresistas que en otras circunstancias no habrían apoyado unas medidas tan severas. Proporcionó a una generación de izquierdistas una excusa para volverse más conservadores. Se convirtió en un instrumento de márketing al servicio de la teoría de las ventanas rotas. Más tarde, se vendieron dos millones de ejemplares de su libro *La clave del éxito*, lo que catapultó su carrera, al igual que la de otros muchos autores de divulgación científica como Jonah Lehrer.

Sin embargo, el ensayo de Gladwell estaba equivocado. Datos posteriores revelaron que el número de crímenes violentos en Nueva York llevaba cinco años reduciéndose antes de que se pusiera en marcha la política de ventanas rotas. Descendía a una velocidad igual de vertiginosa en todo Estados Unidos, incluidas ciudades como Chicago y Washington, donde no se había declarado la guerra a los grafiteros y los que viajaban sin billete. Cuando entrevisté a Gladwell en 2013 para otro proyecto —el *Culture Show* de la BBC—, saqué a colación el tema de las detenciones, los cacheos y las ventanas rotas. Una expresión de aflicción y remordimiento asomó a su rostro. «Estaba demasiado enamorado del concepto de las ventanas rotas —admitió—. La simplicidad metafórica de la idea me sedujo hasta tal punto que exageré su importancia.»

La práctica de detención y cacheo se prolongó hasta los primeros años de la década de 2010, y una de sus consecuencias fue que personas jóvenes que habían sufrido cacheos repetidos intentaron vengarse en la red, a través de 4chan. Mercedes no fue la única que me contó esto. Poco después de conocerla, tuve un encuentro misterioso fuera de una estación de metro en Queens con un amigo suyo de 4chan. Un coche destartalado se detuvo delante de mí. El conductor, joven, blanco y de origen hispano, llevaba un crucifijo enorme. Aún desconozco su verdadero nombre. Me pidió que lo llamara por su apodo de Internet: Troy.

Me llevó a un café, donde refunfuñó sobre cuánto habían cambiado las cosas, sobre los buenos tiempos en que uno se podía dejar el teléfono móvil en una mesa del establecimiento sin que se lo robaran. Le comenté que los buenos tiempos me parecían espantosos, pero me explicó que el aburguesamiento traía consigo daños colaterales: detenciones y cacheos

incesantes a los jóvenes que no tenían pinta de modernos de clase alta. «Cuando vas a la tienda, cuando vuelves a casa después de clase, y te amargan el día. Da asco. Por aquí es peligroso traspasar algunas fronteras.» Troy me aseguró que estas injusticias policiales eran las que lo habían impulsado a participar en 4chan.

—La policía dice: «Mira lo que podemos hacerte en tu propio territorio» —prosiguió Mercedes—. «Estos no son tus dominios, sino los nuestros, y si vives aquí es porque te damos permiso.» La gente hace vida social en Facebook porque ¿dónde puede uno ir a pasar el rato en Nueva York hoy en día? Internet es nuestro territorio y ellos intentan arrebatárnoslo, pero no lo conseguirán, porque la red es la red.

—¿Y vosotros sabéis mejor que ellos cómo funciona? —inquirí.

—Que les den por culo —replicó—. Son imbéciles. En cierta época, si sabías de medicina en Massachusetts, te consideraban una bruja y te quemaban viva. En la actualidad no hay mucha gente que vaya más allá de Facebook. Les explicas cómo funciona un *router* y se creen que sabes magia. Magia negra. «Tenemos que encerrarlos para siempre porque no conocemos otra manera de pararles los pies.» En parte, todos esos chavales se han hecho expertos en Internet porque no tenían poder en ningún otro ámbito. Los oficios especializados se están perdiendo. Por eso siguieron ese camino. Y entonces se armó la de Dios.

Le pregunté qué opinaba del ataque contra Justine.

—¿Sacco? ¿La que hizo que despidieran a esos tíos por bromear sobre paquetes?

—Esa era Adria Richards —precisé—. Justine Sacco es la que publicó un tuit sobre el sida.

—Bueno, eso fue en Twitter —dijo—. Twitter es un bicho distinto de 4chan. Está regido por una moral y unos valores más normales. A Adria Richards se le echaron encima porque por su culpa despidieron a un tipo por hacer un chiste de paquetes que no iba dirigido contra nadie. No había hecho daño a nadie. Ella estaba coartando su libertad de expresión, y la comunidad virtual le propinó una zurra por ello.

—¿Y Justine Sacco? —dije.

—En Internet está bastante arraigado el concepto de lo que significa ser un don nadie —aseveró Mercedes—, el tipo de persona de la que se burlan los gilipollas blancos ricos. El tema con Justine Sacco es que es una blanca rica

que hizo una broma sobre negros enfermos que morirán pronto. Así que, durante unas horas, ella supo qué se siente al ser un don nadie del que todo el mundo se mofa. Hundir a Justine Sacco fue como hundir a todos los ricos blancos que habían hecho un chiste racista y se habían quedado tan tranquilos porque podían. A ella su broma sobre el sida le pareció graciosa porque no sabe lo que es ser un negro sin recursos o alguien a quien le han diagnosticado sida. —Hizo una pausa—. Hay ofensas que solo el consenso y la humillación pública pueden castigar. Se trata de un tipo de tribunal diferente con un tipo de jurado diferente.

Le pedí que me explicara uno de los mayores misterios de los linchamientos modernos: su carácter flagrantemente misógino. Nadie había empleado un lenguaje de violencia sexual contra Jonah, y, sin embargo, cuando Justine y Adria se habían pasado de la raya, habían recibido amenazas de violación al instante. Y las que lanzaban los usuarios de 4chan figuraban entre las más desagradables.

—Sí, es un poco extremo —reconoció Mercedes—. 4chan imagina lo peor que le podría pasar a esa persona y clama a gritos por que ocurra. De todos modos, dudo que nadie tuviera la intención de cumplir su amenaza. Y creo que muchos usaban la palabra en el sentido de «destruir» y no en el de «agredir sexualmente». —Al cabo de unos momentos, agregó—: Pero el propósito de 4chan es degradar a la víctima, ¿no? Y en nuestra cultura pocas cosas hay más degradantes para una mujer que la violación. Nadie habla de violaciones contra hombres, así que supongo que la mayoría de la gente no las concibe como una degradación masculina. Cuando se trata de hombres, se habla del despido. En nuestra sociedad, se supone que los hombres deben tener trabajo. Si los echan a la calle pierden parte de su virilidad. En el caso del *Paquetegate*, ella privó a ese hombre de su empleo sin justificación alguna. Degradó su masculinidad, así que la comunidad reaccionó degradando su feminidad.

Adria continuó recibiendo amenazas de muerte y violación incluso después de que la empresa prescindiera de sus servicios.

—Las cosas se pusieron muy feas para ella —me contó Hank—. Tuvo que desaparecer del mapa durante seis meses. Internet estaba juzgando su vida entera. No era una buena situación para ella en absoluto.

—¿La has visto en persona alguna vez? —le pregunté.

—No —contestó—. No ha habido ningún contacto entre nosotros desde

el día en que me hizo aquella foto.

Habían transcurrido diez meses desde entonces. Hank había dispuesto de todo ese tiempo para poner en orden sus sentimientos hacia Adria, de modo que le pregunté qué pensaba de ella ahora.

—Creo que nadie se merece pasar por lo que ella pasó.

—Tal vez fue Hank quien empezó todo esto —me dijo Adria en la cafetería del aeropuerto de San Francisco.

—¿A qué te refieres?

—Nadie se habría enterado de que lo despidieron si él no se hubiera quejado —explicó—. Tal vez la culpa es suya por quejarse de que lo echaran. Tal vez él azuzó en secreto a los grupos que publicaron los mensajes de odio, ¿no?

Esta insinuación me dejó tan atónito que en aquel momento no dije nada de Hank, pero más tarde me sentí mal por no haber roto una lanza a favor de él, por lo que le escribí un correo electrónico explicándole lo que él me había contado: que se había negado a mantener correspondencia con los blogueros y troles que le habían mandado mensajes de apoyo. Añadí que, en mi opinión, Hank tenía todo el derecho a anunciar en Hacker News que lo habían despedido.

Adria contestó que se alegraba de ver que Hank «no los incitó activamente a preparar el ataque», pero aun así lo consideraba responsable. Eran «sus propios actos los que habían conducido a su despido, y, sin embargo, él lo expresó de manera que pareciera que yo tenía la culpa [...]. Si yo tuviera un cónyuge y dos hijos que mantener, desde luego no iría por ahí haciendo "bromas" como la que hizo él en la conferencia. Ah, pero es que yo tengo compasión, empatía, una moral y una ética que guían mis decisiones en la vida diaria. A menudo me pregunto cómo pueden las personas como Hank ir por la vida aparentemente sin percatarse de que "el otro" vive en el mismo mundo que él, pero con muchas menos oportunidades».

Le pregunté a Hank si había empezado a comportarse de un modo distinto después del incidente. ¿Había afectado lo sucedido su estilo de vida?

—Ahora guardo un poco las distancias con las desarrolladoras —contestó—. Ya no me llevo tan bien con ellas como antes. Hago bromas, pero muy simplonas. Voy con pies de plomo. No puedo permitirme otro *Paquetegate*.

—Dame un ejemplo —le pedí—. A ver, imagina que estás en tu nueva

oficina —le habían ofrecido otro empleo enseguida— y estás hablando con una desarrolladora. ¿En qué cambiaría tu actitud hacia ella?

—Pues… En el lugar donde trabajo ahora no hay desarrolladoras, así que…



Otra fotografía tomada por Adria en la conferencia el día del chiste sobre paquetes.

—Ahora tienes un nuevo empleo, ¿verdad? —le pregunté a Adria.

—No —respondió.

El padre de Adria era alcohólico. Solía maltratar a su esposa. La golpeaba con un martillo. Le hizo saltar todos los dientes. Cuando él dejó a la familia, la madre de Adria se vino abajo.

La propia Adria escribió en su blog en febrero de 2013: «Ir al colegio era duro. Los niños se metían conmigo porque tenía la ropa sucia y agujeros en los zapatos. Llevaba el pelo hecho un desastre. Me sentía avergonzada. Tenía hambre a todas horas.» Adria acabó en un hogar de acogida.

Me mandó una carta que le había escrito a su padre. «¡Soy yo, Adria! ¿Cómo estás? Sé que ha pasado mucho mucho tiempo. Tengo ganas de verte. Te quiero, papá. Ahora tengo veintiséis años. Si recibes esto, por favor ponte en contacto conmigo, pues me encantaría verte.»

Su padre no respondió. Adria no ha tenido noticias suyas desde hace décadas. Cree que lo más probable es que haya muerto.

Cuando le pregunté si su trauma infantil podía haber influido en el concepto que tenía de Hank y Alex, respondió que no.

—Dicen lo mismo de las víctimas de violación —dijo—. Que cuando te han violado, crees que todos los hombres son violadores. —Meditó unos instantes—. No. Estos tíos estaban haciendo algo que claramente no estaba bien.

Yo había humillado a muchas personas. Muchas personas habían revelado

su auténtico yo por un momento, y yo, al advertir astutamente que se les caía la máscara, había avisado a otros con mensajes ingeniosos. Pero ya no me acordaba de ninguna de ellas. Tantos escándalos olvidados... En realidad, sí que me acordaba de una. El autor del desaguisado había sido A. A. Hill, columnista de *The Sunday Times* y *Vanity Fair*. Su fechoría había consistido en escribir una columna sobre cómo le había pegado un tiro a un babuino en un safari en Tanzania. «Me dicen que son un blanco difícil. Trepan corriendo a los árboles, se aferran a su triste vida. No se dejan matar fácilmente, los babuinos. Salvo ese. Una bala expansiva le destrozó los pulmones.» ¿Cuál había sido la motivación de A. A. Hill? «Quería hacerme una idea de lo que se siente al matar a alguien, a un desconocido.»

Creo que fui la primera persona en alertar a los medios sociales. La causa fue que A. A. Hill siempre escribía reseñas muy negativas de mis documentales de televisión, de modo que yo estaba muy atento por si él metía la pata. Y al cabo de unos minutos, la noticia había corrido como la pólvora.

> Siguiendo los pasos de Jan Moir, «A. A. Hill» es ahora *trending topic* en Twitter, donde se le denuncia por el asesinato de un primate. *The Guardian*, como es natural, está echando leña al fuego. Se han puesto en contacto con Steve Taylor, portavoz de la Liga contra los Deportes Crueles, quien ha declarado: «Esto es totalmente indefendible desde un punto de vista moral. Si quiere saber qué se siente al disparar a una persona, que se pegue un tiro en la pierna.»
>
> WILL HEAVEN, *The Daily Telegraph*,
> 27 de octubre de 2009

Entre los cientos de mensajes que recibí, casi todos de felicitación, destacaba uno: «¿Eras un abusón en el colegio?»

¿Que si yo era un ABUSÓN en el colegio?

Cuando mi hijo tenía cinco años, un día me preguntó:

—¿Tú fuiste gordo?

—Sí —respondí—. Era gordo a los dieciséis años. Y me arrojaron a un lago por gordo.

—¡Caray! —exclamó.

—Se pueden extraer dos lecciones de esto —dije—. No seas abusón, y no estés gordo.
—¿Me enseñas qué pinta tenías?
—¿Cuando estaba gordo o cuando me tiraron al lago?
—Las dos cosas —respondió.
Hinché los mofletes, caminé como un pato por la habitación, algo cohibido, y me dejé caer de costado.
—¡Plaf! —exclamé.
—¿Lo haces otra vez, a cámara lenta? —pidió Joel—. Y con un cojín debajo de la camisa.
Así lo hice. Esta vez añadí algo de diálogo.
—¡Por favor, no me tiréis al lago! ¡No! ¡Plaf!
—¿Podrías parecer más asustado? —dijo Joel.
—¡POR FAVOR! —grité—. Podría ahogarme. Por favor. ¡No, NO!
Joel me miró, sobresaltado. Me había pasado, por su culpa. Me había dirigido como Sam Peckinpah, exigiéndome que actuara de manera cada vez más grotesca, hasta que me había puesto a fingir que tragaba agua sucia mientras luchaba por subir a la superficie. Pero creo que él había contado con que yo conservara un mínimo de dignidad en mi recreación de los hechos.
Sin embargo, de repente sonrió.
—¡Estabas MUY gordo! —señaló.
He tenido una buena vida en general, pero con frecuencia me vienen a la memoria aquellos años en Cardiff —entre 1983 y 1985— en que me mortificaban a diario, me desnudaban, me vendaban los ojos y me tiraban al suelo en medio del parque infantil. El recuerdo de esos años me acecha cuando entro en habitaciones en las que nunca he estado o cuando hablo con personas que no conozco.

Tenía la impresión de que todos los implicados en el episodio de Hank y Adria creían estar haciendo algo bueno. Pero en realidad no hicieron más que revelar que tenemos una imaginación tan limitada, un arsenal tan reducido de reacciones posibles, que lo único que se nos ocurre hacer con la responsable de una humillación inapropiada como Adria es castigarla con otra humillación. Todos los humilladores habían sufrido humillaciones a su vez, y me parecía de lo más provinciano y contraproducente aplicar instintivamente una humillación encima de otra como un albañil chapucero

que intenta tapar grietas.

Me acordé de algo que me había dicho Jonah Lehrer en Runyon Canyon: «Estoy deseando leer tu libro para averiguar cómo se las arregla la gente para superar la vergüenza.»

Mi intención no era escribir una especie de guía sobre cómo recuperarse de una humillación pública. Aun así, sus palabras se me habían quedado grabadas. ¿Habría por ahí veteranos de antiguas humillaciones que habían conseguido salir indemnes de ellas y podían ofrecer consejo a las angustiadas víctimas de esta nueva oleada de linchamientos? ¿Existían en alguna parte personas que habían encontrado la manera de sobreponerse a la vergüenza? Sabía exactamente por dónde empezar.

7

Viaje a un paraíso libre de humillaciones

Jefe de la F1 celebra repugnante orgía nazi con cinco prostitutas EXCLUSIVA: Hijo de admirador fascista de Hitler protagoniza escándalo sexual

MAX MOSLEY, alto cargo de la competición de automovilismo Fórmula Uno, se ha destapado como un pervertido sexual sadomasoquista. El hijo del tristemente célebre líder fascista británico Oswald Mosley aparece en un vídeo con cinco prostitutas en una depravada orgía de ESTILO NAZI en un calabozo de tortura.

Antes de aplicarse a fondo con las chicas, él mismo representa el papel de prisionero de un campo de exterminio, encogido de miedo mientras le inspeccionan los GENITALES y le examinan el cabello en busca de PIOJOS, burlándose del trato humillante que recibían los judíos por parte de los guardias de las SS durante la Segunda Guerra Mundial...

En cierto momento, el arrugado hombre de sesenta y siete años grita «¡ella *nesesitarrr* más castigo!», blandiendo una CORREA DE CUERO por encima del trasero desnudo de una morena. Luego empiezan a llover los azotes mientras Mosley los cuenta en alemán: «*Ein! Zwei! Drei! Vier! Fünf! Sechs!*» Con cada golpe, la joven suelta un chillido de dolor mientras el canoso y sonriente Mosley se excita visiblemente. Después de la azotaina, la obliga a practicar el acto sexual.

Su padre antisemita —que contó con Hitler como invitado de honor en su boda— habría estado orgulloso del dominio del alemán que demuestra su degenerado hijo mientras se pavonea buscando nalgas que azotar. Nuestros investigadores han obtenido un vídeo de sus enfermizas aficiones.

NEVILLE THURLBECK, *News of the World*,
30 de marzo de 2008

Max Mosley estaba sentado frente a mí en el salón de su casa, una antigua caballeriza reconvertida en vivienda, en el oeste de Londres. Estábamos solos. Su esposa Jean se encontraba en su otra casa, donde ahora pasa gran parte del tiempo. Según declaró Max a Lucy Kellaway del *Financial Times* en 2011: «No le gusta salir, no quiere encontrarse con gente.»

No me venía a la cabeza nadie que hubiera capeado una humillación pública de forma más inmaculada que Max Mosley. Un miembro de las clases altas, poderoso y por lo tanto no muy querido, presidente de la FIA, la federación que regula la Fórmula Uno, pillado por las cámaras ocultas de *News of the World* en la situación sexual más inconcebible dadas sus conexiones con los nazis, de alguna manera había conseguido salir bien parado del escándalo. Mejor que bien parado, de hecho. A la gente le caía mejor que nunca. Algunos lo consideraban un adalid del derecho a no sentirnos avergonzados. Así lo veía yo. Y ahora, Max era el modelo a seguir para cualquier víctima de un linchamiento. Quería que me explicara con todo detalle cómo se las había ingeniado. Sin embargo, mi pregunta pareció incomodarlo.

—La introspección no se me da bien —dijo.

—Pero alguna idea tendrá —insistí—. Allí estaba usted, ese domingo por la mañana, frente al quiosco, leyendo el artículo de *News of the World*...

—Me vino de golpe —rememoró Max—. Fue como un «¡uf!». Pensé: «Es la guerra» —añadió con voz entrecortada, y me miró como diciendo: «Lo siento, la introspección no es lo mío.»

Creo que el misterio había despertado su curiosidad tanto como la mía, pero ignoraba la respuesta.

—Tuvo usted una infancia poco común... —aventuré.

—Supongo que la educación que recibí me hizo bastante más fuerte —dijo —. Desde muy pequeño me di cuenta de que mis padres no eran como los de los otros chicos...

Antes de aquel titular sobre la deplorable orgía nazi, lo más destacable de Max Mosley —salvo para los seguidores de la Fórmula Uno— era la familia de la que procedía. Su padre, sir Oswald Mosley, había fundado en 1932 la Unión Británica de Fascistas. Pronunciaba en Londres discursos tipo

Núremberg. A las personas del público que lo interrumpían las iluminaban con focos y las apaleaban cruelmente delante de la multitud, mientras Oswald Mosley lo observaba desde la tribuna. La madre de Max era la bella Diana Mitford, miembro de la alta sociedad. Su hermana Unity y ella estaban tan fascinadas con Hitler —con quien llegaron a trabar amistad— que se escribían cartas como esta que Unity le mandó a Diana:

> 23 de diciembre de 1935
> El Führer ha estado de un humor excelente y muy jovial. Se podía elegir entre dos sopas, y él ha lanzado una moneda al aire para decidir cuál tomaría, con mucho encanto. Me ha preguntado por ti y le he dicho que pronto vendrás. Ha hablado mucho de los judíos, lo que me ha parecido estupendo.
> Con todo mi cariño y *Heil Hitler*,
>
> BOBO

Hitler asistió a la boda de Oswald Mosley y Diana Mitford, que se celebró en 1936 en la casa de Joseph Goebbels. Max nació en 1940 y, cuando tenía pocos meses, sus padres fueron recluidos en la prisión de Holloway, en el norte de Londres. Sus primeros recuerdos son de las visitas a sus progenitores presos, «que no me parecían extrañas a los tres años, pero conforme me hice mayor me percaté de que gran parte de la sociedad los miraba mal. Aun así, eran mis padres, así que yo estaba de su parte al cien por cien. Cuando alguien discutía conmigo sobre mi padre, yo ganaba la disputa con facilidad porque conocía todos los detalles».

—¿Qué mentiras decía la gente sobre su padre? —pregunté.

—Oh, ya sabe. «Era amigo de Hitler.» Bueno, sin entrar en si eso era bueno o malo, sé que solo coincidió con Hitler dos veces y, de hecho, no se llevó una buena impresión de él. Mi madre sí que era amiga suya, sin duda, y también su hermana, pero mi padre no.

—¿Por qué a su padre no le caía bien Hitler? —quise saber.

—Creo que le parecía... —Max crispó el rostro.

—¿Un poco... presuntuoso? —sugerí.

—Pura pose, en cierto modo —convino Max—. Era la imagen que tenía de él esa clase de ingleses. Por otro lado, se llevaba bastante bien con Mussolini, de quien podría decirse lo mismo. Supongo que veía a Hitler como a un

hombre que se dedicaba a lo mismo que él, pero con mucho más éxito. Y a mi madre le gustaba. No creo que tuvieran una aventura, pero..., bueno, es algo que se nota. En fin. Para mí todo este asunto ha representado una molestia y un engorro enormes.

Max se sintió atraído por el mundo del automovilismo. En él a nadie le importaba quién fuera su padre. Tal como dijo en el año 2000 a la revista *Autosport*, supo que estaba donde debía estar cuando oyó por casualidad que alguien decía: «Mosley. Debe de ser pariente de Alf Moseley, el carrocero.» Tenía cerca de veinticinco años cuando dio sus primeros pasos en el negocio de las carreras de coches, y acababa de empezar a frecuentar los clubes de sadomasoquismo.

—¿Es cómodo el ambiente de los clubes sadomaso? —le pregunté—. ¿Son sitios relajantes?

—Pues sí —respondió. A juzgar por su expresión, los consideraba remansos de integridad, refugios donde no se explotaba ni se avergonzaba a nadie, apartados de un mundo que sobrevaloraba la humillación como arma.

—¿Le preocupaba que lo pillaran? —inquirí.

—Iba con cuidado —dijo—, sobre todo cuando empecé a sacar de quicio a un sector importante de la industria del automóvil. —Max se refería a que, a principios de los noventa, había empezado a participar en campañas para reformar las leyes de seguridad de los vehículos, a fin de que obligaran a los fabricantes a efectuar pruebas de choque—. Y si piensas en lo que le hicieron a Ralph Nader...

Ralph Nader. En 1961, un joven llamado Frederick Condon se estrelló con su coche. En aquel entonces se consideraba elegante que el interior de un automóvil tuviera los bordes puntiagudos y careciera de cinturones de seguridad. Sin embargo, los bordes puntiagudos dejaron parapléjico a Frederick Condon. Así que un amigo suyo, el abogado Ralph Nader, comenzó a ejercer presión para que se aprobaran leyes que establecieran la obligatoriedad del cinturón de seguridad. Por eso, General Motors contrató a unas prostitutas para que lo siguieran al interior de dos tiendas —un supermercado Safeway y una farmacia—, lo sedujeran y luego le hicieran chantaje.

—Ocurrió dos veces —me dijo Nader cuando lo telefoneé más tarde—. Eran mujeres de entre veinticinco y treinta años. Muy hábiles. Ambas

actuaban de forma espontánea, en absoluto sospechosa. Empezaron charlando de cosas sin importancia y luego fueron al grano.

—¿Qué le dijeron? —pregunté.

—La primera mujer dijo: «¿Me ayudas a cambiar unos muebles de sitio en mi apartamento?», y la otra: «Hemos organizado un debate sobre política exterior. ¿Te gustaría participar?» ¡Y allí estaba yo, frente al mostrador de las galletas! —Nader se echó a reír—. ¡Política exterior!

—¿Y todo porque querías que pusieran cinturones de seguridad en los coches? —pregunté.

—No querían que el gobierno les dijera cómo construir sus coches —respondió—. Eran muy libertarios en ese sentido, por decirlo suavemente. Contrataron detectives privados para que me siguieran a todas partes. Se gastaron diez mil dólares solo para averiguar si tenía carné de conducir. Si no hubiera tenido, me habrían tildado de antiamericano, ¿sabe?

Al final, General Motors se vio obligada a reconocer la trama y pedir perdón a Nader en una audiencia del congreso. Él descubrió entonces, como Max descubriría más tarde, que la industria automotriz no tenía el menor reparo en humillar a sus adversarios en la guerra contra los justicieros de la seguridad, y que los poderosos estaban dispuestos a utilizar la humillación como medio de lucro y control social. Quizá solo nos percatábamos de ello cuando lo hacían de forma demasiado descarada o torpe, como en el caso de Ralph Nader.

Una mañana de domingo de la primavera de 2008, un relaciones públicas llamó a Max para preguntarle si había echado un vistazo al *News of the World*. «"Han publicado un artículo con grandes titulares sobre ti", dijo. Así que fui al puesto de periódicos.»

Mientras miraba las fotografías de baja calidad que millones de británicos contemplaban en ese mismo instante —un Max desnudo agachado y azotado por mujeres con uniforme militar alemán—, una frase de *Otelo* le vino a la mente: «He perdido el buen nombre, la parte inmortal de mi ser, y solo me queda lo más bestial.»

Todo aquello por lo que había trabajado se había venido abajo a causa de algo que siempre había considerado una fracción minúscula de su existencia. Se llevó el periódico a casa y se lo enseñó a su esposa. Ella creyó que alguien lo había impreso expresamente para gastarle una broma. Pero entonces cayó en la cuenta de que no era así.

A partir de ese momento, Max adoptó la actitud opuesta a la de Jonah. Concedió una entrevista a BBC Radio 4 en la que declaró que, en efecto, tenía una vida sexual poco común, pero que, cuando se trata de sexo, la gente piensa, hace y dice cosas raras, por lo que solo un idiota pensaría mal de él por ello. Si el desprestigio que merecemos radica en el espacio que media entre quiénes somos y cómo nos mostramos ante el mundo, Max estaba reduciendo esa separación hasta hacerla desparecer, mientras que la de Jonah era ancha como el Gran Cañón.

Además, Max tenía un as en la manga. *News of the World* había cometido un error garrafal. La orgía tenía, en efecto, un evidente matiz alemán. Pero en ella no había simbología nazi.

Así que Max se querelló.

> **James Price (abogado de Max Mosley)**: Si tiene la bondad, examine atentamente [las fotografías] conmigo. ¿Aparece algún elemento nazi en la página 291?
>
> **Colin Myler** (director de *News of the World*): No.
>
> **Price**: En la página 292, tenemos al señor Mosley tomando una taza de té. Allí no hay nada nazi, ¿verdad?
>
> **Myler**: Correcto.
>
> **Price**: ¿Esto es una hoja de reconocimiento como las de las SS?
>
> **Myler**: Sí.
>
> **Price**: En la fotografía se aprecia que se trata de una libreta encuadernada con espiral. En mi opinión, es inconcebible que alguien pueda describirla en serio como una hoja de reconocimiento de las SS.
>
> **Myler**: No estoy de acuerdo.
>
> **Price**: ¿Qué sabe usted de los reconocimientos médicos que realizaban las SS?
>
> **Myler**: No soy un historiador especializado en ellos.
>
> **Price**: ¿Podría decirse, entonces, que no sabe nada acerca de los reconocimientos médicos de las SS?
>
> **Myler**: Con todo detalle, no.
>
> **Price**: ¿Nada en absoluto?
>
> **Myler**: Con todo detalle, no.

Cuando el tribunal pidió a Colin Myler y a Neville Thirlbeck, periodista

de investigación del periódico, que especificaran dónde se había burlado Max de las víctimas de los campos de concentración, señalaron las fotografías de las guardias rasurando a un Max desnudo y añadieron que en los campos de concentración se rapaba a los judíos. Sin embargo, tal como observó el abogado James Price, las chicas estaban rasurándole el trasero, cosa que no recordaba en absoluto las prácticas de los campos de concentración. Además, explicó Max durante su declaración, si hubieran querido disfrazarse de nazis, «habría sido fácil comprar uniformes nazis por Internet o encargarlos a un sastre». Sí, había uniformes, pero eran genéricos del ejército alemán.

La defensa de *News of the World* sufrió otro revés cuando se leyó en voz alta un intercambio de correos electrónicos entre dos de las guardias femeninas.

> Hola, señoritas. Solo quería confirmar que montaremos el número en Chelsea, el viernes, a partir de las tres. Por si estáis por ahí antes, os aviso que le montaré un judicial al mediodía, así que, si queréis verlo, llegad hacia las once de la mañana, pero si no podéis, no pasa nada.
>
> Me muero de ganas, será genial [...]. Tengo el culo intacto, para variar. Besos.

¿Un «judicial»? Un número nazi se habría podido llamar «juicio del Volksgerichtshof» o tal vez «Gerichtsverfahren». Pero ¿«judicial»? James Price pidió a los representantes de *News of the World* que explicaran por qué, si la orgía era tan nazi, en el vídeo se referían una y otra vez a una de las guardias como «oficial Smith». No supieron qué responder. Max ganó el juicio. Y por goleada: el periódico tuvo que pagar las costas más sesenta mil libras por daños y perjuicios, la compensación más cuantiosa en la historia del Reino Unido por un caso de vulneración de la intimidad. Max me contó que ahora la gente lo considera «sobre todo como alguien que fue víctima de una injusticia y que ha librado ciertas batallas con un éxito considerable. Me van mucho mejor las cosas que si hubiera decidido esconderme».

Al cabo de tres años, *News of the World* había dejado de existir. En julio de 2011, *The Guardian* reveló que un investigador privado que trabajaba para dicho medio había pinchado el buzón de voz de Milly Dowler, una adolescente asesinada. En un intento de acallar el escándalo, Rupert

Murdoch cerró el periódico. Más tarde, Neville Thurlbeck se declaró culpable de haber pinchado el teléfono y fue condenado a seis meses de cárcel. Colin Myler, que no se vio implicado en el caso, es en la actualidad redactor jefe del *New York Daily News*.

Max creía que no solo luchaba por su honor, sino también por el de quienes lo habían precedido y ya habían muerto. Se refería a personas como Ben Stronge. «Era un chef inglés que vivía en el norte de Francia. Estaba divorciado y era *swinger*. Un hombre y una mujer que trabajaban para *News of the World* acudieron a su casa para un encuentro sexual. Él les dio de cenar, subió a la planta superior y después de un rato reapareció, al parecer desnudo salvo por una bolsita. —Max hizo una pausa antes de añadir en voz baja—: *Pathos*.»

Sucedió en junio de 1992. Cuando Ben Stronge descubrió que las personas que lo estaban mirando no eran *swingers* sino periodistas de *News of the World*, rompió a llorar. Telefoneó a Patsy Chapman, directora del periódico. Según Max: «"Por favor, no lo publiquen", le rogó, "porque si lo hacen, jamás volveré a ver a mis hijos". Pues lo publicaron de todos modos. Les importó una mierda. El resultado fue que él se suicidó.»

Luego estaba Arnold Lewis. En la primavera de 1978, *News of the World* decidió enviar infiltrados a las fiestas sexuales que se celebraban en caravanas en los bosques de la zona central de Gales. La periodista Tina Dalgleish y su fotógrafo Ian Cutler respondieron a un pequeño anuncio en una revista para *swingers*. Lo había publicado Arnold Lewis, un predicador laico. Quedaron en verse en el pub local.

La convocatoria no tuvo mucho éxito. Se presentaron cinco personas, entre ellas Tina Dalgleish, Ian Cutler y Arnold Lewis. Este último dejó una nota cifrada por si alguien llegaba tarde con una flecha que apuntaba en dirección a la caravana y la distancia exacta que había que caminar: 6,1 kilómetros.

En la caravana bebieron jerez, comieron galletas y montaron una orgía (que Ian Cutler y Tina Dalgleish presenciaron sin participar en ella). Unos días después, Tina telefoneó a Arnold para revelarle su identidad.

Más tarde, después de despedirme de Max, conseguí localizar por teléfono a Ian Cutler, el fotógrafo de Tina Dalgleish. Aunque estaba recuperándose de una apoplejía grave, tenía ganas de hablar. Me aseguró que nunca había dejado de pensar en Arnold Lewis. Su recuerdo lo había atormentado

durante treinta y cinco años.

—Arnold le advirtió a Tina que si publicaba la noticia, se mataría —dijo Ian—. Era un predicador, joder. Un predicador en una pequeña aldea galesa.

News of the World publicó la noticia y Arnold Lewis se mató. Encontraron su cadáver en su coche la mañana en que apareció el artículo. El titular rezaba: «Si va a pasear al bosque hoy, seguro que se lleva una gran sorpresa.»

Max y yo pasamos la tarde intentando esclarecer el misterio. Algo en su comportamiento inmediatamente posterior a la publicación de sus fotos por parte de *News of the World* hizo que el público no mostrara el menor interés por encarnizarse con él. Era como si hubiese dado con la fórmula correcta de una forma natural. La gente se ablandó. Pero ¿cuál era la causa?

En cierto momento me planteé la posibilidad de que Max Mosley fuera un sociópata. Tal vez había sobrevivido a todo aquello echando mano de sus poderes sociopáticos especiales. Tal vez el «uf» instantáneo de furia y entereza que le había venido a la mente frente al puesto de periódicos había sido un «uf» de sociópata. Tal vez eso era lo que nos gustaba de él: su furia y su entereza. Me confesó que, en 1991, dos años después de que lo nombraran presidente de la Federación Internacional de Automovilismo, «encargaron a un psiquiatra que me analizara, y el hombre llegó a la conclusión de que yo era un sociópata». Al decírmelo, me dedicó una mirada nerviosa.

Suspiré.

—¿Sientes empatía? —le pregunté.

—¡Sí! —exclamó—. La motivación detrás de las principales cosas que he hecho en la vida era la compasión por la gente. Además, ese psiquiatra no habló conmigo. Lo hizo todo desde fuera.

—Pues yo no creo que seas un sociópata —declaré.

—¡Qué alivio! —dijo Max.

—De todos modos —añadí—, un psicólogo me dijo una vez que si te preocupa ser un sociópata, eso significa que no lo eres.

—Gracias, Ron. Qué alivio de nuevo —respondió Max. Después de unos instantes, se corrigió—. Jon. Quería decir Jon.

—Otra prueba de que no eres un sociópata, porque a un sociópata no le importaría llamarme Ron —señalé.

—¡Por tercera vez, qué alivio! —dijo Max.

Oscurecía cuando salí de la casa de Max Mosley. Ambos teníamos la impresión de que no habíamos resuelto del todo el misterio, de modo que nos comprometimos a seguir dándole vueltas al asunto.

—Ah, por cierto —dije mientras me dirigía hacia la puerta—. ¿Has oído hablar de un club sadomasoquista en Estados Unidos que se llama Kink? Me parece que he recibido una invitación para visitarlos.

—¿Kink? —Max abrió los ojos como platos—. ¡Ese lugar es lo más! Solo lo he visto en Internet. Tienen máquinas, aparatos eléctricos, agua, todo lo que se te ocurra. ¡Me das envidia!

—¡Qué emocionante!

La invitación para ir a Kink me llegó después de que mencionara en Twitter que estaba escribiendo un libro sobre las humillaciones públicas. Uno de mis seguidores —llamado Conner Habib— me preguntó si pensaba hablar con personas a quienes sufrir una humillación pública les produjera placer sexual.

«¡No! —contesté—. Ni se me había pasado por la cabeza.»

Me dijo que daba la casualidad de que él era una estrella del porno gay y que si me interesaba saber más sobre su trabajo lo buscara en Google. Así lo hice, y de inmediato aparecieron ante mis ojos muchos primeros planos de su ano. Le escribí un correo electrónico para preguntarle cómo se las apañaba para ejercer esa profesión sin avergonzarse.

«Creo que puede aprenderse mucho de las estrellas porno sobre cómo no sentirse avergonzado ni vulnerable —contestó con otro mensaje. Añadió que muchos profesionales del sexo acababan trabajando en hospitales para enfermos terminales—. Como no les asusta el cuerpo humano, no les cuesta ayudar a la gente a sobrellevar el proceso de la enfermedad y la muerte. No sé si hay algo que podría humillarme a estas alturas. Si quieres hablar a fondo sobre el tema, estoy abierto a ello. Solo te pido que no me hagas parecer más tonto de lo que soy. A lo mejor eso es lo que podría humillar a una estrella del porno: un ensayo de Jon Ronson.»

Fruncí el ceño.

Los correos electrónicos de Conner despertaron mi curiosidad por adentrarme en el mundo de la pornografía. ¿De verdad estaba poblado por personas que habían aprendido a inmunizarse contra la vergüenza? De pronto, parecía una habilidad que no venía mal tener.

Me puso en contacto con una famosa productora del porno: Princess

Donna Dolore, de los estudios Kink. Intercambiamos mensajes. «Cuando era niña, todo me daba vergüenza —escribió—, hasta que llegó un momento en que comprendí que si me sinceraba con el mundo respecto de las cosas que me avergonzaban, estas dejaban de pesar en mi vida. ¡Me sentí liberada!»

Agregó que todas las situaciones pornográficas que se le ocurren se basan en esta fórmula. Se imagina circunstancias que la abochornarían —«como estar atada en la calle, desnuda, con todo el mundo mirándome»— y las pone en escena con actores porno de mentalidad afín, despojándolas de sus aspectos más atemorizadores.

Donna y yo convinimos en cenar juntos en Los Ángeles. Esa mañana le envié un correo electrónico: «¡Nos vemos esta tarde a las siete!»

A las 17.40 le escribí de nuevo: «¡No olvides que se supone que hemos quedado dentro de una hora y veinte minutos!»

«¡Claro!», respondió.

Llegué al restaurante a las 18.50. Dos horas y diez minutos más tarde, seguía allí sentado. Eché un vistazo a su cronología de Twitter. Su último mensaje, escrito cuatro horas antes, decía: «¡Que alguien me explique por favor qué demonios se supone que debo hacer a las siete de la tarde! ¡¿Por qué coño no anoto estas cosas?!»

Regresé a mi hotel arrastrando tristemente los pies. «Si vivir en un mundo "post vergüenza" significa tener a la gente esperando durante horas en un restaurante —pensé—, prefiero la vergüenza.»

Donna me mandó un mensaje a medianoche: «¡MIERDA! Lo siento MUCHO.»

«¡No pasa NADA!», contesté.

«Hay una Deshonra Pública mañana, por si te interesa asistir», escribió.

Era medianoche, y me hallaba frente a un *sport* bar en el valle de San Fernando. Desde fuera, el local parecía vacío y a oscuras, pues tenía los postigos cerrados. Pero Donna me había indicado que rodeara el edificio hasta la parte de atrás, donde, detrás de los cubos de basura, estaba la salida de incendios. Cuando Max me había hablado de lo impresionante que era Kink, no se refería al *sport* bar. La sede de Kink se encuentra en San Francisco, en un ornamentado arsenal de 1914 provisto de toda clase de instrumentos de tortura y artilugios que parecían sacados de una mazmorra.

Llamé a la puerta trasera con los nudillos. Un guardia de seguridad me abrió y tachó mi nombre de una lista.

Recorrí el bar con la mirada. Había veinte personas, hombres de mediana edad sentados solos, algunas parejas jóvenes. Todos parecían nerviosos. Un hombre se me acercó.

—Soy Shylar —dijo—. Shylar Cobi.

—¿Trabaja usted en el mundo del porno? —le pregunté.

—Desde hace veintitrés años —respondió—. No conozco otra cosa.

Tenía un rostro afable y melancólico. Me recordaba a Droopy.

Le hice algunas preguntas sobre su vida. Me explicó que no trabajaba solo para Donna. Era un productor independiente que realizaba un promedio de cincuenta rodajes porno al año, lo que significaba que contaba con mil títulos en su haber, incluidos —como descubrí más tarde en la web sobre cine IMDb— *Universidad de orgías*, *Tetas sudorosas y mojadas* y *Las zorras de mis amigas*.

—Bueno, ¿cuál es el plan para esta noche? —pregunté.

Shylar se encogió de hombros.

—El mismo de siempre. Follan, él se corre, limpiamos y todo el mundo se va a casa.

Me dio un apretón suave en el brazo para reconfortarme. No fue el único. Varios miembros del equipo de producción me hicieron cosas similares a lo largo de la noche: me frotaban la espalda, me daban palmadas en el hombro. Supongo que, como parezco algo serio y estirado, no tengo precisamente el aspecto de alguien acostumbrado a ir a rodajes de porno duro, de modo que todos querían asegurarse de que no me sintiera intimidado o estuviera a punto de desmayarme. Fue todo un detalle. Los profesionales de la pornografía me trataban casi con tanta amabilidad y consideración como si yo fuera la persona a quien estaban a punto de electrocutarle los genitales. Pero no iban a ser mis genitales, sino los de la actriz Jodi Taylor, que estaba sentada en un rincón del bar discutiendo cuestiones logísticas con Princess Donna, que de pronto se levantó, hizo callar a todos y pronunció una arenga sobre lo que se esperaba de nosotros.

—Bien —comenzó—. La web se llama Public Disgrace [deshonra pública]. Es una web sobre humillaciones públicas. Vosotros sois personas que están aquí bebiendo y pasándolo bien, y no tenéis idea de que nos vamos a presentar en este bar. Cuando entremos, os invitaremos a todos a participar en cierta medida. Podéis magrear a la modelo, siempre y cuando tengáis las

manos limpias y las uñas cortas. Tenemos cortaúñas y limas, por si os hacen falta. Podéis darle cachetes en el culo, pero esto no es una competición para ver quién le da más fuerte. No quiero que nadie eche el brazo hacia atrás para tomar impulso. A veces la gente intenta lucirse con los azotes. No me cabe duda de que todos vosotros podéis pegar muy, muy fuerte, pero no quiero verlo. Otras cosas que podéis hacer: podéis escupirle en el cuerpo, podéis tirarle vuestra bebida encima, podéis tirarle del pelo, podéis darle bofetadas suaves. Pero no os paséis. Si queréis gritarle cosas y degradarla de viva voz, adelante. Os animamos a hacerlo. Pero no os convirtáis en maltratadores. —Hizo un resumen y concluyó—: Bueno. No os emborrachéis, no le metáis el puño por el culo, disfrutad.

Donna y Jodi Taylor salieron a un pasillo donde la primera le puso unos grilletes a la segunda. Le hizo una seña al cámara, que pulsó el botón de «grabar», y comenzó el espectáculo.

Los bebedores fingieron sorprenderse al ver entrar a Donna arrastrando a Jodi Taylor, que chillaba sin parar.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó un hombre con un gorro de lana, dejando el vaso en la mesa con un gesto violento de supuesta indignación.

Donna le arrancó la ropa a Jodi Taylor y le adhirió unos electrodos a los genitales.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó el hombre, al parecer el único miembro del público lo bastante atrevido para improvisar un diálogo o simular alguna clase de emoción.

—Es electricidad —respondió Donna—. ¿Te gustaría darle una descarga?

—¿Que si me gustaría darle una descarga? —dijo él—. Solo había venido a tomar una copa. Bueno, vale.

Donna le pasó un mando a distancia y él pulsó el botón. No ocurrió nada.

—Apágalo y vuelve a encenderlo —le indicó Donna. El hombre así lo hizo y apretó el botón. Jodi Taylor soltó un alarido.

(Luego, durante una pausa en el rodaje, varios de los espectadores expresaron dudas respecto a que las almohadillas pasaran corriente de verdad a los genitales de Jodi Taylor, así que una mujer del público se aplicó un electrodo a la mano, pulsó el botón y pegó un grito. Más tarde recibí un correo electrónico de Jodi Taylor: «Obviamente, si sufriera algo como una deshonra pública en la vida real, sería una experiencia muy fuerte, horrorosa, terrible. Pero eso es lo bonito del porno. Se puede cometer toda clase de

locuras sin hacerlas de verdad. Es todo teatro, pura fantasía, y la fantasía nunca es humillante o aterradora. Es genial. La intención de Princess Donna es hacer realidad las fantasías de las chicas del porno más que las del público. Solo gracias a ella podemos representar fantasías tabú, como las violaciones en grupo o las deshonras públicas, de forma totalmente segura y cómoda.»)

Shylar Cobi me había dicho que el público estaba integrado por amigos y amigos de amigos, con una excepción: un actor porno se encontraba entre nosotros. En un momento dado, se separó del grupo y empezó a practicar sexo con Jodi Taylor. Esto alentó a los demás a adoptar una actitud más audaz, aunque un poco forzada.

—Ponle hielo en los dientes —gritó un hombre.

Alguien le echó cerveza en la cabeza a Jodi Taylor. Yo intentaba guardar una distancia respetuosa, pero, alguna que otra vez, cuando tenía que asegurarme de estar tomando buena nota de todos los detalles, creo que entraba en plano. Así que, si por casualidad estaba usted disfrutando con el erotismo de un vídeo de Public Disgrace y la repentina aparición de un hombre con gafas y una libreta lo distrajo, lo siento.

Entonces terminaron, lo recogieron todo y la gente se fue a casa. Más tarde estuve un rato charlando con Donna. Le comenté que, en mi opinión, había conseguido crear un ambiente laboral mucho más sano que el que reina en casi todas las oficinas. No había jefes abusones que asediaran y humillaran a los empleados.

—¿Hay sectores de la industria del porno que den más miedo y exploten más a la gente? —le pregunté—. ¿Es por eso por lo que todos daban tanto de sí durante el rodaje?

Donna asintió pero dijo que no quería hablar de otros sectores de la industria, sino de lo que intentaba conseguir con Public Disgrace.

—Estados Unidos es un país muy puritano —afirmó—. Si logro ayudar a una persona a sentirse menos rara y sola por las cosas que le gustan, para mí será un éxito. De hecho, ya he ayudado a más de una.

Al cabo de unas semanas recibí un interesante correo electrónico de Max Mosley. Al igual que yo, había estado pensando mucho en el modo en que había conseguido evitar hasta la humillación pública más modesta. Y ahora, según me escribió, creía haber dado con la respuesta. Sencillamente se había negado a sentirse humillado.

«En cuanto la víctima rompe el pacto al negarse a sentirse humillada —

decía—, todo el invento se viene abajo.»

Releí el mensaje de Max. ¿Podía ser esa la explicación? ¿Una humillación solo funciona si el humillado representa su papel en ella sintiéndose avergonzado? No cabía duda de que tanto Jonah como Justine habían estado manteniendo conversaciones acaloradas con su vergüenza. Max, en cambio, había rehusado enfrentarse a la suya, así de simple. Me pregunté si la desvergüenza era una cualidad con la que nacían algunas personas o si podía enseñarse.

Y fue de ese modo como descubrí que un hombre impartía un curso sobre cómo negarse a sentir vergüenza.

8

Taller de erradicación de la vergüenza

Doce estadounidenses que no se conocían entre sí estaban sentados en círculo en una habitación del hotel JW Marriot de Chicago. Había hombres y mujeres de negocios envarados y con pinta de tener mucho dinero, una pareja de jóvenes trotamundos como los que asisten al festival Burning Man, un señor con una coleta como la de Willie Nelson y el rostro surcado por arrugas profundas. En medio se encontraba Brad Blanton. Era un hombre corpulento. Llevaba una camisa de color blanco amarillento, como su cabello, abierta por el pecho. Su cara quemada por el sol le confería el aspecto de una pelota roja abandonada encima de nieve sucia. Se rebulló en su asiento.

—Para empezar —dijo—, quiero que nos contéis algo que no queréis que sepamos.

—Mucha gente va por la vida avergonzada por su aspecto, por algo que dijeron o hicieron. Es como una ansiedad adolescente permanente. Durante la adolescencia, uno está preocupado en todo momento por lo que los demás piensan de él.

Unos meses antes del taller, Brad Blanton y yo hablamos por Skype. Me explicó que como psicoterapeuta había llegado a la conclusión de que muchos «vivimos con un miedo constante a quedar en evidencia, o a que nos juzguen inmorales o crean que no somos lo bastante buenos».

Pero me aseguró que había ideado un sistema para erradicar esos sentimientos. Su método se llamaba «sinceridad radical».

Brad Blanton sostiene que debemos deshacernos de los filtros existentes entre nuestro cerebro y nuestra boca. Si algo te viene a la mente, dilo. Confiésale a tu jefe tus planes de abrir tu propia empresa. Si tienes fantasías con la hermana de tu esposa, Blanton te

recomienda que se lo digas a tu esposa y a su hermana. Es el único camino que nos lleva a las relaciones auténticas. Es la única manera de acabar con la alienación de la modernidad que insensibiliza el alma.

A. J. JACOBS,
«I Think You're Fat» [Creo que estás gordo], revista *Esquire*, julio de 2007

Según la teoría de Brad, la vergüenza crece cuando la interiorizamos. La actitud desesperadamente evasiva de Jonah en contraste con la de Max Mosley así parecía confirmarlo. El animal favorito de Brad era el perro. Los perros no mienten. Los perros no sienten vergüenza. Los perros viven el momento. Max Mosley era como un perro. Todos deberíamos ser así. Y el primer paso para conseguirlo consistía en revelarle al grupo algo sobre nosotros mismos que prefiriéramos que no supiera. Casualmente, mi amiga la escritora y presentadora Starlee Kine se apuntó al curso de Brad hace unos años a fin de documentarse para un libro que estaba escribiendo. Me reuní con ella antes de tomar el vuelo a Chicago. Aunque le pedí que no me contara nada sobre el curso —quería que todo me pillara por sorpresa—, me explicó cómo empezaba: los participantes debían revelar un secreto.

—En mi grupo, el primer hombre dijo que su secreto era que hacía diez años que no pagaba impuestos. Todo el mundo asintió con cara de desilusión, porque no era un secreto muy jugoso. El siguiente dijo que su secreto era que hacía tiempo había matado a un hombre. Los dos iban en una camioneta cuando le dio un puñetazo en la cabeza que lo hizo caer del vehículo. El hombre se mató y un coche le pasó por encima. El asesino no acabó en la cárcel; no le había contado a nadie lo sucedido.

—¿Qué dijo Brad Blanton? —le pregunté.

—Dijo «muy bien, el siguiente», así que le tocó el turno a una mujer, que dijo: «¡Oh, mis secretos son muy aburridos! Supongo que podría hablar de las relaciones sexuales que mantengo con mi gato.» Entonces el asesino alzó la mano y dijo: «Perdón, quería decir algo más sobre mi secreto. Quería añadir que yo también mantengo relaciones con mi gato.»

A Starlee el curso de Brad le había parecido una locura. Seguramente a mí también me lo habría parecido si el hundimiento de Jonah y Justine y la salvación de Max no me hubieran curado de espantos.

—Pues... —titubeó una mujer llamada Melissa, que estaba sentada frente a

mí en el círculo. Era una abogada de éxito, pero su pasión era el sexo sadomasoquista—. Nada me excita más que la humillación —aseveró. Incluso se había hecho construir una mazmorra privada. Sin embargo, no era este el secreto de Melissa, sino que el año anterior había ganado más de medio millón de dólares y se avergonzaba de ello.

Más tarde, cuando le referí esto a Starlee, ella me explicó que Melissa participa de forma asidua en los talleres de Brad. Es su protegida.

—Melissa le cuenta a todo el mundo lo de su mazmorra —dijo Starlee—. Juzga si la gente tiene o no la mente abierta en función de cómo reacciona.

Al lado de Melissa estaba sentado Vincent. Su secreto era que empezaba a arrepentirse de haberse inscrito en el curso de Brad.

—Fue una decisión precipitada, y quinientos dólares son mucho dinero para mí —declaró—. Iba a gastarlos en visitar a mi novia en Tailandia.

—¿Ha pagado el importe completo? —le preguntó Brad a Melissa.

—Solo la paga y señal de ciento cincuenta dólares —respondió ella.

—Que pague el resto —dijo él.

Brad estaba haciendo gala de una sinceridad radical al dejar claro que le preocupaba más cobrar los trescientos cincuenta dólares que Vincent le debía que convencerlo de que había tomado una buena decisión al apuntarse al taller.

—¿Puedo pagarte lo que falta durante la pausa? —inquirió Vincent.

Brad le dirigió una mirada suspicaz.

Emily fue la siguiente en hablar. Su secreto consistía en que se ganaba la vida vendiendo marihuana.

—¿Por onzas o algo así? —le preguntó alguien.

—Por libras —contestó ella—. Sale a unos tres mil cuatrocientos dólares la libra.

—¿Te preocupa que te pillen? —quise saber.

—No —respondió.

—Somos muy discretos —le informó su novio, Mario, al grupo.

El secreto de Mario era que en ocasiones le decía a Emily que en su opinión estaba gorda.

—Tú no estás gorda —le dije a Emily.

Pero Mario tenía otro secreto.

—Me aprovecho de mis sueños conscientes para violar mujeres. Me acerco

a la primera chica que veo y abuso de ella.
—¿Puedo ser la estrella de tu próximo sueño? —preguntó Melissa.

Me dio dolor de cabeza.
—¿Alguien tiene algo para el dolor de cabeza? —pregunté a los presentes.
Melissa metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsita llena de pastillas de formas y colores diversos. Eligió dos y me las tendió. Las cogí y me las tragué.
—Gracias. No tengo ni idea de qué es esto que acabo de tomarme. De hecho, se me ocurre que a lo mejor me has dado una droga para violarme.
«¡Vaya qué sensación tan estupenda! —pensé—. ¡Me ha venido a la mente y lo he dicho, sin ningún temor a las consecuencias negativas!»
Melissa me observó con expresión inescrutable.
Jim era un ingeniero que trabajaba para una compañía petrolera.
—No quiero que sepáis... —Se le quebró la voz—. Que soy drogadicto.
La fuerza contenida de su declaración nos dejó a todos de una pieza.
—¿No os hacen test antidrogas en la empresa? —le preguntó alguien.
—Sí, nos los hacen —respondió Jim.
—¿Y no has dado positivo? —quiso saber Brad.
—No, aún no he dado positivo.
—¿Cómo te las arreglas? —preguntó Thelma, amiga de Brad, cuyo secreto era que veía pornografía gay masculina.
—No... no lo sé —contestó Jim.
—¿A qué drogas eres adicto? —inquirió Brad.
—Me gusta... la marihuana —contestó Jim.
Se produjo un breve silencio.
—¿Cuánta fumas? —pregunté.
—Unos diez gramos por semana.
—¿Eso es todo? —intervino Emily.
—Una vez me sentí muy atraído por un hombre, creyendo que era mujer, y acabé pagándole por pasar un rato con él —confesó Jim.
Aquello pareció impresionar un poco más a los presentes que su secreto anterior.

El secreto de Mary radicaba en lo mal que llevaba el que su pareja, Amanda, la hubiera dejado.
—Tengo cincuenta años y estoy sola —admitió, bajando la vista al suelo—.

He perdido el norte.

Mary no se limitaba a encerrarse en casa, compadeciéndose de sí misma. La situación era aún peor: llamaba una y otra vez por teléfono a Amanda. En una época esta le decía: «Un día me casaré contigo.» Ahora lo único que le decía era: «Deja de llamarme.»

Bard señaló una silla vacía y le preguntó a Mary:

—¿Qué le dirías a Amanda si ahora mismo estuviera sentada delante de ti?

—Le diría que estoy resentida con ella por decirme que dejase de llamarla.

—Díselo —le indicó Brad.

—Estoy resentida contigo por decir: «No me llames» —murmuró Mary mirando el vacío.

—Prueba a decirlo con más rabia —la incitó Brad.

—¡QUE TE DEN! —le gritó Mary a la silla vacía—. Estoy resentida contigo por haberme dicho «un día me casaré contigo» y no haber cumplido tu promesa. Así que JÓDETE. Estoy resentida contigo porque a veces eres una cabrona de mierda. Estoy resentida contigo por haberme tratado como... Estoy resentida contigo por haberme dicho todas esas cosas bonitas y luego haberte echado atrás... —concluyó entre sollozos.

—Bien —dijo Brad—. ¿Cuándo se lo dirás a la cara?

Mary tragó saliva con dificultad y respondió:

—No sé cuál sería el modo más adecuado...

—Llámala —sugirió Brad—. Dile: «No es una petición. O hacemos esto a solas o delante de todos tus condenados compañeros de oficina. Algún día tendrás que decidirte de una puta vez.»

—De acuerdo —susurró Mary.

—Entonces ¿cuándo? —insistió Brad.

—¿El próximo fin de semana? —balbució Mary.

—Bien —repuso Brad.

Jack, un veterinario adicto al sexo, parecía inquieto.

—¿Cómo puedes dar esa clase de consejos y contar con que la gente no llame a la policía? —le preguntó a Brad.

—Le pides a la gente que salga de esta sesión y actúe contra personas que no han participado en esto —convine—. Seguro que a veces alguien resulta herido. A veces hay que llamar a la policía.

—La gente llama a la policía en ocasiones. —Brad se encogió de hombros —. Los agentes tardan unos veinte minutos en llegar. Así que dispones de veinte minutos para dar rienda suelta a tu ira.

—Dudo que eso salga bien siempre —apunté.

—Eso es porque durante toda tu vida te han lavado el cerebro sobre las cosas terribles que ocurrirán —afirmó Brad—. Sí, la gente se enfada. La gente pierde los nervios. Pero se les pasa. A la gente le preocupa lo que sucede en los primeros cinco minutos, pero a mí me interesan los siguientes cinco. Para mí lo importante es que las personas continúen juntas hasta que zanjen sus diferencias.

Esto último, según él, era fundamental. Uno debía quedarse junto a la persona a la que había estado gritándole hasta que el resentimiento se desvaneciera. Así se sanan las heridas.

—Lo siento, me voy —anunció de pronto Vincent, el hombre que empezaba a arrepentirse de haberse inscrito en el curso—. Esto no es para mí. Lo siento.

—Estoy resentida contigo por decir que te vas —soltó Melissa.

—Vale —dijo Vincent.

—No creo que pueda superar este resentimiento jamás —mascculló Melissa.

«Caray —pensé—. Déjalo en paz. Acabas de conocerlo.»

—Estoy resentido contigo por decirle que nunca superarás el resentimiento —le dije a Melissa.

—Te aprecio por haberte quedado ahí sentado escuchándome —le dijo Melissa a Vincent.

—Gracias —dijo Vincent.

—Quien mucho se despide, pocas ganas tiene de irse —refunfuñó Jack, el veterinario adicto al sexo—. Yo estoy resentido contigo porque has dicho que te ibas y aquí sigues.

Vincent se fue.

La sesión del día finalizó. Les pedí que me disculparan, porque estaba cansado y no cenaría con el grupo. En vez de ello, pensaba ver la tele y enviar unos correos electrónicos.

—Me siento desairado —se lamentó Brad.

—No me lo creo —repliqué, aunque sabía que era verdad.

Necesitaba irme a mi habitación por una razón que no había explicado a

nadie. Sufría una crisis laboral. Un reportaje en el que había estado trabajando se había salido de madre y mi editora y yo andábamos a la greña, intercambiándonos mensajes cargados de tensión.

Al principio me había parecido un encargo extraño. Entre los periodistas existía desde hacía décadas la tradición de disfrazarse para experimentar en carne propia alguna clase de injusticia. El pionero había sido John Howard Griffin, que en 1959 se había teñido la piel de un tono oscuro y se había pasado seis semanas haciendo autostop por el sur profundo de Estados Unidos, donde aún se practicaba la segregación, haciéndose pasar por negro. Relató esta odisea en su libro de 1961 *Black like me* [Negro como yo]. De vez en cuando, los editores me piden que emprenda viajes similares. Después del 11S, una productora de televisión me propuso que también me tiñera la piel y me mudara a un barrio musulmán de Londres. Me pareció que lo que quería en esencia era que espiara a los musulmanes, de modo que dije que no. En esta ocasión, sin embargo, me habían pedido que me disfrazara para que experimentara una injusticia distinta.

—Queremos que te transformes en mujer —me había dicho la editora—. Trabajaremos con un profesional del maquillaje de efectos especiales para que te deje irreconocible. Le pediremos a un instructor de expresión corporal que te enseñe a andar como una mujer.

—¿Las mujeres no andan como los hombres? —pregunté.

—No —respondió ella.

—No lo sabía —confesé—. Esto podría ser muy interesante. Como hombre, rara vez soy objeto de miradas lascivas. Pero como mujer, a lo mejor atraigo muchas. ¿Cómo me haría sentir eso? Y las mujeres ¿se comportan de forma distinta cuando no están en presencia de hombres, como en los gimnasios y las saunas solo para mujeres? Estoy intrigado. Lo haré.

Así que me reuní con una experta en maquillaje en una escuela profesional del oeste de Londres. Me recubrió la cara con alginato y obtuvo un molde con el que fabricó una máscara protésica. Dedicó un par de semanas a manipularla para dotarla de rasgos femeninos. Cuando me la puse, parecía una mujer con una cabeza descomunal. La editora me llamó para que fuera a hablar con ella.

—No pasa nada —dijo—. Tranquilo. No usaremos la cabeza protésica. Aún queda una manera de darte un aspecto totalmente femenino.

—¿Estás segura? —pregunté.
—Te sorprenderá lo que el instructor de expresión corporal puede conseguir en solo unas horas.
—¿No crees que con lo del instructor tal vez nos estemos jugando todo a una carta? —dije—. Era más bien lo de los efectos especiales lo que me había convencido de que esto podía dar resultado.
—Te prometo que no te dejaremos salir del edificio a menos que de verdad parezcas una mujer —aseguró ella.

De modo que, en una sala de juntas desierta ubicada en un rincón silencioso de las oficinas de la revista, me vestí de mujer. Me aplicaron maquillaje. Me puse una peluca, un vestido y un sujetador con relleno. Me pasé horas bajo la tutela del instructor. Me tomaron fotografías de prueba. Finalmente, salí de la sala de juntas y me dirigí hacia el despacho de la editora caminando tal como el instructor me había enseñado.
Ella tragó un poco de saliva al verme.
—Han hecho un trabajo increíble —dijo. Se volvió hacia la editora adjunta —. ¿A que han hecho un trabajo increíble?
La editora adjunta también tragó un poco de saliva.
—Sí —dijo.
—Pareces totalmente una mujer —afirmó la editora—. Ahora, sal ahí fuera y experimenta la vida como mujer.
—No creo que parezca una mujer —repuse.
—Pero ¿qué dices? —insistió—. Tu aspecto es igualito al de una mujer.
—Creo que mi aspecto no tiene nada que ver con el de una mujer.
Escrutó mi semblante atormentado. Vacilé por un momento y finalmente me encaminé hacia la salida. El maquillaje se me corrió a causa del sudor. Eché un vistazo por encima del hombro hacia las editoras. Me señalaron la puerta como animándome a seguir adelante. Estaba mareado, sin aliento. Se me hizo un nudo en el estómago.
Por fin, me detuve. No podía continuar con aquello. Me volví, bajé las escaleras y me puse nuevamente mis ropas de hombre.

Una semana después, nuestra relación seguía siendo gélida. Ella opinaba que yo le había dado largas de forma poco profesional y estaba siendo demasiado susceptible.
«No le des tantas vueltas, Jon —me había escrito por correo electrónico—.

Solo es un artículo divertido. No es motivo para una crisis de madurez.»

Yo tenía la sensación de que la premisa original del reportaje se había ido al garete y que si estaban ansiosas por enviarme al mundo exterior con un disfraz de mujer tan poco convincente era porque en nuestra línea de trabajo, cuanto más se humilla a una persona más viral se vuelve el artículo. La humillación puede tener mucho peso en la vida de un periodista, que intenta evitarla en lo personal y al mismo tiempo infligirla a otros por motivos profesionales.

«Que nadie vea esas fotos de prueba —había estado pensando durante toda la semana—. Nunca.»



Ahora, tumbado en la cama en aquella habitación de hotel, comprendí la verdad. Mi terror a la humillación me había cerrado una puerta. Las grandes aventuras que habría podido correr vestido de mujer ya nunca se producirían. El miedo me había paralizado. Me había desviado del buen camino. Lo que, en realidad, significaba que era como la inmensa mayoría de la gente. Lo sabía porque había estudiado la obra de David Buss, un profesor de psicología evolutiva en la Universidad de Tejas, en Austin.

Un día, en uno de los primeros años del siglo XXI, Buss asistió a un cóctel en el que la esposa de un amigo empezó a flirtear con otro hombre delante de todo el mundo. «Era una mujer despampanante —escribió Buss más tarde—. Dirigió una mirada de desdén a su marido e hizo un comentario sobre su aspecto, antes de proseguir con su coqueteo.»

El marido salió del edificio hecho una furia y Buss fue tras él. Su amigo le dijo que se sentía humillado y quería matar a su esposa. «No me cabía la menor duda de que cumpliría su amenaza. De hecho, estaba tan fuera de sí,

tan alterado, que parecía capaz de matar a cualquier ser vivo que estuviera al alcance de su brazo. Empecé a temer por mi propia vida.»

Finalmente, el amigo de Buss no mató a su mujer. Acabó por tranquilizarse. Sin embargo, el incidente impresionó mucho a Buss, hasta el punto que decidió llevar a cabo un experimento. Planteó una pregunta a cinco mil personas: ¿alguna vez habían fantaseado con matar a alguien?

«No estaba en absoluto preparado para semejante aluvión de pensamientos homicidas», escribió más adelante en su libro *The Murderer Next Door* [El asesino de al lado].

Según el resultado de su encuesta, el 91 por ciento de los hombres y el 84 por ciento de las mujeres habían tenido «al menos una fantasía vívida sobre matar a alguien». Había un hombre que había imaginado «que contrataba a un especialista en explosivos» para que hiciera saltar por los aires a su jefe dentro de su coche, y una mujer que quería «romperle todos los huesos» a su compañero sentimental, «empezando por los de las manos y los pies, y pasando poco a poco a los huesos más grandes». Uno describía una paliza con un bate de béisbol, otro una estrangulación seguida de decapitación, y otro un apuñalamiento durante el acto sexual. A algunas personas les prendían fuego. A un hombre lo atacaban abejas asesinas.

«Los asesinos aguardan —era la lúgubre conclusión del libro de Buss—. Nos acechan. Estamos rodeados de ellos.»

Aunque estos resultados dejaron muy consternado a Buss, desde mi punto de vista constituían una buena noticia. Fantasear con matar a alguien y no hacerlo es una manera de desarrollar un comportamiento moral. De modo que, a mi juicio, las conclusiones de Buss eran ridículas. Pero en su estudio había otra cosa que me parecía extraordinaria. Era algo que —en palabras de Joshua Duntley, ayudante de documentación de Buss, que me mandó un correo electrónico— «no programamos de manera específica». Se trataba de la parte en que Buss preguntaba a los encuestados qué alimentaba sus fantasías homicidas.

Estaba el chico que soñaba despierto con secuestrar a un compañero de clase, «romperle las piernas para que no pudiera correr, golpearlo hasta que las entrañas se le reventaran en un amasijo sanguinolento, luego lo ataría a una mesa y le echaría gotas de ácido en la frente». ¿Qué le había hecho el compañero? «Me tiró unos libros encima de la cabeza “sin querer”, y todos sus amigos se partieron de risa.» Estaba el oficinista que se imaginaba que «manipulaba los frenos del coche de mi jefe para que le fallaran en la

autopista». ¿Por qué? «Me había hecho creer que yo era un perdedor nato. Se burlaba de mí delante de otras personas. Hacía que me sintiese humillado.»

Había muchas respuestas por el estilo. Casi ninguna de las fantasías criminales constituía una reacción frente a un peligro real —ex novios acosadores, etcétera—, sino frente al horror de la humillación. Brad Blanton tenía razón. La vergüenza interiorizada puede conducir al sufrimiento extremo. A actitudes como la de Jonah Lehrer. En cambio, la vergüenza a la que se da rienda suelta conduce a la libertad, o como mínimo a una anécdota graciosa, lo que en cierto modo también resulta liberador.

De modo que allí, en mi habitación, decidí que en la siguiente reunión del grupo de Brad iría a por todas. Exteriorizaría la vergüenza. Me convertiría en Max Mosley. Haría gala de una sinceridad radical.

El segundo día, Brad me preguntó delante de todos si me gustaría hablar, ya que había estado tan callado en la sesión anterior.

Me aclaré la garganta. Todos me sonreían expectantes, como si yo fuera el principio de un buen programa de televisión.

Titubeé.

—La verdad es que no —respondí. La expectación cedió el paso a la perplejidad—. Lo cierto es que no creo que mis problemas sean tan graves como los de los demás miembros del grupo —añadí—. Además, no me gustan los conflictos. —Puntualicé que mi postura contra los conflictos era un poco extraña: lo paso bien al presenciar conflictos entre otras personas. Si veo a dos personas gritándose en la calle, a menudo me detengo a una distancia prudencial y me quedo mirando. Pero participar en conflictos no me iba mucho—. Así que no quiero que nadie piense que estoy en contra de que cada uno se exprese —concluí—. Hasta ahora, ha sido lo que más me gusta de estas reuniones. Los discursos entre una exposición y otra me aburren bastante.

—Así que quieres que cada uno se sincere pero tú no quieres hacerlo —apuntó Thelma, la amiga de Brad.

—Exacto —respondí.

—Pues yo insisto en que te animes a sincerarte de una vez —dijo Thelma.

—No, no —repuse—. De verdad que me siento más cómodo viendo cómo lo hacen otros.

—¡Miedica! —chilló Thelma—. ¡Creo que eres un miedica!

—Si queríais una oportunidad para meteros con Jon, aprovechad ahora —

intervino Brad.

—Ja, ja —dije—. Pero, en serio, no tengo ninguna razón apremiante para salir la palestra. No quiero que se haga un silencio incómodo ni tampoco desenterrar un secreto oscuro. Estaría fingiendo. Simplemente creo que aquí hay personas que tienen más problemas que yo.

—¡Y UNA MIERDA! —bramó Thelma.

—¡ERES UN CABRÓN PREPOTENTE Y CONDESCENDIENTE! —exclamó Brad.

—No creo haber dicho nada condescendiente —alegué, sorprendido.

—«Vosotros lo necesitáis, yo no» —dijo Brad, imitándome.

—La verdad es que estoy muy resentido contigo por decir eso —terció Jack, el veterinario que padecía adicción al sexo—. Ha sido MUY condescendiente. También estoy resentido porque no paras de juguetear con ese puto móvil y eso me distrae mucho. ¡ESTOY RESENTIDO CONTIGO POR NO SOLTAR EL TELÉFONO!

—¿Puedo decir una cosa sobre el teléfono...? —pregunté.

—Nos importan una mierda tus razones —masculló Brad—. Estaremos resentidos contigo tanto si las explicas como si no.

—Las conversaciones no funcionan así —objeté.

—¡JA, JA, JA, JA! —aulló Thelma.

—Jon, ¿alguien en esta sala te inspira un resentimiento que quieras compartir con los demás?

Medité por unos instantes.

—No —contesté.

—¡Solo quiero que sepas que eres un artista de la mentira y que no dices más que gilipolleces! —gritó Brad.

—Muy bien —dije—. Estoy resentido CONTIGO. —Fulminé a Jack con la mirada—. Y lo estoy por tacharme de condescendiente. NO lo soy. Mi opinión de que vuestros problemas son peores que los míos se basa totalmente en las cosas que habéis dicho en esta sala. —Me volví hacia Thelma y proseguí—. Y estoy resentido CONTIGO por actuar como títere de Brad, como una secuaz de su banda. Nada me repugna más en el mundo que las personas a las que les preocupa más la ideología que el prójimo. Me has sepultado bajo un alud de ideología de Brad.

—Te has inventado esa mentira sobre mí —bramó Thelma—. ¿Que no? ¡El tío quisiera decirme: «Déjame en paz, joder», pero le da miedo el conflicto, así que se inventa cosas!

—Estoy resentido contigo porque no paras de gritarme «miedica» y otras

gilipolleces por el estilo solo porque...

—Nada de «porque» —me cortó Thelma—. Eso es interpretativo.

La miré fijamente a los ojos, boquiabierto. ¿Estaba practicando el *coaching* conmigo? De pronto caí en la cuenta de que aquel griterío no desentonaba con su entorno terapéutico. Era un ejemplo de Sinceridad Radical. Obraba maravillas en algunos de los clientes de Brad. Pero no estaba obrando maravillas en mí. Una rabia intensa empezaba a crecer en mi interior.

—¿Estás resentido conmigo por indicarte lo que debes decir? —inquirió Thelma.

—¡Pues sí, joder! —grité—. Estoy resentido de cojones contigo por indicarme lo que debo decir.

—Pobrecillo —intervino Brad en tono irónico—. Lamentamos mucho haber herido tu delicada sensibilidad. ¡Muy bien! —Dio unas palmadas—. ¡Hora del almuerzo! Siento abandonarte, Jon, pero tendré que dejarte cabreado.

Los miembros del grupo se pusieron de pie y empezaron a marcharse.

¿Iban a hacer una pausa para comer?

—¡Pero si sigo muy resentido! —protesté.

—¡Me alegro! —dijo Brad—. Espero que estés así durante todo el almuerzo.

—No le veo ninguna utilidad a todo esto —farfullé mientras me ponía la chaqueta.

En el pasillo del hotel, Mario, el novio de Emily, la traficante de marihuana, me dijo con una sonrisa:

—¡Me parece que Brad aún no ha acabado contigo!

Comprendí a qué se refería. Al parecer, Brad acababa de romper su regla de oro. No se había asegurado de que todos permaneciéramos juntos mientras yo desahogaba mi ira. No le había dado al amor la oportunidad de crecer. Me había echado a las calles de Chicago cuando estaba en la cúspide de mi resentimiento.

Dediqué la hora del almuerzo a caminar por la ciudad con paso airado. Mi vuelo de regreso a Nueva York saldría unas pocas horas después, de modo que pensé en la queja que le presentaría a Brad.

—Parasteis para comer cuando estábamos en plena discusión —dije cuando el grupo volvió a reunirse tras el almuerzo—. Me dejasteis echando humo.

Melissa se inclinó hacia mí y me quitó la gorra de béisbol que llevaba puesta. Di un respingo.

—Podría haber sido víctima de impulsos suicidas —añadí.

—Ya pasaban diez minutos de la hora del almuerzo, así que tomé la decisión consciente de dejarte echando humo —declaró Brad.

Después, las cosas siguieron su curso. Jack, el veterinario adicto al sexo al que le irritaba que yo jugueteara con mi móvil, rememoró la ocasión en que su padre agredió físicamente a su madre delante de él. Era una historia desgarradora. Mantuvo los ojos cerrados con fuerza mientras la relataba, de modo que aproveché la oportunidad para echar un vistazo rápido a Twitter. Detesto no saber qué se cuece en Twitter. Poco después, cogí el avión de vuelta a casa.

Mantuvimos el contacto durante un tiempo. Mary me escribió por correo electrónico para contarme cómo le habían ido las cosas con Amanda: «Probé con el sistema de Sinceridad Radical, y ella se cerró en banda, se puso a la defensiva y prácticamente se negó a escuchar lo que yo quería expresar. Noté las vibraciones de ira que emitía mientras hablaba con ella. Desde entonces, me la he encontrado en el gimnasio, y unas veces he conseguido ignorarla. Otras (aunque no muchas), hemos entablado charlas cordiales y distendidas.»

Otro miembro del grupo nos escribió a todos para informarnos de que había intentado poner en práctica la Sinceridad Radical con su esposa, pero esta había reaccionado apartándolo de un empujón, por lo que él le había dicho que iría «“a buscar el hacha para matarte en defensa propia”. Lógicamente, ella se asustó, pues sabe que a menudo confundo la fantasía con la realidad. Como todos. De modo que vino la policía. Están estudiando mi solicitud para un puesto en el que me darían acceso a información clasificada, o sea que, si la poli me ficha, me quedo sin el trabajo [...]. Os quiero a todos, en especial a Thelma, que me resulta muy atractiva, y quiero acostarme con ella (contigo). Tal vez incluso podría tratarla (tratarte) como a mi esposa».

Brad le respondió con copia para todos: «Lo que dices es una soberana locura. Lo mejor que puedes hacer es buscar un psiquiatra que te recete un sedante suave.»

Mi fin de semana de Sinceridad Radical no había sido un éxito para mí. A pesar de ello, continuaba creyendo que la versión de Max Mosley —«en

cuanto la víctima rompe el pacto al negarse a sentirse humillada, todo el invento se viene abajo»— había sido en efecto la fórmula mágica que le había permitido salir airoso de su linchamiento. Y seguí creyéndolo hasta que se produjo otra humillación pública, esta vez en Kennebunk, Maine, que me obligó a replantearme mis conclusiones sobre la cuestión. Este nuevo bochorno mediático me hizo comprender que Max había sobrevivido al suyo por un motivo totalmente distinto que hasta ese momento se me había escapado.

9

Una ciudad conmocionada por la prostitución y una lista de clientes

KENNEBUNK, Maine – Hace días que los veraneantes que congestionaban nuestras carreteras se marcharon y las hojas se han teñido de carmesí y naranja, pero el sentimiento que predomina en esta localidad costera con una belleza de postal es el miedo.

> Desde hace más de un año, la policía investiga las denuncias de que la instructora local de zumba [Alexis Wright] utiliza su estudio situado en una pintoresca calle céntrica para algo más que para los ejercicios de *fitness*. De hecho, según algunos agentes, llevaba ella sola un burdel que contaba con 150 clientes a quienes grababa clandestinamente en vídeo mientras practicaban actos íntimos [...]. Se rumorea que la lista está repleta de nombres de ciudadanos ilustres.
>
> KATHARINE Q. SEELYE,
> *The New York Times*,
> 16 de octubre de 2012

Walker's Point, el complejo familiar del ex presidente George H. W. Bush, se encuentra en Kennebunkport, a seis kilómetros de Kennebunk. De vez en cuando, coches de cristales tintados atraviesan zumbando la ciudad en dirección a la finca, con Vladímir Putin, Bill Clinton o Nicolas Sarkozy en su interior, pero, aparte de eso, en Kennebunk apenas pasa nada. Al menos, así era antes.

> ¿Quién figuraba en la lista? ¿Algún miembro de la familia Bush? ¿Un miembro del servicio secreto? ¿El general Petraeus?
>
> BETHANY MCLEAN,
> «Town of Whispers» [Ciudad de susurros],
> 1 de febrero de 2013

Stephen Schwartz, abogado de la defensa, elevó una petición al Tribunal Supremo de Maine para que los nombres de la lista se mantuvieran en secreto (él representaba a dos de los hombres no identificados). Argumentaba que Estados Unidos aún era un país de puritanos: «En cuanto se divulguen, todos quedarán marcados como con una letra escarlata.» Sin embargo, el juez desestimó la petición y el periódico de Kennebunk, el *York County Coast Star*, comenzó a publicar los nombres.

En la lista constaban sesenta y nueve personas en total: sesenta y ocho hombres y una mujer. Lamentablemente, no había ningún Bush entre ellos, ni siquiera un miembro de su equipo de seguridad. Pero había miembros destacados de la sociedad de Kennebunk: un pastor de la iglesia del Nazareno de South Portland, un abogado, un entrenador de hockey del instituto. Un ex alcalde, un profesor jubilado y su esposa.

Era un suceso sin precedentes en la historia de las humillaciones públicas. Nunca se había producido una deshonra en masa como aquella. Puesto que mi trabajo consistía ahora en relacionar los rasgos de personalidad con los grados de superación de la vergüenza, aquel era un sueño hecho realidad para mí. ¿Cuándo volvería a disponer de una muestra de semejante magnitud? Sin duda, entre las personas de la lista habría algunas tan ansiosas por complacer a los demás que dejarían que las opiniones negativas de unos desconocidos se fundieran con las suyas propias, dando como resultado una amalgama corrosiva. Otros estarían tan desesperados por no perder su posición social que habría que arrancarles las declaraciones con sacacorchos. También habría gente seria como Jonah, y listillos como Justine. Y luego estarían los Max Mosleys. Kennebunk sería un laboratorio bien equipado para mí. ¿Quién incurriría en la ira del populacho, quién se ganaría su compasión? ¿Quién quedaría destrozado? ¿Quién saldría indemne? Subí al coche y conduje hasta allí.

En la sala número uno del juzgado del distrito de Biddeford, una docena de los hombres de la lista de la zumba estaban sentados en el banquillo, mirando al frente con expresión adusta mientras los equipos de informativos los enfocaban con sus cámaras. Los de la zona de prensa teníamos permitido observarlos fijamente, y ellos no podían desviar la vista. Me recordaba la descripción que Nathaniel Hawthorne hace del cepo en *La letra escarlata*: «Un instrumento de mortificación concebido para aprisionar la cabeza humana con fuerza y sujetarla en alto ante los ojos del público. El ideal

mismo de la ignominia se materializa y se pone de manifiesto en este artilugio de madera y hierro. No me viene a las mientes una atrocidad... más flagrante que la de impedir que el reo oculte su rostro por vergüenza.»

Todos estábamos callados y un poco incómodos, como si nos halláramos en un extraño limbo previo al consenso. La noticia estaba demasiado fresca. La sociedad de Kennebunk aún no había tenido tiempo de empezar a marginar a aquellos hombres. La marginación, ya fuera brutal o sutil, todavía no se había manifestado. Yo me encontraba ahí para presenciarlo todo desde el principio.

El juez entró en la sala y dio comienzo la sesión. El proceso en sí no fue nada del otro mundo. El magistrado pidió a cada uno de los hombres, uno detrás de otro, que se pusiera de pie y se declarara culpable o no culpable. Todos se declararon culpables. Se les impusieron multas de trescientos dólares por cada visita a Alexis Wright. La sanción máxima fijada ese día fue de novecientos dólares. Y acto seguido se levantó la sesión. Les dieron permiso para marcharse, cosa que hicieron a toda prisa. Yo salí del edificio detrás del último. Todos los demás se habían esfumado. Me presenté.

—Te permito que me entrevistes —dijo—, pero quiero algo a cambio.

—¿El qué? —inquirí.

—Dinero —contestó—. No estoy hablando de mucho. Solo lo suficiente para comprarle algo a mi hijo en Walmart. Un vale regalo. Entonces te contaré todos los detalles. Te lo contaré TODO sobre lo que hacíamos Alexis y yo. —Era un hombre fornido. Me lanzó una mirada triste y desesperada de lascivia fingida, como si estuviera ofreciéndome la mejor novela erótica—. Te lo contaré todo.

Le dije que no podía pagarle a nadie por hablar de su delito, así que se encogió de hombros y se marchó. Conduje de vuelta a Nueva York y al día siguiente les escribí a los sesenta y ocho hombres y la única mujer de la lista para solicitarles una entrevista. Luego me puse a esperar.

Unos días después, recibí un mensaje de correo electrónico.

> De acuerdo, podemos hablar. Soy el antiguo pastor de la iglesia del Nazareno que desgraciadamente se vio envuelto en todo este embrollo.
>
> Atentamente,
>
> JAMES (ANDREW) FERREIRA

—Hola, Jon —me saludó Andrew Ferreira con una voz amable que denotaba cansancio y aturdimiento; la voz del ex líder de una comunidad que intentaba adaptarse a un mundo que tal vez había perdido todo el interés por su liderazgo. Era la primera vez que accedía a hablar con un periodista. Me confesó que los últimos días habían sido duros para él. Su esposa lo había dejado, y él se había quedado sin trabajo. Todo eso había sido inevitable, afirmó, pero lo demás —el grado de rechazo que mostraría la comunidad y cómo se enfrentaría al mismo— constituía una incógnita.

Le pregunté por qué visitaba a Alexis Wright.

—Tal vez mi matrimonio no fuese perfecto —respondió—, pero tampoco era un desastre. Iba a la deriva, sencillamente. En cierto modo, nos limitábamos a convivir. El caso es que yo estaba leyendo un artículo en el *Boston Globe* sobre el asesino de Craigslist. ¿Recuerda usted ese suceso? El hombre asesinó a una chica de compañía de veintitantos años. Según el *Boston Globe*, casi todos los anuncios de contactos se habían trasladado de la web Craigslist a backpage.com. Si alguien quiere una *escort*, un masaje con final feliz o algo por el estilo, solo tiene que ir a backpage.com. Más tarde me acordé de eso. Ojalá no me hubiera acordado. Por desgracia, hay cosas que se te quedan grabadas. La información me había corrompido. —Me explicó que visitó tres veces a Alexis—. En la última ocasión, los dos nos reímos mucho. A carcajada limpia. Eso se apartaba de los motivos que me habían impulsado a ir allí. Y entonces la vi como a un ser humano. Ya no era solo un objeto para mí. Y eso dio al traste con la fantasía. De pronto, solo quería marcharme cuanto antes de ese lugar. No me gusta demostrar mis sentimientos. Pero una vez en el coche, me eché a llorar como un niño.

Y esa fue su última visita a Alexis Wright.

—¿Cómo ha pasado los últimos días? —inquirí.

—No me quedo en casa solo y aislado del mundo —contestó—. Me he apuntado a un grupo de ocio. Se trata de un puñado de personas entre las que no soy más que una cara anónima. Voy allí y echamos partidas de juegos de mesa: Risk, Manzanas con Manzanas y Pandemia. Además de eso, llevo un diario. ¿Qué hago con toda esa información? Si espero un poco, seis meses o un año, e intento enviar un manuscrito, ¿lo leerán?

—¿Unas memorias o algo así?

—¿Podría utilizar eso como trampolín para que me acepten como pastor en otra iglesia? Por otro lado, ¿qué punto de vista me conviene adoptar? Podría basarme en la fe y aconsejar a los hombres que no hagan lo mismo

que yo. O podría darle un enfoque totalmente distinto y, en fin... No quiero convertirme en defensor de la legalización de la prostitución, así que tengo que pensar muy bien qué significa todo esto... —Su voz se redujo a un susurro—. ¿Qué debo hacer? Aún no lo sé. Por desgracia, tengo cuarenta y nueve años y he convertido buena parte de mi vida en una historia con moraleja...

—¿Ha hablado con alguno de los hombres de la lista o con la mujer? —pregunté.

—No —respondió—. Todos somos miembros de un club al que no sabíamos que pertenecíamos. La verdad es que no ha habido motivo ni ocasión para comunicarnos o solidarizarnos entre nosotros.

—Así que solo está esperando a que ocurra lo que tenga que ocurrir a continuación —señalé.

—Sí —reconoció—. Eso es lo peor. La expectación. Es terrible.

Andrew me prometió que me avisaría en cuanto comenzara su humillación, ya fuera en Internet, en la ciudad o en cualquier otra parte. En cuanto percibiera el primer indicio de ello, me llamaría. Nos despedimos, y transcurrieron meses sin que tuviera noticias de él.

De modo que le telefoneé de nuevo. Pareció alegrarse de que lo llamara.

—No he sabido nada de usted —dije—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha pasado la tormenta —anunció.

—¿No ha habido humillación?

—Para nada —contestó—. Me había imaginado cosas mucho peores que lo que ha sucedido en realidad.

—A Justine Sacco le hundieron la vida —dije—. Y también a Jonah Lehrer, claro. Pero... ¡Justine Sacco! ¡Ella no había hecho nada malo! Y usted ¿ha salido con bien, finalmente?

—No tengo una explicación para eso —admitió Andrew—. No lo entiendo. De hecho, mi relación con mis tres hijas nunca ha sido tan estrecha. La más joven ha comentado: «Es como volver a conocerte desde cero.»

—¿Su transgresión lo hizo más humano a sus ojos?

—Sí.

—Vaya —dije—. Las transgresiones de Justine y Jonah hicieron que la gente los considerara lo contrario a humanos.

Su matrimonio había terminado, añadió, al igual que su ministerio en la

iglesia del Nazareno local. Eso ya nunca lo recuperaría. Pero, por lo demás, todos lo habían tratado con bondad e indulgencia. De hecho, no era bondad e indulgencia lo que había experimentado, sino algo mucho mejor: nada. No había experimentado nada.

Andrew me contó una anécdota. Cuando estaban procesando a Mark Strong, el socio de Alexis Wright, por financiar el burdel, recibió una citación. Era posible que lo llamasen a declarar como testigo, de modo que lo retuvieron en una habitación del fondo. Al cabo de un rato, entraron otros seis hombres. Se miraron mutuamente asintiendo con la cabeza, pero permanecieron en silencio. Después de unos tímidos intentos de entablar conversación, confirmaron las sospechas de Andrew: todos eran clientes de Alexis Wright. Sus nombres figuraban en la lista. Como era la primera vez que coincidían, comenzaron a intercambiar impresiones, de forma apresurada y con cierto entusiasmo, no sobre sus visitas a Alexis (todos pasaron de puntillas sobre el tema), sino sobre lo que había ocurrido después, cuando su secreto había salido a la luz.

—Uno de ellos dijo: «Tuve que comprarle un cuatro por cuatro nuevo a mi mujer» —rememoró Andrew—. «Me costó un crucero a las Bahamas y una cocina nueva», dijo otro. Todos nos reíamos.

—¿Ninguno de ellos había sido víctima de una humillación? —pregunté.

—No —respondió Andrew—. Para ellos también había pasado la tormenta.

Sin embargo, puntualizó, había una excepción. La conversación entre ellos se desvió hacia la única mujer que había visitado a Alexis.

—Todos estábamos burlándonos de ella —prosiguió Andrew—. De pronto, un señor mayor, que había estado mucho más callado que los demás, dijo: «Era mi esposa.» Oh, Jon, no te imaginas cómo se enfrió el ambiente. Todo cambió de inmediato.

—¿Qué clase de bromas habíais estado haciendo sobre su esposa? —quise saber.

—No lo recuerdo con exactitud —dijo Andrew—, pero se mofaban más de ella. Los hombres la veían de un modo distinto y, sí, consideraban su caso más vergonzoso.

Más tarde descubrí que, en la época de los puritanos, los pecados de Max y Andrew habrían sido juzgados con mayor severidad que el de Jonah. A este, «culpable de mentir o difundir noticias falsas», lo habrían condenado a pagar una multa, a recibir tormento en el cepo durante «un período no superior a cuatro horas, o una flagelación pública de no más de cuarenta latigazos», según las leyes de Delaware. En cambio, Max y Andrew, por haber «profanado el tálamo», habrían sido azotados en público (no se especificaba un máximo de latigazos), castigados con al menos un año de trabajos forzados y, en caso de reincidir, encerrados a perpetuidad.

No obstante, las arenas movedizas de lo que se consideraba oprobioso —para los hombres— había pasado de los escándalos sexuales a los comportamientos indecentes en el trabajo y el supuesto abuso de privilegios por ser blancos. De pronto comprendí el auténtico motivo por el que Max había sobrevivido a su linchamiento: era un hombre que había sufrido una humillación sexual..., lo que significaba que en realidad no había existido tal humillación.

Se lo expliqué a Max por correo electrónico. «¡A nadie le importa! —escribí—. De todos los escándalos públicos posibles, el escándalo sexual protagonizado por un hombre es seguramente el más leve.» Max no estaba en el punto de mira de nadie, ni de los progres como yo, ni de los misóginos de Internet que hacen trizas a las mujeres que osan salirse del guion. Max no había sido víctima de ningún ataque.

Una hora después, recibí la respuesta de Max: «Hola, Ron. Creo que has dado en el clavo.»

No era verdad que a nadie le importara. A la esposa de Max le importaba. Y también a otra persona: Paul Dacre, director del *Daily Mail*. En un discurso que pronunció en 2008 ante la Sociedad de Editores, Dacre aseveró que la orgía de Max había sido «una perversión, una depravación, ni más ni menos que un rechazo al comportamiento civilizado». Se trataba de una diatriba lastimera que proclamaba la Muerte de la Vergüenza. Dacre describía al juez Eady —el que había fallado en favor de Max en el caso de vulneración de la intimidad— como la encarnación de dicha muerte:

> El juez dio la razón a Max Mosley porque este no había tomado parte en una «repugnante orgía nazi», como afirmaba *News of the World*, aunque la lógica de este argumento se me antoja pedante y

casi surrealista, ya que algunas participantes llevaban uniformes de estilo militar. Mosley impartía órdenes en alemán mientras una prostituta fingía despiojarlo, otra le practicaba una felación y una tercera le azotaba el trasero hasta hacerlo sangrar. Para el juez Eady, dicho comportamiento era, sencillamente, «poco convencional».

Lo más preocupante de las decisiones del juez Eady es que, según expresa en su auto, las leyes británicas, en lo tocante a la moral, son neutrales, y es por eso por lo que yo lo acuso de ser «amoral» en sus resoluciones.

PAUL DACRE,
discurso ante la Sociedad de Editores,
9 de noviembre de 2008

Desde que empecé a decirle a la gente que estaba escribiendo un libro sobre la vergüenza, muchas personas que procedían de círculos similares al de Paul Dacre —hombres mayores y prósperos de la alta sociedad británica— me han felicitado, presuntamente por hablar claro sobre la desvergüenza de la juventud actual. En una fiesta conocí a un famoso arquitecto que me lo dijo exactamente con esas palabras. Y un presentador religioso con el que hablé se lamentaba de que la relajación de la moral religiosa había dado lugar a una sociedad incapaz de avergonzarse. Entiendo que haya quien lo crea, puesto que vivimos en una época en que un pastor de una iglesia del Nazareno puede contratar los servicios de una prostituta sin que a nadie le importe. Creo que Andrew y Max deberían estar agradecidos con mujeres como Princess Donna por no haber caído en la ignominia. Donna ha trabajado con ahínco durante años para desmitificar el sexo extraño, y gracias a eso hombres como ellos han podido salir bien parados de sus escándalos. Pero la vergüenza no ha muerto; sencillamente ha emigrado a otra parte, cobrando una fuerza enorme por el camino.

Lo cierto es que los discursos como el de Paul Dacre ya no sirven de nada. A las personas que importan les da igual lo que él piense. Las personas que importan están en Twitter. En Twitter decidimos por nosotros mismos quién merece ser machacado. Creamos nuestros propios consensos, sin dejarnos influenciar por el sistema judicial penal o los medios de comunicación. Eso nos hace temibles.

Mi búsqueda de un paraíso libre de humillaciones —un lugar donde pudiéramos estar a salvo de personas como nosotros— había fracasado. La Sinceridad Radical no representaba para mí más que personas gritándose unas a otras. Ni Max ni Andrew me habían revelado secretos útiles para hacer de tripas corazón y sobreponerse al dolor de un linchamiento. Y es que ninguno de los dos había tenido que sobreponerse a linchamiento alguno. De hecho, la única parte de mi búsqueda que había arrojado un poco de luz sobre el misterio de la «post vergüenza» había sido el rodaje de Public Disgrace en el bar de deportes del valle de San Fernando. Recordaba aquella noche con cariño. Era el único sitio relajante en el que había estado desde que había empezado a escribir este libro.

Entonces releí la transcripción de un diálogo que había mantenido con Donna esa noche y reparé en algo que había pasado por alto.

> **Donna**: Acababa de regresar de Sacramento. Estaba en el aeropuerto cuando leí algo sobre mí en TMZ.

TMZ es una web de cotilleos sobre famosos. Cuando Donna leyó el artículo, comprendió de pronto qué imagen tenía de ella el mundo exterior. Esto la hizo sentir profundamente humillada y abatida.

> **Donna**: Había vivido en una burbuja en San Francisco, rodeada de otras personas con una actitud positiva hacia el sexo, informadas sobre los trabajos sexuales y la industria del sexo, así que nunca me había sentido tan juzgada. Pero de repente había unas personas que me observaban desde fuera y hablaban de mí como si fuera una pornógrafa idiota. Fue muy duro. Me eché a llorar en el aeropuerto y seguí llorando durante el vuelo...

Busqué el artículo de TMZ. ¿Qué era lo que había afectado tanto a Donna? ¿Hasta qué punto se habían encarnizado con ella?

> James Franco está trabajando en un proyecto secreto con una prometedora directora porno, según ha podido averiguar TMZ..., y resulta que tiene fama de ser bastante habilidosa con el puño. La mujer de la foto es Princess Donna Dolore, que ha participado en

> *Kink*, la nueva película de James Franco, de próximo estreno. A pesar de que Franco aparece en el filme, no había visto a PDD en persona hasta la semana pasada..., y según algunas fuentes, ya la ha fichado para otro proyecto en el que está trabajando. Durante el encuentro, PDD le regaló a Franco una camiseta oficial de Princess Donna Dolore, con una imagen de su célebre puño en la espalda. James se lo puso..., el regalo, se entiende... y lo lució con orgullo. Intentamos ponernos en contacto con Franco por si quiere hacer algún comentario, pero por el momento no hemos recibido respuesta.
>
> Redacción de TMZ, 26 de diciembre de 2012

Hace años, quizá se me habría antojado una locura que Donna se ofendiera tanto por un artículo tan inocuo. Pero la verdad es que lo entendí. Creo que todos concedemos mucha importancia a cosas que a otros les parecen del todo intrascendentes. Todos arrastramos el peso de supuestas humillaciones que en realidad no significaban nada. Somos un manojo de inseguridades, y nadie sabe qué las azuza. Por eso comprendía a Donna. Como Max y Andrew le debían tanto, me entristecía que se hubiera sentido avergonzada cuando se había visto a sí misma desde fuera, como si la vergüenza se hubiera colado en su interior y ya no hubiese manera de expulsarla.

Estoy seguro de que existen psicópatas, personas que, por motivos neurológicos, son incapaces de avergonzarse, como si vivieran envueltas en capas de algodón, pero lo cierto es que en esta búsqueda no había conocido a ninguna. Sin embargo, desde que había empezado a trabajar en este libro, no dejaba de acudir a mi mente el nombre de alguien que había sobrevivido a una humillación pública con tan poco esfuerzo, aparentemente, que despojaba de todo dramatismo al concepto en sí. Después de unos mensajes de correo electrónico en los que mostraba cierta reticencia —«espero que entiendas mis recelos»—, accedió a almorzar conmigo. Se llamaba Mike Daisey.

10

De cómo Mike Daisey estuvo a punto de ahogarse

—Da la sensación de que quieren una disculpa, pero es mentira. —Mike y yo estábamos sentados en un restaurante de Brooklyn. Era un hombre corpulento, y se enjugaba con frecuencia el sudor del rostro con un pañuelo que tenía a mano en todo momento—. Es mentira porque no quieren una disculpa —aseveró—. Se supone que una apología implica una comunión, el acto de conectar con otra persona. Para disculparte, necesitas a alguien que te escuche. Ellos escuchan, tú hablas, y se establece una comunicación. Por eso nos cuesta aceptar disculpas. Porque se produce un intercambio de poder. Pero ellos no quieren una disculpa. —Me miró—. Lo que quieren es destruirme. Quieren que muera. Jamás lo reconocerán, porque sería demasiado histriónico, pero no quieren volver a saber de mí jamás, y cuando yo desaparezca, se arrogarán el derecho a utilizarme como punto de referencia cultural cada vez que creen que eso les ayudará a alcanzar sus fines. Esta sería la mejor solución para ellos. Quisieran que yo me quedara callado para siempre. —Hizo una pausa—. Nunca antes había tenido la oportunidad de convertirme en objeto de odio. El problema no es el odio, sino convertirse en objeto.

El pecado de Mike Daisey —curiosamente similar al de Jonah— había salido a la luz tres meses antes de que Michael Moynihan se tumbara en el sofá ese 4 de julio y se preguntara si Bob Dylan había definido alguna vez el proceso creativo como «el presentimiento de que tienes algo que decir». Al igual que Jonah y Stephen Glass, había mentido en un artículo y lo habían pillado. El suyo era sobre un viaje que acababa de hacer a Shenzhen, China, donde se había reunido con obreros de fábricas en las que se manufacturaban productos de Apple. Sin embargo, algunas de aquellas reuniones nunca se habían producido. Su humillación fue incluso más dolorosa, quizá, que la de Jonah, porque quedó grabada en audio en su

totalidad, con sus largos silencios de pánico incluidos, y fue emitida en *This American Life*, uno de los programas de radio más populares de Estados Unidos. Mike Daisey siempre había sido un dandi, un personaje importante, vocinglero y extravagante de la escena teatral neoyorquina. Durante buena parte del programa, parecía que conseguiría salir del aprieto a fuerza de bravuconadas. Tenía esperanza. Se justificaba y rebatía detalles nimios. Sin embargo, cuando la hora se aproximaba a su fin, las cosas se vinieron abajo. «Lo siento», dijo. Se le oía acabado, exhausto, vacío. Era un «lo siento» tan lastimoso que temí que al salir de los estudios de radio se fuera a casa y se suicidara. Pero, en vez de ello, pocos minutos después publicó una disculpa en su web y al día siguiente reapareció en Twitter. Era un hombre gritándoles a diez mil personas que a su vez le gritaban a él. Reprendía, increpaba y llamaba «hipócritas» a sus detractores. Al principio, todo esto los indignaba aún más, pero él no dio el brazo a torcer. Era un defensor incansable de sí mismo.

Al final, a sus críticos les quedó claro que la furia que expresaban era inútil. Sus ataques perdieron fuerza poco a poco hasta cesar por completo. Y más tarde, mientras Jonah Lehrer vagaba por los páramos de Los Ángeles cabizbajo y vilipendiado, Mike Daisey colgaba en Instagram fotos de su esposa y de sí mismo tomando el sol junto a una piscina en Miami, después de finalizar una gira teatral que había cosechado un gran éxito de crítica y público. ¿Cómo era posible que dos humillaciones casi idénticas hubieran hecho pedazos a un hombre y dejado indemne a otro?

En el restaurante, Mike no respondía a estas preguntas de inmediato.

—Cuando yo era joven, con veintiún o veintidós años, mi vida se fue al garete de forma catastrófica. —Levantó la vista, que hasta ese momento había mantenido fija en la mesa—. Mi novia había empezado a evitarme sin más. Yo le decía «salgamos juntos», pero ella siempre me daba largas. Al final, me llamó. Estaba embarazada. De ocho meses. Yo iba a ser padre. Al cabo de un mes.

Aquello era en el extremo norte de Maine, me explicó. Se sentía atrapado. En Maine. El niño nació. La relación entre los dos se rompió a causa de la tensión.

—No asumí mis responsabilidades como padre —prosiguió—. Me derrumbé por completo. —Todas las noches se iba a nadar al lago. A veces, se alejaba todo lo que podía de la orilla—. Seguía adelante, sin parar. El agua

era cada vez más fría. Y entonces me quedaba allí, flotando en medio del lago. Ahora lo veo muy claro: estaba tratando de ahogarme.

—¿Intentabas suicidarte?

Mike asintió.

—Ahora no me cabe la menor duda. —Al cabo de unos instantes, añadió —: Desde entonces, dejé de sentirme tan unido a ese lugar como otras personas. Era como llevar una existencia larga e inverosímil en el más allá. —Sonrió—. Lo menciono por si te resulta útil.

Seguimos comiendo. La historia quedó en el aire. Creo que Mike me trataba como si estuviese frente a un público, proporcionándome fragmentos de relatos, obligándome a encajar por mí mismo las piezas del rompecabezas.

Todas las noches regresaba nadando a la orilla. Acabó dando clases de teatro en un instituto. Se licenció un año más tarde de lo previsto. Y entonces se marchó de Maine.

—Me fui en coche a Seattle —dijo—. Intenté construir una nueva vida.

Y lo consiguió. Se convirtió nada menos que en un monologuista teatral. Sus apasionados espectáculos gustaban a la gente, pero eran demasiado esotéricos para triunfar fuera de su círculo marginal. Versaban sobre cuestiones metafísicas como la gelidez que la guerra había sembrado en el corazón de su abuelo, que a su vez la había transmitido al padre de Mike, y así sucesivamente. Pero en el verano de 2010 llevó a escena su obra maestra, *Agonía y éxtasis* de Steve Jobs, la historia de su viaje a China.

Los obreros que conoció allí le hablaron del *n-hexano*, «un limpiador de pantallas de iPhone —decía Mike en su monólogo—. Es fantástico, porque se evapora un poco más deprisa que el alcohol, lo que significa que se puede acelerar el proceso de fabricación y cumplir con el cupo de producción. El problema es que el *n-hexano* es una neurotoxina muy potente, y toda esa gente ha estado expuesta a ella. Les tiemblan las manos. La mayoría... ni siquiera puede sujetar un vaso.

A continuación, el monólogo describía sus encuentros con niñas de trece años que trabajaban en las plantas porque nadie controlaba la edad de los obreros, y con un anciano que tenía la mano derecha crispada como una garra.

—Se la había pillado una prensa de metal de Foxconn. —Max le mostró su iPad al hombre—. Nunca había visto encendido uno de esos trastos que le habían destrozado la mano. Pulso *«on»*..., los iconos aparecen. Él acaricia la

pantalla con la mano mutilada. Y dice algo... Dice: «Es como magia.»

Una noche de finales de 2011, Ira Glass, creador de *This American Life*, vio a Mike Daisey representar su monólogo en vivo en el pub Joe's de Nueva York. Como los demás espectadores, quedó maravillado, de modo que le ofreció a Mike la oportunidad de interpretarlo en su programa. Intentaron verificar la información. Le pidieron a Mike que los pusiera en contacto con su intérprete, pero él dijo que el número de teléfono que tenía ya no era válido. Como otros datos habían resultado ser correctos, se fiaron de su palabra.

Yo lo escuché en directo mientras atravesaba Florida en coche. Paré en el arcén y no me moví hasta que terminó. Muchas otras personas estaban haciendo lo mismo por todo el país. La fuerza de la narración de Mike me impactó, y tomé la determinación de hacer algo al respecto. La mayoría de nosotros, huelga decirlo, antes de la hora de la cena ya habíamos vuelto a nuestro estado anterior. Pero no todos. Un oyente inició una petición de mejora de las condiciones laborales en las plantas de producción de Apple. Consiguió doscientas cincuenta mil firmas. La empresa recibió más presiones que nunca. Anunció que, por primera vez en su historia, permitiría que terceras personas inspeccionaran las condiciones de trabajo de la fábrica. El episodio de Mike Daisey se convirtió en el *podcast* más popular de *This American Life* desde que el programa había empezado a emitirse.

Sin embargo, aunque Mike no lo sabía, su Michael Moynihan particular estaba escarbando en silencio.

Era Rob Schmitz, corresponsal en Shanghái del programa de la radio pública *Marketplace*. Algunos detalles del relato de Mike le habían parecido sospechosos. Por ejemplo, según él, había entrevistado a unos trabajadores de una fábrica en un Starbucks. ¿Cómo podían permitirse tomar algo allí? Starbucks es incluso más caro en China que en Occidente. De modo que localizó a la intérprete de Mike. Y fue entonces cuando su historia se tambaleó. No había obreros con temblores incontrolables, ni un anciano con la mano crispada. Mike no había visitado «diez» plantas industriales en China, sino tres. Y otras inexactitudes por el estilo. No era que los horrores descritos por Mike no se hubieran producido; eran reales: 137 empleados de una planta de Apple habían enfermado a causa del *n-hexano*, pero en el año 2010, y a más de mil kilómetros de distancia, en una ciudad llamada Suzhou.

(El informe anual de Apple correspondiente a 2011 describe el uso del producto químico tóxico como una «violación fundamental» de la seguridad laboral e indica que la empresa ordenó al contratista que dejara de utilizarlo.) Mike no había hablado con esos trabajadores de Suzhou; solo había leído acerca de ellos. Fingir que había estado allí hacía más atractivo su relato.

Así que, el 16 de marzo de 2012, Ira Glass volvió a poner a Mike Daisey frente al micrófono:

> **Ira Glass**: ¿Tenía miedo de que descubriéramos algo si hablábamos con [la intérprete]?
>
> **Mike Daisey**: No, la verdad es que no.
>
> **Ira**: ¿De veras? ¿No hubo una parte de usted que pensó: «De acuerdo, en realidad el incidente del hexano no tuvo lugar mientras yo estaba allí y...» ¿No temía que al hablar con ella quizás averiguáramos alguna cosa?
>
> **Mike**: Bueno, sí que pensé que haría aflorar las complejidades de... de cómo se narra la historia.
>
> **Ira**: ¿A qué se refiere con «hacer aflorar las complejidades»?
>
> **Mike**: Pues me refiero... me refiero, ya sabe, a lo del hexano. Quiero decir que creo que estoy de acuerdo con usted. [...] Creo que cuando lo represento en un contexto teatral..., empleamos un lenguaje diferente para expresar la verdad.
>
> **Ira**: Entiendo que eso es lo que usted cree, pero me parece que se engaña a sí mismo. Las personas normales que van a ver hablar a alguien interpretan sus palabras como una verdad literal. Yo mismo creí que la historia era literal cuando escuché el monólogo en el teatro. Brian, que ha visto otros espectáculos suyos, también pensaba que todo lo que contaba era cierto.
>
> **Mike**: En algunos de estos aspectos tenemos visiones del mundo distintas.
>
> **Ira**: Lo sé. Pero creo que mi visión del mundo es la normal. Cuando alguien sale al escenario y dice «esto es lo que me pasó», lo normal es creer que eso fue lo que le pasó, a menos que se especifique que se trata de una obra de ficción. [...] Tengo una extraña mezcla de sentimientos encontrados sobre esto, porque me siento fatal por usted, pero por otro lado me siento engañado. Además, yo di la cara

por usted. Tengo la sensación de haber avalado su credibilidad ante nuestro público basándome en su palabra.

Mike: Lo siento.

El tono de voz con que Mike dijo «lo siento» era como el de un niño; un niño superdotado, difícil, rebelde, que creía estar por encima del colegio y a quien habían obligado a soportar un castigo delante de toda la clase hasta que cambiara de actitud. En esas tres sílabas, la actitud de Mike pareció pasar de desafiante a derrotada.

Pero luego regresó a Internet, aparentemente tras recuperar toda su autoestima.

Estaba orgulloso de haber recobrado la entereza.

—He estado obsesionado con investigar escándalos literarios —me dijo—. Nadie levanta cabeza después de eso. Nadie sale intacto de un escándalo tan grande e intenso como el que yo viví.

—¡Lo sé! —dije—. ¿Sabías desde el principio que sobrevivirías?

—Para nada —respondió Mike—. Para nada. Me planteé suicidarme.

Clavé los ojos en él.

—¿En serio?

—Todas las posibilidades estaban sobre la mesa. Yo hablaba abiertamente de suicidarme, de no actuar nunca más en público, de abandonar el teatro y no volver a interpretar un papel en la vida. Hablamos del divorcio, sin tapujos.

—¿Cómo vivió tu esposa esos días? —pregunté.

—Quería asegurarse de que yo no estuviera solo.

—¿Cuándo ocurrió todo eso?

—Lo peor del escándalo sucedió antes de que nadie se enterara del escándalo —respondió—. El programa se emitió una semana después de mi entrevista con Ira. Durante esa semana, empecé a desmoronarme en el escenario. Estaba cayéndome a pedazos. Me quedaba en blanco en medio del monólogo. Notaba que la mente se me dispersaba. Eso era lo peor. Era acojonante, el miedo y la sensación de que iba a disolverme.

—¿Qué era lo que más miedo te daba?

—Me aterrorizaba perder todo el control sobre el relato de mi vida —explicó Mike—, que el eco de ese juicio sobre mí resonara para siempre y, cada vez que saliera al escenario, decidiera quién y qué era yo.

—Entonces ¿qué cambió?

Mike permaneció callado un rato.

—Cuando Ira me preguntó si quería contar la historia en su programa —prosiguió al cabo—, pensé: «Es una prueba. Si de verdad creo en esto, no aceptar sería una cobardía. Si dejo a un lado el relato, nada cambiará.» —Hizo otra pausa y agregó—: Sabía que la historia explotaría en la conciencia y que entonces todo explotaría para mí.

Fruncí el entrecejo.

—¿Estás diciendo que sabías desde el principio que te pondrían en evidencia?

Mike asintió.

—Lo que sucedió en ese lago me enseñó que había una puerta. Y esa puerta está entreabierta. Lo notaba. Podía morir sin más, ¿me entiendes? En cuanto aceptas esa realidad, se te aclaran las ideas. ¿Quieres dejar huella en el mundo? Tienes que estar dispuesto a tirar tu vida por la borda. Pensé: «De acuerdo. Tiraré mi vida por la borda. No pasa nada.»

—¿Y qué me dices del riesgo de que el escándalo, en vez de arrojar luz sobre lo que pasa en China, lo eclipsara?

—Eso me hubiera preocupado mucho —contestó Mike, y acto seguido se corrigió—. Quiero decir que me preocupaba mucho. Estaba muy preocupado por eso. —Al percatarse de la mirada de escepticismo que le dirigí, añadió—: Oye, nadie quiere oír que soy un héroe y que me sacrifiqué. Nadie quiere oír ese relato de los hechos. Pero es el relato real. Yo sabía que era imposible que resistiera el escrutinio al que la someterían cuando se convirtiera en una noticia sonada. Sabía que no acabaría bien.

No me cabía duda de que tenía ante mí a un hombre que estaba elaborando una historia de ficción sobre sus actos. En esta nueva versión, Mike había destruido valientemente su reputación para salvar vidas en China, como un terrorista suicida. Pero en aquel momento me pareció que no debía revelarle que había llegado a esa conclusión sobre él. Me dio la impresión de que era lo que lo mantenía entero.

Sin embargo, creo que leyó todo eso en mi rostro.

—El proceso de construcción de la conciencia —dijo de pronto— consiste en contarnos a nosotros mismos nuestra historia, la historia de quienes creemos ser. Pienso que una humillación o linchamiento verdaderamente público es un conflicto entre la persona que intenta escribir su propio relato y la sociedad, que intenta escribir uno distinto para sí misma. Un relato trata

de superponerse al otro. Y, para sobrevivir, uno tiene que tener su propio relato. O bien… —me miró— componer un tercer relato. Reaccionar ante el relato que se nos ha impuesto. —Hizo una pausa—. Tienes que encontrar la manera de no respetar la otra versión, porque si te la crees te arrastrará hasta el fondo.

Me alegraba el que Mike Daisey hubiera encontrado la manera de rehacer su vida, pero dudo que su método de supervivencia resultara útil para Jonah o Justine. No tenían una trayectoria como narradores a la que recurrir. Para ellos no había un tercer relato, sino uno y solamente uno. Jonah era el divulgador científico fraudulento, Justine la mujer del tuit sobre el sida. Se habían hundido en el lodo, y no hacía falta ser un hábil detective para averiguarlo. Sus faltas estaban allí, a la vista de todos, en la primera página de Google.

Justine cumplió su palabra. Cinco meses después de nuestro primer encuentro, almorzamos en el Lower East Side de Nueva York. Me puso al día sobre lo que había pasado en su vida. Me contó que había recibido una oferta de empleo enseguida. Pero era una propuesta algo extraña, por parte del propietario de una empresa de veleros de Florida.

—«Me enteré de lo que te ocurrió. Estoy contigo al ciento por ciento», me dijo.

Sin embargo, Justine no sabía nada de veleros. ¿Por qué estaba él interesado en contratarla?

—¿Y si era un pirado que creía que los blancos no pueden contraer el sida? —continuó. Rechazó la oferta y se marchó de Nueva York—. En Nueva York, tu profesión es tu identidad. Y a mí me la habían arrebatado.

Se fue lo más lejos que pudo: a Adís Abeba, Etiopía. Consiguió trabajo como voluntaria en una ONG que luchaba por reducir la tasa de mortalidad materna.

—Pensé que ya que me hallaba en aquella situación de mierda, más valía que sacara algo bueno de ella, o por lo menos la aprovechara al máximo para ayudar a la gente y aprender. —Viajó hasta allí sola—. Sabía dónde iba a alojarme, pero no hay direcciones. En realidad, las calles de allí no tienen nombre. El inglés no es el idioma nacional.

—¿Te gustó Etiopía? —pregunté.

—Fue genial —repuso.

Y aquí podría terminar la historia de Justine. Si es usted una de los cientos

de miles de personas que la hicieron pedazos, tal vez quiera que esta sea la imagen final de ella que se grabe en su mente. Tal vez desee imaginarla en una casa de maternidad improvisada en Adís Abeba. Tal vez está inclinada sobre una parturiente, haciendo alguna cosa extraordinaria que le salvará la vida. Tal vez alza la vista, se seca el sudor con arena del desierto que le humedece la frente y adopta una expresión totalmente distinta: de persona curtida por la vida, sabia y orgullosa. Y todo gracias a usted. Justine jamás se habría ido a Adís Abeba de no haber sufrido una humillación pública y haber perdido su empleo en IAC.

Pero ¿a quién pretendía engañar Justine? Su estancia en Adís Abeba fue genial durante un mes, pero ella no tenía el carácter de una etíope, sino de una neoyorquina. Era descarada, nerviosa y algo sofisticada. De modo que decidió regresar. A una ciudad donde las cosas seguían sin pintar demasiado bien para ella. Consiguió un empleo temporal como relaciones públicas del lanzamiento de una web de citas, pero no había salido del bache. Aún no había recuperado su trabajo ideal. Aún la ridiculizaban y demonizaban en Internet.

—Todavía no estoy del todo bien —admitió—. Y lo he pasado muy mal.

Empujaba la comida de un lado a otro de su plato con el tenedor. Cuando pensaba en Justine, me venía a la mente una tienda saqueada durante unos disturbios. Tal vez había dejado la puerta entornada, pero estaba hecha añicos.

No obstante, percibí un cambio positivo en ella. La primera vez que nos vimos, parecía avergonzada, agobiada bajo la carga de la culpa por haber «deshonrado» a su familia al escribir ese estúpido tuit y pulsar «enviar». Creo que aún se sentía avergonzada, pero tal vez menos. En vez de eso, declaró, se sentía humillada.

La semana que almorcé con Justine, el Tribunal de Justicia de la Unión Europea hizo pública una sentencia inesperada en la que reconocía el derecho al olvido. Si un artículo o un blog sobre una persona era «inadecuado, no pertinente u obsoleto» —palabras bastante vagas—, Google estaría obligado a eliminarlo de los resultados del buscador en sus webs europeas (aunque no de Google.com). Decenas de miles de personas se acogieron en el acto a este derecho; en menos de tres meses, Google recibió más de setenta mil solicitudes. Por lo visto, la empresa se aplicó a ello con

diligencia, dando su aprobación a prácticamente todas las peticiones. Con tanta diligencia, de hecho —borrando de sus resultados, por ejemplo, montones de artículos de *The Guardian* y el *Daily Mail*—, que parecía estar sembrando el caos de forma deliberada para generar oposición a la sentencia. En Internet proliferaron escritos y páginas web que criticaban la decisión del tribunal y señalaban con el dedo a los olvidados: un árbitro de fútbol que había mentido sobre sus motivos por pitar un penalti; una pareja detenida por mantener relaciones sexuales en un tren (de la que ya no me acordaba); una aerolínea, Cathay Pacific, acusada de racismo por un musulmán que había solicitado empleo en ella.

Justine, al seguir la noticia desde Nueva York había experimentado «sentimientos contradictorios de inmediato», según me dijo. Se le antojaba una forma de censura, pero, por otro lado, le parecía bien. De todos modos, sabía que intentar ampararse en ese derecho sería un desastre para ella. No quería ni imaginarse el revuelo que se levantaría si el mundo se enteraba. No. El derecho al olvido le haría la vida mucho más fácil a algún transgresor de verdad —algún ex estafador europeo, víctima de una humillación leve— que a la ultrahumillada Justine Sacco.

Lo peor, añadió, lo que le provocaba una mayor sensación de impotencia, era el nulo control que tenía sobre los resultados de búsqueda de Google. Siempre estaban allí, eternos, apabullantes.

—Los resultados de búsqueda de Google relacionados conmigo tardarán mucho tiempo en cambiar —se lamentó.

11

El hombre que puede cambiar los resultados de búsqueda de Google

En octubre de 2012, un grupo de adultos con dificultades de aprendizaje organizaron un viaje a la ciudad de Washington. Visitaron el National Mall, el Museo del Holocausto, el Smithsonian, el Cementerio Nacional de Arlington, la Casa de la Moneda. Vieron la tumba del Soldado Desconocido. Por la noche, cantaron en el karaoke del bar del hotel. Sus cuidadoras, Lindsey Stone y su amiga Jamie, interpretaron a dúo la canción *Total Eclipse of the Heart*.

—Lo pasaron de maravilla en ese viaje —me contó Lindsey Stone—. Nos reímos mucho en el autocar. Se desternillaban paseando por la noche. Les parecíamos divertidas y enrolladas.

Lindsey me refería lo ocurrido dieciocho meses después. Estábamos en su casa, sentados a la mesa de la cocina. Vive junto a una carretera larga y angosta, cerca de un bonito lago de una ciudad litoral en la costa Este de Estados Unidos.

—Me gusta bailar y me gusta el karaoke —dijo—. Pero, después del viaje, pasé una larga temporada sin salir de casa. De día me quedaba aquí encerrada. No quería que nadie me viera. No quería que me miraran.

—¿Cuánto tiempo estuviste así? —le pregunté.

—Casi un año.

Lindsey no quería hablarme de lo ocurrido durante ese viaje a Washington. Yo le había escrito tres veces y ella no había respondido. Sin embargo, una circunstancia muy particular la obligó finalmente a acceder.

Lindsey y Jamie llevaban año y medio en LIFE —Living Independently Forever [Vida autónoma para siempre]— cuando se embarcaron en aquel viaje. LIFE era una residencia para «personas bastante funcionales con dificultades de aprendizaje —dijo Lindsey—. Jamie había organizado un

taller de bisutería que triunfó entre las chicas. Los llevábamos al cine. Los llevábamos a los bolos. Convencimos a la empresa de que comprara un equipo de karaoke. Muchos padres aseguraban que éramos lo mejor que había pasado en ese campus».

Fuera del trabajo, Jamie y Lindsey, a manera de broma privada entre ellas, se tomaban fotografías tontas «fumando frente a una señal de “prohibido fumar”, o delante de estatuas, imitando la pose. Nos hacíamos fotos ridículas a todas horas. En Arlington vimos el letrero de “Silencio y respeto”. Y entonces nos vino la inspiración —explicó Lindsey—. Así que, creyendo que éramos muy ocurrentes, Jamie colgó la foto en Facebook y me etiquetó con mi permiso, porque me parecía graciosísima».



Después no sucedió gran cosa. Algunas amistades de Facebook publicaron comentarios poco entusiastas. «Uno de ellos, que había estado en el ejército, escribió: “Es un poco ofensivo. Porque os conozco, chicas, pero es de mal gusto.” Alguien opinó “estoy de acuerdo”, y luego otro dijo “estoy de acuerdo”, y entonces yo salté: “¡Venga, venga, ya está bien! ¡Solo somos nosotras haciendo el ganso! ¡Olvidaos del tema!”»

> [...] Venga, venga, ya está bien. Solo somos nosotras, haciendo el ganso como siempre, desafiando a la autoridad en general. Es como la foto que colgamos la noche anterior, en la que salgo fumando junto a una señal de no fumar. OBVIAMENTE no pretendíamos faltar al respeto a las personas que sirven o han servido a nuestro país.

—¿Crees que deberíamos eliminar la foto? —le preguntó Jamie más tarde.

—¡No! —contestó Lindsey—. No es para tanto. Nadie pensará más en eso.

Sus configuraciones de Facebook eran un misterio para ellas. La mayor parte de las opciones de privacidad estaban activadas, pero no todas. A veces se percataban de que había opciones que creían haber activado pero que estaban desactivadas. Lindsey había estado pensando «mucho» sobre eso durante los últimos dieciocho meses. «A Facebook le conviene que todo el mundo comparta y le dé a "me gusta". Eso aumenta sus ingresos por publicidad. —¿Había algún mecanismo de la red social que hacía que las opciones se desactivaran «por casualidad»? ¿Alguna trampa?—. Pero no quiero parecer una fanática de las teorías de la conspiración. No sé si las cosas que comparte Jamie desde el móvil han estado protegidas alguna vez.»

En fin: podemos suponer que las cosas que compartía Jamie desde el móvil no estaban protegidas. Y cuatro semanas después de regresar de Washington, estaban en un restaurante celebrando el cumpleaños de ambas —«nos llevamos una semana de diferencia»— cuando sus teléfonos móviles empezaron a vibrar a la vez. Así que se conectaron a Internet.

«Lindsey Stone odia a los militares y a los soldados que han muerto en guerras en el extranjero», «Muere, guarra», «Ojalá te pudras en el infierno», «Eso es pura perversidad», «Tiene toda la pinta de una feminista. ¿Le sobran veinte kilos? Sí. ¿Tiene los brazos como morcillas y dedos rechonchos de cerdita? Sí. ¿Falta al respeto a los hombres que han sacrificado sus vidas? Sí», «Que te follen, puta. Espero que tengas una muerte lenta y dolorosa, zorra subnormal», «OJALÁ VIOLEN A ESA PUTA Y LA COSAN A PUÑALADAS», «He hablado con un empleado de LIFE que dice que hay veteranos de guerra en el consejo directivo y que la despedirán. A la espera de información sobre su cómplice...», «Cuando la echen, a lo mejor tendrá que ingresar como cliente. La tía necesita ayuda», «A la cárcel con la feminista tonta» y, en respuesta al puñado de personas que insinuaban que tal vez no hacía falta arruinarle el futuro a una persona por una fotografía jocosa: «¡NADIE LE HA ARRUINADO EL FUTURO! Ya está bien de intentar hacerla quedar como una mártir. Dentro de seis meses nadie se acordará de esto excepto quienes la conocen en persona.»

—Tenía ganas de gritar: «No era más que un letrero» —dijo Lindsey, que no sabía cómo se propagó—. Dudo que nadie llegue a saberlo. Intuimos que alguien del trabajo lo descubrió. En cierto modo habíamos revitalizado ese campus. Eso nos atrajo bastantes enemistades. Nos veían como a unas jóvenes idiotas e irreverentes.

Para cuando se fue a la cama esa noche —«a las cuatro de la mañana, lo reconozco»— alguien había creado la página «Lindsey Stone dimisión» en Facebook. Consiguió doce mil «me gusta». Lindsey leyó todos y cada uno de los comentarios: «Me obsesioné con leerlo todo sobre mí.»

Al día siguiente había varios equipos informativos apiñados delante de su puerta. El padre de Lindsey intentó hablar con ellos. Sujetaba un cigarrillo en la mano. El perro de la familia había salido de la casa tras él. Mientras el hombre trataba de explicar que su hija no era un monstruo, advirtió que las cámaras que le enfocaban el rostro descendían hacia el cigarrillo y luego el perro, como para retratarlos como una familia de paletos fumadores que vivían junto a una carretera y tenían perros guardianes.

LIFE recibió un alud de correos electrónicos que exigían el despido de Lindsey, por lo que le pidieron que acudiera a la oficina. Pero ni siquiera la dejaron entrar en el edificio. Su jefe se reunió con ella en el aparcamiento y le pidió que le entregara las llaves.

—De la noche a la mañana, literalmente, todo lo que yo conocía y quería había desaparecido —dijo Lindsey.

Y fue entonces cuando cayó en una depresión, empezó a sufrir insomnio y apenas salió de casa durante un año.

Elogios a empresa por despedir a mujer que se tomó una foto irrespetuosa junto a la tumba del Soldado

> Una empresa ha recibido felicitaciones por prescindir de una empleada que hizo un gesto vulgar cerca de un cementerio militar, con lo que provocó indignación en todo el país [...]. Las críticas contra Lindsey Stone no han remitido desde que perdió su trabajo [...]. Algunos comentaristas sostienen que «deberían fusilarla» o expulsarla de Estados Unidos [...]. Stone, que ha hecho pública una disculpa, se ha negado a mostrar su rostro desde que estalló el escándalo, según han declarado sus padres a CBS Boston.

RHEANA MURRAY, *New York Daily News*,
22 de noviembre de 2012, tal como aparece
en la primera página de resultados de google.com para la búsqueda «Lindsey Stone»

Durante el año siguiente a su viaje a Washington, Lindsey buscó empleo como cuidadora en la web de anuncios clasificados Craigslist, pero nadie respondió a sus solicitudes. Seguía por Internet los casos de las otras Lindsey Stone y contemplaba cómo les destrozaban la vida. «Justine Sacco me dio mucha pena —dijo—. Y también aquella chica que se disfrazó de víctima del maratón de Boston por Halloween.»

De pronto, su situación empezó a mejorar. Le ofrecieron la posibilidad de cuidar a niños con autismo.

—Pero estoy muerta de miedo —confesó.

—¿De que tus jefes se enteren?

—Sí.

Los psicólogos intentan recordar a quienes padecen ansiedad que las preocupaciones sobre lo que podría ocurrir son irracionales. Si piensas «¿Y si acabo de quedar como un racista?», la pregunta es una prueba de que no sucedió nada malo. No se trata más que de pensamientos a los que damos vueltas sin parar. Pero la preocupación de Lindsey —«¿Y si mi nueva empresa busca mi nombre en Google?»— estaba más que justificada. En la tormenta de sus ataques de ansiedad, no había a trozos de madera a los que agarrarse. En su caso, la peor posibilidad imaginable no era descabellada. Y la fotografía estaba por todas partes. Se había vuelto tan icónica y omnipresente entre multitudes de veteranos de guerra y derechistas estadounidenses que un hombre incluso la había utilizado para crear un fondo de escritorio patriótico, superponiendo a la pared situada detrás de Lindsey, que grita con dedo extendido, imágenes de un funeral militar con un ataúd envuelto en la bandera y todo.



Lindsey estaba tan ansiosa por conseguir el trabajo que se había puesto «nerviosa solo de pensar en solicitar el puesto. Además, no estaba segura de cómo enfocar el asunto en mi currículum. ¿Por qué me había marchado de LIFE tan de repente? Me debatía entre decirles "para que lo sepan, soy esa Lindsey Stone" o no, porque sabía que estaban a solo un clic de ratón de averiguarlo».

Antes de la entrevista de trabajo, esta duda la corroía. ¿Debía revelarles la verdad? Estaba «terriblemente nerviosa» por la posibilidad de tomar la decisión equivocada. La aplazó hasta el último momento de la entrevista. Cuando terminó, cayó en la cuenta de que no había mencionado el tema.

«Tenía la sensación de que era demasiado pronto —alegó—. A la gente que me conoce bien no les parece tan grave lo de Arlington. Así que quería darles la oportunidad de conocerme antes de decirles: "Si me buscan en Google, esto es que lo encontrarán."»

Llevaba cuatro meses trabajando para ellos y aún no se lo había contado.

—Y, por razones obvias, no puedes preguntarles: «¿Lo han descubierto pero han llegado a la conclusión de que no es un problema?» —dije.

—Así es —repuso Lindsey.

—Así que te sientes atrapada en un silencio paranoico.

—Adoro este trabajo —aseveró—. Adoro a esos críos. La madre de uno de ellos me hizo un cumplido fantástico el otro día. Hacía un mes que trabajaba con su hijo, y ella dijo: «En cuanto te conocí y vi cómo te llevas con mi hijo y cómo tratas a la gente, supe que habías nacido para esta clase de trabajo.» Pero vivo con el corazón en un puño, esperando a que ocurra lo inevitable.

¿Y si ella se entera de todo? ¿Opinaría lo mismo que los demás?

Lindsey sencillamente no podía estar contenta ni relajada. El terror acechaba en todo momento.

—Influye mucho en tu visión del mundo —continuó—. Desde que empezó todo, no me he atrevido a salir con nadie. ¿Hasta qué punto debe una dejar entrar a otra persona en su vida? ¿Lo sabe ya todo el mundo? En el lugar donde trabajo..., me daba la impresión de que nadie lo sabía. Pero el otro día alguien hizo un comentario que me llevó a pensar lo contrario.

—¿Qué comentario?

—Bueno, estábamos hablando de no sé qué y él dejó caer un comentario como: «Oh, no es que tenga la intención de colgarlo por todo Internet», y se apresuró a añadir: «Es broma. Yo no le haría algo así a nadie. Nunca te lo haría a ti.»

—De modo que no estás segura de que lo supiera.

—Exacto. Pero esa aclaración apresurada... No sé. —Hizo una pausa—. Ese miedo... te deja marcada.

De pronto, sin embargo, sucedió algo que podía acabar con todos los problemas de Lindsey. Fue algo casi mágico, y ocurrió gracias a mí. Yo había puesto en marcha una serie de acontecimientos casi misteriosa, como de cuento de hadas. Jamás en mi vida había vivido una situación como aquella. Era una novedad para los dos. Nos daba buena espina, pero existía una posibilidad de que no fuese algo bueno.

Todo comenzó cuando topé por casualidad con la historia de dos ex estudiantes de filosofía de Harvard: Graeme Wood y Phineas Upham. Había algo en ellos que recordaba mucho a Michael Moynihan y a Jonah Lehrer. En Harvard —según escribió Graeme Wood más tarde—, Phineas «llevaba ropa de marca y era miembro de la rama de la secta de Ayn Rand en Harvard. Yo no era pobre, pero en mi familia nadie sabía cuánto pesaba una bolsa que contenía trescientos mil dólares».

Graeme Wood se refería a que en 2010 —doce años después de marcharse de Harvard—, Phineas Upham fue detenido, junto con su madre Nancy, por un presunto delito de evasión fiscal. La acusación sostenía que habían conspirado para ocultar once millones de dólares en una cuenta de un banco suizo y luego reintroducir clandestinamente el dinero en efectivo en Estados Unidos. Graeme, intrigado por la noticia, configuró una alerta de Google

para mantenerse «al corriente de los acontecimientos».

El escándalo pasó enseguida. Nancy se declaró culpable, se le impuso una multa de cinco millones y medio de dólares y una pena en suspenso de tres años de cárcel. Poco después, Graeme recibió una alerta de Google por una noticia sobre Phineas:

Fiscalía retira los cargos contra hombre acusado de ayudar a su madre a ocultar dinero

> La oficina del fiscal Preet Bharara, en Manhattan, ha retirado los cargos presentados en octubre de 2010 contra Samuel Phineas Upham por un delito de conspiración para cometer fraude fiscal y tres delitos de falsedad en la declaración de ingresos.
>
> «El gobierno ha llegado a la conclusión de que mantener la acusación contra el denunciado no redundaría en interés de la justicia», afirman los juristas en una declaración del 18 de mayo presentada en el tribunal federal de Nueva York.

DAVID VOREACOS,
Bloomberg Business Week,
23 de mayo de 2012

Habían retirado todos los cargos contra Phineas. Este habría sido el fin de la historia, si Graeme se hubiera tomado la molestia de anular la suscripción de su alerta de Google Phineas Upham. Pero no lo hizo, y por eso reparó en los extraños y numerosos premios y honores que Phineas había empezado a recibir de repente. Fue nombrado «conservador jefe de finanzas de *Venture Cap Monthly*», significara lo significase. Charity News Forum lo eligió «filántropo del mes» por votación. Comenzó a escribir para una revista de la que Graeme nunca había oído hablar llamada *Philantropy Chronicle*. Publicó una colección de ensayos. Incluso fundó una publicación para «acercar los textos filosóficos a los jóvenes desfavorecidos como parte de los programas educativos sin ánimo de lucro en países en vías de desarrollo».

Sin embargo, como escribió Graeme más adelante, «había algo sospechoso en esos sitios web, que parecían temporales y de andar por casa, sobre todo cuando uno pasaba de la primera página».

> Cuando fui a la dirección que figuraba como sede de la revista [*Philantropy Chronicle*], descubrí que el 64 de Prince Street no existía…, o, más bien, que era la puerta trasera de un restaurante indio.

Lo que había comenzado como una alerta de Google sobre Phineas Upham motivada por las ganas de regocijarse con el mal ajeno había conducido a Graeme hasta el misterioso mundo de las «operaciones encubiertas de gestión de la reputación». El objetivo de aquellas webs falsas era evidente: hacer que las acusaciones de fraude fiscal bajaran tanto en la lista de resultados de búsqueda que a efectos prácticos desaparecieran. En aquel momento nadie había oído hablar del dictamen del Tribunal de Justicia de la Unión Europea sobre el derecho al olvido —faltaban dos años para que lo emitieran—, pero saltaba a la vista que alguien estaba confeccionando una versión estadounidense tosca y casera para Phineas Upham.

Graeme poseía un conocimiento del que carece la mayoría de la gente: sabía cómo obtener pistas del código HTML. De modo que hurgó en los de las distintas páginas web «buscando pruebas de un autor común». Y las encontró. Los sitios falsos eran obra de un hombre llamado Bryce Tom, director de la empresa Metal Rabbit Media. Se trataba de un joven californiano que vivía en Nueva York.

Graeme y Bryce Tom se reunieron en un café; el primero encantado por haber descubierto la veta principal, y el segundo, lógicamente, hecho un manojo de nervios.

> «Aquello podía ser nefasto para mí —dijo, visiblemente agitado—. Nadie querrá hacer negocios conmigo.» Nos quedamos mirándonos en un silencio incómodo durante unos minutos, hasta que fui a pedirle una sangría sin alcohol para tranquilizarlo. Cuando regresé, había hecho trizas la servilleta.
>
> GRAEME WOOD, «Scrubbed» [Cancelado],
> *New York Magazine*, 16 de junio de 2013

El relato de Graeme me resultó tan curioso como cautivador, salvo en esta última parte. Bryce Tom parecía desesperado por haber sido descubierto, lo

que confería un carácter melancólico al final.

Y ahora Graeme y yo estábamos sentados el uno frente al otro en un café de Nueva York. Le dije que no tenía idea de que existían personas como Bryce Tom y quería indagar un poco. Graeme me dio algunas pistas: nombres de hombres y mujeres que sospechaba que podían ser clientes de Metal Rabbit, como un condecorado militar de las fuerzas de paz de la ONU que había resultado herido en dos atentados suicidas con bomba. Yo había leído en varios artículos que, en ambas ocasiones, el militar, pese a que sangraba por las heridas de metralla, se había quedado para ayudar a los heridos y moribundos. Los escritos estaban repletos de elogios y homenajes a su valentía, «pero su entrada en la Wikipedia está editada por un hombre que sé que trabaja para Metal Rabbit», me había dicho Graeme. Y, después de abrirme paso a machetazos por la maleza de Google durante una hora, encontré una página que acusaba al militar de ser un donjuán que engañaba a tres mujeres a la vez, un «tipo de mal vivir» y un «mentiroso patológico de comportamiento demoníaco». Cuando le envié un correo electrónico preguntándole si figuraba entre los clientes de Metal Rabbit, respondió con evasivas que no, pero que «conozco a esa gente».

Al igual que Graeme Wood, estaba divirtiéndome explorando las páginas de búsquedas de Google a las que nadie accede en busca de secretos que de otro modo pasarían inadvertidos, pero entonces conocí a Justine, me enteré de lo que le había pasado a Lindsey y descubrí un aspecto distinto en el artículo de Graeme cuando lo leí por segunda vez. Era lastimoso que el noventa y nueve por ciento de nosotros no pudiéramos permitirnos un servicio como el que ofrecía Metal Rabbit, y tan interesante como escandaloso que personas como Bryce Tom realizaran sus actividades de forma tan turbia. Sería de justicia destapar los tejemanejes de Metal Rabbit. Por otro lado, Phineas Urpham había quedado absuelto de todos los cargos. Sin duda tenía derecho a ser olvidado, ¿o no?

Le mandé un mensaje de correo electrónico a Bryce Tom. «¿Continúa en funcionamiento Metal Rabbit?»

«¿En qué puedo ayudarte?», preguntó.

«Soy periodista...», respondí.

No volví a saber nada de él.

El Village Pub en Woodside, cerca de Menlo Park, en Silicon Valley, no

parece gran cosa visto desde fuera, pero en cuanto uno entra topa con un lujo desorbitado y un montón de multimillonarios del sector tecnológico; es la versión en restaurante de la ropa poco amenazadora que suelen llevar esos mismos multimillonarios. Informé a Michael Fertik, mi acompañante, de que era la única persona del enigmático mundo de la gestión de la reputación que había respondido a mi mensaje de correo electrónico.

—Eso se debe a que es un sector en el que resulta muy fácil ser desagradable e insidioso —dijo.

—¿Insidioso en qué sentido?

—Un par de ellos son unos cabrones asquerosos —afirmó Michael—. Hay uno que ha prosperado bastante en nuestro campo y que dirige una empresa. Es un violador convicto. Cometió un abuso sexual grave. Estuvo cuatro años en la cárcel por violar a una mujer. Fundó una empresa con el objetivo principal de encubrir esa parte de su pasado, creo. —Me dijo el nombre de la empresa—. Hemos creado un archivo de datos sobre él. —Según Michael, sus competidores tenían una reputación dudosa, al igual que algunos de sus clientes potenciales—. Muy al principio, en 2006, cuando no hacía ni dos semanas que habíamos lanzado nuestra web —la empresa de Michael se llama reputation.com—, recuerdo que estaba solo cuando un par de tipos me enviaron consultas. Los busqué en Google. Eran pedófilos.

—¿Recuerdas el nombre de esos pedófilos? —inquirí.

—Claro que no —contestó Michael—. ¿Por qué demonios me lo preguntas?

—No sé —respondí—. Por curiosidad.

—No, es por una curiosidad morbosa como la que criticas en tu libro —replicó.

Michael tenía un aspecto distinto del de los otros comensales. Aunque no reconocí a ninguno, todos parecían asquerosamente ricos, con pinta de tener yates de lujo y pasar los veranos en la isla de Martha’s Vineyard, anglosajones que vivían en paz con el universo y se movían por el restaurante casi flotando, mientras que Michael era un judío corpulento como un oso, enfadado y con los nervios a flor de piel. Nacido en Nueva York, obtuvo una licenciatura en Derecho por la Universidad de Harvard e inventó el concepto de gestión de la reputación *online* cuando trabajaba como oficial en el sexto distrito del Tribunal de Apelaciones de Estados Unidos en Louisville, Kentucky. Era a mediados de la primera década del

siglo XXI. Empezaban a salir a la luz los casos de ciberacoso y porno por venganza. Y fue así como a Michael se le ocurrió la idea.

Me contó que, después de rechazar los encargos de los pedófilos, empezó a recibir consultas de neonazis arrepentidos. «A los diecisiete años fui nazi. Era un gilipollas. Ahora que tengo más de cuarenta, intento pasar página, pero Internet sigue creyendo que soy nazi.» Aunque le resultaban menos antipáticos que los pedófilos, tampoco los quería como clientes, por su condición de judío. De modo que elaboró un código de conducta. No prestaría sus servicios a nadie que estuviera siendo investigado o que hubiese sido condenado por un crimen violento, un fraude grave o cualquier tipo de agresión sexual, ni a nadie sobre quien pesara la acusación —aunque fuera informal— de haber cometido delitos sexuales contra niños. Además, añadió, existía otra diferencia moral entre él y sus competidores. Él jamás se inventaría galardones falsos. No promocionaría en Internet cosas que no fueran verdad. Por otro lado, «no creo que nadie esté obligado a hacer una verificación masiva de datos».

«No tengo la menor idea de a qué te dedicas exactamente —le había confesado por teléfono antes de la cena—. No sé cómo manipulas los resultados de búsqueda de Google.»

Tenía entendido que ofrecía una especie de versión más furtiva del derecho al olvido reconocido por el Tribunal de Justicia europeo. Además, a diferencia de este, Michael podía actuar en todo el mundo, no solo en Europa. Resultó que el citado derecho no estaba dando buen resultado a muchos de los que se acogían a él. De hecho, estaban siendo menos olvidados que nunca, puesto que muchos periodistas y blogueros se habían dedicado a airear sus trapos sucios. En cambio, nadie investigaba a los clientes de las empresas de gestión de la reputación *online*. Eran muy pocos los desafortunados como Phineas Upham que habían sido desenmascarados de esa manera.

—Tu trabajo es un misterio absoluto para mí —le aseguré a Michael—. Sobre todo en su vertiente tecnológica. ¿Podría seguir a alguien a lo largo del proceso?

—Claro —contestó.

De manera que lo planificamos todo. Solo faltaba encontrar un cliente dispuesto a colaborar, lo cual no resultaría fácil dado que mi proyecto consistía en estudiar algo que ellos estaban desesperados por ocultar. No era

un proyecto fácil de vender.

Hablamos de posibilidades genéricas. Michael sugirió que tal vez yo podría convencer a alguna víctima del «porno por venganza», una mujer cuyo novio despechado hubiera publicado en Internet fotos de ella desnuda. O quizás a un político que hubiera soltado alguna inconveniencia y quisiera enterrarla antes de que hundiera su carrera. Ah, sí, agregó Michael, en términos un poco menos genéricos: a lo mejor podía convencer al líder de un grupo religioso acusado falsamente en Internet de haber asesinado a su hermano.

Tosí.

—¿Qué tal el líder del grupo religioso acusado falsamente de haber asesinado a su hermano? —propuse.

Llamaré «Gregory» al líder religioso. No es su nombre real. Además, he modificado algunos detalles de su historia para que nadie lo identifique por razones que el lector pronto descubrirá. El hermano de Gregory —que también pertenecía a su grupo religioso— había aparecido muerto en una habitación de hotel. Uno de los seguidores de Gregory había sido detenido por el asesinato. Al parecer, los agentes encargados de la investigación habían descartado a Gregory como posible cómplice. Sin embargo, en los foros de Internet bullían con especulaciones sobre su autoría intelectual, como si fuera una especie de Charles Manson.

Y fue entonces cuando reputation.com entró en escena. Gregory no había contactado con ellos. Su equipo de comunicación había reparado en las acusaciones y le había ofrecido sus servicios. No sé hasta dónde había llegado aquella conversación, pero ahora Michael le ofrecía a Gregory sus servicios gratuitos con la condición de que me permitiera ser testigo de todo el proceso.

Gregory me mandó un mensaje de correo electrónico. Agradecía la oferta de Michael y tal vez me concediera una entrevista —por su tono era más bien como si dijera que tal vez se dignara concederme una entrevista—, pero estaba confundido. Puesto que mis libros anteriores eran sobre temas tan frívolos como los parapsicólogos militares y los aficionados a las teorías de la conspiración, ¿qué me hacía pensar que mis lectores estarían interesados en el importante tema de las humillaciones públicas?

«Tiene toda la razón», pensé.

Gregory añadió que no pretendía ofenderme, pero no entendía por qué daba yo por sentado que alguien se tomaría en serio mis opiniones sobre una

cuestión tan seria como las humillaciones públicas, dado lo inverosímiles que eran mis libros anteriores.

«Sí que es un poco ofensivo», me dije.

Al parecer, Gregory temía que el misterio policial que envolvía su caso me atrajera más que el aspecto de la humillación pública. ¿Qué podía decirle yo? Tenía razón. Me parecía estupendo que el nombre de Gregory fuera desterrado de Internet, siempre y cuando consiguiese enterarme de los detalles jugosos. Era como el Gigante Egoísta, reservando el disfrute del frondoso jardín solo para mis lectores y para mí, mientras edificaba una elevada cerca a fin de que nadie pudiera mirar al interior.

Durante los días siguientes, Gregory y yo intercambiamos unos treinta mensajes de correo electrónico. Los míos eran alegres y despreocupados; los suyos aludían de forma críptica a ciertas «condiciones». Yo hacía caso omiso de la palabra «condiciones» y seguía mostrándome alegre y despreocupado. Finalmente, Gregory escribió que la buena noticia era que había decidido concederme una entrevista exclusiva, por lo que su abogado estaba redactando un contrato en virtud del cual me comprometería a presentar una imagen positiva de él o, de lo contrario, a pagarle una cuantiosa indemnización.

Ese fue el final de mi relación con Gregory.

Como ya no tenía por qué desplegar una cortesía exquisita en los mensajes que le mandaba, me despaché a gusto. «Hay mil razones por las que ni en sueños firmaría un contrato que me obligara a ser positivo so pena de abonar una compensación económica —le escribí—. ¡Jamás me habían propuesto cosa semejante! Ni te imaginas lo mal vistas que están esas prácticas en la profesión periodística. NADIE las sigue. ¡Si firmara eso, podrías alegar que cualquier cosa es negativa y quedarte con mi dinero! ¿Y si, Dios no lo quiera, te acusaran de algún delito? ¿Y si nos peleáramos?»

Gregory me deseó toda la suerte del mundo con mi libro.

Era frustrante. Michael Fertick se había ofrecido a trabajar gratis para cualquier víctima de una humillación que yo eligiera, y me estaba costando encontrar a alguien que no se mostrara dominante hasta un extremo insoportable. Lo cierto era que, aunque Gregory no estaba imputado, sus mensajes extraños y controladores avivaban mis recelos sobre el negocio de la gestión de la reputación *online*. ¿Qué otras grietas estarían tapando con

parches?

Michael me había acusado de estar movido por «una curiosidad morbosa como la que criticas en tu libro» cuando le había preguntado quiénes eran los clientes pedófilos que había rechazado al principio. Ahora esa acusación me hizo entrar en pánico. Yo no quería escribir un libro que abogara por un mundo en el que la curiosidad no fuese tan importante. Puede que la curiosidad morbosa no sea una maravilla, pero la curiosidad a secas lo es. Escribir sobre los fallos de la gente es fundamental. Los fallos de algunas personas desembocan en atrocidades cometidas contra otras. Además, están los fallos más humanos que, cuando se arroja luz sobre ellos, despojan de su carácter demoníaco a personas que de lo contrario serían consideradas monstruos.

Sin embargo, había un aspecto del negocio de Michael que me parecía respetable: la salvación que brindaba a gente que en realidad no había hecho nada malo pero aun así había sufrido un linchamiento implacable. Como Justine Sacco. Por eso le mandé un correo electrónico a Leslie Hobbs, publicista de Michael, en el que le sugería a Justine como sustituta de Gregory. «Creo que merece una oportunidad —escribí—. Tal vez ella no lo acepte, pero ¿puedo proponérselo al menos?»

Leslie no respondió. Le envié otro mensaje preguntándole por qué no querían contemplar la posibilidad de ayudar a Justine. Tampoco obtuve respuesta. Capté la indirecta. Como no quería estropear mi relación con ellos, me olvidé de Justine y sugerí un nuevo nombre, el de una persona humillada públicamente a la que había escrito tres veces sin recibir contestación: Lindsey Stone.

Era la primera vez que me encontraba en posición de ofrecer un incentivo a alguien que se resistía a dejarse entrevistar. Había visto hacerlo a otros periodistas y siempre les había lanzado miradas asesinas desde el otro lado de la habitación. Veinte años atrás, yo había cubierto el juicio a un presentador de televisión británico por violación. Desde la zona de prensa, los reporteros le dirigían sonrisitas simpáticas con la esperanza de conseguir una entrevista en exclusiva si lo declaraban no culpable. Daba vergüenza ajena. Y no sirvió de nada: el día que lo absolvieron, una mujer con un abrigo de pieles apareció de la nada en la sala y se lo llevó del juzgado. Resultó que trabajaba para *News of the World*. Los demás, pese a sus sonrisitas simpáticas, no eran rivales para aquella mujer, que contaba con un

talonario.

Yo seguía sin contar con un talonario, pero sin el aliciente de Michael no habría tenido la menor oportunidad de conseguir una entrevista con Lindsey. Y no era un aliciente pequeño.

—Nos acabará costando cientos de miles de dólares —afirmó Michael—. Como mínimo cien mil. Más varios cientos de miles en horas de trabajo.

—¿Cientos de miles?

—Está en una situación desesperada —explicó.

—¿Por qué sale tan caro? —quise saber.

—Quéjate a Google. —Se encogió de hombros—. Ser Lindsey Stone no es nada agradable.

No le dije a Lindsey que era mi tercera opción después de Justine Sacco y el líder de un grupo religioso acusado en falso de asesinar a su hermano. La historia de Gregory me había encandilado. Pero la de Lindsey era perfecta. Con ella no habría condiciones estrambóticas ni correos electrónicos dominantes. Lo único que ella quería era trabajar con niños autistas sin estar aterrorizada.

—Si Michael te acepta como cliente, esa fotografía prácticamente podría desaparecer —le aseguré.

—Eso sería increíble —dijo—. Me conformaría con que desapareciera de las dos primeras páginas de resultados de Google. Solo los bichos raros pasan de la segunda página.

Lindsey sabía que el plan no era perfecto. Mi libro ocasionaría, inevitablemente, que la foto volviera a escalar puestos en la lista. Pero comprendía que incluso eso sería mejor que las circunstancias en que se hallaba. Se le estaban ofreciendo cientos de miles de dólares en servicios gratuitos. Un trabajo hecho a medida: la erradicación de una humillación que solo alguien inmensamente rico habría podido permitirse. Cuando me marché de casa de Lindsey, esta habló con Michael por teléfono. Después, él me llamó.

—Ha tenido una actitud muy amable, receptiva y cooperativa —me comunicó—. Podemos seguir adelante.

Por motivos de reprogramación, Michael tardó unos meses en empezar a ocuparse del caso de Lindsey, de modo que me tomé un descanso. Ya había trabajado en historias oscuras —historias de inocentes asesinados por el FBI, morosos que se habían suicidado debido al acoso de los bancos—, pero

aunque compadecía a esas personas, tratar con ellas no me había infundido tanto temor como tratar con las víctimas de humillaciones. Dejaría a Jonah, Michael y Justine nerviosos y deprimidos. Por eso fue una grata sorpresa recibir un correo electrónico de Vanessa, hermana de Richard Branson, en el que me invitaba a participar en una serie de charlas en el Riad El Fenn, su palacio / segunda residencia / hotel de Marrakech. «Entre otros oradores —escribía— estarán Clive Stafford Smith, abogado especializado en derechos humanos; David Chipperfield, arquitecto; Hans Ulrich Obrist, conservador de la galería Serpentine; Redha Moali, marchante argelino hecho a sí mismo. Busqué su Riad en Google. «Combina su magnificencia y su arquitectura histórica con recovecos, terrazas y jardines» y estaba «a solo cinco minutos» a pie de la famosa plaza de Yamaa el Fna y el laberinto de callejuelas atestadas del zoco.

Así fue como acabé, cuatro semanas después, sentado leyendo un libro bajo un naranjo en el patio de Vanessa Branson en Marrakech. Ella estaba tumbada boca arriba en un diván de terciopelo, en un rincón. Sus amigos pululaban alrededor, bebiendo infusiones. Uno había sido presidente ejecutivo de Sony en Alemania, otro era propietario de una mina de diamantes en Suráfrica. Yo me sentía cansado, inquieto y menos lánguido que los demás, que llevaban ropa blanca de lino y parecían libres de preocupaciones.

Entonces oí un ruido. Alcé la vista del libro. Vanessa Branson cruzaba corriendo el patio para recibir a un nuevo invitado. Este, que también iba vestido de lino, era alto y delgado y tenía los andares de un británico de clase privilegiada. Bien podría haber sido un diplomático. Al cabo de unos minutos, se acercó a mí dando saltitos.

—Soy Clive Stafford Smith —se presentó.

Sabía algunas cosas sobre él porque había escuchado una entrevista que le habían hecho en el programa *Desert Island Discs* de BBC Radio 4: estaba preparado para la vida en la alta sociedad británica hasta que un día, en el internado, había visto un dibujo de Juana de Arco ardiendo en la hoguera y había notado que se parecía a su hermana. Así que, a los veintitantos años, se había convertido en abogado de internos en el corredor de la muerte en Misisipí, y desde entonces había defendido a condenados a muerte y presos de Guantánamo. Sue Lawley, presentadora de *Desert Island Discs*, lo había tratado con una mezcla de asombro y perplejidad, tal como la reina Victoria habría tratado a un lord que se hubiera ido a explorar los sitios más remotos

de África. Diez minutos después de conocerme, Smith me guiaba por los intrincados pasillos del palacio de Vanessa Branson mientras me explicaba por qué había que eliminar las cárceles.

—Deja que te haga tres preguntas —dijo— y entonces entenderás mi punto de vista. Pregunta número uno: ¿qué es lo peor que le has hecho a alguien? Tranquilo, no hace falta que lo confieses en voz alta. Pregunta número dos: ¿cuál es el peor acto delictivo que han cometido contra ti? Pregunta número tres: ¿cuál de las dos cosas ha hecho más daño a la víctima?

El peor acto delictivo cometido contra mí había sido un robo. ¿Cuánto daño me había hecho? Casi ninguno. Me sentía vejado en teoría por la idea de que un desconocido se hubiera paseado por mi casa. Pero me habían pagado el dinero del seguro. Una vez me atracaron, cuando tenía dieciocho años. El atracador era un alcohólico. Me vio salir de un supermercado. «Dame el alcohol», me gritó. Me pegó un puñetazo en la cara, me arrebató la bolsa de la compra y se fue corriendo. No llevaba alcohol en la bolsa. Estuve alterado durante unos días, pero se me pasó.

Y ¿qué era lo peor que le había hecho a alguien? Una cosa terrible. Fue devastador para ellos. No fue algo ilegal.

Según el razonamiento de Clive, aunque se suponía que la función del sistema judicial penal era reparar daños, la mayoría de los presos —jóvenes, negros— habían sido encarcelados por actos mucho menos perjudiciales desde el punto de vista emocional que los que los no delincuentes perpetrábamos unos contra otros constantemente: malos maridos, malas esposas, jefes despiadados, banqueros.

Pensé en Justine Sacco. ¿Cuántos de los que se habían ensañado con ella habían sufrido daños emocionales por lo que habían leído? Hasta donde yo sabía, solo una persona había salido perjudicada de aquel ensañamiento.

—Estoy escribiendo un libro sobre la humillación pública —le informé a Clive—. Con la justicia ciudadana, hemos reinstaurado las penas infamantes a lo grande. Tú te has pasado la vida en tribunales de verdad. ¿Ocurre lo mismo allí? ¿En los juzgados reales también se utiliza la humillación como una especie de posición de partida?

—¡Ya lo creo! —respondió con manifiesta alegría—. Yo la uso a menudo. He humillado a mucha gente, sobre todo a expertos.

—¿Qué método empleas?

—Oh, es un juego de lo más sencillo. Tienes que averiguar algo tan esotérico que sea imposible que el experto lo sepa. Puede tratarse de algo

que no guarde relación con el caso, pero lo fundamental es que ellos no puedan saber la respuesta. Serán incapaces de reconocer que no saben, así que poco a poco se irán metiendo en un jardín.

—¿Por qué son incapaces de reconocer que no saben?

—Su profesión se basa en eso —respondió Clive—. El respeto. Ser un experto es lo máximo. Imagínate los temas de los que pueden hablar en las cenas de gala, a diferencia de las personas anodinas sentadas a la mesa. Son como el testigo que consiguió que encerraran a Ted Bundy. Harán lo imposible por no quedar como idiotas. En ello reside la clave. Si logras hacerlos quedar como idiotas, todo lo demás cae por su propio peso.

Tal como lo expresaba Clive, daba la impresión de que humillar a la gente en los tribunales era tan natural como el respirar, una estrategia utilizada desde siempre. Por supuesto, yo entendía la necesidad de acribillar a preguntas a los testigos, de poner a prueba su sinceridad. Pero es curioso que muchos vemos las humillaciones como los defensores a ultranza del libre mercado ven el capitalismo: como una bestia hermosa a la que hay que dejar campar a sus anchas.

Los usuarios de las redes sociales acabábamos de emprender nuestra cruzada de humillación. En los juzgados reales, según Clive, la veneraban como una táctica de primera línea. Cuando la humillación cobra una importancia desproporcionada en el seno de una institución honorable, cuando se consolida a lo largo de generaciones, ¿cuáles son las consecuencias?, ¿qué efecto tiene sobre los participantes?

12

El terror

Una docena de hombres y mujeres estaban sentados en torno a una mesa de conferencias en el hotel Piccadilly de Manchester, entre ellos un metalúrgico naval, un terapeuta ocupacional especializado en lesiones cerebrales, una técnica de laboratorio que trabajaba en la brigada de estupefacientes de la Policía Metropolitana, alguien del sector tabacalero y una trabajadora social que visita las casas de sospechosos de maltratar o desatender a sus hijos. Estas personas tenían una sola cosa en común: iban a estrenarse en los tribunales como peritos. Todos esperaban ganarse un sobresueldo en el mundillo judicial. Como yo, desconocían los pormenores sobre el día a día en un tribunal. Ninguno de ellos había declarado aún como perito. Por eso se habían apuntado a ese curso de «familiarización con el juzgado», organizado por Bond Solon, empresa de capacitación judicial. Yo me había inscrito después de mi conversación con Clive. Tenía curiosidad por saber si la humillación formaba una parte lo bastante importante del marco procesal como para merecer una mención en un curso de familiarización con el juzgado. Merecía una mención desde el primer momento. Había una pizarra blanca, y John, nuestro instructor del día, estaba de pie junto a ella.

—Ustedes —dijo a manera de introducción— son un hueso por el que se pelean dos perros que quieren ganar. Y si se interponen entre el abogado y su meta, saldrán mal parados. —Recorrió la sala con la vista—. Sean conscientes de lo que intentará hacer el abogado. Su objetivo será apabullarlos. Les llamará incompetentes, inexpertos. Es posible que empiecen a sentirse enfadados, molestos. Intentará llevarlos a un terreno apartado de su campo de especialización, de los datos que conocen. ¿Cómo? ¿De qué manera lo intentará?

Los novatos guardaron silencio hasta que se percataron de que no era una pregunta retórica.

—¿Con su expresión? —aventuró el metalúrgico naval.

—¿A qué se refiere? —inquirió John.

—Sonriendo, o poniéndose serio —dijo el metalúrgico—. Quedándose impasible. Infundiéndonos una falsa sensación de seguridad para luego saltarnos a la yugular. ¿Fingiendo que se aburre?

John anotó las sugerencias en la pizarra.

—¿Poniéndonos nerviosos con un tono de incredulidad, condescendencia o sarcasmo? —aventuró la trabajadora social.

—¿Soltando una risita, tal vez? —preguntó la técnica de laboratorio.

—No, eso daría una imagen poco profesional —repuso John—. Pero podrían recurrir a la incredulidad. Decir algo como «¿de veras?».

—¿Qué pasaría si se me escapara una risa nerviosa? —quiso saber la técnica de laboratorio—. A veces, cuando estoy bajo presión, no puedo evitarlo.

—Pues evítelo —le advirtió John—. Si no, le dirán: «¿Le resulta gracioso? A mi cliente no.»

—¿Se nos permite pararles los pies si se pasan? —preguntó el metalúrgico naval.

—No —respondió John—. No se les permite pararles los pies. ¿Se les ocurren otras tácticas?

—¿Pronunciar mal nuestro nombre a propósito? —dijo alguien.

—¿Quedarse callados? —terció otro. La idea de que el abogado guardara silencio horrorizó a todos.

—¿Es importante el color de la ropa que llevemos? —inquirió la trabajadora social—. He oído que si vistes de color marrón, te consideran menos creíble.

—Eso es demasiado profundo para mí —declaró John.

Supuse que, antes de la hora del almuerzo, John habría dejado a un lado el tema de la humillación para centrarse en otros aspectos de un juicio. Pero en realidad eso no lo dejó de lado en ningún momento. Resultó que la humillación era un elemento tan esencial del procedimiento judicial que la clase del día giraba en gran parte en torno a ella. Por la tarde, los peritos aprendieron técnicas para evitar la humillación. John les indicó que, en cuanto los llamaran al estrado, le pidieran un vaso de agua al ujier. Así dispondrían de un momento para aplacar los nervios. El agua no debían servirla en el vaso ellos mismos, sino el ujier. Cuando el abogado les hiciera

una pregunta, debían volverse hacia el juez y responderle directamente a él.

—De ese modo les costará mucho más minarles la moral —aseveró John —. Curiosamente, nos gusta mirar a quienes nos atormentan. Quizá tenga algo que ver con el síndrome de Estocolmo.

La jornada terminó con un simulacro de interrogatorio, una oportunidad para que los peritos novatos pusieran en práctica lo que habían aprendido. Matthew, el metalúrgico naval, fue el primero en subir al falso estrado. John me pidió que hiciera las veces de juez. Todos dedicaron una sonrisa alentadora a Matthew. Era un hombre joven que llevaba una camisa y una corbata rosas. Temblaba ligeramente. Se sirvió un vaso de agua. La superficie parecía la de un estanque durante un terremoto leve.

«Se le ha olvidado pedirle un vaso de agua al ujier», pensé.

—Hábleme de su preparación profesional —dijo John, asumiendo el papel de abogado de la parte contraria.

—Me licencié en metalurgia con honores de primera clase, perdón, de segunda clase superior —respondió Matthew, mirando a John a los ojos, y acto seguido inclinó la cabeza como una geisha.

«¿Por qué no se vuelve hacia mí?», me pregunté.

El ejercicio duró quince minutos. A Matthew la cara se le puso tan roja como un contenedor de carga oxidado mientras farfullaba algo acerca de bobinas corroídas. Tenía la boca pastosa y la voz trémula. Estaba hecho un manojo de nervios.

«Es débil —me dije—. Qué débil es.»

Me avergoncé al instante de haberlo pensado. Juzgar a una persona basándose en lo aturullado que parece cuando alguien lo está humillando es una forma muy extraña y arbitraria de formarse una opinión sobre alguien.

Entablé correspondencia con una mujer de New Cumnock, una población escocesa. Se llamaba Linda Armstrong. Una noche de septiembre, Lindsay, la hija de dieciséis años de Linda, volvía a casa de una bolera cercana cuando un chico de catorce años, vecino de la localidad, se bajó del autobús tras ella, la convenció de que fuera con él a un parque, la tiró al suelo de un empujón y la violó. Durante el juicio contra el chico, el abogado de este, John Carruthers, la interrogó. Linda me envió una copia de la transcripción de la declaración. «Nunca la he leído —me escribió—, porque no podría soportarlo.»

Lindsay Armstrong: Empezó a seguirme y a pedirme que saliera con él y todo eso, y yo le decía una y otra vez que no y entonces me alejé y él se me acercó por detrás y me tiró del brazo así y trató de besarme y tal mientras yo intentaba apartarlo. Le dije que me dejara en paz y entonces me empujó y me caí...

John Carruthers: ¿Podríamos ver la prueba número siete, por favor? ¿Reconoce este objeto?

Lindsay Armstrong: Sí.

John Carruthers: ¿Qué es?

Lindsay Armstrong: Mis bragas.

John Carruthers: ¿Son las bragas que llevaba usted ese día?

Lindsay Armstrong: Sí.

John Carruthers: ¿Podría sujetarlas en alto para que la gente las vea? ¿Sería correcto afirmar que esas bragas son de una tela muy delgada?

Lindsay Armstrong: No creo que el tipo de braga que llevara tenga nada que ver con...

John Carruthers: Bueno, levántelas de nuevo. Ese diseño tiene un nombre, ¿verdad? ¿Cómo se le llama? Son un tanga, ¿no?

Lindsay Armstrong: Sí.

John Carruthers: Disculpe, señorita Armstrong, ¿puedo pedirle que las sujete en alto?

Lindsay Armstrong: Perdón.

John Carruthers: Se puede ver a través de esas bragas, ¿correcto?

Lindsay Armstrong: Sí.

John Carruthers: ¿Qué palabra puede leerse en la parte delantera?

Lindsay Armstrong: Diablilla.

John Carruthers: ¿Cómo dice?

Lindsay Armstrong: Diablilla.

«Lindsay me dijo que estaba indignada y muy avergonzada porque él la había obligado a mostrar su ropa interior —me explicó Linda en un mensaje de correo electrónico—. La bajó rápidamente y él le gritó que la alzara de nuevo. Solo para que el jurado viera qué clase de ropa interior llevaba. Creo que esa fue la parte más estresante del interrogatorio para ella, pues dijo que no quería volver a ver esa prenda. No había absolutamente ninguna necesidad de obligarla a leer lo que llevaba escrito en la parte delantera.»

El chico fue declarado culpable. Lo sentenciaron a cuatro años en un correccional de menores, de los que solo cumplió dos. Tres semanas después del interrogatorio de Lindsay, sus padres la encontraron en su habitación a las dos de la mañana. Había puesto la canción *Bohemian Rhapsody* y se había tomado una sobredosis letal de antidepresivos.

Una humillación se asemeja a un espejo deformante de un parque de atracciones en la manera en que confiere una apariencia monstruosa a la naturaleza humana. Es cierto que las tácticas como las de John Carruthers son las que nos llevaron a creer que las redes sociales eran un medio mejor para hacer justicia. Aun así, los linchamientos viscerales tienen consecuencias, así que me pregunté qué sucedería si nos propusiéramos desterrar las humillaciones por completo, si nos negáramos a humillar a nadie. ¿Era posible que un pequeño sector del sistema judicial estuviera trabajando en una idea semejante? Resultó que sí. Y lo encabezaba la última persona que uno se imaginaría.

13

Raquel en un mundo post humillación

Un niño pequeño y su padre desayunaban en un restaurante casi desierto en el Meatpacking District de Manhattan cuando se fijaron en un hombre que se dirigía a paso veloz hacia ellos, como si tuviera algo urgente que decirles. El crío se puso visiblemente nervioso por lo que pudiera ocurrir a continuación. El desconocido inspiró.

—¡APLÍCATE EN LAS MATES! —gritó.

Se produjo un silencio.

—Vale —dijo el chico.

Acto seguido, el hombre regresó a mi mesa y se sentó, complacido por haber tenido la oportunidad de ofrecer motivación positiva a un chaval. Empezó a sonarle el móvil. «Perdone», articuló con los labios. Pulsó el botón de responder.

—¿HICISTE DIEZ FUERTES PODEROSAS ANOCHE? —bramó al auricular—. ¿ME DAS TU PALABRA? ¡BIEN HECHO! ¡TE QUIERO, ADIÓS! —Y guardó el teléfono. Sonrió, encantado porque la mañana estaba brindándole muchas ocasiones para impartir mensajes edificantes.

Se llamaba Jim McGreevey. Había sido gobernador de Nueva Jersey. Y bastante severo.

—Nunca indulté a nadie —aseveró.

—¿Cómo funciona el proceso de indulto? —le pregunté.

—La Oficina del Fiscal General emite una recomendación —explicó—. Se comunican con el fiscal del condado, que se pone en contacto con el agente de libertad condicional del candidato al indulto, quien a su vez hace una recomendación oficial al gobernador. Que era yo.

Imaginé a los presos en sus celdas, absortos en la escritura de sus cartas a Jim, intentando desesperadamente hallar la mejor manera de expresar sus circunstancias atenuantes. ¿Cómo podían ganarse a Jim? ¿Cómo captar la atención del gobernador?

—¿Recuerda alguna de sus historias? —inquirí.
—Nunca las leía.
—¿Ni siquiera les echaba un vistazo?
Jim negó con la cabeza.
—Era usted como el juez de la horca —comenté.
—Era un demócrata defensor de la ley y el orden —repuso Jim.

Bill y Hillary Clinton habían hecho campaña a favor de Jim en 2001. Era joven, guapo, estaba casado y tenía dos bellas hijas. Arrasó en las urnas y ocupó el lugar que le correspondía en el corazón de la casta dirigente de Nueva Jersey, un estado «más próximo a la implacable república veneciana de Maquiavelo que cualquier otro lugar de la Tierra», según afirmaría más tarde en sus memorias. Era un sitio donde «las reuniones entre políticos comienzan con un abrazo efusivo —a fin de que ambos abrazadores pudieran palparse mutuamente en busca de micrófonos ocultos—. Un cacheo amistoso entre amigos, típico de Nueva Jersey». Ahora, Jim tenía a su disposición una casa en la playa, un helicóptero y un equipo de cocineros, además de Drumthwacket, la mansión del gobernador.


Drumthwacket.

Jim se creía estupendo. Era inviolable. Había pasado poco tiempo del 11S. Se presentaba en lugares como la redacción del *Bergen Record* —el periódico regional del norte de Jersey—, donde soltaba largas peroratas, trataba a los periodistas con prepotencia y hacía declaraciones triunfalistas como: «No escatimaremos en seguridad. Incluso hemos contratado a un asesor de seguridad de las Fuerzas Armadas de Israel. Lo mejor de lo mejor.» Después se marchaba, pavoneándose, pensando en lo bien que había ido todo, sin saber que el consejo editorial del *Bergen Record* se había quedado preguntándose por qué diantres había contratado el gobernador de Nueva Jersey a un hombre del ejército israelí para que lo asesorara en materia de seguridad local.

Una noche, cuando Jim era niño y estaba tumbado en su tienda de campaña en el campamento de verano:

—Me pareció —dijo— que los de las otras tiendas me llamaban marica y luego descubrí que era cierto. —Removió su café—. Es curiosa la manera en que estas cosas se te quedan grabadas.

—Sí que se quedan grabadas —convine—. Los recuerdos de cuando tenía quince y dieciséis años no me abandonan en ningún momento.

En ese momento nos miramos —Jim y yo—, dos hombres de mediana edad en una cafetería de Nueva York.

Jim creció, ingresó en la Universidad de Columbia y, algunas noches, caminaba desde la calle Ciento dieciséis hasta el Meatpacking District para mirar por las ventanas de los bares gais. Pero no se atrevía a entrar y acababa regresando a la calle Ciento dieciséis.

Llegó a ser ayudante del fiscal —«el fiscal de un fiscal»— y luego alcalde. Leía libros sobre cómo dejar de tener pensamientos homosexuales. Cuando era miembro de la asamblea legislativa del estado, votó contra el matrimonio entre personas del mismo sexo.

La primera vez que se presentó a las elecciones para gobernador, perdió por solo veintisiete mil votos. Cuando estaba en plena campaña para presentarse por segunda vez, realizó un viaje diplomático a Israel pagado por el partido. Estando allí, se detuvo a almorzar en un pueblo. El hombre que tenía sentado a su lado le dijo que se llamaba Golan y que trabajaba para el alcalde de la localidad.

—Seguí su campaña con mucho interés —le aseguró a Jim—. Veintisiete mil votos es un margen muy estrecho.

Jim escribió más tarde que «nunca me había sentido más halagado en toda mi vida. Nadie se aprende de memoria la posición demográfica de un político del otro lado del mundo».

Jim se enamoró de Golan. Le prometió que si iba a Nueva Jersey, crearía para él un cargo de nombre rimbombante como «consejero especial del gobernador». Golan accedió y en cuanto llegó a Estados Unidos exigió un puesto particularmente bien remunerado que ya había sido asignado a otro miembro del equipo de Jim. Este le otorgó el puesto a Golan.

Unas semanas después de la visita de Jim al *Bergen Record*, el periódico publicó un perfil del inesperado fichaje israelí, en el que lo calificaban de

«marinero» (había servido en la Armada israelí) y «poeta» (había escrito una colección de poemas cuando cursaba el bachillerato). Jim temía que se tratara de palabras en clave, pero no estaba seguro y no podía hablar del asunto con nadie. Su equipo se comportaba como si nada hubiera cambiado, pero eso no significaba que nada hubiera cambiado.

—La gente no les dice a los gobernadores las cosas que cree que no quieren oír —me comentó.

Jim se distanció de Golan. Le dijo que necesitaba que dimitiera por el bien de la administración. Golan quedó deshecho. Se había hecho ilusiones sobre su carrera política en Estados Unidos y ahora Jim estaba lanzándolo a la hoguera para salvar su propia carrera.

Unas semanas más tarde, Jim recibió una carta. La enviaba el abogado de Golan, que amenazaba con demandarlo por acoso y agresión sexual.

—Cuando me llegó esa carta, me vino a la mente la imagen de la vitrina de mi abuela —me dijo Jim—. Toda la vajilla de porcelana se hacía añicos.

Después de tres años en el poder, todo terminó para Jim. Convocó una rueda de prensa. «Soy un estadounidense gay», anunció.

Confesó su relación con Golan, renunció al cargo de gobernador, bajó de la tribuna e ingresó en The Meadows, una clínica de Arizona, donde le diagnosticaron un trastorno de estrés postraumático.

—¿De verdad conoces a James Gilligan? —me preguntó Jim en el restaurante—. Oh, adoro a Gilligan. Adoro a Gilligan.

En realidad, yo había conocido a James Gilligan al principio de mi viaje, unos pocos días después de que Jonah Lehrer pronunciara su desastroso discurso de disculpa durante el almuerzo de la Fundación Knight. Gilligan, ahora en plena madurez, es un hombre de semblante preocupado, cabello ralo y gafas de montura metálica, como corresponde a un psiquiatra de la costa Este. Me senté a charlar con él en el patio comunitario de su apartamento en el West Village de Nueva York. Es uno de los cronistas mejor informados del mundo sobre cómo una humillación puede afectar nuestra vida interior, y por eso lucha contra el resurgimiento de los linchamientos en las redes sociales. Yo quería averiguar cómo había llegado

a convertir esa lucha en la obra de su vida.

Según me explicó Gilligan, en la década de los setenta era un joven psiquiatra en la Facultad de Medicina de Harvard. Se pasaba el día «tratando a neuróticos de clase media como usted y como yo». No sentía el menor interés por la extraña epidemia que azotaba las cárceles y hospitales psiquiátricos de Massachusetts, una epidemia «de suicidios, homicidios, motines, tomas de rehenes, incendios y toda clase de sucesos peligrosos. Presos, funcionarios y visitantes morían asesinados. La situación se descontroló durante toda la década de 1970. En una sola prisión se registraba un asesinato al mes, y un suicidio cada seis semanas».

Los reclusos se tragaban cuchillas de afeitar, se sacaban los ojos y se castraban unos a otros y a sí mismos. Un juez del Tribunal del Distrito de Estados Unidos, W. Arthur Garrity, ordenó al Departamento de Instituciones Penitenciarias que dilucidara las razones del caos enviando a un equipo de psiquiatras investigadores. Invitaron a Gilligan a dirigir el grupo. Aceptó, aunque con poco entusiasmo. Suponía que los autores de la violencia carcelaria eran psicópatas.

—Me habían enseñado que los psicópatas sencillamente nacían así —dijo— y que solo intentarían manipularme para conseguir una reducción de la pena.

Los imaginaba como a seres de otra especie. Y esa fue justo la impresión que se llevó de ellos cuando entró por primera vez en el Hospital Estatal de Bridgewater para Criminales Trastornados.

—Uno de los primeros hombres que conocí allí había sido un proxeneta en los barrios bajos de Boston —rememoró Gilligan—. Mató a algunas de sus chicas y a otras personas. Antes de que lo detuvieran asesinó a varios vecinos de la zona. Lo confinaron en la cárcel de Charles Street en espera de juicio. Al poco tiempo, mató a uno de los internos. «Es demasiado violento para retenerlo en esta prisión hasta el día del juicio. Habrá que enviarlo a Walpole, la cárcel de máxima seguridad», dijeron. Y allí también mató a alguien. Fue entonces cuando lo conocí. Parecía un zombi. Permanecía callado, con una actitud levemente paranoide, no abiertamente psicótica pero sin duda anormal. Tenía a todos muertos de miedo. «Para este tipo no hay tratamiento que valga», pensé. Pero debíamos velar por la seguridad de la gente, de modo que lo encerramos en un pabellón dormitorio. Les indiqué a los funcionarios: «Durante el día, levanten un muro invisible en torno a él. Manténgase a tres metros de distancia. No se aglomeren alrededor de él, o

podría hacerles daño.»

Y así fueron las cosas durante un tiempo. Pero, al final, el hombre —y otros como él—, se abrieron un poco a Gilligan. Y lo que le revelaron supuso una enorme sorpresa para este.

—Todos aseguraban que habían muerto. Tenían un carácter incorregiblemente violento. Todos decían que ellos mismos habían muerto antes de empezar a matar a otros. Se referían a que su personalidad había muerto. Se sentían muertos por dentro. Habían perdido la capacidad de experimentar sensaciones, emocionales e incluso físicas. Por eso algunos se cortaban o se mutilaban de las maneras más horribles. No lo hacían porque se sintieran culpables (no estaban expiando sus pecados), sino porque querían comprobar si podían sentir algo. Su insensibilidad interior les resultaba más insoportable aun que el dolor físico.

Gilligan llenó libretas enteras de observaciones extraídas de sus entrevistas con aquellos hombres. «Algunos me dicen que se sienten como robots o como zombis —escribió—, que tienen el cuerpo vacío o lleno de paja, que carecen de carne y sangre, que en vez de venas y nervios tienen sogas o cordones. Un recluso me ha dicho que se siente como "comida en descomposición". Las almas de estos hombres no murieron sin más. Tienen muerta el alma porque se la asesinaron. ¿Cómo ocurrió? ¿Cómo se la asesinaron?»

Intuía que en esto radicaba el misterio que lo habían invitado a esclarecer en las cárceles y hospitales psiquiátricos de Massachusetts.

Hasta que un día ató cabos. «Una característica universal que compartían los criminales violentos era que guardaban un secreto —escribió Gilligan—. Un secreto fundamental. Y ese secreto era que los embargaba la vergüenza, una vergüenza profunda, crónica, aguda. —Era la vergüenza, siempre la vergüenza—. Jamás he topado con un caso de violencia que no estuviera provocado por la sensación de haber sido avergonzado, humillado, ridiculizado o víctima de una falta de respeto. Cuando eran niños, a estos hombres les dispararon, los hirieron con un hacha, los escaldaron, les propinaron palizas, los estrangularon, torturaron, drogaron, privaron de comida, los asfixiaron, les prendieron fuego, los tiraron por la ventana, los violaron o los prostituyeron sus propias madres. A otros les bastaron las palabras para sentirse vejados, rechazados, insultados y humillados, deshonrados y ultrajados, para que su autoestima se viniera abajo y su alma fuera asesinada. Para cada uno de ellos la humillación se produjo a una escala

tan grande, de un modo tan extraño y tan frecuente que no resulta difícil percatarse de que los hombres situados en el extremo del uso continuo del comportamiento violento en la edad adulta también estuvieron situados en el extremo de los maltratos infantiles a una edad más temprana.»

De modo que, cuando crecieron —«puesto que todo acto de violencia es un intento de reemplazar la vergüenza por la autoestima»—, se convirtieron en asesinos. Un preso le dijo: «"No te imaginas cuánto puede llegar a respetarte un tío cuando le apuntas a la cara con una pistola." Para hombres que han padecido toda la vida un régimen de desprecio y desdén, la tentación de obtener respeto instantáneo de esta manera puede pesar mucho más que el temor a acabar en la cárcel o incluso muertos.»

Una vez encarcelados, la situación no hacía más que empeorar. En Walpole —la cárcel en la que estallaban más motines en los años setenta— los funcionarios inundaban las celdas de forma intencionada y ponían insectos en la comida de los reclusos. Los obligaban a tumbarse boca abajo antes de servirles las comidas. A veces, les avisaban que tenían visita. Como prácticamente nadie iba a verlos, los presos se emocionaban al oírlo. Acto seguido, los funcionarios les revelaban que estaban tomándoles el pelo y que no había visita alguna. Y otras cosas por el estilo.

—Creían que tratándolos así conseguirían forzarlos a obedecer —me explicó Gilligan—, pero el efecto fue justo el contrario: estimular la violencia.

—¿Todos los asesinos, sin excepción, alegaron que la humillación los había empujado a hacerlo? —pregunté.

—Me sorprendió lo universal que era esta motivación —respondió Gilligan—. A lo largo de las décadas.

—¿Qué hay del proxeneta de Boston? ¿Cuál es su historia?

—Su madre pensaba que estaba poseído por el demonio, así que practicaba con él ceremonias vudú y exorcismos en un sótano totalmente negro, y él estaba aterrorizado. Se cagaba encima. Desde luego, no recibía ninguna clase de cariño en un sentido normal. Su madre le había imbuido esa identidad negativa, lo había convencido de que Satán habitaba en su interior, razón por la cual él obraba en consecuencia. —Gilligan hizo una pausa—. Algunos tardaron un tiempo en confesármelo. Da vergüenza reconocer que uno se siente avergonzado. Por cierto, estamos empleando el verbo «sentir». «Sentir» vergüenza. Creo que no es la palabra correcta.

Resulta algo paradójico definir la vergüenza como un sentimiento, pues aunque en un principio es dolorosa, cuando se vuelve constante se traduce en un embotamiento de la sensibilidad. La vergüenza, como el frío, consiste esencialmente en la ausencia de calor. Cuando alcanza una intensidad avasalladora, la vergüenza se experimenta, al igual que el frío, como una sensación de entumecimiento y una muerte interior. [En la *Divina Comedia* de Dante], el círculo más bajo del infierno era una región no de llamas, sino de hielo, de frío absoluto.

JAMES GILLIGAN, *Violence: Reflections on our Deadliest Epidemic [La violencia: reflexiones sobre nuestra epidemia más mortífera], 1999*

—Y de pronto caí en la cuenta —prosiguió Gilligan— de que nuestro idioma lo expresa así. Una de las palabras que empleamos para designar una vergüenza insoportable es «mortificación». «Estoy mortificado.»

Tienen el cuerpo vacío o lleno de paja, que carecen de carne y sangre, que en vez de venas y nervios tienen sogas o cordones.

Mientras Gilligan me hablaba de esto, me vino a la memoria un momento de la aniquilación de Jonah Lehrer, cuando se encontraba de pie frente a esa pantalla gigante con mensajes de Twitter, intentando pedir perdón. Estaba visiblemente incómodo, puesto que era una de aquellas personas a quienes las muestras de emotividad les resultan embarazosas en extremo.

—Espero que, algún día, cuando le refiera a mi hija de corta edad el relato que acabo de contarles —decía—, yo sea mejor persona...

«Como escritor ya ha perdido toda credibilidad para siempre», replicaron los tuiteros.

«No ha demostrado ser capaz de sentir vergüenza.»

«Jonah Lehrer es un puñetero sociópata.»

Más tarde, cuando Jonah y yo hablamos de ese momento, él me aseguró que había tenido que «apagar un interruptor emocional en mi interior. Creo que tuve que encerrarme en mí mismo».

Jonah tenía una casa en Hollywood Hills y una esposa que lo amaba. Poseía una autoestima lo bastante fuerte para salir adelante. Sin embargo,

creo que delante de la pantalla gigante de Twitter experimentó por un instante la misma muerte interior que habían descrito los reclusos de Gilligan. Yo también la he sentido. Sé exactamente a qué se referían Jonah y Gilligan cuando hablaban de encerrarse en sí mismos: ese momento en que el dolor cede el paso a la insensibilidad.

James Gilligan ha llevado una existencia distinguida. El presidente Clinton y el secretario general de la ONU, Kofi Annan, lo han nombrado miembro de comités asesores sobre las causas de la violencia. Martin Scorsese basó en él el personaje que interpreta Ben Kingsley en *Shutter Island*. Sin embargo, a pesar de todos los honores que ha recibido, me fui de su apartamento con la impresión de que no consideraba que la labor de su vida fuera un éxito. Hubo una época en que habría podido cambiar de manera radical el trato que Estados Unidos daba a sus transgresores, pero eso no ocurrió.

He aquí el porqué: a lo largo de los años ochenta, Gilligan dirigió comunidades terapéuticas experimentales en las cárceles de Massachusetts. No eran especialmente revolucionarias. Su objetivo, me explicó, consistía en «tratar a los presos con respeto, brindar a la gente la oportunidad de expresar sus quejas, esperanzas, deseos y temores. —Se trataba de crear un ambiente que erradicara la humillación por completo—. Teníamos un psiquiatra que tildaba a los internos de escoria. Le dije que no quería volver a verlo por ahí. Su actitud no solo era antiterapéutica para los pacientes, sino peligrosa para nosotros». Al principio, continuó, los funcionarios de la prisión se habían mostrado recelosos. «Pero al final algunos empezaron a envidiar a los reclusos. Muchos también necesitaban ayuda psiquiátrica. Eran personas con un sueldo y una formación deficientes. Conseguimos que se proporcionara tratamiento psiquiátrico a algunos de ellos, de modo que dejaron de insultar y doblegar tanto a los presos. Y la violencia disminuyó de forma asombrosa.»

Según Gilligan, hasta los casos aparentemente incurables experimentaron un cambio. Y eso incluía al proxeneta de Boston.

—Después de incorporarse a nuestro programa —continuó—, descubrió a un joven de dieciocho años que padecía un retraso profundo. Apenas era capaz de atarse los cordones de los zapatos. De modo que se hizo cargo de él. Lo tomó bajo su protección. Lo llevaba de un lado a otro del comedor. Se aseguraba de que los otros reclusos no le hicieran daño. Me dije: «Gracias a Dios. Esto podría devolverle la humanidad al tipo.» Le indiqué al personal

que no interfiriera. La relación entre los dos se consolidó y maduró. Ahora, él tiene una vida. No le ha tocado un pelo a nadie desde hace veinticinco años. Se comporta como un ser humano normal. Sigue en el mismo sitio. No es lo bastante normal para reintegrarse en la sociedad. Pero tampoco quiere hacerlo. Sabe que no conseguiría desenvolverse. No cuenta con los recursos, con el autocontrol necesario. Pero ha recuperado un grado de humanidad que yo nunca habría considerado posible. Trabaja en el módulo psiquiátrico de la cárcel. Es útil para los demás. Y cuando lo visito, me sonríe y dice: «Hola, doctor Gilligan. ¿Qué tal está?» —Hizo una pausa y añadió—: Podría contarte un centenar de historias como esta. Tuvimos pacientes que se habían quedado ciegos por pegarse cabezazos contra la pared.

En 1991, Gilligan empezó a invitar a profesores de Harvard a que dedicaran parte de su tiempo libre a dar clases en las prisiones en que trabajaba. ¿Qué podía ser mejor para «deshumillar» a la gente que un programa educativo? Su plan coincidió con la elección de un nuevo gobernador, William Weld, a quien en una de sus primeras conferencias de prensa se le preguntó qué opinaba de la iniciativa de Gilligan. «Declaró: "Tenemos que poner freno a esta idea de impartir educación universitaria gratuita a los internos" —me dijo Gilligan—. De lo contrario, las personas que son demasiado pobres para ir a la universidad empezarán a cometer delitos para que los metan en la cárcel y así recibir una formación gratuita.»

Eso supuso el fin del programa educativo.

—Lo diezmó, literalmente —comentó Gilligan—. Lo despojó de fondos. Yo no quería dirigir una farsa. —De modo que renunció.

Con el paso de los años se convirtió en una figura nostálgica para los reformistas penitenciarios. Hoy en día solo existe un puñado de comunidades terapéuticas de ese tipo en Estados Unidos, inspiradas en las que él fundó en Massachusetts. Pero da la casualidad de que una de ellas se reúne en la planta superior del Centro Penitenciario del Condado de Hudson en Kearny, Nueva Jersey. Y la dirige discretamente el ex gobernador del estado, Jim McGreevey.

Las plantas inferiores de la prisión del condado de Hudson, donde no se administran terapias, son anodinas y grises, como las partes feas de un polideportivo municipal, como un pasillo largo que comunica un vestuario con una piscina que en realidad nunca se construirá. Es allí abajo donde

Nueva Jersey tiene encerrados a los sospechosos de infringir las leyes de inmigración. En noviembre de 2012, fue declarado uno de los diez peores centros de internamiento de inmigrantes de Estados Unidos por un informe de la red de ONG Detention Watch Network. En él constaba que algunos de los guardias de allí llamaban «animales» a los detenidos, se burlaban de ellos y los sometían a cacheos innecesarios para los que los obligaban a desnudarse. El informe añadía: «Muchos inmigrantes comentan asimismo que los funcionarios del centro llevan sus problemas personales consigo al trabajo, y desahogan su frustración y su rabia contra ellos.»

—¡Cada día es una bendición! —bramó Jim a un presunto inmigrante ilegal que estaba fregando el suelo.

El hombre dio un respingo y esbozó una sonrisa nerviosa. Reanudamos la marcha y pasamos junto a internos que se limitaban a estar allí sentados, contemplando las paredes.

—La cárcel común es un castigo en el peor sentido de la palabra —me dijo Jim—. Resulta de lo más desmoralizador. Los presos pasan un día tras otro en un entorno muy negativo sin hacer prácticamente nada.

Pensé en Lindsey Stone, que estuvo casi un año encerrada en casa, sentada a la mesa de la cocina, presenciando las humillaciones *online* de personas como ella.

Jim y yo entramos en un ascensor, en el que ya había un interno. Todos guardamos silencio.

—Cada día es una bendición —observó Jim.

Más silencio.

—¡Cuida tu carácter! ¡Determina tu destino! —exclamó Jim.

Cuando llegamos a la planta superior, las puertas se abrieron.

—Después de usted —dijo Jim.

—Oh, no, usted primero, por favor —dijo el interno.

—No, usted —insistió Jim.

—Oh, no, usted —repitió el interno.

Los tres nos quedamos allí de pie. El interno fue el primero en salir. Jim me dedicó una sonrisa de alegría.

El día que conocí a Jim —cuando asustó a un niño desconocido gritándole «¡Aplícate en las mates!»— me pareció que estaba un poco chiflado. Pero con el tiempo llegué a considerarlo un personaje heroico. Yo había estado meditando sobre un mensaje que había aparecido en la pantalla gigante de Twitter detrás de la cabeza de Jonah: «Como escritor ya ha perdido toda

credibilidad para siempre.» Y también sobre un tuit dirigido a Justine Sacco: «Tu tuit ha quedado inmortalizado para siempre.» Las palabras «para siempre» habían aparecido a menudo durante los dos años que yo había pasado entre víctimas de humillaciones públicas. A Jonah, a Justine y a otras personas como ellos les estaban diciendo: «No. No hay ninguna puerta. No hay manera de volver a entrar. No mereces el menor perdón.» Pero sabemos que todas las personas son complicadas y tienen un bagaje de defectos, virtudes y pecados. Entonces ¿por qué fingimos que no lo sabemos?

En medio de todo aquel sufrimiento, Jim McGreevey estaba intentando algo extraordinario.

Frente a nosotros se alzaba la enorme puerta de un dormitorio. Al otro lado había cuarenta mujeres. Era la unidad terapéutica de Jim. Esperamos a que alguien nos abriera. Jim me dijo que, a diferencia de los internos de las plantas inferiores, sus mujeres «se levantan a las ocho y media de la mañana. Todas tienen quehaceres de los que ocuparse. Todo el mundo trabaja. A todas se les asignan tareas físicas. Luego, participan en talleres sobre abuso sexual, violencia doméstica y control de la ira, después almuerzan y, por la tarde, se centran en la formación laboral y en la vivienda. Hay libros. Hay pasteles. Hay una biblioteca. Luego, las madres pueden leerles a sus hijos cuentos para antes de dormir a través de Skype».

Por las ventanas se entreveían retazos de un día de verano y, cuando una funcionaria de prisiones nos abrió la puerta, nos comentó que los nervios estaban a flor de piel porque cuando hace calor es cuando más privados de libertad se sienten los presos.

Jim pidió a las mujeres que formaran un círculo para celebrar una sesión de grupo. Como no me permitieron grabarla, solo conseguí garabatear fragmentos de conversaciones del tipo: «como vengo de un pueblo, todo el mundo sabe dónde estoy y eso me desgarra por dentro...» y «la mayoría sabe por qué está aquí Raquel...».

Al oír esto, algunas mujeres se volvieron hacia quien yo suponía que era Raquel. Le lanzaron miradas recelosas pero deferentes. Casi todas las internas estaban allí por asuntos de drogas o prostitución, pero el comentario me hizo pensar que en el caso de Raquel se trataba de algo distinto.

Desplazaba la mirada de un lado a otro de la sala. Se movía mucho en la silla. Las demás permanecían prácticamente quietas. Me pregunté qué habría

hecho Raquel, pero no me atrevía a preguntar porque desconocía el protocolo. Luego, en cuanto finalizó la sesión, Raquel cruzó de inmediato la sala hacia mí y me lo contó. De algún modo conseguí apuntarlo todo, tomando notas frenéticamente como una secretaria de *Mad Men*.

—Nací en Puerto Rico —comenzó—. Sufrí abusos sexuales desde los cuatro años. Cuando tenía seis, nos mudamos a Nueva Jersey. Todo lo que recuerdo de mi infancia y adolescencia es que me pegaban puñetazos en la cara y me decían que no servía para nada. Cuando tenía quince años, mi hermano me rompió la nariz. Empecé a salir con mi primer novio a los dieciséis. Me casé tres meses después. Comencé a fumar marihuana y a beber. Engañé a mi marido. Lo abandoné. Mis recuerdos de los dieciocho y diecinueve años son muy borrosos. Probé la heroína. Gracias a Dios, no tengo una personalidad adictiva. Bebía a más no poder. Íbamos a los bares, esperábamos a que saliera la gente, les quitábamos el dinero y nos burlábamos de cómo chillaban llamando a su mamá. De pronto, quedé embarazada. Embarazada del único ser que me querrá en la vida. Mi hijo nació el 25 de enero de 1996. Me inscribí en una escuela de comercio pero lo dejé. Tuve una hija. Nos mudamos a Florida. Allí nos divertíamos con peleas de agua y viendo películas por la noche. Les compraba a los niños la comida que más les gustaba, la distribuía sobre la cama y nos acurrucábamos a ver pelis hasta que nos quedábamos dormidos. Jugábamos al béisbol bajo la lluvia. A mi hijo le encantan el drama y la comedia. Canta. Ganó un premio en un concurso de talentos a los catorce años. Yo lo obligaba a hacer sus deberes una y otra vez, a hacer redacciones de cinco páginas y leer enciclopedias. Una vez, cuando tenía catorce años, lo saqué de la cama a empujones y le di de bofetadas. Una chica le había enviado un SMS: «¿Eres virgen?» Yo estaba hecha una furia. Lo inflé a guantazos. Le dejé marcas de uñas.

Hace diez meses, Raquel envió a sus hijos de vacaciones a Florida con su padre. Mientras los miraba alejarse por el túnel hacia el avión, su hijo se volvió de repente.

—¿Qué te apuestas a que no regreso? —le gritó. Acto seguido, añadió—: Es broma.

—¿Qué te apuestas a que no subes a ese avión? —le gritó Raquel a su vez.

Su hijo avanzó unos pasos más.

—Deberíamos aceptar esa apuesta —dijo.

—Y esas fueron las últimas palabras que me dirigió —me contó Raquel.

El viernes siguiente, un funcionario del Departamento de Infancia y Familia se presentó en casa de Raquel. Su hijo la acusaba de maltrato infantil.

—Solía preguntarme si podía llegar a casa a las nueve de la noche —rememoró Raquel—. Yo le decía que no. Cuando me preguntaba por qué, yo le contestaba: «Ahí fuera hay personas que podrían hacerte daño.» Pero yo le estaba haciendo más daño que nadie. Doy gracias a Dios de que se alejaran de mí en cuanto pudieron. Ahora él está a salvo. Tiene la oportunidad de llevar la vida de un adolescente. Es un chico lleno de rabia por culpa mía. Mi hija es muy tímida, retraída, también por culpa mía. Solo rezo por que lleguen a ser normales.

Durante sus primeros meses de reclusión, Raquel estaba abajo, en una planta no terapéutica.

—¿Cómo era aquello? —le pregunté.

—Lo de allí abajo es un caos —respondió—. Raya en la barbarie. Golpean a las chicas con las bandejas de comida. Si alguna decide que no le caes bien, te arrastra hasta una habitación, echa el cerrojo y pelea contigo hasta que gana la que sale menos malparada. Aquí arriba, en cambio, comemos tarta de manzana mientras leemos un libro. Parece que estuviéramos en la cafetería de la universidad, como mujeres sofisticadas.

En ese momento, se produjo un alboroto. Una mujer que teníamos detrás se había caído al suelo, presa de un ataque. Se la llevaron en una camilla.

—¡Que te mejores! —le gritaron algunas compañeras.

—Último aviso para la medicación —anunció una funcionaria.

Jim y yo salimos de la cárcel y nos encaminamos hacia su coche.

—¿Cuánto tiempo crees que pasará Raquel en prisión? —le pregunté.

—Tendremos más información dentro de dos semanas —contestó—. Es cuando está previsto que el fiscal nos diga algo. Supongo que unos meses más.

Agregó que en cuanto supiera algo, me lo comunicaría. Después me llevó en coche hasta la estación de tren.

Al cabo de dos semanas, Jim no se había puesto en contacto conmigo, de modo que le escribí un correo electrónico: «¿Cómo le ha ido a Raquel?»

«Ayer recibió una mala noticia —me respondió—. Han formulado ocho cargos contra ella. Está muy afectada emocionalmente.»

Lo llamé por teléfono.

—¿De qué se la acusa? —inquirí.

—De intento de asesinato en primer grado —me informó Jim en un tono que denotaba su consternación—. Le lanzó un cuchillo a su hijo. Solicitan una pena de veinte años.

Seis meses después, tres personas estaban sentadas en la sala consistorial del Ayuntamiento de Newark: Jim, Raquel y yo.

Jim había intercedido en favor de Raquel. Había persuadido a la acusación de que ella era víctima de un «ciclo de maltrato», por lo que, en vez de cumplir una pena de veinte años, pasó cuatro meses más en la institución antes de que la dejaran en libertad.

—Si la humillación y la prisión dieran resultado, se notaría —me dijo Jim —. Pero no funcionan. —Hizo una pausa—. Mire, hay personas a las que habría que encerrar de por vida. Algunos son incapaces de... Pero la mayoría...

—Me desconcierta que en el sistema penal estadounidense la línea que separa el infierno de la redención sea tan delgada —señalé.

—Lo que ocurre es que los abogados de oficio no dan abasto, y los fiscales son quienes siguen las directrices —explicó Jim.

Hasta ahora, este era un libro sobre personas que no hicieron nada muy terrible. A Justine y Lindsey, desde luego, les destrozaron la vida solo por publicar una broma de mal gusto. Y mientras estábamos ocupados negándoles con rotundidad el perdón, Jim trabajaba discretamente en la salvación de alguien que había cometido una falta mucho más grave. Se me ocurrió que si la deshumillación podía ayudar a un torbellino como Raquel, si podía devolverle la salud a alguien como ella, tal vez debíamos plantearnos dejar de reaccionar por defecto con ira y sed de venganza.

A Raquel no le concedieron una libertad sin límites. Le prohibieron ver a sus hijos durante cinco años. Cuando finalizara ese período, su hijo tendría veintidós y su hija diecisiete.

—E incluso entonces, mientras tenga diecisiete, no podré mantener ningún tipo de contacto con ella sin el consentimiento de su padre —me explicó

Raquel—, porque me han privado de mis derechos como madre.

Aun así, la mantienen al corriente.

—Mis amistades de Florida —añadió— siguen en contacto con ellos. De hecho, una amiga me llamó ayer y me dijo: «¿A que no sabes quién está hablando conmigo por Facebook ahora mismo?» «¿Quién?», pregunté. «Tu hija.» «¡Anda ya!», le dije. Mi hija estaba enviándole mensajes, y ella me los leía. Al parecer, mi niña está un poco colada por un chico. Tiene un hoyuelo en la barbilla, y el cabello entre castaño y color arena.

Le dije que me alegraba verla de tan buen humor. Y fue entonces cuando me contó la noticia.

—Ayer, después de la sesión de grupo, la señorita Blake me llamó a su despacho. —La señorita Blake era la directora del centro de reinserción—. Me dijo: «Raquel, me he estado fijando en cómo te desenvuelves y en el modo en que los demás te escuchan. Quiero ofrecerte un trabajo aquí. ¿Podrías pasarme tu currículum?»

«Da la casualidad de que llevo un currículum ahora mismo —repuso Raquel, y al cabo de un momento preguntó—: Señorita Blake, ¿esto está ocurriendo de verdad?

Y la señorita Blake asintió.

La gente de Michael Fertik me llamó. Estaban listos para empezar a trabajar en el caso de Lindsey Stone.

14

Gatos, helado y música

—¿Tienes algún *hobby* ahora mismo que te apasione especialmente? ¿Correr maratones? ¿La fotografía?

Farukh Rashid mantenía una teleconferencia con Lindsey Stone desde San Francisco. Yo escuchaba desde el sofá, en Nueva York.

Había conocido a Farukh unos meses atrás, cuando Leslie Hobbs, publicista de Michael, me había guiado en un recorrido por las oficinas de reputation.com: dos plantas diáfanas con cabinas insonorizadas para las llamadas confidenciales a clientes famosos. Me presentó a Farukh y me explicó que él solía encargarse de los clientes VIP de Michael: directores ejecutivos y celebridades.

—Me alegra que estéis ofreciendo a Lindsey un servicio a medida —dije.

—Lo necesita —repuso Leslie.

Era cierto. Los estrategas de Michael habían estado investigando su vida en Internet y no habían descubierto nada sobre ella aparte del incidente de «silencio y respeto».

—¿Esos cinco segundos de su existencia son el único rastro de su presencia en la red? —pregunté.

Farukh asintió.

—Y no solo le ocurre a nuestra Lindsey Stone. Todas las personas que comparten ese nombre tienen el mismo problema. Hay sesenta Lindsey Stones en Estados Unidos. Hay una diseñadora en Austin, Tejas, una fotógrafa, incluso una gimnasta, y a todas las definen a partir de esa única fotografía.

—Lamento haberos propuesto un caso tan complicado —me disculpé, aunque el hecho es que me sentía bastante orgulloso.

—Qué va, estamos entusiasmados —dijo Farukh—. Es un reto difícil pero estimulante. Vamos a presentar en Internet a la auténtica Lindsey Stone.

—¿Los gatos son importantes para ti? —le preguntó Farukh a Lindsey por teleconferencia.

—Muy importantes —respondió ella.

Oí que Farukh tecleaba la palabra «gatos» en su ordenador. Era un joven lleno de energía, tan optimista, alegre y libre de cinismo e ironía maliciosa como la imagen de Lindsey que quería crear. Según su perfil de Twitter, le gusta «ir en bici, las excursiones y pasar tiempo con la familia». Su plan era abrirle a Lindsey cuentas en Tumblr, LinkedIn, Instagram y YouTube, así como un blog en WorldPress para que aquella terrible fotografía quedara arrinconada, arrastrada por una oleada de positividad hasta un lugar de Google que las personas normales no visitan..., como por ejemplo la segunda página de resultados de búsqueda. Según un estudio del propio Google sobre los «movimientos oculares», el 53 por ciento de los usuarios no pasa de los dos primeros resultados, y el 89 por ciento no va más allá de la primera página.

«Lo que aparece en la primera página —me aseguró Jered Higgins, estratega de Michael, durante mi visita a las oficinas— determina lo que la gente piensa de ti.»

Como escritor y periodista —además de como padre y ser humano—, esta forma de conocer el mundo me horrorizó.

—Me apasiona la música —le dijo Lindsey a Farukh—. Me gustan las canciones tipo 40 Principales.

—Excelente —opinó Farukh—. Exploremos esa vía. ¿Tocas algún instrumento?

—Antes sí —respondió Lindsey—. Aprendí por mi cuenta. Era solo para pasar el rato. No era algo muy... —De pronto, se interrumpió. Al principio, parecía estar divirtiéndose con todo aquello, pero ahora parecía cohibida, como si el esfuerzo hubiera sembrado en su mente inquietantes pensamientos existenciales, preguntas como «¿quién soy?» y «¿qué estamos haciendo?»—. Esto me está costando —reconoció—. Como persona normal, no sé muy bien cómo... catalogarme en Internet. Intento pensar cosas sobre las que podáis escribir, pero es difícil, ¿sabéis?

—¿El piano? ¿La guitarra? ¿La batería? —inquirió Farukh—. ¿Y viajar? ¿Adónde te gusta ir?

—No lo sé. Voy a la playa. A comprar helado.

A petición de Farukh, Lindsey le había mandado por correo electrónico fotografías de ella en las que no aparecía haciendo peinetas frente a

cementerios militares. También le había proporcionado datos biográficos. Su historial profesional incluía cinco años como empleada en los grandes almacenes Walmart, «un sitio de lo más deprimente».

—¿Estás segura de que quieres tildar a Walmart de deprimente? —quiso saber Farukh.

—Oh… ¿Qué? ¿En serio? —Lindsey soltó una carcajada como diciendo «¡Venga ya! ¡Todo el mundo sabe cómo es Walmart!». Pero entonces recapacitó.

La teleconferencia estaba convirtiéndose en una experiencia inesperadamente melancólica, y no por culpa de Farukh. Saltaba a la vista que sentía simpatía por Lindsey y quería hacer un buen trabajo para ella. Lo triste era que Lindsey había incurrido en la ira de Internet porque era descarada, bromista, imprudente y no tenía pelos en la lengua. Y ahora allí estaba, atareada con Farukh, intentando reducir su personalidad a una serie de banalidades inocuas: gatos, helado y canciones de los 40 Principales. Estábamos creando un mundo en que la manera más astuta de sobrevivir era tener una actitud anodina.

Hubo una época en que a Michael Fertik no le habría hecho falta ser tan calculador. A mediados de los noventa, a los motores de búsqueda solo les interesaba el número de veces que una palabra clave concreta aparecía en una página. Para alcanzar el puesto número uno en la lista de resultados de «Jon Ronson» en AltaVista o HotBot, bastaba con escribir «Jon Ronson» una y otra vez. Para mí, esa sería la web más fantástica que podría encontrar por casualidad, aunque para los demás, no tanto.

Pero entonces, dos estudiantes de Stanford, Larry Page y Sergey Brin, tuvieron una idea: ¿por qué no desarrollar un motor de búsqueda que clasificara los sitios web en función de su popularidad? Si alguien enlaza tu página, eso se interpreta como un voto a su favor. Consideran que un enlace es como una mención, una señal de respeto. Si la web que contiene el vínculo a la tuya está enlazada a su vez desde muchas otras, cuenta como más de un voto. La admiración por parte de una persona popular vale más que la de un solitario. Y eso era todo. Denominaron su invento PageRank, en honor de Larry Page, y en cuanto pusieron en funcionamiento el algoritmo, los primeros usuarios quedamos fascinados.

Por eso Farukh tuvo que crear perfiles de LinkedIn, Tumblr y Twitter para Lindsey. Dichas páginas llevan de serie una clasificación alta en

PageRank. El algoritmo de Google las prejuzga como populares. Pero para Michael el problema con Google es que nunca deja de evolucionar, de introducir modificaciones secretas en el algoritmo.

—Google es un bicho escurridizo, una diana que no para de moverse —me dijo—. Así que tratamos de descifrarlo aplicando la ingeniería inversa. —Esto era lo que Michael había logrado averiguar en aquel momento—: Google tiende a valorar el material antiguo. Es como si le atribuyera una especie de autoridad. Y Google tiende a valorar el material nuevo. En cambio, en el material intermedio, de entre seis y doce semanas, se aprecia una caída. —Por eso, según las previsiones del equipo de Michael, la afición de Lindsey por los gatos o lo que fuera conseguiría «un impacto inicial fuerte» seguido de una «fluctuación». Pero a la fluctuación sigue la «reversión».

Los clientes de Michael tienen un miedo atroz a la reversión. Nada desmoraliza más que comprobar que las opiniones nuevas y favorables bajan hasta la página dos mientras las despiadadas opiniones antiguas ascienden de nuevo como burbujas hacia la superficie. Sin embargo, según Jered Higgins la reversión es, de hecho, su aliada. Es como cuando uno cree que Glenn Close ha muerto y ella de repente se incorpora en la bañera, aparentemente impulsada por un fervor violento, pero en realidad está herida, hecha un lío y en posición vulnerable.

—La reversión demuestra que el algoritmo está indeciso —explicó Jered—. Cambia las cosas de sitio y se pregunta, desde un punto de vista matemático, cuál es la historia que debe narrar acerca de esa persona... —Pareció dudar por un instante. Por fin, añadió—: Intervenimos y lo bombardeamos.

El bombardeo del algoritmo con páginas de Tumblr sobre las idas de Lindsey a la playa, la operación Conmoción y Pavor a base de frivolidades simpáticas, tiene que estar cuidadosamente coreografiada. Google sabe cuándo alguien intenta manipularlo. Saltan las alarmas.

—De modo que seguimos un orden estratégico en la creación y publicación de contenidos —continuó—. Desarrollamos una actividad *online* que parece natural. Eso supone un montón de información acumulada.

Michael Fertik me llevó a cenar y me habló de las críticas que suele recibir por parte de quienes consideran que «cualquier alteración de los resultados de búsqueda es una manipulación de la verdad que pone freno a la libertad

de expresión». Bebió un sorbo de vino y agregó:

—Pero en realidad pone freno a los comportamientos que acompañan el linchamiento virtual, que puede cambiarte la vida.

—Lo sé —dije—. Durante un año, Lindsey Stone se sentía tan acosada que ni siquiera se atrevía a ir al karaoke. —Y eso que cantar en un karaoke es algo que uno hace a solas en una habitación con sus amigos.

—No es una reacción infrecuente —aseveró Michael—. Hay gente que cambia su número de teléfono. No salen de casa. Se someten a terapia. Presentan signos de síndrome de estrés postraumático. Es como la Stasi. Estamos creando un mundo en el que la gente se siente vigilada en todo momento y teme mostrarse tal como es.

—Como la Agencia de Seguridad Nacional —dije.

—Esto da mucho más miedo que la Agencia de Seguridad Nacional —repuso—. La NSA busca terroristas, no obtener placer psicosexual regodeándose con el mal ajeno.

No sabía qué pensar acerca de la analogía que Michael había hecho con la Stasi. Según un viejo tópico de Internet, la ley de Godwin, en cuanto alguien compara algo con el nazismo, pierde la discusión. Tal vez esto era aplicable también a la Stasi, la policía secreta de Alemania Oriental durante la guerra fría. Al fin y al cabo, entraban sigilosamente en las casas de los sospechosos de conspirar contra el Estado para irradiarlos mientras dormían, con el propósito de valerse de la radiación como dispositivo de localización. Los agentes de la Stasi seguían a esas personas entre las multitudes, guiándose con contadores Geiger. Muchos supuestos enemigos del Estado fallecieron a causa de cánceres poco comunes durante la época de la Stasi.

Dichos agentes, sin embargo, no se limitaban a infligir padecimientos físicos. Su principal objetivo consistía en crear la red de vigilancia más elaborada de la historia del mundo. No parecía tan descabellado analizar este aspecto de la organización con la esperanza de aprender algo acerca de nuestra propia red de vigilancia en los medios sociales.

En *Stasiland*, el influyente libro de Anna Funder sobre la Stasi, la policía secreta de la antigua República Democrática Alemana, la autora entrevista a una mujer llamada Julia que un día recibió una citación. La Stasi había interceptado cartas de amor entre ella y su novio occidental. El funcionario y ella estaban sentados el uno frente al otro a la mesa de la sala de interrogatorios.

> Había dos pilas de cartas: las que ella le había escrito al italiano, y las respuestas que este le había enviado. Aquel hombre lo sabía todo. Era consciente de las dudas que la habían asaltado. Era consciente de las frases bonitas que habían conseguido apaciguarla. Era consciente de la añoranza por el novio italiano que ella había puesto tan de manifiesto.
>
> ANNA FUNDER,
> *Stasiland*, 2003

Julia le confesó a Anna Funder que el episodio le había dejado «secuelas psicológicas indudables», por el modo en que el funcionario había leído sus cartas en voz alta delante de ella, intercalando pequeños comentarios. «Seguramente por eso reacciono de una forma tan radical cuando un hombre me aborda. Lo vivo como otra posible invasión de mi esfera íntima.»

Anna Funder escribió *Stasiland* en 2003, catorce años después de la caída de la Stasi y tres años antes de que se inventara Twitter. Naturalmente, ningún burócrata lascivo o censurador había interceptado las reflexiones privadas de Justine Sacco. Ella misma las había tuiteado, basándose en la suposición errónea —la misma en la que yo me basé durante un tiempo— de que Twitter era un lugar donde uno podía revelar la verdad sobre uno mismo a desconocidos sin riesgo alguno. Esa franqueza había resultado ser un experimento lleno de idealismo que había salido mal.

Anna Funder visitó a un ex funcionario de la Stasi cuyo trabajo había consistido en captar informantes. Quería saber cómo lograba convencer a la gente de que colaboraran con la organización, considerando que los informantes cobraban una miseria y debían ocuparse de una cantidad de trabajo agobiante, ya que cada vez más conductas se catalogaban como actividades enemigas.

—La mayoría de la gente accedía sin más —afirmó él.

—¿Por qué? —le preguntó ella.

—Algunos creían de verdad en la causa. Pero creo que aceptaban sobre todo porque los informantes tenían la sensación de ser alguien, ¿sabes? Durante un par de horas cada semana, alguien los escuchaba y tomaba nota de lo que decían. Creían que su situación era envidiable.

Que dijera esto acerca de sus informantes me pareció demasiado

condescendiente. También sería condescendiente decirlo acerca de los usuarios de Twitter. Los medios sociales dan voz a quienes no la tienen; su igualitarismo es su mayor virtud. Sin embargo, me llamó la atención un informe descubierto por Anna Funder. Lo había escrito un psicólogo de la Stasi a quien le habían encomendado la tarea de investigar qué movía a tanta gente a ofrecerse como informantes. Su conclusión: «Era el impulso de asegurarse de que su vecino hacía lo correcto.»

En octubre de 2014, me puse al volante para hacer una última visita a Lindsey Stone. Hacía cuatro meses que no hablaba con ella ni con Farukh —no los había llamado, ni ellos a mí—, y dado que solo estaban prestándoles sus servicios a ella por consideración hacia mí, no podía evitar preguntarme si existía la posibilidad de que durante mi ausencia todo el asunto se hubiera desinflado.

—Oh, Dios, no —dijo Lindsey, y soltó un suspiro. Estábamos sentados a la mesa de su cocina—. Me llaman todas las semanas, una semana tras otra. ¿No lo sabías?

—No.

—Creía que hablabas con ellos a todas horas.

Lindsey sacó su teléfono móvil y me mostró los innumerables correos electrónicos que le había enviado Farukh. Leyó en voz alta algunos de los blogs que el equipo había escrito en su nombre, con recomendaciones como la de usar la caja fuerte del hotel cuando se viaja —«¡Ojo avizor, viajeros!»— o la de ir de tapas cuando uno está en España.

Lo sometían todo a la aprobación previa de Lindsey, que, según me contó, solo había rechazado dos propuestas: una entrada del blog en la que se declaraba ilusionada por el disco de jazz que iba a sacar Lady Gaga («me gusta Lady Gaga, pero no estoy ansiosa por escuchar su álbum de jazz») y un homenaje a Disneyland con ocasión de su cincuenta aniversario: «¡Feliz aniversario, Disneyland, el lugar más feliz de la Tierra!»

—«¡Feliz aniversario, Disneyland!» —Lindsey se ruborizó—. Yo nunca... A ver, lo he pasado genial en Disneyland...

—¿Y quién no? —dije.

—Pero aun así...

Los dos nos reímos de la entrada de blog del «feliz aniversario, Disneyland», pero en cuanto se nos pasó la risa, nos sentimos culpables.

—Se están esforzando mucho —dijo Lindsey.

—Es su obligación —señalé.

—Ya. Una amiga del instituto me ha dicho: «Espero que sigas siendo tú. Quiero que la gente se dé cuenta de lo graciosa que eres.» Pero me asusta un poco. Después de todo lo que ha pasado, lo que más curioso me parece... No quiero pasarme de la raya, ni siquiera acercarme a ella. Por eso le digo siempre: «No sé, Farukh, ¿tú qué opinas?»

—Este viaje comenzó cuando un *spambot* suplantó mi identidad —declaré—. Unos desconocidos se han apropiado de tu personalidad en dos ocasiones. Pero al menos en esta segunda ocasión se trata de buena gente.

Hacía once meses que Lindsey no introducía su nombre en Google. La última vez que lo había hecho se había llevado un golpe emocional muy fuerte. Era el Día de los Veteranos y había descubierto que algunos ex militares «se preguntaban dónde estaba yo, y no con muy buenas intenciones».

—¿Pretendían localizarte para volver a lincharte? —quise saber.

—Sí.

No había vuelto a buscar desde entonces. Ahora, tragó en seco y comenzó a teclear: L... I... N...

Sacudió la cabeza, perpleja.

—Esto es brutal —comentó.

Dos años atrás, la fotografía aparecía repetida en las imágenes de Google hasta el infinito; una humillación ininterrumpida, producida en serie.

—Páginas, páginas y más páginas —dijo Lindsey—, repitiéndose una y otra vez. Era abrumador. Una sensación muy opresiva.

Y ahora, habían desaparecido.

Bueno, no del todo. Quedaba alguna que otra aquí y allá, pero intercaladas con numerosas imágenes de Lindsey en las que no salía haciendo nada malo. Solo sonreía. Mejor aún: había un montón de fotos de otras Lindsey Stone que no tenían nada que ver con ella: una Lindsey Stone voleibolista, una Lindsey Stone nadadora. Se encontraba en plena brazada, momentos antes de ganar el campeonato del estado de Nueva York de quinientos metros estilo libre. El pie de foto decía: «Lindsey Stone había trazado el plan perfecto, y todo salió tal como lo había planeado.»

Una persona totalmente distinta, haciendo algo que a todo el mundo le parecería fantástico y loable. No podía haber mejor resultado que ese.

15

Su velocidad

Siempre hemos tenido algo de influencia sobre el sistema judicial, pero por primera vez en ciento ochenta años, desde que se proscribieron el cepo y la picota, poseemos la facultad de determinar la severidad de algunos castigos. Por eso debemos reflexionar sobre el grado de implacabilidad con el que nos sentimos cómodos. Por lo que a mí respecta, he dejado de participar en condenas públicas clamorosas, salvo cuando alguien ha cometido una transgresión que ha tenido como resultado una víctima real, e incluso en esos casos seguramente con un entusiasmo menor del que debería. Echo un poco de menos la diversión. Es una sensación similar a cuando me volví vegetariano. Echaba de menos los bistecs, aunque no tanto como había imaginado, pero ya no podía borrar de mi mente el matadero.

Me venía una y otra vez a la memoria algo que Michael Fertik me había dicho en el Village Pub de Woodside: «No hay mentira más grande que esa de "en Internet lo importante eres tú". Nos gusta considerarnos personas de criterio y buen gusto, usuarios de productos de contenido personalizado. Pero en Internet lo importante no somos nosotros, sino las empresas que dominan los flujos de datos en la red.»

De pronto, esto me había suscitado una duda. ¿Había ganado dinero Google con la destrucción de Justine Sacco? ¿Podía calcularse una cifra? Así que auné fuerzas con Solvej Krause, un investigador al que se le dan bien los números, y comenzamos a enviar correos electrónicos a economistas, analistas y expertos en los ingresos generados por la publicidad.

Algunos datos eran fáciles de averiguar. En diciembre de 2013, el mes del linchamiento de Justine, se realizaron 12.200 millones de búsquedas en Google, cantidad que aplacó mi temor de que hubiera empleados de la compañía juzgándome en persona. Los ingresos por publicidad que obtuvo Google ese mes fueron de 4.690 millones de dólares, lo que significa que ganaban un promedio de 0,38 dólares por cada búsqueda. Cada vez que

introducíamos algo en el cuadro de texto de Google, la empresa se embolsaba 38 centavos. De los 12.200 millones de búsquedas que se efectuaron ese mes de diciembre, 1,2 millones contenían el nombre de Justine Sacco. Así pues, un cálculo inicial nos revela que la catástrofe sufrida por Justine reportó a Google una ganancia instantánea de 456.000 dólares.

Sin embargo, no sería riguroso limitarse a multiplicar 1,2 millones por 0,38 dólares. Para Google, algunas búsquedas son mucho más valiosas que otras. Los anunciantes apuestan por expresiones de búsqueda «de alto rendimiento», como «Coldplay», «joyas» o «vacaciones en Kenia». Aunque es muy posible que ningún anunciante asociara su producto al nombre de Justine, eso no significa que Google no obtuviera beneficios gracias a ella. Justine llegó a ser primer *trending topic* mundial en Twitter. Su historia cautivó esa noche a más usuarios de las redes sociales que cualquier otra. Creo que hubo personas que entraron en Google expresamente para buscarla y que de no ser por ella no lo habrían utilizado. Su incidente animó a muchos usuarios a abrir el motor de búsqueda. Y, después de abrirlo, estoy seguro de que al menos algunos decidieron hacer reservas para un viaje a Kenia o descargar un disco de Coldplay.

Recibí un correo electrónico del investigador en economía Jonathan Hersh. Me lo habían recomendado los responsables del programa *Freakonomics* Radio en la WNYC. El mensaje de Jonathan abundaba en lo mismo: «Había algo en la historia [de Justine] que les tocaba la fibra, hasta tal punto que se sintieron impulsados a buscar su nombre en Google. Eso significa que captó su atención. Si el interés por Justine bastó para incitar a los usuarios a utilizar Internet durante más tiempo de lo habitual, esto sin duda se tradujo en que Google obtuvo más ingresos por publicidad. El lema empresarial informal de Google es "no hay que ser mala gente", pero ganan dinero cuando ocurren cosas *online*, incluso cosas malas.»

A falta de datos mejores por parte de Google, añadió, solo podía ofrecerme cuentas hechas «a ojo». Pero le parecía un cálculo adecuadamente conservador —quizá demasiado— fijar el valor de «Justine Sacco» en una cuarta parte del promedio, dado que se trataba de una expresión clave de bajo rendimiento. Esto implicaría que la destrucción de Justine Sacco le reportó a Google la suma de 120.000 dólares.

Tal vez sea una cifra exacta. Tal vez Google ganase más, o quizá menos. Pero una cosa es segura: los que nos encargamos de lincharla no recibimos un centavo.

Desde el principio, he estado intentando entender por qué —una vez descartadas las teorías de Gustave Le Bon y Philip Zimbardo sobre virus, contagios y el mal— las humillaciones en Internet son tan despiadadas. Y creo que por fin he dado con la respuesta. La descubrí nada menos que en un artículo sobre un plan revolucionario para ralentizar el tráfico que se puso a prueba en California en los primeros años del siglo XXI. La historia, referida en un artículo del periodista Thomas Goetz, resulta de lo más esotérica. Goetz describe cómo en las zonas escolares de Garden Grove, California, los coches hacían caso omiso de las señales de límite de velocidad y atropellaban a «ciclistas y peatones con una frecuencia deprimente». Por eso introdujeron una medida experimental: instalaron señales que indicaban la velocidad del vehículo que pasaba por delante.

Después de leer el artículo de Thomas Goetz sobre las señales de «Su velocidad», me pasé mucho tiempo intentando localizar al autor del invento. Resultó ser un fabricante de señalización vial de Oregón llamado Scott Kelley.



—Recuerdo exactamente dónde estaba cuando se me ocurrió la idea —me dijo por teléfono—. Fue a mediados de los noventa. Me dirigía a la casa de mi novia. Estaba conduciendo por una zona escolar y de pronto me vino a la mente la imagen de la señal en lo alto de un poste.

—¿Qué le hizo pensar que funcionaría? —le pregunté—. Nada parecía indicar que daría resultado.

—Es verdad —reconoció Scott—. Y es ahí, precisamente, donde la cosa se pone interesante.

Y es que la lógica dictaba que el sistema no podía funcionar. En palabras de Thomas Goetz:

Las señales causaban extrañeza por varias razones. No revelaban a los conductores nada que ya no supieran; al fin y al cabo, todos los vehículos llevan velocímetro. Si un automovilista quería saber a qué velocidad iba, le bastaba con echar un vistazo al salpicadero [...]. Por otro lado, las señales de «Su velocidad» no iban acompañadas de medidas punitivas, de policías preparados para poner multas. Esto contravenía al dogma policial que había prevalecido durante décadas y que establecía que la mayoría de la gente solo respetaba el límite de velocidad si saltárselo tenía consecuencias negativas claras.

En otras palabras, los funcionarios de Garden Grove estaban apostando a que proporcionar información redundante a quienes circulaban por encima del límite los induciría por alguna razón a hacer algo a lo que pocos nos sentimos inclinados: reducir la velocidad.

La idea de Scott Kelley, por antiintuitiva, se convirtió en una pesadilla comercial. Ningún ayuntamiento de Estados Unidos quería comprar las señales. De modo que Kelley hizo lo único que podía: enviar muestras gratis para que las probaran. Una de ellas acabó instalada en su propio barrio.

—Recuerdo que pasé conduciendo por delante —dijo— y de repente empecé a ir más despacio. Sabía que no había ninguna cámara que pudiera fotografiarme. Y aun así, reduje la velocidad. Entonces pensé: «¡Vaya! ¡Pues sí que funciona!»

Todas las pruebas daban el mismo resultado. La gente, en efecto, disminuía la velocidad, en un promedio del catorce por ciento. Y después recorría varios kilómetros sin volver a acelerar.

—Bueno, ¿y por qué funcionaban? —le pregunté a Scott.

Su respuesta me sorprendió.

—No lo sé. De verdad que no. Yo... En fin. No lo sé.

Me explicó que, como técnico, le interesaban más el radar, la caja y las bombillas que la psicología. Pero durante la década anterior, los psicólogos sociales se empeñaron en resolver el misterio. Su conclusión: los bucles de retroalimentación.

Bucles de retroalimentación. Una persona muestra una conducta determinada (como conducir a cuarenta y tres kilómetros por hora en una zona de cuarenta). Como consecuencia, recibe una información inmediata

(la señal le indica que va a cuarenta y tres kilómetros por hora). La persona decide si cambiar o no su conducta en función de esta información (como reducir la velocidad a cuarenta. Algunas señales exhiben entonces un emoticono sonriente para felicitar al conductor). Y todo esto ocurre en un abrir y cerrar de ojos, en los breves instantes que la persona tarda en dejar atrás la señal de «Su velocidad».

En el artículo de Goetz publicado por la revista *Wired* —«Harnessing the Power of Feedback Loops» [Cómo aprovechar el potencial de los bucles de retroalimentación]—, los describe como «un instrumento sumamente eficaz para modificar el comportamiento». Estoy muy a favor de que la gente reduzca la velocidad en las zonas escolares. Pero tal vez los bucles de retroalimentación nos estén conduciendo a un mundo que solo es mejor en apariencia. Tal vez —como me escribió mi amigo el director de documentales Alan Curtis en un correo electrónico— estén convirtiendo las redes sociales en «una gigantesca caja de resonancia donde nuestras creencias se ven reforzadas constantemente por otras personas que las comparten».

Expresamos nuestra opinión de que Justine Sacco es un monstruo. Acto seguido, nos felicitan por ello; por obrar, en esencia, como Rosa Parks. Tomamos la decisión instantánea de creérnoslo.

«Los tecnoutopistas, como los redactores de *Wired*, nos lo pintan como una forma de democracia —proseguía el mensaje de Adam—. No lo es. Es todo lo contrario. Encierra a la gente en el mundo en el que ya se encuentra y le impide obtener información sobre cosas distintas. Quedan atrapados en el sistema de retroalimentación de refuerzo. La idea de que existe otro mundo con otras personas que profesan otras ideas queda marginada de nuestra vida.»

Yo estaba convirtiéndome en una de esas otras personas con otras ideas. Estaba manifestando la opinión impopular de que Justine Sacco no era un monstruo. Me pregunto si esto provocará una oleada de retroalimentación negativa y si me sentiré amedrentado hasta el punto de asumir de nuevo una postura que me reporte las felicitaciones y la aceptación por parte de los demás.

«La retroalimentación es un principio de la ingeniería —finalizaba el correo electrónico de Adam—. Y la ingeniería siempre tiene el propósito de mantener la estabilidad de aquello que se construye.»

Poco después de la humillación de Justine Sacco, yo estaba hablando con

un amigo periodista que me confesó que le venían a la cabeza tantas bromas, observaciones y reflexiones potencialmente polémicas que ya no se atrevía a publicar comentarios en Internet.

—Últimamente, cuando entro en las redes sociales me siento como si anduviera de puntillas cerca de un padre imprevisible, enfadado y desequilibrado que podría agredirme en cualquier momento —dijo—. Es horrible.

Me pidió que no mencionara su nombre, por temor a desencadenar alguna reacción.

Nos consideramos inconformistas, pero tengo la impresión de que todo esto está dando lugar a una era de mayor conformismo y conservadurismo.

«¡Mirad! —exclamamos—. ¡NOSOTROS somos normales! ¡ESTE es el término medio!»

Estamos definiendo los límites de la normalidad a fuerza de destrozar a quienes se hallan fuera.

Nota del traductor

* Hay edición en castellano: *El efecto Lucifer*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2008. *(N. del E.)*

Bibliografía y agradecimientos

Un breve comentario sobre el título: durante un tiempo, el libro iba a titularse, simple y sencillamente, *Vergüenza*. O *Embreados y emplumados*. Hubo un tira y afloja considerable. Resultó sorprendentemente complicado encontrar un título adecuado, y creo que sé por qué. Una de las personas a las que entrevisté dijo: «La vergüenza es una emoción increíblemente difícil de expresar. Es un sentimiento en el que te sumerges, no algo que invite a la elocuencia. Es una cosa tan honda, oscura y fea que existen pocas palabras para designarla.»

Remy Lamont, de Channel Flip, grabó en vídeo mi encuentro con los autores del *spambot*. Quiero expresar mi agradecimiento hacia él, hacia Channel Flip y, como de costumbre, hacia Lucy Greenwell, mi productora. Greg Stekelman —conocido formalmente como @themanwhofell— me ayudó a recordar cómo Twitter pasó de ser un espacio de sinceridad desenfadada a transformarse en un medio que provoca ansiedad. Greg ya no participa en Twitter. Su último tuit, publicado el 10 de mayo de 2012, reza: «Twitter no es lugar para un ser humano.» Me parece una afirmación pesimista. A mí me sigue encantando ese sitio. Por otro lado, nunca me han humillado en él. Pero a Greg tampoco. La frase «el copo de nieve no tiene por qué sentirse responsable del alud», que se refiere a que no nos sentimos culpables de los linchamientos, se le ocurrió a Jonathan Bullock. Le doy las gracias por ello.

La historia sobre el descubrimiento del engaño de Jonah Lehrer por parte de Michael Moynihan se basa sobre todo en mis entrevistas con este último —les doy gracias a él y a su esposa Joanna—, aunque me documenté un poco sobre los antecedentes del asunto leyendo «Michael C. Moynihan, The Guy Who Uncovered Jonah Lehrer's Fabrication Problem» [Michael C. Moynihan, el tipo que destapó el problema de Jonah Lehrer con las mentiras], de Foster Kamer, publicado en *The New York Observer* el 30 de julio de 2012.

Mi información sobre Stephen Glass procede de «No second chance for Stephen Glass: The long, strange downfall of a journalistic wunderkind»

[No hay segunda oportunidad para Stephen Glass: la larga y extraña caída en desgracia de un niño prodigio del periodismo], de Adam L. Penenberg, publicado en Pandodaily.com el 27 de enero de 2014.

La historia del viaje de Jonah a Saint Louis el día anterior a su hundimiento está extraída de «Jonah Lehrer Stumbles at MPI» [Jonah Lehrer tropieza en MPI], de Sarah

J. F. Braley, publicado en meetings-conventions.com el 2 de agosto de 2012.

En nuestra entrevista telefónica, Jonah Lehrer habló conmigo largo y tendido, a micrófono abierto. Después, sin embargo, expresó dudas respecto a si debía dejar que lo citara en el libro, alegando que no quería que su esposa y su familia volvieran a pasar un mal trago. Sin embargo, su experiencia era demasiado vital y pública —y las lecciones que había aprendido, demasiado valiosas— para no incluirla.

Estoy en deuda con Jeff Bercovici de la revista *Forbes* por ponerme en contacto con su amiga Justine Sacco.

La vida y obra del juez Ted Poe han sido documentadas a lo largo de los años por su archienemigo, el analista legal Jonathan Turley, en artículos como «Shame On You» [Vergüenza tendría que darte], publicado en *The Washington Post* el 18 de septiembre de 2005. Me enteré de los casos de los conductores ebrios Mike Hubacek y Kevin Tunell leyendo «A Great Crime Deterrent» [Un elemento disuasorio muy eficaz], de Julia Duin, publicado en *Insight on the News* el 19 de octubre de 1998, así como «Kevin Tunell Is Paying $1 a Week for a Death He Caused and Finding the Price Unexpectedly High» [Kevin Tunell paga un dólar a la semana por una muerte que ocasionó y el precio le está resultando inesperadamente caro], de Bill Hewitt y Tom Nugent, publicado en la revista *People* el 16 de abril de 1990.

Me encantó reconstruir la historia de las teorías sobre la demencia colectiva, desde Gustave Le Bon hasta Philip Zimbardo. Cinco personas fueron increíblemente generosas con su tiempo y conocimientos: Adam Curtis, Bob Nye, Steve Reicher, Alex Haslam y, sobre todo, Clifford Stott. Tuvo la gentileza de explicarme los peligros de la desindividuación en dos largas conversaciones por Skype. Recomiendo su libro *Mad Mobs and Englishmen?* Myths and Realities of the 2011 Riots [¿Turbas furiosas e ingleses? Mitos y realidades de los disturbios de 2011], coescrito con Steve Reicher y publicado por Constable & Robinson en 2011.

Mi investigación de la historia de Le Bon me llevó a descubrir el libro de Bob Nye *The Origins of Crowd Psychology: Gustave Le Bon and the Crisis of Mass Democracy in the 3rd Republic* [Los orígenes de la psicología de masas: Gustave Le Bon y la crisis de la democracia de masas en la Tercera República], editado por Sage Publications en 1975, así como la introducción que Nye escribió para la reedición que Transaction Publishers hizo de *The Crowd* [edición en castellano: *Psicología de las masas*, Ediciones Morata, Madrid, 2014] de Gustave Le Bon en 1995. Extraje algunos detalles de la relación de Le Bon con la Sociedad Antropológica de París de *Nature and Nurture in French Social Sciences*, 1859–1914 and Beyond [Naturaleza y educación en las ciencias sociales francesas, 1859-1914 y más allá], de Martin S. Staum, publicado por McGill-Queens University Press en 2011. Descubrí que entre los fans de Le Bon figuraban Goebbels y Mussolini al leer *Fascist Spectacle: The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy* [Espectáculo fascista: la estética del poder en la Italia de Mussolini] escrito por Simonetta Falasca-Zamponi y editado por University of California Press en 2000, así como *The Third Reich: Politics and Propaganda* [el Tercer Reich: política y propaganda], de David Welch, publicado por Routledge en 2002.

Para documentarme sobre Philip Zimbardo consulté «Rethinking the Psychology of Tyranny: The BBC Prison Study» [Reconsideración de la psicología de la tiranía: el estudio penitenciario de la BBC], de Steve Reicher y Alex Haslam, publicado en el *British Journal of Social Psychology* en 2006, además de la réplica del doctor Zimbardo, «On Rethinking the Psychology of Tyranny: The BBC Prison Study» [Sobre la reconsideración de la psicología de la tiranía: el estudio penitenciario de la BBC], aparecida en la misma publicación el mismo año.

La cita de Gary Slutkin en la que comparaba los motines de Londres con un virus procede del artículo del propio Slutkin, «Rioting is a Disease Spread from Person to Person – the Key is to Stop the Infection» [Los disturbios son una enfermedad que se contagia de una persona a otra: la clave está en detener la infección], publicado en *The Observer* el 13 de agosto de 2011. La frase de Jack Levin aparece en «UK Riots: "We Don't Want No Trouble. We Just Want A Job"», de Shiv Malik, publicado en *The Guardian* el 12 de agosto de 2011. Descubrí ambos artículos gracias al libro y las referencias de Clifford Stott.

Mi entrevista a Malcolm Gladwell se emitió en el *Culture Show* de la BBC el 2 de octubre de 2013. Quiero dar las gracias a Colette Camden, directora

de la serie, Emma Cahusac, la productora, y Janet Lee, la editora.

Aunque este libro contiene mucho material nuevo, autoplagié algunas frases de una columna y un artículo que escribí para la revista *The Guardian: Weekend*. Me refiero a la anécdota sobre cómo mi hijo me obligó a recrear el momento en que me habían arrojado a un lago, así como a las entrevistas que realicé a Troy y Mercedes Haefer, de 4chan. Estas estaban incluidas en mi artículo «Security Alert» [Alerta de seguridad], publicado en *The Guardian* el 4 de mayo de 2013. Quiero expresar mi agradecimiento a Charlotte Northedge, que lo editó.

Extraje la información sobre Oswald Mosley y Diana Mittford de *The Mitfords: Letters Between Six Sisters* [Las Mitford: correspondencia entre seis hermanas], compilado por Charlotte Mosley y publicado por 4th Estate en 2007, así como de *Hurrah for the Blackshirts! Fascists and Fascism in Britain Between the Wars* [¡Vivan los Camisas Negras! Fascistas y fascismo en Gran Bretaña en el período de entreguerras], escrito por Martin Pugh y publicado por Jonathan Cape en 2005. También quiero dar las gracias a Jil Cove, del Cable Street Group, un proyecto de historia concebido para rendir homenaje a quienes lucharon contra la Unión Británica de Fascistas. Algunos datos biográficos de Max Mosley constan en la entrevista que concedió a John Humphreys en el programa de BBC Radio 4 *On The Ropes*, emitido el 1 de marzo de 2011, y también en «Max Mosley Fights Back» [Max Mosley se defiende], escrito por Lucy Kellaway y publicado en el *Financial Times* el 4 de febrero de 2011. Me basé asimismo en el fallo emitido por el juez. David Eady del 24 de julio de 2008 sobre el caso Max Mosley contra News Group Newspapers Ltd, que puede leerse en bbc.co.uk.

Para informarme sobre el suicidio de Arnold Lewis, el predicador laico galés, consulté tres fuentes: *News of the World?*: Fake Sheikhs and Royal Trappings [¿Noticias del mundo? Falsos jeques y los boatos de la realeza], de Peter Burden, publicado por Eye Books en 2009; *Tickle The Public: One Hundred Years of the Popular Press* [Hacer cosquillas al público: cien años de prensa popular], escrito por Matthew Engel y editado por Phoenix en 1997; las memorias autoeditadas de Ian Cutler, *The Camera Assassin III: Confessions of a Gutter Press Photojournalist* [El asesino de la cámara III, confesiones de un fotoperiodista de la prensa amarillista], que puede descargarse gratuitamente de su página web: ‹www.cameraassassin.co.uk›.

Me enteré de lo que le sucedió a David Buss —autor de *The Murderer*

Next Door [El asesino de al lado]— escuchando el programa de la WNYC *Radiolab: The Bad show* el 9 de enero de 2012. Fue un productor de *Radiolab* —Tim Howard— quien me puso en contacto con su ex colaborador Jonah Lehrer. Les estoy agradecido por eso también. Penguin editó *The Murderer Next Door* en 2005.

Me documenté sobre los antecedentes de la trama de prostitución y zumba en Kennebunk con el artículo «Modern-Day Puritans Wring Hands Over Zumba Madam's List Of Shame» [Puritanos de hoy en día se retuercen las manos por la lista de la vergüenza de la madama de la zumba], de Patrik Jonsson, publicado en *Christian Science Monitor* el 13 de octubre de 2012.

A quienes quieran saber más sobre la época que Larry Page y Sergey Brin pasaron en Stanford, les recomiendo «The Birth of Google» [El nacimiento de Google], de John Battelle, publicado en la revista *Wired* en agosto de 2005.

Toda la información sobre la Stasi la extraje del brillante libro de Anna Funder *Stasiland: Stories from Behind the Berlin Wall*, publicado por Granta en 2003 y Harper Perennial en 2011 [Hay versión castellana: *Stasiland: historias tras el muro de Berlín*, Roca Editorial, Barcelona, 2012].

Mi investigación sobre la terrible historia de Lindsay Armstrong me llevó a consultar «She Couldn't Take Any More» [No podía soportarlo más], escrito por Kirsty Scott y publicado en *The Guardian* el 2 de agosto de 2002. Gracias a Kirsty por su artículo y por ayudarme a contactar con Linda, la madre de Lindsay.

Los datos biográficos de Jim McGreevey proceden de sus memorias, *The Confession* [La confesión], editadas por William Morrow Paperbacks en 2007.

Para más información sobre la prisión de Walpole en los setenta, recomiendo *When The Prisoners Ran Walpole: A True Story In the Movement For Prison Abolition* [Cuando los presos dirigieron Walpole: una historia real en el marco del movimiento por la abolición de las cárceles], de Jamie Bissonnette, con la colaboración de Ralph Hamm, Robert Dellelo y Edward Rodman, publicado por South End Press en 2008 y *Violence: Reflections on a National Epidemic* [Violencia: reflexiones sobre una epidemia nacional], de James Gilligan, editado por Vintage en 1997. En 1981, el senador por el estado de Massachusetts Jack Backman mandó una carta abierta a Amnistía Internacional en la que se quejaba de las condiciones en que vivían los internos en Walpole. He utilizado fragmentos de la carta

en mi descripción de la vida en el interior de la prisión. Doy las gracias a S. Brian Wilson, ex secretario de Backman, por publicarla en Internet.

Un gran número de economistas, periodistas y expertos en ingresos por publicidad se ofrecieron a ayudarme a entender cómo pudo lucrarse Google con la humillación de Justine Sacco. Les estoy muy agradecido a todos: Chris Bannon, Aarti Shahani, Jeremy Gin, Ruth Lewy, Solvej Krause, Rebecca Watson, Paul Zak, Darren Filson, Brian Lance, Jonathan Hersh, Alex Blumberg, Steve Henn y Zoe Chace.

Estoy en deuda con Thomas Goetz por echarme una mano en la localización del inventor de las señales de «Su velocidad».

Mi esposa Elaine fue una lectora estupenda del manuscrito, al igual que mis editores Geoff Kloske, de Riverhead; Kris Doyle y Paul Baggaley, de Picador, y Natasha Fairweather y Natasha Galloway, de A. P. Watt / United Agents. Me ayudaron a idear maneras de dar forma al libro cuando más lo necesitaba. Quiero dar también las gracias a Derek Johns, Sarah Thickett y Georgina Carrigan, de A. P. Watt / United Agents; Casey Blue James, Laura Perciasepe y Elizabeth Hohenadel, de Riverhead; Ira Glass, Julie Snyder y Brian Reed, de *This American Life*; Jim Nelson y Brendan Vaughan, de *GQ*; Ashley Cataldo, de la American Antiquarian Society; Toni Massaro, de la Universidad de Arizona; Dan Kahan, de Yale; y Sarah Vowell, Jonathan Wakeham, Starlee Kine, Fenton Bailey, Geoff Lloyd, Emma-Lee Moss, Mike McCarthy, Marc Maron, Tim Minchin, Daniel y Paula Ronson, Leslie Hobbs, Brian Daniels, Barbara Ehrenreich, Marty Sheehan y Camilla Elworthy.

Dedico mi mayor agradecimiento a mis entrevistados, en especial Jonah Lehrer, Justine Sacco, Lindsey Stone, Hank, Adria Richards y Raquel. Estas personas nunca habían hablado con un periodista sobre lo que les había ocurrido, y yo les pedí que revivieran algunos de los momentos más traumáticos de su vida. A algunos me costó mucho convencerlos. Espero que les parezca que valió la pena.